

tomo 2 (1818-1824)

Obras de la Independencia

**antología de
obras de teatro
argentino**

desde sus orígenes a la actualidad

selección y prólogo Beatriz Seibel

Antología de obras de teatro argentino. Desde sus orígenes a la actualidad:
obras de la Independencia : 1818-1824 / Luis Ambrosio Morante ...[et.al.]. ;con prólogo de
Beatriz Seibel; recopilado por Beatriz Seibel. -1ª ed.- Buenos Aires:
Instituto Nacional del Teatro, 2007.
v. 2, 400 p. ; 22x15 cm. - (Historia Teatral)
ISBN: 978-987-9433-48-5

I. Antología del Teatro Argentino. I. Morante, Luis Abrosio II. Seibel, Beatriz, prolog.
III. Seibel, Beatriz, recopil.
CDD A862

Fecha de catalogación: 31/05/2007

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta N°160/07.
Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

CONSEJO EDITORIAL

- > Roberto Aguirre
- > Rafael Bruza
- > Ariana Gómez
- > Nerina Dip
- > Carlos Pacheco
- > Marcelo Jaureguiberry
- > Carmen Saba Stafforini

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Elena del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño de tapa*)
- > Gabriel D' Alessandro (*Diagramación interior*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

©Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN: 978-987-9433-48-5

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, Mayo de 2007.
Primera edición: 3.000 ejemplares

> prólogo

EL TEATRO EN LA ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA

La Revolución del 25 de Mayo de 1810 en Buenos Aires inicia un nuevo período histórico-político y cultural que trae cambios en el teatro. Lamentablemente no existen estudios teatrales de la totalidad del país después de la época de la Colonia y tampoco hay estudios completos en provincias, con la excepción de Efraín U. Bischoff sobre el teatro en Córdoba y otros meritorios trabajos, en su mayoría recientes. La historia del teatro argentino se convierte en la historia del teatro de Buenos Aires, con las consiguientes dificultades para conocer las obras y los autores de provincias del siglo XIX.

El primer festejo patrio en Buenos Aires, el 24 de noviembre de 1810, cuando llega la noticia del triunfo sobre los españoles en la batalla de Suipacha, comienza con iluminación especial en la ciudad y orquesta en la galería del Cabildo. Al día siguiente, una función de volatineros en la plaza de toros del Retiro a beneficio de la Expedición del Norte, tiene más de 1.600 espectadores. La demora en el comienzo del espectáculo, por esperar a las autoridades que finalmente no concurren, provoca un cambio de costumbres: al día siguiente la Primera Junta resuelve que “en los toros y demás diversiones públicas se anuncie al pueblo la hora y cumplida aquella aunque la Junta no haya aparecido todavía, se dé principio sin esperarla”. Pocos días después, un reglamento elimina todos los privilegios para los ciudadanos que ejercen el poder y especifica que en las diversiones públicas la Junta no tendrá palco ni lugar determinado; “los individuos de ella, que quieran concurrir, comprarán lugar como cualquier ciudadano”.

Los payadores, cantores que improvisan sus versos, tienen también inmediata respuesta después de la Revolución de Mayo: entran a las ciudades y acompañan a los ejércitos libertadores. Los cantos y diálogos

patrióticos se crean en las provincias y se difunden a los países vecinos. La tradición oral asegura que el general San Martín gustaba improvisar con excelente voz de bajo. Los populares “cielitos” que se cantaban y bailaban con temas amorosos y festivos, pasan a cantar los temas patrióticos a partir del sitio de Montevideo de 1811; documentan los triunfos en las batallas de la Independencia y los conflictos y debates políticos hasta pasada la mitad del siglo XIX. Según la feliz expresión de Carlos Vega, las coplas de los cielitos son “la gacetilla oral de los ejércitos”, al transmitir y comentar los sucesos, y expresar los sentimientos de los soldados, mientras los payadores recorren campamentos, pulperías y cuarteles. En los sainetes gauchescos, las coplas y los cielitos aparecen en el fin de fiesta.

El teatro Coliseo de Buenos Aires, inaugurado en 1804 y cerrado desde las invasiones inglesas de 1806, reabre el 11 de noviembre de 1810. El repertorio de la sala y el primer elenco de la reapertura no se conocen exactamente, aunque se sabe que lo integran actores residentes en Buenos Aires como la criolla Josefa Ocampos, ex primera dama en el Teatro de la Ranchería, y otros que vienen de Montevideo, como Luis Ambrosio Morante y su esposa desde 1808, la actriz uruguaya Josefa Martínez, el “barba” español –actor que hace los roles de viejo– Juan Diez, entre ellos. Algunos intérpretes se inician después de la Revolución: Ana Rodríguez Campomanes, de una familia de clase alta, huérfana y abandonada por su marido, actúa como graciosa y tonadillera; Juan Antonio Viera, nacido en 1773, pardo esclavo que obtiene la libertad por su heroísmo enfrentando a los ingleses en 1807, es gracioso y cantante; se habría iniciado en la Ranchería. Pero los prejuicios siguen vigentes: la Campomanes hará juicio a su marido en 1818 para que le devuelva su dote y el acusado alegará que su mujer está condenada “al mayor descrédito público por su punible y detestable profesión”, y por haber ofendido su honor.

Luis Ambrosio Morante nace en Buenos Aires en 1780, hijo de

padre mestizo y madre parda nacida en esclavitud, según la investigación de Teodoro Klein; se lo suponía peruano por el color de su tez. Se inicia en Montevideo de apuntador y aparece en 1804 en el Coliseo como primer apunte, archivista y cantor. En 1805, ya es primer actor alterno, comenzando una trayectoria de más de tres décadas en la que se destaca como actor, director, dramaturgo, traductor de *Hamlet* y *Otelo* de Shakespeare entre muchas otras piezas, y entusiasta patriota. En ese año se habría iniciado también el actor criollo Ventura Ortega, que hará una prolongada carrera. La circulación de actores es intensa en el teatro porteño, seguramente por las nuevas posibilidades de trabajo en los Coliseos de Montevideo y Santiago de Chile. Desde 1804 el Coliseo porteño cuenta con una orquesta de 14 instrumentistas, entre ellos el catalán Blas Parera, autor más tarde de la música del Himno Nacional, que es “primer músico, maestro, compositor y director de orquesta”. En la defensa de la ciudad contra las invasiones inglesas luchan Morante y otros actores, violinistas y músicos en los cuerpos de Pardos y Morenos, y el maestro Parera, miembro del Tercio de Catalanes.

En 1812 se estrena en el Coliseo la “petipieza original” *El 25 de Mayo*, no hallada, de Luis Ambrosio Morante, para el 2º aniversario de la Revolución. Es la primera obra que recibe un premio oficial, otorgado por el Cabildo, “para que sirva de estímulo a otros”.

En 1813 la Asamblea General Constituyente decreta que el 25 de Mayo será día de fiesta cívica y se celebrarán anualmente “cierta clase de fiestas que deberán llamarse *Fiestas Mayas*”. La celebración se extiende por varios días, con diversas teatralidades: el 24, versos a la libertad en arcos triunfales, canciones patrióticas, orquesta en los balcones del Cabildo, castillo de fuegos artificiales, y en el teatro la tragedia *Julio César* de Voltaire, alegoría contra la tiranía. El 25 por la noche, iluminación y fuegos artificiales, desfiles de máscaras en muchos puntos de la ciudad con música y canciones patrióticas, que se repiten los días 26 y 27, este último con función de teatro y baile en el Cabildo. El 28,

con entrada gratuita en el Coliseo, la función comienza con una *Loa* alusiva, sigue con una comparsa de niños con traje de indios que entona la canción patria, después la tragedia *Siripo*, trozos de ópera por aficionados y danzas de la comparsa de niños; finalmente, baile general hasta las 2 de la mañana. En ciudades del interior, se harían similares celebraciones; hay noticias de representación de una comedia en las fiestas mayas de 1814 en San Luis. El 12 de marzo de 1813 la Asamblea deroga toda forma de trabajo obligatorio para los indios y los declara libres y en igualdad de derechos con los demás ciudadanos. Y ese año la Ley de Libertad de Vientres inicia dos procesos graduales para dar fin a la esclavitud: 1º) dispone que los hijos nacidos de madres esclavas después del 31 de enero de 1814 son libertos que deben servir a los amos de la madre hasta los 16 ó 20 años, según sean varones o mujeres; 2º) los esclavos se convierten en libres por incorporarse a los ejércitos, pero deben servir por un período mínimo. Las unidades de milicias negras que habían combatido en las invasiones inglesas luchan en las guerras de la Independencia en los batallones de Pardos y Morenos. Por otra parte, las sociedades negras por “naciones” se extienden y se convierten en un elemento visible de la vida porteña con sus fiestas y candombes.

Los indios suben a escena en varias obras de esta época, mostrando que la revolución apoya las libertades universales; no así los negros. La nómina de la compañía del Coliseo en 1813 muestra 19 intérpretes, 11 actores y 8 actrices; a fines de año, Ambrosio Mitre, designado director del teatro, promueve a Morante a la dirección artística, y están el “barba” español Juan Diez, la porteña Antonina Montes de Oca, graciosa y cantora iniciada en 1804, Josefa Ocampos –ahora “dama matrona”–, Juan Antonio Viera, Ana Rodríguez Campomanes, mientras vuelve la mulata Ana Josefa Echavarría, que actuara como esclava “cantarina” en 1805 –ahora libre–, y comienza su carrera a los 16 años el gracioso argentino Felipe David. El elenco del teatro crece en 1814 con la llegada desde Montevideo del actor español Joaquín Culebras, y

en 1815 con la primera dama Gerónima Vasconcelos y el segundo galán Juan Mariano Velarde, nacidos en Buenos Aires pero desarrollados allí artísticamente, mientras Ana Josefa Echavarría parte hacia Montevideo.

La declaración de la Independencia en Tucumán el 9 de julio de 1816, se festeja en San Juan presentando tragedias en un tablado, entre ellas *La muerte de César* de Voltaire, por un grupo de aficionados.

En Buenos Aires, “en obsequio de la Independencia”, se repone en el Coliseo *Roma libre* de Alfieri. Ese año está fechada la obra local *La libertad civil*, un acto patriótico de estilo neoclásico publicado sin mención de autor; se atribuye al poeta Esteban de Luca, por los versos de su canción patriótica en el texto, aunque podría ser de Bartolomé Hidalgo. La causa de la independencia se halla presente asimismo en *El hijo del Sud*, un acto con personajes alegóricos y música, firmado L. A. M. –iniciales de Luis Ambrosio Morante–, donde el estilo neoclásico se une a un anticipo del romanticismo, con los ideales de unidad americana. El hijo del Sud, a veces llamado “indio”, debe elegir entre un camino florecido con el personaje de la Falsa Libertad, o uno árido y oscuro, el de la Verdadera Libertad; el personaje de la Virtud lo incita a la unión y la lucha para afianzar la independencia. El monólogo patriótico *El nuevo Caupolicán o el bravo patriota de Caracas*, del escribiente del teatro José Manuel Sánchez, español residente en Buenos Aires que combate contra los ingleses y se casa aquí en 1810, tiene otro protagonista indio que lucha contra los tiranos españoles; es presentado también en el año de la Independencia.

El neoclasicismo, modelo europeo de moda, preferido por los sectores cultos, supone volver a los clásicos de Grecia y Roma, con el respeto de las tres unidades de acción, tiempo y lugar, la violencia fuera de escena, y un propósito pedagógico. Las técnicas de actuación también buscan evocar las actitudes de la estatuaria griega.

En 1817 el gobierno de Buenos Aires decreta la formación de la Sociedad del Buen Gusto del Teatro, integrada por hombres destacados

a nivel cultural, político y económico, para aumentar y perfeccionar el teatro, “escuela de costumbres, vehículo de ilustración y órgano de la política”. Su objeto es procurar obras originales, “de tu seno veremos salir obras de teatro que emularán a las de primer orden de Europa”, traducir extranjeras, revisar y aprobar las que se presenten –es decir censurar–, entre otros. Después de un año, prácticamente desaparece, aunque persiste su influencia: se estimulan los autores y se hacen traducciones locales por escritores como Vicente López, Esteban de Luca, Santiago Wilde, y por actores como Morante y Velarde. Se desechan los autores españoles del Siglo de Oro y las comedias de magia, y se privilegian la dramaturgia francesa y la italiana, con obras que exaltan la libertad y el odio a los tiranos –“el nombre de tirano es el más odioso de todos”–, y es frecuente la adaptación de las piezas, llamada “refundición”, para acentuar el mensaje. En 1818 se estrenan varias piezas; *La quinquillería*, sátira dramática en un acto, en parte original y en parte traducida por Santiago Wilde, quien también estrena la comedia en dos actos *Las dos tocayas*, repuesta en numerosas oportunidades hasta 1843. Otra pieza cómica en un acto, *El viejo tío Parras*, anónima, sería de la misma época, así como la comedia en cinco actos *La ánima en pena*, cuyo autor, que firma Laureano Mortisombis, podría ser Luis Ambrosio Morante.

A fines de 1817 la joven Trinidad Guevara entra como segunda dama al elenco del Coliseo porteño y pronto será la favorita del público. Nacida el 11 de mayo de 1798 en la Banda Oriental, hija del apuntador, archivista y actor Joaquín Guevara, debuta a los 13 años y a los 17, en 1815, es primera dama en Montevideo. Madre soltera, en 1816 tiene una hija de Manuel Oribe, futuro presidente oriental, pero no interrumpe su carrera. Viene a Buenos Aires siguiendo a Oribe en su exilio, mientras la niña queda a cargo de la abuela paterna.

OBRAS DE LA INDEPENDENCIA 1818-1824

Recordamos que todas las piezas han sido seleccionadas por su interés para ser puestas en escena, con los textos originales, o con adaptaciones o nuevas versiones. Las obras de este tomo se ocupan de temas históricos que merecen mayor presencia en nuestra escena, porque las piezas actuales pocas veces se ocupan de esta materia. Todas las obras elegidas están relacionadas con las luchas por la Independencia, que muestran la preocupación dominante en la sociedad. “Se desprende un son heroico y brioso, un son épico de combate”, dice Berenguer Carisomo. Es importante señalar la presencia del teatro en verso que hoy no suele subir a escena, y sólo podemos apreciarlo en castellano en las puestas de clásicos españoles. El estilo culto aparece en los versos endecasílabos y el estilo popular en los versos octosílabos.

LAS BATALLAS

EL DETALLE DE LA ACCIÓN DE MAIPÚ

El 5 de abril de 1818, el triunfo del general San Martín sobre los españoles en la batalla de Maipú asegura la independencia de Chile y anula los efectos de la derrota de Cancha Rayada, sufrida el 19 de marzo. La noticia de la victoria llega el 6 de abril y después de acciones de gracia al día siguiente en la Catedral, se celebra el 16, 17 y 18 con iluminación y festejos en toda la ciudad. El parte detallado de San Martín aparece en *La Gaceta* el 22 de abril. En el teatro se hacen grandes celebraciones con llenos completos, así como el año anterior se había hecho para el triunfo de Chacabuco; en funciones patrióticas de actores y de aficionados, se canta el Himno nacional, se recitan composiciones poéticas alusivas, hay discursos y arengas entre aclamaciones del público, y baile de máscaras al final.

Varias obras locales reflejan el acontecimiento: una es *Arauco libre*,

del español José Manuel Sánchez, con personajes alegóricos, donde el Genio Argentino vence con la espada al Genio Hispano y logra la libertad de Chile. Otra, *El triunfo*, unipersonal en estilo neoclásico de Bartolomé Hidalgo, tiene un actor que monologa frente al busto del general San Martín; repite parlamentos de *La libertad civil*.

La pieza más interesante es *El detalle de la acción de Maipú*, sainete gauchesco anónimo, denominado en su original “sainete provincial”; es un acto en verso con un vivo relato, que sigue con fidelidad el parte de la batalla enviado por San Martín desde Santiago de Chile, y relata los festejos en Buenos Aires. Se repone en el Coliseo en 1832. Podría ser de autoría de Hidalgo, por el estilo similar a sus *Cielitos* y *Diálogos*. Los versos octosílabos, medida preferida de los payadores y cantores populares, reflejan el lenguaje rural y el habla de los cuarteles con sus rudas expresiones, modificadas en representaciones posteriores; aquí se incluyen en su versión original. Contiene ejemplos del canto payadoresco típico y para el final se toca, canta y baila el cielito, señalando algunas figuras coreográficas. Carlos Vega en *Las danzas populares argentinas* describe en detalle la danza con referencia a este sainete: “Se ponen tres hombres y tres mujeres como cielo apericonado”, es decir, se ponen los sexos enfrentados, en calle; comienza con un balanceo en el sitio con saludo, luego siguen el vals enlazado, la cadena, la ronda general, y al final de cada figura, un breve zapateo-contorneo. El cielito tuvo su auge en las tertulias porteñas entre 1813 y 1835 y en el interior hasta 1860.

CIELITO DE MAIPÚ

Los cielitos se tocan, cantan y bailan en el teatro dentro de las piezas o en el fin de fiesta, para terminar la función. *El Cielito patriótico que compuso un gaucho para cantar la acción de Maipú* de Bartolomé

Hidalgo, conocido como *Cielito de Maipú*, en versos octosílabos, publicado en Buenos Aires en dos páginas sueltas sin fecha, es muy similar a la pieza teatral anónima, por lo que se presume la autoría de Hidalgo. El comienzo del cielito: “No me neguéis este día /cuerditas vuestro favor”, una invocación a su guitarra para que ayude a la improvisación, es un antiguo recurso tradicional de los payadores, que más tarde utiliza José Hernández en *Martín Fierro*: “Pido a los santos del cielo /que ayuden mi pensamiento...”.

Bartolomé Hidalgo (Montevideo 1788-Morón/Provincia de Buenos Aires 1822), considerado el fundador del género gauchesco en la literatura, llega a Buenos Aires en febrero de 1818, donde edita y vende sus cielitos y diálogos. En Montevideo en 1816, Hidalgo estrena su monólogo neoclásico *Sentimientos de un patriota*, se le atribuye la autoría de *La libertad civil*, y es director artístico de la Casa de Comedias oriental. Escribe textos teatrales y poéticos en estilo gauchesco y en estilo neoclásico; sus obras mayores son los *Cielitos* patrióticos editados desde 1812, y en especial los *Diálogos* posteriores.

DIÁLOGO PATRIÓTICO INTERESANTE

Publicado en enero de 1821 por Bartolomé Hidalgo, el vibrante *Diálogo patriótico interesante* entre Jacinto Chano, capataz de una estancia en las islas del Tordillo, y Ramón Contreras, gaucho de la Guardia del Monte, comenta en versos octosílabos las “novedades” desde el punto de vista de dos paisanos y responde en forma inmediata a la situación del momento; hoy constituye un valioso testimonio histórico y conserva actualidad. Tordillo es un partido de la provincia de Buenos Aires creado en 1818, y la Guardia del Monte es un cuerpo propio formado por Rosas con peones y gauchos de la frontera, para defender las estancias ante los indios.

La reflexión de Chano es notable: “En diez años que llevamos/ de

nuestra revolución/ (...) ¿qué ventaja hemos sacado?/ (...) y mientras no vea yo/ que se castiga el delito/ sin mirar la condición:/ digo, que hemos de ser libres/ cuando hable mi mancarrón”. Contreras, por su parte, cuando narra su visita a la ciudad, describe pantanos y barriales, y la inconclusa construcción del Coliseo definitivo, “que hace que se principió/ muchos años, y no pasa/ de un abierto corralón”, donde “un caudal se gastó”. Habilitado el Coliseo provisional en 1804, a fines de ese año se comenzó a construir el Coliseo Grande, que fue abandonado del todo en 1810, cuando se habían colocado los tirantes del techo, y así estaba cuando lo vio Hidalgo en 1821.

La consigna de Chano, el viejo cantor, es “Americanos, unión”, una frase popular en los cielitos y la poesía de la Independencia. El término “Americanos” abarca contenidos patrióticos para naciones nuevas, y posee más fuerza que cualquier referente nacional.

Hidalgo publica ese mismo año el *Nuevo diálogo patriótico* con los mismos protagonistas, donde recuerda las batallas y dice una frase, “¡Ah sangre, amigo, preciosa/ tanta que se ha derramao!”, similar a la expresión de Micaela Bastidas en el *Tupac Amaru* de Morante estrenado ese mismo año, “Oh, infortunada/ la libertad que tanta sangre cuesta!”, que muestra un fuerte sentimiento de la época.

Al año siguiente Hidalgo publica la *Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano de todo lo que vio en las fiestas mayas de Buenos Aires en 1822*. Según Arturo Berenguer Carisomo, estos diálogos –textos dramáticos– “aunque no representados, tienen más derecho que tanta pieza puramente lírica o épica, como hemos visto, a figurar en el repertorio de nuestro teatro”. Habría que revisar el concepto de “no representados”. Según Un Inglés, que describe una función teatral, “Velarde, vestido de gaucho, sentado con sus compañeros que fumaban alrededor de un fogón, hizo una crónica de los acontecimientos del día patrio con mucha gracia (en versos libres) y se refirió al marinero que trepaba como un gato al palo enjabonado. Velarde es un actor de

singular calidad en cosas de este género”. Es evidente que se trata de la *Relación* de Hidalgo. En el fin de fiesta del teatro, donde por lo general no se anuncian los títulos de las obras, estos *Diálogos* habrán sido representados así como otras “cosas de este género”, por ejemplo los sainetes gauchescos.

LA BATALLA DE PAZCO POR EL GENERAL SAN MARTÍN

La batalla librada el 6 de diciembre de 1820, decisiva para la libertad de Perú, inspira esta interesante pieza patriótica anónima de estilo neoclásico, “drama histórico en un acto y en prosa”. Es un homenaje al prócer que debe haberse estrenado en 1821 y en 1834 se repone en el Coliseo de Buenos Aires. El conflicto entre padre e hijo en bandos opuestos, españoles realistas y criollos revolucionarios, es el motivo para celebrar las ideas de la Independencia y presentar un San Martín generoso y magnánimo, idealista y práctico.

Un Inglés en *Cinco años en Buenos Aires 1820-1825* describe: “El teatro permanece abierto todo el año, con excepción de la Cuaresma; entonces se permite tan sólo tocar música. Los días de representación son los domingos y jueves, aún cuando suele trabajarse en martes, días de festividades sacras, etcétera. Como en todos los países católicos, los domingos por la noche son los días más concurridos. Las noches de lluvia no hay función. El programa habitual consiste en la representación de un drama y una farsa (sainete). A veces hay canto en los intervalos. Las sinfonías interpretadas en los intervalos son de Haydn, Mozart, etcétera, y las funciones comienzan con una obertura. No es raro ver en el teatro a niños de meses en brazos de sus madres, así como también esclavos”.

Para esta época todavía persiste la costumbre de anunciar la función con la banda de música en la puerta del teatro, y con cohetes y fuegos

artificiales en la calle y los huecos (baldíos) cercanos. Y aun se reparten a domicilio los programas para promocionar las funciones, que incluyen además de comentarios sobre la obra y los actores, largos textos literarios, históricos, políticos o poéticos, acompañados por las entradas al teatro, y continúa la antigua modalidad de hablar al público al final para anunciar la función siguiente. Las obras varían cada función, y se presenta una gran cantidad de piezas.

DEFENSA Y TRIUNFO DEL TUCUMÁN POR EL GENERAL BELGRANO

El 30 de julio de 1821, al día siguiente de las honras fúnebres celebradas en honor de Belgrano, fallecido silenciosamente un año antes, se estrena en el Coliseo este “drama histórico” o “pieza militar” en dos actos, en verso, en el beneficio de Ana Rodríguez Campomanes que lo dedica al “ilustre porteño”. Se repone en 1833.

La batalla de Tucumán, donde Belgrano detiene la invasión realista, tiene lugar el 24 de septiembre de 1811; poco antes había izado por primera vez la bandera azul y blanca para diferenciar a los ejércitos patriotas de los españoles. El desconocido autor del drama podría ser el actor Luis Ambrosio Morante, quien como director artístico se asigna el rol protagonista del general y designa el actor para cada personaje en el manuscrito original. Paul Groussac es el primero que atribuye la obra a Morante: “Se revela en su conjunto la mano de un profesional de las tablas, no la de un literato. El drama entero está escrito en ese estilo zurcido de reminiscencias y como de lance, que denuncia a los cómicos cuando se meten a escribir”. Los versos octosílabos tienen un lenguaje culto en el primer acto, cuando dialogan los oficiales y el general, y un lenguaje criollo en el segundo acto, cuando hablan los soldados, los voluntarios y otros. Vemos que los roles masculinos están interpretados por Morante, Joaquín Ramírez, Joaquín Culebras, Juan Velarde, Felipe David, Jacobo González, Juan Diez, Ventura Ortega, el hijo de Ortega,

Juan Antonio Viera, y los pequeños roles femeninos no están designados. En ese momento en el elenco están también Trinidad Guevara y Antonina Montes de Oca. En enero de ese año, la actuación de Trinidad en el estreno de *Aristodemo*, tragedia perdida de Miguel Cabrera de Nevaes, inspira a Juan Cruz Varela estos versos: “Miel, ardor y muerte / tu labio derrama, / quien te oye y no te ama / corazón no ha...”.

En junio de 1821 había estallado un escándalo cuando el padre Castañeda publicaba en su periódico un anónimo contra Trinidad Guevara, en estilo apocalíptico, donde decía, entre otros conceptos, que “todas las naciones han tenido mujeres prostituidas” y que “la Trinidad Guevara es una mujer que por su criminal conducta en esa materia ha excitado contra sí el odio de todas las matronas, la execración de todos sus semejantes”, calificándola finalmente de “cloaca de vicios e inmundicias”. La principal acusación era haberse presentado en las tablas con el retrato al cuello de uno “de sus aturridos amasios”, un hombre casado, seguramente el abogado Manuel Gallardo y Planchon, padre de sus hijos. Trinidad responde al “libelo infamatorio” en un volante impreso, donde menciona la “negra venganza” a que se la somete ante “un pueblo ilustrado” y cree que éste “por su penetración, reputará como una mujer no criminal, sino infeliz a Trinidad L. Guevara”. La actriz no sube a escena en varias funciones, pero su reaparición es recibida con una salva de aplausos.

En noviembre de 1821 trabaja por unas semanas en el Coliseo como “actor visitante” el joven Juan Navarro, proveniente de Montevideo. Bautizado como Juan José de los Santos Casacuberta, nacido en Buenos Aires el 31 de octubre de 1798, asume en ese momento el apellido del segundo marido de su madre viuda, y en ocasiones también su profesión de bordador. Su padre, José Casacuberta, había actuado en Montevideo y en 1816 Juan inicia su carrera en el Coliseo de esa ciudad. Alterna sus actuaciones en Buenos Aires y Montevideo, y en 1831 se consagra como gran actor romántico en Buenos Aires.

SAN MARTÍN LEVANTA LA “NOTA DE INFAMIA”

En 1821 aún los actores tienen la “nota de infamia”, que no les permite recibir los sacramentos, ser enterrados en camposanto, desempeñar cargos públicos, ejercer derechos civiles o políticos. El general San Martín, en ese momento Protector del Perú, firma la declaración histórica del 31 de diciembre de ese año, donde consta que “el arte escénico no irroga infamia al que lo profesa”. En sus fundamentos afirma: “Todo individuo que se proporciona su subsistencia en cualquier arte que contribuya a la prosperidad y lustre del país en que se halla, es digno de la consideración pública”. Considera al teatro “un establecimiento moral y político de la mayor utilidad”; es un arte necesario para la afirmación de los ideales de la Independencia.

COMEDIA Y DRAMA

EL HIPÓCRITA POLÍTICO

La primera obra que testimonia el ambiente familiar porteño en la época de la Independencia, es la comedia de costumbres en tres actos y en prosa *El hipócrita político*, firmada con las iniciales P. V. A., de estilo neoclásico. En 1819 la estrena la compañía del Coliseo, con Trinidad Guevara, Antonina Montes de Oca, Ana Rodríguez Campomanes, Gerónima Vasconcelos, Josefa Ocampos, Luis Ambrosio Morante –además director–, Juan Antonio Viera, Juan Velarde, Juan Diez. Con un diálogo vivo, el tema de la libertad de elegir marido se une al tema de la libertad de la patria. La protagonista femenina, Carlota, trata de casarse con su enamorado patriota contra la opinión de su padre y desenmascara al otro pretendiente, que sólo ambiciona su fortuna y finge adherir a la Independencia, cuando es enemigo del gobierno criollo. Esta obra es señalada por la reivindicación femenina asociada

con la causa patriota, y los personajes transmiten las ideas revolucionarias.

Desde fines de 1819 los actores del Coliseo deben convertirse en empresa y alquilar la sala, ante el teatro clausurado por problemas financieros; prácticamente continúan dos años en una sociedad de “partes” o cooperativa. Reaparece Josefa Ocampos, algo marginada en sus últimas actuaciones, tras 37 años de carrera desde el Teatro de la Ranchería, la primera dama Gerónima Vasconcelos se retira y en los primeros roles se alternan entonces Trinidad Guevara –quien había tenido su segundo hijo Caupolicán Gallardo en 1819– y Antonina Montes de Oca, muy elogiada en los personajes trágicos. Era anteriormente la primera graciosa y cantora, lo que muestra su ductilidad de actriz.

TUPAC AMARU

Para la celebración del 25 de mayo de 1821 se estrena este drama en cinco actos en verso, firmado con las iniciales L. A. M. que coinciden con las del actor Luis Ambrosio Morante, quien lo protagoniza en escena. El trágico levantamiento de José Gabriel Condorcanqui, descendiente del último Inca Tupac Amaru, que finaliza en 1781 con su ejecución por los españoles descuartizado por cuatro caballos en el Cuzco, se convierte en símbolo de la independencia americana. El tema histórico se desarrolla con eficaz acción dramática, escenas de gran vigor, y los personajes tienen carnadura propia. La esposa del héroe, Micaela Bastidas, es contradictoria y humana; es uno de los personajes más interesantes del teatro de la emancipación. Berenguer Carisomo opina que, en estilo neoclásico y en verso endecasílabo romance, por su tema épico, una epopeya pura, esta pieza es “la más feliz de nuestra escena revolucionaria”. Contribuyen a su interés las indicaciones musicales descriptivas, en la obertura y los entreactos, que habrían sido compuestas por el poeta Juan Crisóstomo Lafinur (San Luis 1797-Santiago de Chile 1824).

La crítica del estreno en *El Argos* dice que la obra se atribuye a Morante aunque parece francesa, y se sigue repitiendo esa suposición, sin fundamento. El tema americano, tratado con profunda emotividad y amplio conocimiento histórico, hace increíble la posibilidad de una adaptación; difícilmente un dramaturgo francés habría logrado concretar esta valiosa obra, por su alejamiento del objeto. El autor cita en sus notas el *Ensayo histórico* del Deán Funes, los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso y el *Diccionario de América*, y justifica su libertad creadora de apartarse de la crónica histórica en una frase de Guillermo Schlegel, “El dramático no es historiador: aquel pinta, este refiere; aquel como pudiera suceder, este como sucedió”. El personaje del español Ventura Santelices es histórico, “único y memorable ejemplo de desinterés y de humanidad para con los Indios”, dice el autor, y aclara que lo supone hijo de un corregidor para acentuar los contrapuntos del drama. En las apasionadas notas, describe las condiciones de trabajo de los indios, “entre las minas se trabajaba siempre con luz artificial”, “durante las noches dormían a la entrada de las cavernas”, “no volvía a sus hogares ni la décima parte, pues morían al rigor de las enfermedades, cuando no eran sepultados bajo las ruinas de las cavernas que se desplomaban”. Menciona a Manco, fundador y primer Inca del Perú, llamado por los indios Capac, “rico de virtud”; se cree que reinó 40 años. Recuerda que Antonio Arriaga, corregidor de Tinta, fue atraído a Tungasuka por Tupac Amaru y ahorcado después de un proceso por sus crímenes; fueron abolidas las mitas, repartos, alcabalas, y sus bienes distribuidos entre los indios. Para el autor, “el honor y la justicia” exigían que los americanos españoles se unieran a Tupac Amaru, ya que prácticamente estaban en la misma condición que los indios, pero en su mayoría consolidaron “el poder de sus opresores”; señala también la esperanza frustrada de que el poder británico en guerra con España auxiliara esta sublevación. Recuerda que las indias, intrépidas y valientes, peleaban en todas las acciones, y la mujer de Tupa-Catari, en ausencia

de su marido, queda en el mando. Destaca que “las solas armas con que los Indios ganaron sus primeros triunfos” fueron garrotes y piedras arrojadas con honda.

En el texto de la obra, es interesante ver que el jefe indígena Catari destaca la independencia de los “Nord-Americanos”, y Bastidas afirma que son sus héroes y modelos, porque “como vos detestamos los tiranos, /como vos detestamos las cadenas, /como vos aspiramos a ser libres”. En 1822, Morante se va de Buenos Aires y pasa por Mendoza, donde hace funciones con un grupo de aficionados a beneficio de las escuelas laicas lancasterianas; regresa después de quedarse 3 años en Santiago de Chile. Juan Velarde y Trinidad Guevara encabezan entonces la compañía.

UNA TRAGEDIA

ARGIA

El género tragedia, considerado en primer lugar en la valoración de las obras dramáticas, vuelve en junio de 1823 cuando se publica *Molina* del poeta y abogado Manuel Belgrano, sobrino del prócer, una tragedia neoclásica en cinco actos y en verso endecasílabo. Sucede en Quito al comenzar la conquista de los Incas, y trata el amor prohibido del oficial español Molina por Cora, virgen del Sol, que termina felizmente. En julio de ese año, el joven poeta Juan Cruz Varela lee en la casa de Bernardino Rivadavia una tragedia neoclásica en tres actos y en verso, *Dido*, editada en agosto; se estrena en Buenos Aires en 1825 y en Chile en 1828. El conflicto entre el deber y el amor, la razón y la pasión, está inspirado en el canto IV de la *Eneida* de Virgilio.

En 1824 Juan Cruz Varela publica la tragedia neoclásica en cinco actos, *Argia*, en versos endecasílabos, inspirada en *Polínice* y en *Antígona* de Alfieri, el italiano que prefiere a las tragedias francesas de Corneille y Racine. Vuelve a las fuentes de la Antigüedad para el tema, los sucesos

anteriores a la guerra de Troya, y a los modelos del neoclasicismo europeo, aunque Varela plantea la antítesis tiranía/libertad con doble referencia a la mitología griega y al contexto político nacional. Cuando *Argia* se estrena, el 26 de junio de 1824 en el Coliseo, con Juan Velarde en Creón, una crítica dice que Varela es “el Sófocles y el Racine de nuestro país”.

Juan Cruz Varela (Buenos Aires 1794-Montevideo 1839), poeta, dramaturgo y político, estudia en Córdoba y vuelve en 1818 a Buenos Aires, donde se convierte en un militante de la política de Rivadavia y ocupa cargos oficiales; en 1829 viaja con su familia a Montevideo.

En 1826 y en 1831 *Argia* se repone con Trinidad Guevara en la protagonista; se repite en 1833 y en 1855. En 1836 se presenta en la ciudad de Santa Fe para las fiestas patronales.

Trinidad Guevara reaparece en el Coliseo en abril de 1825, después de una ausencia de un año y medio; entretanto ha nacido su hija Domitila. Vuelve a protagonizar las obras con Morante, quien ha regresado de Chile y comparte ahora la dirección y los roles de primer galán con Velarde. En 1827 Morante vuelve a partir a Chile; a su paso por Mendoza, hace una breve temporada en el Teatro del Cuartel de los Olivos de Ruiz Huidobro, militar español que se une al ejército patriota, llega desde Chile y funda esa sala donde dirige dos años un elenco con actores locales. Morante continúa con su carrera y su actitud militante de patriota en Santiago de Chile, pero sufre problemas de salud y muere a los 54 años, en 1835.

El teatro en la época de la Independencia presenta en el Coliseo porteño la continuidad de una compañía estable con predominio de actores criollos y grandes figuras actorales, aunque las temporadas sufren altibajos por la situación económica o política. El repertorio está constituido por los estrenos locales, las piezas francesas o italianas en su mayoría, con alguna excepción como la tragedia *Guatimoc* del patriota colombiano José Fernández Madrid estrenada en 1828, y se desechan las

obras españolas. Los diferentes precios de las localidades muestran un público de distintos sectores y en un documento oficial se llama la atención al empresario por “el exceso de gentes de color que se ve en el Coliseo”. En la misma sala comienzan a presentarse funciones de ópera y ballet, y actúan elencos de aficionados. La crítica periodística de la actividad teatral se inicia en la década de 1820 y continúa en forma irregular. La sala del Coliseo monopoliza lo que se denomina “teatro”, pero coexiste en Buenos Aires con otros espacios donde se presentan compañías de circo y de muñecos, grupos de teatro negro, espectáculos con ilusiones ópticas, expresiones afroargentinas como el candombe, y grandes fiestas teatrales en la calle.

En las provincias, hay alguna información sobre espectáculos en las ciudades, mientras los payadores actúan en las zonas rurales y siguen a los ejércitos. Las comunidades indígenas continúan con sus rituales dramáticos puros o mestizados según las regiones.

Las obras de teatro argentino de este período muestran dos vertientes principales: el estilo neoclásico y el estilo criollo, en verso y en prosa, con el tema de la Independencia monopolizando los textos. Ya sea en la celebración de las batallas, en drama, comedia o tragedia, en temas históricos, mitológicos o de actualidad, la antítesis libertad/tiranía domina la escena.

Beatriz Seibel

bibliografía

- BERENGUER CARISOMO, Arturo, *Las ideas estéticas en el teatro argentino*, Instituto Nacional de Estudios de Teatro, Buenos Aires, 1947.
- CASABLANCA, Adolfo, *El teatro en la historia argentina*, Honorable Concejo Deliberante, Buenos Aires, 1994.

KLEIN, Teodoro, *El actor en el Río de la Plata. De la Colonia a la Independencia nacional*. Asociación Argentina de Actores, Buenos Aires, 1984.

ORDAZ, Luis, *Historia del teatro argentino*, Instituto Nacional del Teatro, Buenos Aires, 1999.

SEIBEL, Beatriz, *Historia del teatro argentino*. Corregidor, Buenos Aires, 2002.

UN INGLÉS, *Cinco años en Buenos Aires. 1820-1825*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.



Las batallas



El detalle de la acción de Maipú

Anónimo

> el detalle de la acción de Maipú

Sainete provincial

PERSONAJES

SEÑOR PANCHO }
SEÑORA MARICA } *padres de Juan José*

JUAN JOSÉ, *soldado que vino de Chile*
con Don Manuel Escalada

PETRONA }
PAJARITO } *hermanos de Juan José*

ALCALDE Y VECINOS, *entre estos VALENTÍN*

ESCENA: RANCHO. EN UN LADO APARECE PANCHO, ACOSTADO SOBRE SU RECADO, TAPADO CON UN PONCHO; MARICA, SENTADA JUNTO AL FUEGO EN EL CUAL HABRÁ CALDERA Y AL LADO UN MATE, HACE LA QUE HILA, Y PETRONA, COMO ACOMODANDO TRES O CUATRO BOTIJAS EN UN RINCÓN. EN LAS PAREDES HABRÁ ALGUNAS GUASCAS, LAZO Y UN PAR DE BOLAS, COLGADAS. SE OYE COMO GALOPE FUERA; AMBAS MIRAN COMO CON CURIOSIDAD HACIA LA PUERTA, Y RECIBEN LA LLEGADA DEL ALCALDE CON ALGUNA SORPRESA. LA ACCIÓN EXPRESIVA QUEDARÁ OMITIDA EN ALGUNOS CASOS, QUEDANDO OBLIGADO EL AUTOR A REPARAR LOS ENSAYOS PARA AUMENTAR APTITUDES.

ALCALDE: *(Sale)*

¡Viva la Patria, que viva!
Hoy es día de bailar:
ya Chile está libertao.
¡Vamos, que viva, gritar!

MARICA: *(Con admiración)*

Señó Alcalde, ¿qué nos dice?
Pancho, Pancho, recordate...

(Meneándolo)

¡Mire qué hombre de los diablos!

(Agarrándose la cabeza)

Pancho, por Dios, levántate.

PANCHO: *(Sentándose y restregándose los ojos)*

¡Maldita sea la mujer!

¿...Qué queréis, por Cristo padre?

Agora no más me acuesto,

ya venís, ¡eh!, levántate...

(Bostezando).

ALCALDE: Sí señor, que es la noticia
de Chile lo que ha llegao:
ya los Godos, señó Pancho,
de hecho los hemos cagao.

PANCHO: *(Sentado y santiguándose)*

¿Qué me dice, Señó Alcalde?

Agora estaba soñando

lo mesmito... ¡Ah, San Martín!

¡Cuántas guerras vais ganando!

ALCALDE: Esta tarde me jui al pueblo,
como le dije a Usté ayer,
y en la Plaza de Lorea
vi tanta gente correr,
que le dije a Pajarito,
andate hasta el Juerte y ve
las noticias, y en seguida
traime tabaco y papel,
pero el diablo del muchacho
de aónde; lo esperé un güen rato;
y viendo no parecía

me le jui siguiendo el rastro.

Llegué a la calle e las Torres

y ya oigo la gritería:

¡Viva la Patria!... Hasta el Juerte

me largué gritando ¡Viva!

(Golpeándose la boca)

Allacito e la Recova

dejé el caallo y entré

a tiempo que principiaban

arriba a leer un papel.

Era el chasque que mandaba

el General San Martín,

diciéndole al Diretor:

Chile se ha salvado al fin...

(Levantando los brazos)

Allí topé a Pajarito;

le dije: ¿qué andás haciendo?

Montá y decile a tu padre

¡Viva la Patria!, corriendo...

(Agachándose como para amenazar).

MARICA: *(Levantando la mano derecha)*

De ande... ni ha apareció.

¡Quién sabe si este muchacho

con tanta gente no anda

lo mesmito que un borracho!

PANCHO: *(A Marica y después mirando al Alcalde)*

Callate bruta; un muchacho,

Señó Alcalde, él es lechero,

pero toíto su modo

mesmo parece pueblerero.

PETRONA: Mi madre, y si Pajarito
no va mañana al Café
a llevar leche, mi padre
que la lleve es menester.

PANCHO: Cállese, la sinvergüenza.
¿Qué querés? ¿Qué vaya yo
con las botijas al pueblo?
¡La perra que te parió!

MARICA: *(A Petrona)*
No le hace; cuanto amanezca
vos con una y yo con otra,
no se ha de quedar sin leche
el Café de los Patriotas.
En alcanzando pa estos,
aunque el Godo no la cate;
que almuercen bosta toitos
en lugar de chocolate.

PANCHO: *(Se levanta, sacudiendo el poncho)*
Eso sí, Marica vieja.
¡La puta con la muchacha!
Que en diciendo Maturrangos
de hecho no más, se le agacha.
Pero digo, Señor Alcalde:
¿cómo diablos se ganó
esa aición, que el otro día
tan de cierto se perdió?

ALCALDE: *(Mirando a la puerta)*
Me parece, amigo Pancho,
se oye galope allá juera.

PANCHO: *(A Petrona)*
Andá, Petrona, de golpe
asomate a la tranquera.

Vase Petrona.

MARICA: *(Agarrándole el hombro derecho a Pancho)*
¡Que jueese, Pancho, viniese
con el chasque, Juan José!
¡Porque ese muchacho es diablo!
Por el grito estoy que él es.
(Como afirmando, después de poner el oído para la puerta).

Se oye como que paran un caballo y afuera dice:

PAJARITO: ¡Viva la Patria, mi Madre,
que al Godo se redotó!
(Entra).
Dice Juan José que él solo
a más de cuatro cagó.
(Con alegría).

MARICA: *(Dándose una palmada en el muslo derecho)*
¿No dije yo? ¡Si parece
que el corazón me decía
que Juan José sin pensar
la noticia nos traería!
Muchacho, ¿aónde está tu hermano?

PAJARITO: Ai topó unos al entrar;
le agarraron el caallo,
¡de ande poder caminar!
Allá se divisa luz
como que va caminando.

(Se agacha, mira para la puerta, como vichando)

¡Eh!, ¡eh! Ellos han de ser.
¿No oye que vienen cantando?
Mire, en el Juerte le dijo
el comandante que vino:
andate y vení mañana;
no vas a hacer falta, indino.

MARICA: Pero decime, maldito,
¿qué viste cuando el Alcalde
te mandó por el papel?
Que no has estado de balde.

PAJARITO: *(Dando algunos pasos, como inquieto)*
Déjeme, por Jesucristo;
sí ando, ¡lo mismo que un toro!
deseando que Juan José
cuenta cómo cagó al Godo.

Desde que salió Petrona a ver qué galopaba, Pancho envuelve su recado, lo pone en un lado; menea un barrilito para ver si tiene agua, se ata un pañuelo en la cabeza y se mete el poncho por el pescuezo. Se oye ruido de algunos caballos; entra adelante Juan José con algunos hombres y mujeres vestidos de paisano-gaucha: aquel con chaqueta de uniforme, sable, gorra, algo roto y sucio, etc. Entre ellos Petrona.

JUAN JOSÉ: Deo gracias, ¿la bendición?

PANCHO: *(Corriendo)*
¡Ah, hijo e perra, el granadero!
Ya sé que habéis sacudido.

JUAN JOSÉ: Como todo compañero.

UN VECINO: Señó Pancho, yo me alegro
tenga noticia de su hijo.

Dios le dé vida y salud
para tener muchos como este.

ALCALDE: Dejemos ya cumplimientos.
Díganos, amigo viejo,
¿cómo queda San Martín?
Hombre, ¿y aquel azulejo?
(Hace que habla con Juan José aparte).

PANCHO: *(Con prisa)*
Petrona, calentate agua
vamos al mate fajando,
y Juan José que comience
ya que hoy iba platicando.
Pajarito, agarrá el chifle
andá a lo e cómo se llama
y decile de mi parte
que me mande un frasco e caña.
Andate y venite pronto;
no vas a desensillar
porque esta noche hasta el día
en vela vas a pasar.

Vase Pajarito con el chifle.

¿Qué diablos le estás contando
al Alcalde, Juan José?
Arrimate para acá.
Meneá ese juego, encendé...

A Petrona. Esta se levanta, toma la caldera, saca agua del barril, la pone al fuego, la caldera, vaciando la yerba que tenga el mate y echando yerba nueva.

JUAN JOSÉ: *(Al Alcalde)*

¿Cuándo estaba por venir
sino es la calaverada
que me dio de suplicar
al Comendante Escalada?

ALCALDE: Saque avíos, amigo señó Pancho
que el amigo Juan José
es causa que Pajarito
no me haiga trío el papel.

*Todos se sientan. Pancho saca una chuspa, de ella tabaco, y
mientras Juan José empieza su historia se entretiene en picar.*

JUAN JOSÉ: Pues señor, el Jueves Santo,
día de mi General,
pensé que los Maturrangos
me jugasen Carnaval.
Allí Perico y Laguna
(Al Alcalde)
quedaron en la estacada.
¡Viera, mi padre, qué noche!
¡Ah pucha, Cancha Rayada!
Nos fuimos cuasi hasta Talca
a eso de ponerse el sol.
Velay, aquí el enemigo.
(Saca el cuchillo y señala en el suelo).
Aquí hay un camino, ¿no?
Pues en dos alas nos puso
por lo pronto el General;
de allí a un rato la derecha
la hizo luego caminar.
Ya iba la izquierda a menearse
cuando, ¡ah, Cristo!, redepente

nos ganan la artillería
aquella maldita gente.
¡Ah Godos, hijos de perra!
Lo que se vieron perdidos
se nos vinieron de noche;
pero poco han conseguido.
(Con desprecio)
Cuasi media hora anduvimos
tirándoles como a perro;
hasta que ya caminamos
así como pa este cerro.
(Vuelve a señalar más arriba)
Aquí el Godo-maturrango
nos principió a menudear;
y nosotros a arrimarles,
sin dejarlos descansar.
Me dio rabia cuando vide
A Oingi, tan güen paisano,
(Como con lástima)
que de la maldita aición
le coloreaba una mano,
que a un Gallego le metí
por este lao, Dios nos guarde,
(Señala el derecho)
y allí mismo largó
lo que merendó esa tarde.
¡La pucha! Ansí que vio
esta liorna el General,
como Dios le dio a entender,
tocó a hacernos retirar.
Nos pusimos a la derecha,

que intanta estaba tuavía,
y aonde Heras nos aguardaba
con alguna artillería.
¡Ah Cristo! Cuando nos vimos
en Chimbarongo reunidos,
sin tener cuasi ni carne,
ni agua, y al fin mal dormidos,
quise, mesmo, degollarme
por estar tan redotao,
y por ver que los Gallegos
cuasi nos habían cagao.
Pero algún Santo ese día
me quitó esta tentación,
para que en Maipú pudiese
ganar al Godo un cañón.
A San Fernando nos juimos;
allí estuvimos dos días,
mientras tanto el General
tomaba otra vez medías.
Pero el probe sin comer
estaba, de este color.
(Enseñando la chaqueta)
Pensando no más el hombre
¡qué diría el Direitor!
Juntó a toitos los jefes,
y yo el cargo que me hago
es que allí se trataría
de caminar a Santiago.
Porque decho de ese día
volvimos a recular
sus ochenta leguas, ¡mire

que sería caminar!
Pero hombre, quiso la Virgen
que de allí a unos trece días
estábamos lo mismito
que ante, y con más alegría.

PANCHO: Che, Juan José, y ¿qué les dijo
San Martín cuando los vio
tan alegres a toítos?
¿No dis que les predicó?

JUAN JOSÉ: ¡La perra en el granadero!
¡Mirá que es hombre cojudo!
Después de que nos redotaron,
Entonces estaba más duro.
Decía el hombre –¡qué caracha!–
no hay cuidao muchachos;
la Patria se ha de salvar,
y hasta el General Osorio
me lo hemos de hacer bostear.
Ello era cojudo y macho;
no había cuasi escuadrones,
y sólo ducientos hombres
formaban los batallones.

MARICA: ¡Ansí esos perros Matuchos
nos vienen a hacer la guerra!
Lo que ven pocos a ellos,
pero muchos, a su tierra.

PANCHO: *(Mirándola como enojado)*
¡Qué diantre! Parecés sonsa:
cuando platiquen, callate.

Seguí, Juan José, tu historia

(A este)

Che, Petrona, cebá mate.

Dándole priesa. Entonces Pancho le alcanza el cigarro al Alcalde, diciéndole: Velay.

JUAN JOSÉ: Pues señor, el día dos
caminamos pa el Espejo
oyendo los cañonazos;
pero el enemigo, lejos.
Toito el tres y el cuatro
sobre el arma lo pasamos,
y de cuando en cuando el viejo
venía, qué tal estamos.
(Variando la voz un poco)
Toítos a una decían:
vamos bien mi General.
Está güeno, contestaba,
ánimo hijos, y a pelear.
Con Güenos-Aires y Chile
tenemos lo suficiente
pa destroz ar esos Godos
que Dios nos ha puesto al frente.
No desmayen compañeros,
la Virgen nos va a ayudar.
¡Dijo tanto aquel maldito
que cuasi me eché a llorar!

ALCALDE: ¡Si es el diablo!, y tan dichoso
que es, que cualquiera diría
en Chacabuco, que el hombre
andaba con brujería.

Mire que esto de pelear

a balazos, muchas veces

no es muy güeno; y si no yo,

¿no ve? cuando los Ingleses...

(Se alza un poco los calzoncillos y enseña)

Agora es, cuando me pesa

la sangre que en Monserrate

redamé por ese... ¡ya iba

(Se santigua).

a decir un disparate!

Mire, amigo, hubió ocasión

(A Juan José)

que si supiera de mar,

por esta, que en un demonio

(Jura haciendo una cruz)

me había de ir a embarcar.

Tan sólo por desafiar

a ese Fernando que ladra;

siga amigo aparecero, y dispense

que le atajao la palabra.

(A Juan José).

JUAN JOSÉ: Pues, como iba con mi cuento:
el cinco al amanecer
conoció, cuanto vichó
lo que le iba a suceder.
Jue y a Balcarce entregó,
toita la Infantería;
y la derecha a Laseras,
porque ya la conocía.
A Alvarao le dio la izquierda
y la reserva a Quintana.

¡Ah Cristo!, me acordaré
siempre yo de esa mañana.
La derecha dio a Zapiola,
digo, la caballería,
¡viera aquel hombre alegrarse!
¡Ah hijo e pucha, don Matías!
A Freyre largó la izquierda,
compuesta de toa gente,
escolta del Diretor
y Cazadores valientes,
que ni miedo ni otra cosa
conocieron en los Andes;
con esto, ¡cuándo el Gallego
estaba por ganar!, ¡de ande!
Así que vichó ño Osorio
toda esta maquinación,
mandó a un cerro muy chiquito
cuatro piezas de cañón.
San Martín, ya escarmentado,
sin duda le coligió
y mandó a los Comendantes
Plaza y Blanco-Ciserón
que con sus otros cañones
princiase el borbollón;
cuando por la otra colina
nos mandó otra egolución.
Cuando los vio el enemigo
que los nuestros ya bajaban,
entonces los cañonazos,
¡ah hijo e pucha!, menudeaban.
Ya se vinieron encima

un grueso de caballería;
y nada, los Granaderos
a caballo, qué, decían,
vámonos mi Comendante,
que queden en la estaqueada.
Eso sí, dijo gritando
mi don Manuel Escalada.
Avancen hijos de Dios
y de su Madre divina...
Ya se largó, y en seguida
el comendante Medina.
Pero, amigo, los Gallegos
dieron güelta a veinte pasos;
nosotros hasta el cerrito
sobre ellos palo y sablazos.

(Accionando)

Esos de Burgos, mentados,
al ver nuestros Escuadrones
mire, mi madre, de susto
cagaban en los calzones.

Se ríen todos.

Era tanto el tiroteo
que de arriba nos hacían,
que jue menester dejarles
el puesto que antes tenían.

PANCHO: ¡Qué diablo!
JUAN JOSÉ: Volvimos, y nos juntamos
con el paisano Zapiola
y reunidos, a los Godos,
les calentamos la cola.

Ya la acción volvía a empeñarse
con los nuestros de la izquierda
por la derecha enemiga,
que esa era tropa no mierda.

PANCHO: ¡Oh!

JUAN JOSÉ: Vuelve de nuevo a cargar,
¿Y sabe por qué lo hacía?
Porque más para atrasito
traiban más caballería.
Pero Borgoño subió,
con la artillería de Chile
y con los ocho cañones
caiban los Godos, a miles.
(Uniendo los dedos)
A pesar de esparramarse
tantísimo Maturrango,
ya cuasi estaban cansados
los nuestros de aquel fandango.
Entonces el General
a Quintana le mandó
viniese con su reserva;
y el chiquito lo cumplió.
(Pegándose una palmada en la rodilla)
Traiba al primero y al tres,
de Chile muy güena gente
(Como afirmando)
traiba el siete de los Andes,
que también son muy valientes;
y con Tonso, el de Coquimbo,
que también dis que cargó,

toitita nuestra linia
sobre el Gallego volvió.

PANCHO: Eso sí.

JUAN JOSÉ: Volvió Freyre, y los demás
según les iba tocando
y con la ayuda de Dios
todos iban mojando.
El General San Martín,
¡Viva la Patria! gritaba,
porque de atrás había bala,
por si alguno reculaba.

ALCALDE: ¡La pucha!

JUAN JOSÉ: ¡Pero de ande! ¡Viva Chile!
¡Viva Güenos-Aires! ¡Viva!
Amigo, eso sí era sangre,
pero, ¡qué diablos!, arriba...

PANCHO: ¿Qué habían de hacer?

JUAN JOSÉ: A cientos los Maturrangos
quedaban en la estaqueada,
dejando en las bayonetas
la entretela y riñonada.
Se fueron hacia el Espejo
toitos los que quedaban.
¡Ah, Virgen!, ¡quién lo creería,
pues de allí nos menudeaban!
Agarraron otro cerro
y estuvieron más de una hora,
ai fue donde me libró
la Virgen Nuestra Señora.

¡Qué fuego, y qué disparar
cañonazos los Marranos
cuando vieron, que aun allí
les íbamos a las manos!

PANCHO: ¡Ah, criollos!

JUAN JOSÉ: Tocaron a polvorosa;
¡pero de ande!, ni por esas;
en cuanto paso tenían
se encontraban una pieza.
No tuvieron más remedio
que rendirse a discreción;
quedando, a Dios gracias,
por nuestro el campo y la acción.
A tres mil hombres tomamos,
ciento y noventa Oficiales:
y así como unos dos mil
lo mismito que tendales.

Todos se echan a reír.

Todita la artillería,
parque, hospital, cirujanos,
la caja y sus dependencias,
todo quedó en nuestras manos.

ALCALDE: ¡Carancho!

JUAN JOSÉ: Osorio y unos ducientos
por milagro se escaparon.

MARICA: ¡Qué lástima!

JUAN JOSÉ: ¿Pero ande han de ir que más valgan?
A esta hora ya los cagaron.

Se oye galope afuera, y al momento entra Pajarito con el chifle.

PAJARITO: ¡La perra digo, en el hombre!
¡Gallego había de ser!
No quiso abrirme la puerta;
ya no me quería vender.
Le dije de la noticia,
y quedó tan asustao,
que mire, por una cuarta,
cuasi el chifle me ha llenao.
(Le enseña a Pancho).

PANCHO: Alcanzame, Pajarito,
porque hoy me voy a pedar.
¡Que digan lo que dijeren!
¿Marica, te has de enojar?

MARICA: Emborrachate, y verás.
(Amenazándole).
Después me habéis de decir
si te llevan a la calce:
Marica, haceme salir.

PANCHO: *(Bebe y dice)*
Tomá Juan José y bebé,
porque Dios te ha libertao
de tantísimos trabajos
como decís que has pasao.
¡Pa que viva el General!

JUAN JOSÉ: *(Lo toma y brinda)*
¡Pa que viva el General
y los demás Comendantes

que han hecho per y cagar
al Gallego en un instante!
(Bebe y pasa el chifle por todos).

PANCHO: ¡Ah hijo e perra, mi hijo! ¡Si es
lo mesmito que su agüelo!
(Que Dios tenga en su descanso).
¡Si no le ha quitaó un pelo!

PAJARITO: Mi padre, ya le avisé
a ña Marica y Lorenzo,
que Juan José había llegao;
y que han de venir me pienso.

MARICA: *(Alegrándose)*
Hiciste bien, y si vienen
no vas a desensillar,
porque has de ir por la guitarra
pa ponernos a bailar.

ALCALDE: *(Levantándose)*
Por mí ya tienen licencia;
la guitarra yo traeré,
que está recién encordada.
Hasta luego, Juan José.
(Vase y se oyen pasos de caballo).

PANCHO: *(Cuando va saliendo el Alcalde)*
Señó Alcalde, no haga falta,
venga y nos divertiremos;
avise al amigo Antonio
que un güen fandango tenemos.

JUAN JOSÉ: Che, Pajarito, decime:
¿cómo diablo adivinaste

que había llegado al Juerte?
Vení, contame, sentate.

Pajarito se sienta adonde estaba el Alcalde, que debe ser junto a su padre.

PAJARITO: Yo estaba arreando la vaca
yagüanesa, y el Alcalde
me llamó: vení, me dijo,
hasta al pueblo acompañarme.
Me dio pa comprar tabaco...
Ya estaba en la Plaza nueva,
cuando le oyí a dos muchachos
que llevaban dos banderas;
me asomé y la polvadera
a lo lejos divisé;
¡qué tabaco, ni qué diablos!
Hasta el Juerte me largué.
Yo no sabía que vos
acababas de dentrar,
que si no, ¡cuándo is que estaba
por dejarte de buscar!
Allí cerca a la Recova,
mi caballito dejé
y por entre los Soldaos
hasta arriba me colé.
Salió un hombre de una casa
llenita e cómo se llama...
abrazando a una mujer
con reboso de a llamas.
Yo le oyí a un inglés que dijo
aquel es el Direitor,

(Como señalando)

me subí en un banco largo
pa vichar aquel Señor.

¡Pero si viera, mi Madre!
¡Ah, hombre fornido y bonito!
Tenía dos cómo llaman...

(Tocándose los hombros)

Él es alto y bien gordito.
Cuanto salió ajuera, el pueblo
principió a dar tantos gritos
que yo me asusté. ¡Ah, puebleros!
¡Mire que habían sólo malditos!

(Riéndose)

¡El Direitor, de contento,
el probecito lloraba!

(Como sensible)

Mesmo pensé que también
a Pajarito abrazaba.

(Se ríe).

Un soldao me arrempujó
y me hizo bajar abajo;
cuasi estuve por decirle
vaya a la mierda...

Antes que concluya, le pega Pancho un pescozón y dice:

PANCHO: ¡Callate, que está tu Padre!
¡Habrase visto, Señor!
¿Con que eso habías de decir
delante del Direitor?

MARICA: *(Enfadada)*

¡No seas bárbaro en tu vida!
¡Mírelo que cogotazo
le ha dao a la criatura!
Alcanzá, Petrona, el lazo.

PANCHO: Ya se ve. ¿Quién le mandó
decir esas palabradas?
¡Jugate no más conmigo!
Ya saben mis humoradas.

A Marica. Se oye guitarra, en la puerta.

PETRONA: Mi madre, ai están dando
música en la puerta, mire.

PANCHO: *(Como enojado)*
Callate la boca, andate
antes que un diablo te tire.

*Cantan afuera. Marica y los demás se levantan, ponen
junto a la pared las cabezas o trozos en que estaban sentados,
y en ese intermedio cantan los de afuera.*

VALENTÍN: *(Fuera)*
Escuche, Ño Juan José,
lo que le voy a cantar.
Tan sólo yo le suplico
nos dé licencia pa entrar
y conocerá al que quiere
a su padre saludar.
Y conocerá al que quiere
a su padre saludar.

PANCHO: Adelante, Caballeros.
Eso sí, la Patria viva.

(Cuando van entrando)

Aquí está el que a los Gallegos
Le enseñó las tres Marías.

(Señala a Juan José).

Entran el Alcalde, una mujer y un hombre, Valentín.

VALENTIN: Dios les dé muy güenas noches.

Aparcero, ¿cómo le ha ido?

(A Juan José)

¿Cuándo fue la bienvenida?

¡Y cuántas cosas ha traído!

PANCHO: Déjese e querer saber
lo que ha traído el Granadero.

Vamos, a bailar Cielito.

Desensillá vos ligero.

(A Pajarito, y se va a desensillar).

MARICA: ¡Che Pancho, no comencés!

Dejá que toquen primero:

mirá que aquí está el Alcalde,

cuidao con ser majadero.

PANCHO: Me parece que he bailar
y con vos mesma ha de ser,
ya que San Martín, al Godo,
de hecho lo hizo contraper.

JUAN JOSÉ: Deje que cante el aparcero
alguna cosa de gusto,
porque él es mozo sabido
y que lo luzca es muy justo.

Se templá la guitarra, y después el que la tenga canta lo siguiente:

CANTOR: *Décimas*

¡Viva la patria mil veces

y viva la gran Nación,

que la manda con ventaja

Juan Martín de Pueyrredón!

En Chacabuco, el tirano

pensó salir victorioso

y se rindió al valeroso

distinguido Americano.

Aquella divina mano

que nos libró de reveses

quiso que después volviéses

Osorio a tu sepultura:

ya enfriaron tu calentura.

¡Viva la Patria mil veces!

En Maipú fue redotada

Lima tu loca avaricia;

y de tu Rey la malicia

quedó ya bien castigada.

Que nos mande nueva armada

con esa Constitución;

que aquí está ese Pueyrredón

diciendo con arrogancia

viva Chile y su costancia

¡y viva la gran Nación!

Americanos del Sud

sigan las disposiciones,

pues que todas las Naciones

hoy ofrecerán gratitud,

y a vos Director salud

por lo mucho que trabajas

que con tan pocas barajas
tanta alzada habéis ganado,
que San Martín ha afirmado
que la manda con ventajas.
Tiemble Fernando al saber
que el valiente San Martín
me le ha tocao el violín
con tan poquito poder.
Siempre le ha de suceder
lo mesmo a ese perro León.
Y cuando sepan la acción
por esos mundos de Cristo
han de decir: ¡qué maldito
Juan Martín de Pueyrredón!
Dispense, amigo ño Pancho,
si la guitarra no es güena;
pues yo sólo le he cantao
pa darle la enhoragüena.

Antes que concluyan la despedida, toma el chifle Pancho; bebe y le dice a Petrona al oído que de a todos mientras él echa la relación; enseguida se pone las bolas a la cintura, etc., y dice en el mismo momento de concluir el cantor:

PANCHO: Para darle la enhoragüena,
mejor es que se la dé
al que ya nos ha salvao
como Usté mesmo lo ve.
Pues a Osorio, amigo viejo,
en el llano de Maipú
sin sentir, los dos Martines
le han sacao el caracú.
Me acuerdo, cuando el Inglés,

que a aquel de húsar me lo vi.
¡Algún malo viejo es este
me dije acá, pa entre mí!
Todo el mundo maliciaba
que había e gobernar al fin.
¿Y qué me dice, aparcerero,
del General San Martín?
Decían algunos Gallegos:
no es güeno pa militar;
parece que barruntaban
los había de cagar.
Agora no hay más remedio
que tenerlo en güena estima,
porque si hay regulaciones
de hecho perdimos a Lima.
Mañana, me voy temprano
y le digo al Direitor:
Dios le dé muy güenos días;
aquí me tiene Señor.
Yo soy un probe, casado
con ña Marica Peralta,
moza patriota y cojuda,
graciosita, y no muy alta.
Tengo un hijo que ha llegao
con don Manuel Escalada;
y pido a su Reverencia,
por Dios y mi Patria amada,
me deje pasar con él
hasta Ño Serna encontrar,
para ver si estas madamas
se las puedo acomodar.

(Señala las bolas).

Se me hace, Marica vieja,
que me ha de decir que sí,
y puede que me haga cabo
sin saber ler ni escribir.

Si en la guerra me matasen,
un padrenuestro rezame
y en tus cortas oraciones
a la Virgen encomendame.

Sólo te pido una cosa:
que si acaso quedáis viuda,
no te caséis con Gallego,
porque son pura basura.
Vamos, mozos, al Cielito
(Refregándose las manos)
diciendo antes de empezar:
¡Viva Chile y Güenos-Aires!,
que ño Pancho acabó ya.

Palmotean todos y dicen: ¡Viva la Patria! Juan José se levanta, abraza a su padre y le dice:

JUAN JOSÉ: ¡Amalaya si viniera!
Pero ya Usté es algo viejo;
cuide a mi madre nomás,
yo me romperé el pellejo.
Toque y cante Cielo, amigo.
(Al de la guitarra)
Paisana hágame la gracia...
(A una de las que estén sentadas)
Bailaremos una copla.

ELLA: Paisano, mas que sean dos.

Se ponen tres hombres y tres mujeres, como Cielo apericonado; y Pancho, a quien le tocará hacer de Pericón, dice antes del primer verso del Cielito:

PANCHO: Marica, agora verás
el betún* que voy a hacer.
Cante, aparcerero, que estoy
(Al de la guitarra)
sin poderme ya tener.

CANTOR: Cielito,
Si algún Gallego no gusta,
que me espere en la tranquera,
que en cantando este versito
nos veremos allá ajuera.
Cielito, Cielito sí,
cielo no hay que desconfiar
que conforme cayó Osorio,
ño Serna también caerá.

En acabando este verso, empieza el vals y cuando vayan en él dice:

PANCHO: ¡Ah Marica si ba [...]
Eso sí, mirá qué pierna
[...] Zapatear verás agora:
vaya, señores, cadena.

Cuando esta se ha concluido, repite el cantor los dos últimos renglones para el betún; cuando Pancho lo hace, dice:

¡Ah diablos! ¿Qué [...] parece?
También se con [...] anz [...]
Vení Valentín, mudame,

* Betún: zapateado

que un verso voy a cantar.

Se levanta Valentín; se ata el poncho a la cintura, saluda a la compañera, levantándose un poquito el sombrero. Pancho se pone en cuclillas junto al que toca, se suena las narices con la punta del poncho, etc., y canta:

El 19 de marzo
el gallego nos ganó,
porque Dios, el probecito
al otro día murió.
Y así que resucitó
y vió de la aición el fin
le infunde juerza y valor
al General San Martín.

Cuando ya ha hecho el betún, y antes que empiecen nueva copla, dice Marica:

MARICA: Che Pancho, ya son las dos,
cuando menos acabá;
despejá que el muchacho
ha de querer descansar.

Se despide Pancho con el siguiente verso:

PANCHO: Siento echar la despedida
con todo mi corazón:
porque digamos que ¡Viva
San Martín y Pueyrredón!
Cielito, a estos dos Patriotas
la Virgen los ha de ayudar
paque por ellos toitos
cantemos la libertad.
Cielito, Cielo, por ella

la sangre derramaremos,
y al Gobierno que nos manda
con gusto defenderemos.

Después que ha acabado el betún, se desatan los ponchos y se embozan, quedándose unidos a Pancho, que ya habrá tomado la posición que se le señale y dirá a los espectadores:

Señores, si acaso ha estado
esta junción divertida,
denme las gracias; si no
no digan nada, en su vida.
Señoras, si les preguntan
¿qué tal ha estao el sainete?,
digan muy güeno; y en él
dijeron: Fernando siete,
acordate e Chacabuco,
Maipú, Tucumán y Salta
y de ese Montevideo,
que tuavía otra nos falta.
Pero a caer, ¿aónde se ha dir?
si ya los Americanos
han conocido que tienen
diez dedos en las dos manos.
Yo, por todos aseguro
que le hemos de ver el fin.

TODOS: Si nos manda Pueyrredón
y pelea San Martín.

PANCHO: Que agachando cada cual
el lomo a las Patrias Leyes
verá la Unión Federal.
Y así, Porteños del alma,

obedeced al Gobierno,
y el nombre de Buenos Aires

TODOS: Será por siempre eterno.

FIN

Cielito de Maipú

Bartolomé Hidalgo

> **cielito de Maipú**

Cielito patriótico que compuso un gaucho para cantar la acción de Maipú.

No me neguéis este día
cuerditas vuestro favor,
y contaré en el Cielito
de Maipú la grande acción.

Cielo, cielito que sí,
cielito de Chacabuco
si Marcó perdió el envite
Osorio no ganó el truco.

En el paraje mentado
que llaman Cancha Rayada,
el general San Martín
llegó con la grande armada.

Cielito, cielo que sí,
era la gente lucida
y todos mozos amargos*
para hacer una embestida.

Lo saben los enemigos
y al grito ya se vinieron,
y sin poder evitarlo
nuestro campo sorprendieron.

Cielito, cielo que sí,

* Amargo: valiente

cielito del almidón,
no te aflijas godo viejo
que ya te darán jabón.

De noche avanzaron ellos
y allá tuvieron sus tratos;
compraron barato, es cierto,
¡qué malo es comprar barato!

Cielito, cielo que sí,
le dijo el sapo a la rana
cantá esta noche a tu gusto
y nos veremos mañana.

Se reúnen los dispersos
y marchan las divisiones,
y ya andan los paisanos
con muy malas intenciones.

Allá va cielo, y más cielo,
cielito de la cadena,
para disfrutar placeres
es preciso sentir penas.

Pero ¡bien ayga los indios!
Ni por el diablo aflojaron,
mueran todos los gallegos,
viva la Patria, gritaron.

Cielito digo que no,
no embrome, amigo Fernando.

Si la patria ha de ser libre
para qué anda reculando.

Al final el cinco de abril
se vieron las dos armadas
en el arroyo Maipú,
que hace como una quebrada.

Cielito, cielo que no,
cielito digo que sí,
párese mi Don Osorio
que allá va ya San Martín.

Empiezan a menear bala
los godos con los cañones,
y al humo ya se metieron
todos nuestros batallones.

Cielito, cielo que sí,
cielo de la madriguera,
cuanto el godo pestañeó
quedó como tapadera.

Peleó con mucho coraje
la soldadesca de España,
habían sido guapos viejos
pero no por la mañana.

Cielo, cielito que sí,
la sangre amigo corría

a juntarse con el agua
que del arroyo salía.

Cargaron nuestros soldados
y pelaron los latones,*
y todo lo que cargaron
flaquearon los guapetones.

Cielito, cielo de flores,
los de lanza atropellaron;
pero del caballo, amigo,
limpitos me los sacaron.

Osorio salió matando
al concluirse la contienda,
sin saber hasta el presente
dónde fue a tirar la rienda.

Cielito, cielo que sí,
cielito de los reveses;
nos ganaron el albur
y perdieron los entreses.**

Godos como infierno, amigo,
en ese día murieron,
porque el Patriota es temible
en gritando el entrevero.

Cielo, cielito que sí,
hubo tajos que era risa,

* Latones: sables

** Entrés: oportunidad

a uno el lomo le pusieron
como pliegues de camisa.

Quedó el campo enteramente
por nuestros americanos,
y Chile libre quedó
para siempre de tiranos.

Cielito, cielo que sí,
por ser el godó tan terco,
se ha quedado el infeliz
como avestruz contra el cerco.

Hubo muchos prisioneros
de resultas del combate,
y según todas las señas
no les habían dado mate.

Cielito, cielo que sí,
Americanos unión,
y díganle al rey Fernando
que mande otra expedición.

Ya, españoles, se acabó
el tiempo de un tal Pizarro,
ahora, como se descuiden,
les ha de apretar el carro.

Cielito, cielo que sí,
cielito del disimulo,

de balde tiran la taba
porque siempre ha de echar culo.

Ya puede el virrey de Lima
echar su banda en remojo,
si quiere librar el cuero
vaya largando el abrojo.

Cielito, cielo que sí,
largue el mono, no sea primo,
porque cuanto se resista
ya quedó como racimo.

Viva nuestra libertad
y el general San Martín,
y publíquelo la fama
con su sonoro clarín.

Cielito, cielo que sí,
de Maipú la competencia
consolidó para siempre
nuestra augusta independencia.

Viva el gobierno presente,
que por su constancia y celo
ha hecho florecer la causa
de nuestro nativo suelo.

Cielito, cielo que sí,
vivan las autoridades,

y también que viva yo
para cantar las verdades.

FIN

Diálogo patriótico interesante

Bartolomé Hidalgo

PERSONAJES

CONTRERAS
CHANO

*JACINTO CHANO, CAPATAZ DE UNA ESTANCIA EN LAS ISLAS DEL TORDILLO
Y EL GAUCHO DE LA GUARDIA DEL MONTE.**

CONTRERAS: Con que, amigo, ¿dónde diablos
sale? Meta el redomón,**
desensille, votoalante...
¡Ah pingo que da calor!

CHANO: De las islas del Tordillo
salí en este mancarrón:***
¡pero si es trabuco, Cristo!
¿Cómo está señó Ramón?

CONTRERAS: Lindamente a su servicio...
¿Y se vino del tirón?

CHANO: Sí, amigo, estaba de balde,
y le dije a Salvador:
andá traeme el azulejo,
apretamelé el cinchón
porque voy a platicar
con el paisano Ramón,

* Se supone recién llegado a la Guardia del Monte el capataz Chano y el diálogo en casa del paisano Ramón Contreras (que es el gaucho de la Guardia). - *Nota del Autor.*

** Redomón: caballo de amansamiento.

*** Mancarrón: caballo viejo.

y ya también salí al tranco,
 y cuando se puso el sol
 caí al camino y me vine;
 cuando en esto se asustó
 el animal, porque el poncho
 las verijas* le tocó...
 ¡Qué sosegarse este diablo!
 A bellaquiar se agachó
 y conmigo a unos zanjones
 caliente se enderezó.
 Viéndome medio atrasao
 puse el corazón en Dios
 y en la viuda, y me tendí;
 y tan lindo atropelló
 este bruto, que las zanjas
 como quiera las salvó.
 ¡Eh p... el pingo ligero!
 ¡Bien haiga quien lo parió!
 Por fin, después de este lance
 del todo sosegó,
 y hoy lo sobé** de mañana
 antes de salir el sol,
 de suerte que está el caballo
 parejo que da temor.

CONTRERAS: ¡Ah, Chano!... ¡Pero si es liendre***
 en cualquiera bagualón...!****
 Mientras se calienta el agua
 y echamos un cimarrón

* Verijas: órganos genitales.
 ** Sobar: agotar con marcha fatigosa.
 *** Liendre: astuto.
 **** Bagual: caballo sin domar.

¿qué novedades se corren?

CHANO: Novedades... qué se yo;
 hay tantas que uno no acierta
 a qué lao caerá el dos,*
 aunque le esté viendo el lomo.
 Todo el Pago es sabedor
 que yo siempre por la causa
 anduve al frío y calor.
 Cuando la primera Patria,**
 al grito se presentó
 Chano con todos sus hijos.
 ¡Ah tiempo aquel, ya pasó!
 Si jue en la Patria del medio***
 lo mismo me sucedió,
 pero, amigo, en esta Patria...
 Alcancemé un cimarrón.

CONTRERAS: No se corte, dele guasca,****
 siga la conversación,
 velay mate: todos saben
 que Chano, el viejo cantor,
 aonde quiera que vaya
 es un hombre de razón,
 y que una sentencia suya
 es como de Salomón.

CHANO: Pues bajo de ese entender
 empriestemé su atención,
 y le diré cuanto siente

* Dos: carta de triunfo en el monte.
 ** Primera Patria: años 1811/1814.
 *** Patria del medio: 1814/1817.
 **** Guasca: lonja de cuero.

este pobre corazón,
que como tórtola amante
que a su consorte perdió,
y que anda de rama en rama
publicando su dolor;
así yo de rancho en rancho
y de tapera* en galpón
ando triste y sin reposo,
cantando con ronca voz
de mi Patria los trabajos,
de mi destino el rigor...
En diez años que llevamos
de nuestra revolución,
por sacudir las cadenas
de Fernando el baladrón:**
¿qué ventaja hemos sacado?
Las diré con su perdón.
Robarnos unos a otros,
aumentar la desunión,
querer todos gobernar,
y de faición en faición
andar sin saber que andamos:
resultando en conclusión
que hasta el nombre de paisano
parece de mal sabor,
y en su lugar yo no veo
sino un eterno rencor
y una tropilla de pobres,
que metida en un rincón
canta al son de su miseria:
¡no es la miseria mal son!

* Tapera: rancho abandonado.

** Baladrón: fanfarrón.

CONTRERAS: ¿Y no se sabe en qué diasques*
este enriedo consistió?
¡La pujanza en los paisanos
que son de mala intención!
Usted que es hombre escrebido
por su madre digaló,
que aunque yo compongo Cielos
y soy medio payador,
a usted le rindo las armas
porque sabe más que yo.

CHANO: Desde el principio, Contreras,
esto ya se equivocó;
de todas nuestras Provincias
se empezó a hacer distinción.
Como si todas no juesen
alumbradas por un sol;
entraron a desconfiar
unas de otras con tesón,
y al instante la discordia
el palenque nos ganó.
Y cuando nos discuidamos
al grito nos revolcó.
¿Por qué naidas sobre naidas
ha de ser más superior?
El mérito es quien decide,
oiga una comparaición:
quiere hacer una voltiada**
en la estancia del Rincón

* Diasques: disques, intrigas.

** Voltiada: voltear las vacas para marcarlas

el amigo Sayavedra:
pronto se corre la voz
del Pago entre la gauchada,
ensillan el mancarrón
más razonable que tienen,
y afilando el alfajor*
se vinieron a la oreja
cantando versos de amor;
llegan, voltean, trabajan,
pero amigo, del montón
reventó el lazo un novillo
y solito se cortó,
y atrás de él como langosta
el gauchaje se largó...
¡Qué recostarlo, ni en chanza!
Cuando en esto lo atajó
un muchacho forastero,
y a la estancia lo arrimó.
Lo llama el dueño de casa,
mira su disposición
y al instante lo conchaba.
Ahura pues, pregunto yo:
¿el no ser de la cuadrilla
hubiera sido razón
para no premiar al mozo?
Pues oiga la aplicación,
la lay es una no más,
y ella da su protección
a todo el que la respeta.
El que la lay agravió

* Alfajor: facón.

que la desagravie al punto:
esto es lo que manda Dios,
lo que pide la justicia
y que clama la razón;
sin preguntar si es porteño
el que la ley ofendió,
ni si es salteño o puntano,
ni si tiene mal color;
ella es igual contra el crimen
y nunca hace distinción
de arroyos ni de lagunas,
de rico ni pobretón:
para ella es lo mismo el poncho
que casaca y pantalón;
pero es platicar de balde,
y mientras no vea yo
que se castiga el delito
sin mirar la condición:
digo, que hemos de ser libres
cuando hable mi mancarrón.

CONTRERAS: Es cierto cuanto me ha dicho,
y mire que es un dolor
ver estas rivalidades,
perdiendo el tiempo mejor
solo en disputar derechos
hasta que ¡no quiera Dios!
se aproveche algún cualquiera
de todo nuestro sudor.

CHANO: Todos disputan derechos,
pero, amigo, sabe Dios

si conocen sus deberes:
de aquí nace nuestro error,
nuestras desgracias y penas:
yo lo digo, sí señor,
¡qué derechos ni qué diablos!
Primero es la obligación,
cada uno cumpla la suya,
y después será razón
que reclame sus derechos:
así en la revolución
hemos ido reculando,
disputando con tesón
el empleo y la vedera,
el rango y la adulación,
y en cuanto a los ocho pesos...
¡El diablo es este Ramón!

CONTRERAS: Lo que a mí me causa espanto
es ver que ya se acabó
tanto dinero, por Cristo;
¡mire que daba temor
tantísima pesería!
¡Yo no sé en qué se gastó!
Cuando el general Belgrano
(que esté gozando de Dios)
entró en Tucumán, mi hermano
por fortuna lo topó,
y hasta entregar el rosquete*
ya no lo desamparó.
Pero, ¡ah contar de miserias!,
de la misma formación

* Entregar el rosquete: morir.

sacaban la soldadesca
delgada que era un dolor,
con la ropa hecha miñangos
y el que comía mejor
era algún trigo cocido
que por fortuna encontró.
Los otros, cuál más cuál menos,
sufren el mismo rigor.
Si es algún güen oficial
que al fin se inutilizó,
da cuatrocientos mil pasos
pidiendo por conclusión
un socorro: no hay dinero,
vuelva... todavía no...
Hasta que sus camaradas
(que están también de mi flor)
le largan una camisa,
unos cigarros y adiós.
Si es la pobre y triste viuda
que a su marido perdió,
y que anda en las diligencias
de remediar su aflicción,
lamenta su suerte ingrata
en un mísero rincón.
De composturas no hablemos:
vea lo que me pasó
al entrar a la ciudad;
estaba el pingo flacón
y en el pantano primero
lueguito ya se enterró,
seguí adelante, ¡ah barriales!

Si daba miedo, señor.
anduve por todas partes
y vi un grande caserón
que llaman de las comedias,
que hace que se principió
muchos años, y no pasa
de un abierto corralón,
y dicen los hombres viejos
que allí un caudal se gastó,
tal vez al hacer las cuentas
alguno se equivocó
y por decir cien mil pesos...
Velay otro cimarrón.
Si es en el Paso del Ciego
allí Tacuara perdió
la carrera el otro día;
y él por el Paso cortó
porque le habían informao
que en su gran composición
se había gastao un caudal.
Conque, amigo, no sé yo
por más que estoy cavilando
aonde está el borbollón.

CHANO: Eso es querer saber mucho.
Si se hiciera una razón
de toda la plata y oro
que en Buenos Aires entró
desde el día memorable
de nuestra revulución,
y después de güena fe
se hiciera una relación

de los gastos que han habío,
el pescuezo apuesto yo
a que sobraba dinero
para formar un cordón
dende aquí a Guasupicúa,*
pero en tanto que al rigor
del hambre perece el pobre,
el soldado de valor,
el oficial de servicios,
y que la prostitución
se acerca a la infeliz viuda
que mira con cruel dolor
padecer a sus hijuelos;
entre tanto, el adulón,
el que de nada nos sirve
y vive en toda faición,
disfruta gran abundancia;
y como no le costó
nada el andar remediao
gasta más pesos que arroz.
Y, amigo, de esta manera,
en medio del pericón
el que tiene es don Julano,
y el que perdió se amoló:**
sin que todos los servicios
que a la Patria le emprestó,
lo libren de una roncada
que le largue algún pintor.***

* Guasupicúa: lugar ficticio y lejano.

** Amoló: embromó.

*** Pintor: por jactancioso.

CONTRERAS: Pues yo siempre oí decir
que ante la lay era yo
igual a todos los hombres.

CHANO: Mesmamente, así pasó,
y en papeletas de molde
por todo se publicó;
pero hay sus dificultades
en cuanto a la ejecución.
Roba un gaucho unas espuelas,
o quitó algún mancarrón,
o del peso de unos medios
a algún paisano alivió;
lo prienden, me lo enchalecan,*
y en cuanto se descuidó
le limpiaron la caracha;**
y de malo y saltiador
me lo tratan, y a un presidio
lo mandan con calzador;
aquí la lay cumplió, es cierto,
y de esto me alegre yo;
quien tal hizo que tal pague.
Vamos pues a un Señorón;
tiene una casualidá...
ya se ve... se remedió...
Un descuido que a un cualquiera
le sucede, sí señor,
al principio mucha bulla,
embargo, causa, prisión,
van y vienen, van y vienen,

* Enchalecan: poner un cuero fresco que oprime los brazos y lo inmoviliza.

** Caracha: sarna.

secretos, admiración,
¿qué declara? que es mentira,
que él es un hombre de honor.
¿Y la mosca? No se sabe,
el Estao la perdió,
el preso sale a la calle
y se acaba la junción.
¿Y esto se llama igualdá?
¡La perra que me parió!...
En fin, dejemos, amigo,
tan triste conversación,
pues no pierdo la esperanza
de ver la reformatión.
Paisanos de todas las layas,
perdonad mi relación:
ella es hija de un deseo
puro y de güena intención.
Valerosos generales
de nuestra revolución,
gobierno a quien le tributo
toda mi veneración;
que en todas vuestras aiciones
os dé su gracia el Señor,
para que enmendéis la plana
que tantos años erró;
que brille en güestros decretos
la justicia y la razón,
que el que la hizo la pague,
premio al que lo mereció,
guerra eterna a la discordia,
y entonces sí creo yo

que seremos hombres libres
y gozaremos el don
más precioso de la tierra:
Americanos, unión,
os lo pide humildemente
un gaucho con ronca voz
que no espera de la Patria
ni premio ni galardón,
pues desprecia las riquezas
porque no tiene ambición.
Y con esto hasta otro día,
mande usté, amigo Ramón,
a quien desea servirle
con la vida y corazón.

Esto dijo el viejo Chano
y a su Pago se marchó,
Ramón se largó al rodeo
y el diálogo se acabó.

FIN

La batalla de Pazco

Anónimo

> la batalla de Pazco por el General San Martín

Drama histórico en un acto

INTERLOCUTORES

EL GRAL. SAN MARTIN

SU MAYOR GENERAL

EDECÁN INDEPENDIENTE

GRAL. ORRELI, *realista*

MAYOR GENERAL REALISTA

EDECÁN REALISTA

ALCALDE

EDUARDO *su hijo*

MUJER 1ª

---- 2ª

---- 3ª

---- 4ª

LUISA

OFICIALES Y TROPA DE AMBOS EJÉRCITOS

PUEBLO

LA ESCENA ES EN PAZCO, PUEBLO DEL TERRITORIO DE LIMA, PRINCIPIA EN UNA SALA DE LA CASA DEL ALCALDE, Y CONCLUYE EN EL CAMPO EN LAS INMEDIACIONES DE DICHO PUEBLO DONDE SE DA LA BATALLA.

SALA, Y SALE EL ALCALDE LEYENDO UNA CARTA.

ALCALDE: ¿Será posible? ¿A tanto puede llegar la temeridad de este hombre que se haya atrevido a concebir una empresa semejante? ¿Pero si no fuera así, a qué fin había de invadir este territorio? ¿Quién pudiera creer que después de haber atravesado los Andes con su ejército, cosa que nos parecía imposible, después de haber vencido en Chacabuco y en Maipú, y no habiendo dejado ni siquiera un Soldado del

Rey en todo el reino de Chile, había de venir este hombre por estos países? ¿Se habrá podido figurar tan fácil la conquista del Perú? ¡Ah, cuán engañado está! Pues si allí se encontró con el afeminado Osorio y el imbécil Marcó, nosotros tenemos un Pezuela, un Laserna, y un Orreli, cuya pericia militar y amor a su rey están bien acreditados, y no dudo que sabrán escarmentar tanta audacia: pero no perdamos tiempo, y pues no me es permitido dudar un momento de la identidad de esta noticia, es necesario comunicársela al instante al general Orreli; pues una vez que se halla tan inmediato, y su división se compone de más de 1.500 hombres, puede que se resuelva a atacarlo antes de que yo sufra el tormento de verlos ocupar este pueblo. Hola?... (*Llamando*).

Salen Mujer 1ª y Eduardo.

MUJER 1ª: ¿Qué quieres, por qué das voces?

EDUARDO: Aquí estoy yo padre mío, ¿qué me tenéis que mandar?

ALCALDE: El recado de escribir, ve si está pronto.

Vase Eduardo.

MUJER 1ª: ¿Qué significa ese ceño hombre? Desde el momento en que recibiste esa maldita carta, estás tan de mal humor que nadie puede sufrirte; ¿qué es esto? ¿No merezco que me hagas sabedora de su contenido?

Sale Eduardo con recado de escribir.

EDUARDO: Aquí está la escribanía con todo lo necesario.

ALCALDE: Ponla sobre ese bufete. Está bien: y tú para que veas que mi desazón no es infundada, oye (*Lee*): “Una división del Ejército expedicionario de Chile que conduce el general San

Martín, acaba de llegar a este pueblo: su fuerza es de 800 a mil hombres, poco más o menos, y la manda un tal Arenales. Aquí duermen esta noche y parece que mañana salen: según el rumor que corre entre ellos mismos, tratan de reunirse al resto del ejército y salir al encuentro a la división nuestra que manda el general Orreli, lo que no puedo dejar de comunicar a Vd. para que si sabe su destino le dé este importante aviso, con el fin de que no lo tomen de sorpresa. Dios gué a Vuesta Merced”. Mira si tengo razón y si mi sobresalto...

MUJER 1ª: No prosigas, que me avergüenzo de llegar a comprender que esa noticia pueda contristarte cuando debías manifestar el mayor entusiasmo al recibirla.

EDUARDO: En verdad padre mío que yo más bien creo deberíais estar alegre. Las noticias indudables que tenemos de la conducta que ha observado en Chile el invicto general San Martín y su bravo ejército, al que con tanta justicia se le ha aplicado el renombre de Libertador, son tan auténticas y satisfactorias, que tienen impaciente a casi todo el Perú por albergar en su seno a tan generosos campeones. ¿Qué podéis vos temer de ellos? Su objeto sólo se dirige a libertarnos del yugo ominoso que nos oprime, trescientos años ha, y que ahora más que nunca debemos procurar sacudir. La península misma trabaja incesantemente por derrocar el absolutismo, ¿y queréis que nosotros lo acatemos? Reflexionad padre mío.

ALCALDE: No prosigas insensato, atrevido, ¿en dónde has aprendido tú esas máximas? ¿Quién te las ha inspirado?

EDUARDO: ¿Quién? La razón natural, y el íntimo convencimiento de los derechos que nos concedió la madre naturaleza; derechos usurpados por la ambición con la mayor injusticia y que ya nos es preciso recobrar.

ALCALDE: ¡Inconsiderado, loco, cómo te alucinas con frívolas esperanzas! ¡Qué mal conoces a los conquistadores y lo que de ellos pueden esperar los conquistados! Mas yo no me dejaré nunca seducir de sus lisonjeras promesas; conozco que mi adhesión al monarca y el haber nacido en España, será suficiente para que me persigan y aniquilen, pero yo no por eso he de variar la opinión, y sabré perecer primero si fuese necesario para sostener la mía.

EDUARDO: ¡Qué alucinado estáis padre mío! Pero yo espero que la experiencia os ha de hacer salir de vuestro error. Manteneos imparcial en la gloriosa lucha que se prepara, conservad enhora buena vuestra opinión, pero no la manifestéis en público, no tratéis de sostenerla con las armas, y veréis cómo nuestros bravos libertadores, que se precian de justos y generosos, nunca tratan de incomodaros, veréis la liberalidad con que saben apreciar las virtudes en donde quiera que las encuentren, sin reparar en el nacimiento ni en el país a que pertenezca el sujeto que las reúna; y como podréis entonces...

ALCALDE: ¿Qué avilantez, qué lenguaje es este tan desconocido en mi casa? ¿Eres tú mi hijo? ¿No temes mi furor? ¿En mi presencia te atreves a hablar así?

EDUARDO: Tranquilizaos, padre mío: es necesario desechar esas preocupaciones. ¿Qué esperáis vos de ese Rey injusto y tirano que por desgracia domina la infeliz España? ¿Qué podéis prometeros de su dependencia, cuando los que más se han sacrificado por él han sido sus primeras víctimas? ¿Cuando después de haber jurado solemnemente la constitución que le presentó la nación a su vuelta de Francia, no vemos en él más que un perjuro, un déspota, y

un tirano que no reconoce más ley que su capricho? ¿No tenéis aquí vuestra familia? ¿No habéis hecho aquí vuestra fortuna? Pues por qué razón...

ALCALDE: ¡Hijo ingrato!... Quítate de mi presencia si no quieres que te mande encerrar en el más oscuro calabozo.

MUJER 1ª: ¿Y qué conseguirías con eso? ¿Te parece que lograrías ahogar sus nobles sentimientos? ¡Ah! Cuán engañado estás.

Sale la Mujer 2ª.

MUJER 2ª: Hermana, hermana... acaba de entrar en el pueblo una partida del ejército libertador, y asegura que no tardará en llegar el resto de él con su general.

ALCALDE: ¡Qué rabia! ¿Y yo he de verlo tranquilo? No: primero quiero derramar la última gota de mi sangre; y pues se encuentran tan cerca las tropas de mi rey, yo me uniré con ellas. *(Vase).*

EDUARDO: Esperad, padre mío... ¡Ay! Él va a precipitarse...

MUJER 1ª: Corramos, Eduardo: empleemos todos nuestros esfuerzos a fin de desimpresionarlo; tal vez el amor paternal y nuestros halagos consigan reducirlo a la razón.

MUJER 2ª: Yo creo que será en vano cuanto intentes hermana; está demasiado casado con su opinión, y sólo después de que vea por sus mismos ojos su error, me parece que se le podrá convencer. Él cree que no puede haber más gobierno bueno que el de un rey absoluto. Es demasiado devoto del Sr. Don Fernando, y... mientras no lo desimpresione la experiencia, creo que serán inútiles todas las persuaciones.

MUJER 1ª: Sin embargo yo no debo omitir ningún medio de cuantos puedan contribuir a libertarlo de un precipicio.

EDUARDO: Madre mía, aunque el amor patrio me arrebatara, no soy

capaz de olvidar jamás lo que debo al autor de mis días: esta sola circunstancia me bastaría para procurar su existencia aun a costa de la mía, aun cuando careciere de las demás virtudes que lo adornan: ellos merecen bien que se le disimule esta flaqueza y yo he pensado un medio que puede proporcionarme el placer de cumplir a un mismo tiempo con los deberes de hijo y buen patricio. Concededme vuestro permiso.

MUJER 1ª: Yo te le otorgo hijo mío: persuadida de que en tu noble corazón no puede albergarse idea que no sea digna de un ilustre americano: mas tranquiliza el de tu madre manifestando tu pensamiento.

MUJER 2ª: Sí, sí; dínos lo que intentas...

EDUARDO: Yo voy a correr a las filas del ejército libertador; a ponerme bajo la égida del héroe vencedor de Chacabuco y de Maipú, y ofreciéndole sacrificar mi vida en defensa de la justa causa que sostiene, intercederé por mi padre... Su magnánimo corazón me otorgará la gracia de disimularle este error, o si la obcecación y fanatismo lo conducen al extremo de hacerse delincuente, me permitirá sufrir yo la pena a que se hubiese hecho acreedor.

MUJER 1ª: ¡Oh, hijo mío! Nunca esperé menos de tu generosidad. Tú serás el apoyo de muchas, pues que sólo en tus virtudes se apoya la esperanza de mi felicidad.

MUJER 2ª: ¡Qué lástima es que su padre siendo tan hombre de bien, haya dado en la debilidad de ser partidario de los satélites de la tiranía! Cuánto más le valiera tener todo ese entusiasmo por los libertadores del Perú.

Sale la Mujer 3ª.

MUJER 3ª: Amigas, ¿pues que es esto? ¿No venís a recibir a nuestros libertadores? Cuando todo el pueblo se apresura y corre a tributarles el justo homenaje que merecen, ¿permanecéis en inacción dando vuestros semblantes indicios de tristeza?

MUJER 1ª: No, no, amiga mía, allá vamos al instante. Eduardo, yo quiero acompañarte: te presentaré yo misma al invicto general y uniendo mis ruegos a los tuyos, no dudo que obtendremos de su magnanimidad gracia para tu padre.

MUJER 3ª: ¿Gracia para tu padre? Pues acaso...

EDUARDO: No perdamos tiempo, madre mía... ¡Ah!... Cuánta es mi impaciencia por mirarme colocado entre mis compatriotas para poderme tener por uno de los bravos libertadores del Perú y afianzadores de la independencia general de Sud-América.

Vanse.

Mutación

Plaza: Aparecen hombres y mujeres del pueblo, Mujeres 1ª, 2ª, 3ª y 4ª con Eduardo; al correr la mutación el pueblo que figura estar viendo la formación grita alborozado.

UNOS: ¡Viva la libertad...!

TODOS: ¡¡Viva!!

OTROS: ¡Viva la independencia!

Marcha.

TODOS: ¡Viva...!

Después de estas voces se presenta la tropa al son de música marchando al compás de la marcha que tocará la música

militar; y después de saludar al público en el orden de parada con las armas presentadas, ocupa los dos costados del teatro formando calle para recibir al general. El pueblo se habrá retirado hacia los bastidores de la izquierda, pero queda visible, y al presentarse el general con su séquito grita alborozado.

VOCES: ¡Viva la patria, viva la libertad!

TODOS: ¡Viva!...

SAN MARTÍN: ¡Compatriotas! Ya hemos tremolado el pabellón de la libertad en la hermosa y opulenta región de los Incas. Desplome nuestro esfuerzo el soberbio coloso del despotismo que la subyugó por trescientos años y desde la Tierra del Fuego hasta el Istmo de Panamá, no quede otro vestigio de la opresión y tiranía que la execración de su memoria. Y vosotros moradores de estas comarcas desechad todo temor e incertidumbre. En mí y en el bravo ejército que tengo el honor de comandar, tendréis siempre el más seguro apoyo de vuestros derechos. Él es el mismo que en otro tiempo, venciendo primero a la naturaleza para vencer después a los enemigos de la libertad, atravesó los soberbios Andes, y triunfador en Chacabuco y en Maipú, aseguró la independencia de la República de Chile. Imitad a aquellos valientes araucanos descendientes de Caupolicán y Lautaro; conservad la más recíproca armonía entre naturales y extranjeros, uníos a mis legiones; proponeos ser libres, y conduciremos la victoria a los últimos términos del Perú.

VOCES: ¡Viva el Ejército libertador!

TODOS: ¡Viva!...

OTROS: ¡Viva su invicto general!

TODOS: ¡Viva...!

SAN MARTÍN: ¡En vuestro celo y patriotismo confío, para que viva la independencia!

TODOS: ¡Viva la independencia!

SAN MARTÍN: Eso sí amigos míos: conservad esos nobles sentimientos y triunfará y vivirá a pesar de los tiranos.

EDUARDO: ¡Señor el más generoso! Percibid el simple homenaje de estas tiernas lágrimas que el júbilo de verme a vuestros pies, me arranca indeliberadamente.

MUJER 1ª: Y permitid señor que esta tierna madre...

SAN MARTÍN: Alzad, señora, alzad, joven, no acibaréis el gusto que he tenido al mirar vuestro entusiasmo patriótico con esas humillaciones que sólo pueden ser gratas a los ojos de los tiranos. Decid si algo se os ofrece, y contad desde luego con mi protección.

MUJER 1ª: Señor, este joven es mi hijo único; desea con vivas ansias contribuir con su persona a la felicidad e independencia de nuestra patria; y yo os suplico os dignéis admitirlo en vuestras banderas.

SAN MARTÍN: Jamás he recibido un placer tan grande. ¿Conque deseáis ser militar?

EDUARDO: Sólo ambiciono señor el verme enumerado entre vuestras bravas legiones.

SAN MARTÍN: Pues ya lo tenéis concedido; siendo yo el garante de vuestros ascensos, si como creo, corresponden vuestros hechos a las esperanzas que en este momento me habéis hecho concebir con tan noble acción.

MUJER 1ª Y EDUARDO:

¡Ah Señor! Nuestra gratitud...

SAN MARTÍN: Alzad repito pues nada tenéis que agradecerme: mas decidme, ¿quién es vuestro padre?... ¿No existe acaso?

EDUARDO: Yo no sé qué responderle...

SAN MARTÍN: ¿Enmudecéis, y os enternecéis? Decid vos, señora.

MUJER 1ª: Su padre... ¿Cómo me declararé?

MUJER 2ª: Señor, el amor filial no le deja responder al hijo, ni la vergüenza a la madre, pero sepa V.E. que el padre de este joven era el Alcalde de este pueblo. Posee una regular fortuna y puede asegurarse que pocos le aventajan en honradez y probidad, pero su opinión...

SAN MARTÍN: ¿Es contraria a la mía?

MUJER 2ª: Sí Señor, por nuestra desgracia, cree que es imposible el que podamos ser felices bajo el Sistema de Libertad y así que supo la llegada de V.E. y su ejército, temeroso de que por esto le pudiera seguir algún perjuicio, se marchó al ejército que por orden del virrey de Lima venía a ocupar este pueblo con el ánimo, según decían, de batir en él a V.E.

EDUARDO: ¡Oh, qué imprudencia!

MUJER 1ª: Compadeced Señor su triste ceguedad.

EDUARDO: ¡Ah! ¡Si a costa de mi sangre pudiera yo hacerle variar de sistema!...

SAN MARTÍN: Nada temáis mis dignos compatriotas: vuestras virtudes me encantan, y esos nobles sentimientos inclinan más y más mi corazón a favor vuestro: procurad descubrir su paradero, y aseguradle de mi parte que puede regresar a su hogar sin el menor temor, para lo cual voy a mandar que se le extienda al instante un salvoconducto: protestadle que el ejército libertador no viene a combatir las opiniones de los hombres pacíficos, sino a los que con las armas en la mano, tratan de sostener el despotismo; que su mayor triunfo será el que

permanezcan unidos los ánimos de todos los habitantes, y que en el sistema liberal todos los hombres son iguales ante la Ley, siendo los más apreciados los que poseen mayores virtudes, sin que la circunstancia de haber nacido en este u otro país, pueda nunca servirles de perjuicio. La experiencia les hará conocer esta verdad, y si en la batalla que pienso dar en breve, la suerte de las armas conduce a mi poder a vuestro padre, yo prometo daros pruebas del lugar que os habéis hecho en mi gracia, y un claro testimonio a todos, de la notable diferencia que hay entre el proceder de los libres y el de los tiranos.

MUJER 1ª: El cielo conserve vuestra vida para la felicidad de los americanos.

SAN MARTÍN: Si todos se os pareciesen, pronto serían felices.

MUJER 1ª: Señor Excelentísimo, vuestras fatigas necesitarán algún reposo. Si os dignaseis honrar mi casa...

SAN MARTÍN: Con mucho gusto Señora. Disponed Señor Mayor general que se acuartele la tropa franca; que se refuercen los puntos que tengo ordenado; y pasad después a mi alojamiento, donde os comunicaré ciertas órdenes.

MAYOR GENERAL (MAYOR GRAL):

Confiad, Señor, en mi celo.

SAN MARTÍN: ¡Compatriotas! Conservad el orden. Los nobles habitantes de estas comarcas son nuestros hermanos, observad con ellos como hasta aquí la más recíproca unión e inalterable armonía; hacedles conocer con vuestras virtudes que nuestro intento sólo se reduce a hacerles participar de los deliciosos frutos, que producen la libertad e independencia... *(Vase con todos)*.

VOZ: ¡Viva la libertad e independencia!

TODOS: ¡Viva!

Queda sólo el mayor general con la tropa formada en una línea al fondo; manda si le parece algunas evoluciones y se retiran con la marcha que tocará la música.

Mutación

Sala corta en casa del Alcalde. Salen las 4 mujeres y Eduardo.

MUJER 1ª: Amigas mías, nunca puede serme más grata vuestra compañía; os suplico no me abandonéis; ya sabéis que hoy se hospeda en mi casa el libertador de nuestra patria. El General San Martín, ese héroe que la providencia nos ha señalado para reglar nuestros destinos y eternizar nuestra felicidad. Ved si será justo que yo procure obsequiarle.

MUJER 3ª: En verdad amiga mía, que eres bastante dichosa con un huésped semejante, y cree que sólo por disfrutar de su compañía y tener parte en los obsequios que le hagan, no te dejaríamos aunque tú no nos suplicas.

MUJER 4ª: No; pues su séquito, no se desmerece nada.

MUJER 2ª: En todos brilla el valor y el patriotismo. Y sus rostros revestidos de gravedad y compostura, inspiran la confianza. ¿Pero qué es esto, Eduardo, has enmudecido?

EDUARDO: No, pero mi corazón fluctúa entre el regocijo y la incertidumbre de la suerte de mi padre.

MUJER 2ª: No pienses ahora en eso. ¿No podía ser feliz en su casa y lo ha despreciado? Pues quien bien está y mal escoge, por mal que le venga no se enoje.

MUJER 4ª: El general se acerca con algunos oficiales.

MUJER 1ª: Pues hermana, ve a prevenir el refresco.

MUJER 2ª: Con alma y vida... *(Vase)*.

MUJER 4ª: Y yo voy a acompañarla *(Vase)*.

EDUARDO: Ya llegan, el corazón se me inflama con su vista.

General San Martín, Mayor General y Oficiales.

SAN MARTÍN: A vuestros pies, señoras.

LAS DOS: Servidoras de V.E.

SAN MARTÍN: Adiós Señor oficial. *(A Eduardo)*.

EDUARDO: Beso a V.E. la mano.

MUJER 1ª: Señor, si sois servido... *(Llegándole una silla)*.

SAN MARTÍN: Con mucho gusto Señora, pero sentaos vos primero.

MUJER 1ª: Obedezco si así os sirvo.

SAN MARTÍN: Vos también... *(A la Mujer 3ª)*.

MUJER 3ª: Me honráis Señor.

Se sientan todos.

SAN MARTÍN: Y bien Mayor General, ¿se ha alojado ya la tropa?

MAYOR GRAL.: Si Señor, apenas hube cubierto los puntos que V.E. me ordenó, cuando el noble vecindario me suplicó permitiese alojar en sus casas, la que quedaba franca, con el fin de obsequiarla y proporcionarle un descanso más cómodo que el del cuartel que se le había destinado; mas no hallándome facultado para acceder en el todo, he permitido que estén fuera del cuartel hasta la hora de la retreta.

SAN MARTÍN: Muy bien hecho: y para manifestar a este virtuoso joven que no está echado en olvido, haced reconocer por subteniente del nº 11 a Don Eduardo Abilés. Su bella disposición y sus nobles sentimientos me hacen creer que formaremos en él un digno Compañero de armas.

MAYOR GRAL.: En el momento seréis obedecido.

EDUARDO: Permitid Señor que mi reconocimiento...

SAN MARTÍN: En el campo de la gloria es donde debéis demostrarlo.

EDUARDO: Yo os juro sostener nuestra independencia hasta exhalar el último suspiro.

SAN MARTÍN: Esa será la más evidente prueba de gratitud.

Sale un Edecán independiente con un pliego.

EDECÁN: Señor el comandante de la avanzada ha remitido este pliego.

SAN MARTÍN: Permitidme señoras... *(Lee)*. "Acabo de saber por uno de los espías que observan al enemigo, que el general Orreli con su división ha hecho movimientos y que espera un refuerzo de 500 hombres que debe reunírsele dentro de pocas horas, lo que comunico a V.E. para su inteligencia. Compañeros, es forzoso partir al instante a destruir esos pocos enemigos de la libertad antes que les llegue el refuerzo que aguardan. Hagámosles conocer el esfuerzo y bravura de los libres, jurando antes que no retrogradaremos hasta exterminarlos o hacerles reconocer nuestra Independencia".

TODOS: Por Dios, por la patria y nuestro honor los juramos.

SAN MARTÍN: Pues con tales votos no debemos dudar de la Victoria.

MAYOR GRAL.: Y cuando la variable suerte de las armas se declarase en contra nuestra, ofreceremos a la patria nuestra sangre en defensa de sus derechos.

SAN MARTÍN: Eso sí amigos míos, con tan nobles sentimientos no dudo lograremos eternizarla. Respetable Matrona, madre venturosa de un tan digno hijo, en el campo de la gloria espero daros la más evidente prueba de mi gratitud. Adiós.

MUJER 1ª: Mirad Señor por mi hijo...

SAN MARTÍN: El valor, patriotismo y demás virtudes que le adornan, no necesitan otra recomendación. *(Vase con todos los oficiales)*.

MUJER 3ª: El cielo dirija tus operaciones y te corone de gloria, héroe americano.

EDUARDO: ¡Y el Dios de las batallas anime nuestro esfuerzo para que desterrando el despotismo de nuestras Américas, logremos ver en ellas afianzada la libertad e independencia!

Vanse todos.

Mutación

Bosque largo. Aparece el Ejército Realista y el Alcalde.

GENERAL ORRELI, REALISTA (GRAL.ORRELI):

El movimiento del enemigo me hace sospechar que ha tenido alguna noticia de nuestro plan. Con este motivo he resuelto variarlo y ocupar este punto como el más a propósito para esperar en caso que intente atacarnos antes que llegue el refuerzo que aguardamos.

MAYOR GENERAL REALISTA (MAYOR REAL.):

No crea V.S. que llegue a tanto su audacia: las armas del Rey son bastante respetables, y con sólo una pequeña escaramuza lograremos exterminar a cuantos se opongan a su poder.

GRAL. ORRELI: No debemos ser tan confiados, ni mirar nunca con desprecio al enemigo. Lo que haremos será tratar de entretenerlo por medio de parlamentos o con pequeñas escaramuzas, para dar tiempo a que llegue el refuerzo que por momentos aguardo, y entonces es más seguro nuestro triunfo.

MAYOR REAL: De cualquier modo no debemos dudar de él, y ya estoy impaciente porque llegue el momento de hacerles conocer su impotencia, sacrificando mi vida si fuese necesario para demostrar mi adhesión y fidelidad a nuestro augusto Soberano.

ALCALDE: ¿Y quién que se honre con el nombre de Español no le será fiel y morirá por su causa?

Se oyen a lo lejos algunos tiros de fusil como de guerrillas y sale un Edecán con un pliego.

GRAL. ORRELI: ¿Qué novedad será esta? ¿Qué traéis?... *(Al Edecán).*

EDECÁN REALISTA (EDECÁN REAL.):

Este parte para V.S. del comandante de la Vanguardia.

GRAL. ORRELI: *(Leyendo)* “El enemigo avanza con la mayor precipitación. He destacado algunas guerrillas con el fin de entretenerlo mientras paso a ocupar con mi fuerza el punto que V.S. me tiene ordenado, en donde esperaré vuestras órdenes. Dios guíe a V.S.”. Es necesario prepararnos a recibirlos y castigar su insensato orgullo; disponed la formación de las tropas, y que ocupen luego esa altura con la artillería.

MAYOR REAL: Obedezco...

Hace señal en el tambor, tocan llamada y tropa y se forman.

GRAL. ORRELI: ¡Valientes defensores de los derechos del Rey! Un miserable puñado de hombres armados, rebeldes a su Majestad, insulta

nuestro valor, y nos provoca a la lid. Vamos a esperarlos con valor y serenidad; no separéis de vuestro esfuerzo la subordinación y buen orden para que consigan así el triunfo las armas del Soberano.

El Mayor General manda desfilas la tropa y con la marcha se retiran todos al lado de la izquierda. Algunos soldados se colocan en la altura que habrá al foro. Se da la batalla, derrotan a los realistas y salen todos los independientes.

SAN MARTÍN: ¡Viva la patria Americanos!

TODOS: ¡Viva!

SAN MARTÍN: A vuestro esfuerzo y bravura es debida la victoria que acabamos de conseguir. Para que sea más completa, unamos al valor la humanidad. Destínense al momento dos compañías para que recorran el campo. La una tratará de sepultar inmediatamente los cadáveres y la otra recogerá los heridos; conduzcansé estos al Hospital del ejército y que a estos como a los demás prisioneros se traten con la mayor consideración. Demos un ejemplo a los tiranos y al mundo todo de que nuestras acciones se reglan por la virtud para que diga la fama al publicar nuestros hechos. Que los Americanos luchando por su libertad fueron tan valientes y esforzados en las batallas, como piadosos y clementes después de ellas.

Salen. El Mayor General Independiente, el Alcalde y Soldados.

MAYOR GRAL.: Señor, la precipitada fuga del enemigo no nos ha permitido darle alcance; pero no han logrado reunirse arriba de veinte hombres, pues en una dispersión desordenada sólo tratan de salvar las vidas los pocos que han escapado. El Brigadier Orreli, con sólo tres hombres logró escapar de nuestras manos a favor de su ligero caballo, pero le sigue el Teniente Suárez con su partida y dificulto que deje de darle alcance.

También os presento este paisano que se ha tomado entre otros varios prisioneros, el cual huía precipitadamente en medio de la confusión.

EDUARDO: ¡Oh Dios!, ¡qué veo! ¡Este es mi padre!...

SAN MARTÍN: Acércate miserable... ¿quién eres? ¿Qué hacías entre los tiranos?

ALCALDE: Yo señor... estaba...

EDUARDO: Señor excelentísimo... ahora es tiempo de que os mostréis generoso... Este, Señor, es mi padre a quien su obcecación ha conducido...

SAN MARTÍN: Basta, estoy informado. Tranquilizaos, Eduardo. Su aversión a los libres no puede causarme alarmas por su impotencia; y aunque su proceder lo hace acreedor a sufrir la suerte de prisionero con los demás que hoy se han tomado, quiero dejarlo libre por tu mediación. En la acción que acabamos de dar, has cumplido perfectamente con los deberes de patriota, cumple ahora con los de hijo estrechando a tu padre entre tus brazos...

EDUARDO: ¡Oh, qué magnánimo corazón!... ¡Ah, padre mío, qué engañado habéis vivido!

ALCALDE: Ya empiezo a conocerlo, y siento un rayo de luz que me ilumina y quita la venda que me tenía tan ofuscado... Permitid, Señor, que a vuestros pies...

SAN MARTÍN: Basta, basta, levantaos: a las virtudes y valor de vuestro hijo, es a quien debéis agradecerlo...

Se oye gran rumor.

¿Mas qué rumor es el que se escucha?

Salen hombres y mujeres del pueblo.

MUJER 1ª: Señor, los habitantes de estas comarcas que admiran vuestros triunfos, no pudiendo contener su entusiasmo, desean tributaros sus homenajes en el mismo campo de la gloria.

SAN MARTÍN: Yo satisfaré sus deseos y corresponderé a su afecto, estrechándolos en mis brazos. Y vos Señora, ya tenéis cumplida la oferta que os hice, pues os devuelvo libre a vuestro esposo.

MUJER 1ª: Ah Señor, vuestras bondades...

ALCALDE: Por más que me esfuerzo no puedo dejar de cubrirme de horror y de vergüenza, al recordar mi antiguo delirio... ¡Ah, cuán injusto he sido!

MUJER 1ª: Desecha vanos temores, olvidemos ya lo pasado, y no dudes que tu arrepentimiento te colocará en la gracia de tan virtuoso general.

SAN MARTÍN: Sí, modera tu conducta y tendrás en mí un protector. Ya sois libres, amigos míos... si queréis conservar tan precioso don, albergad siempre en vuestros pechos los nobles sentimientos que me habéis manifestado en este día, y sobre todo conservad entre vosotros la más recíproca unión.

MUJER 2ª: Señor, permitid que canten en vuestro obsequio una canción patriótica, y admitid esta pequeña prueba de nuestra gratitud. *(Presentándole una corona de flores)*.

SAN MARTÍN: Con regocijo la acepto, y os concedo cuando pidáis.

Música.

EDUARDO: *(Cantando)*

De la trompa guerrera
el eco belicoso,

inflama fervoroso
el patriótico ardor.
Las huestes enemigas
rotas despedazadas
se postran humilladas
al pie del vencedor.
Honor.

TODOS: Honor.

EDUARDO: Honor.

TODOS: Honor.
Honor a los valientes.

MUJER 2ª: La patria se salvó.

LUISA: La patria lastimada
al ver que un Rey tirano
le usurpaba inhumano
su gloria y esplendor,
recuerda al Argentino
su gloria acreditada
y su fulmínea espada
lo llena de terror.
Honor.

TODOS: Honor.

LUISA: Honor.

TODOS: Honor.
Honor a los valientes.

MUJER 2ª: La patria se salvó.

SAN MARTÍN: Compatriotas contad con mi gratitud. Ese ardiente celo por la libertad e independencia me enajena y asegura, que

tenemos próximo el día grande en que la América se vea colocada en el alto rango de Nación libre, independiente y constituida, a que la destinó la naturaleza. Retiraos a vuestros pacíficos hogares, mientras que yo proporcione algún descanso a mis tropas: mas no olvidéis jamás que para ser libres es indispensable querer serlo, amar el orden, respetar las leyes, y profesar odio eterno a los tiranos.

VOCES: ¡Vivan la libertad e independencia!

TODOS: ¡Vivan!

FIN

Defensa y triunfo del Tucumán

Luis Ambrosio Morante

> defensa y triunfo del Tucumán por el General Belgrano

Pieza militar en dos actos

PERSONAJES

EL GENERAL BELGRANO		<i>Sr Luis Ambrosio Morante</i>
VILBADO	} <i>Oficiales</i>	<i>Sr Joaquín Ramírez</i>
DON IGNACIO		<i>Sr Joaquín Culebras</i>
DON NICASIO		<i>Sr Juan Velarde</i>
PIERNA SANTA	} <i>Soldados veteranos</i>	<i>Sr Felipe David</i>
MALAPESTE		<i>Sr Jacobo González</i>
CARA-INIGÜA, <i>Tambor</i>		<i>el hijo de Ortega</i>
COSME	} <i>Voluntarios</i>	<i>Sr Juan Diez</i>
CHURRETE		<i>Sr Ventura Ortega</i>
UN OFICIAL PARLAMENTARIO DEL EJÉRCITO REALISTA		<i>Sr Juan Antonio Viera</i>
LUISA		
JUANA		<i>Comparsa de niños, ancianos, mujeres y paisanos - Comparsa de oficiales y tropas de ambos ejércitos.</i>

ACTO I

CAMPO DE LAS CARRERAS EN DISTANCIA LARGA, SE DEJA VER LA CIUDAD DEL TUCUMÁN. POR LA ESCENA HABRÁ REPARTIDOS, DURMIENDO SOBRE LAS CARTUCHERAS O CANANAS, VARIOS SOLDADOS Y PAISANOS DEL EJÉRCITO PATRIO. AL TIEMPO DE LEVANTAR EL TELÓN SE OYEN LEJANOS INSTRUMENTOS MARCIALES TOCANDO ALBORADA. EL TAMBOR CARA-INIGÜA SE PRESENTA TOCÁNDOLA. LOS SOLDADOS Y PAISANOS VAN DESPERTANDO SUCESIVAMENTE. SALEN VILBADO, IGNACIO Y NICASIO.

IGNACIO: ¡Vaya! ¡Soy feliz!

NICASIO: ¿Por qué?

IGNACIO: Porque me duró el dinero
hasta el punto que han sonado
las campanas de pellejo
y no he tenido que estar
de mirón.

VILBADO: ¡Qué! ¿Todo el resto
perdiste?

IGNACIO: El maldito Monte
hasta que me deje en cueros
no ha de parar... ¿Mas, qué importa?
Nací desnudo y lo mismo
tengo de morir... ¡Canario!
¡Lleve el demonio al primero
que se aflije por metales!

VILBADO: Si necesitas dinero
Ignacio, aquí tienes. *(Dale un bolsillo).*

IGNACIO: ¡Hombre,
entre amigos verdaderos
no debe haber pan partido! *(Lo guarda).*

Sale Malapeste

MALAPESTE: ¿Mi comandante?

IGNACIO: ¿Qué hay bueno,
Malapeste?

MALAPESTE: Hay, que el Mayor
General, manda este pliego
para usted.

Don Ignacio lo recibe, abre y lee para sí.

IGNACIO: ¡Famosamente!
¡Esto se va disponiendo
de veras!... Chicos, adiós. *(Yéndose).*

NICASIO: ¿Adónde vas tan violento?

IGNACIO: ¿Adónde? A ordenar los Cuerpos
de la División que debo
mandar cuando nos ataquen.

VILBADO: ¿Cuál División?

IGNACIO: Según veo
es la Segunda Columna
de Infantería. Debiendo
ir al frente, en las Secciones
que han formar su completo,
los esforzados Sempool,
Ruiz y Tellería.

NICASIO: ¡Bueno!
¡Chico, el parabién te doy!

VILBADO: Yo el parabién, y el afecto.

IGNACIO: También me ordenan que vaya
a observar los movimientos
del enemigo, que ayer
tuvo su avanzada menos
de media legua distante
de los batidores nuestros;
mas cuando se le aguardaba
para decidir el pleito,
retrogradó de improviso
situándose en Tafi-Viejo.

Con que por si acaso salen
erradas, que todo es bueno,
y doy con una emboscada,
dígame usted al Sargento
Mayor del número seis
que me prevenga al momento
treinta hombres.

MALAPESTE: Muy bien, señor. *(Vase)*.

IGNACIO: Con que será hasta más vernos,
muchachos... Pero ante todo,
vuelve a embolsar tu dinero *(A Vilbado)*
pues ya no es preciso. Dadme
un abrazo. Ah, sí; os advierto
(por si acaso en la sangrancia
me toca algún regalejo
de aquellos que a la otra vida
nos mandan para in eternum).
que echéis mano a mi equipaje
e informándoos a quien debo
de los muchos camaradas
hagáis se vean contentos,
sino pagados. He aquí *(A Vilbado dándole un papel)*
un mediano documento
en esta lista. Si sobra
peculio y salís del riesgo
echad brindis por Warnes
y que os haga buen provecho;
que yo mandaré las gracias
desde el otro barrio.

NICASIO: Cierto que es de admirar tu frescura.

VILBADO: Tu conformidad celebro.

IGNACIO: ¡Digo! Por ventura ¿Ignacio
nació para ser eterno?
¡Tertulia! Desde aquel punto
en que sometí mi cuerpo
a vestir con dos colores,
dije para mi colete:
“¡Warnes! Tú ya no mueres
de entripado, ni de aquellos
favores que nos reparten
los alumnos de Galeno”.
Supongo que me entendéis...
Muchachos, hasta más vernos. *(Vase)*.

VILBADO: ¡Qué carácter tan amable!

NICASIO: Sí, amigo; yo te confieso
me da envidia su bravura.
Su jovialidad, su genio,
su desinterés, compiten.

Dentro un Centinela.

UN CENTINELA:

Los de Guardia...

VILBADO: Hacia este puesto
me parece se dirige
el General...

Se oyen los tres golpes de llamada.

NICASIO: Recorriendo
vendrá nuestras avanzadas.

VILBADO: No quiere honores.

NICASIO: No es nuevo
en su genial... ¿Mas por qué
se desmonta, y a este puesto
se dirige, y sin escolta?

VILBADO: ¿Cuánto me apuestas que al sueño
se ha denegado esta noche?

NICASIO: O quizá sobre algún cuero
habrá dormido. Belgrano
cuando está sobre armas puesto
no echa menos las cotufas.
Es incansable el desvelo
que tiene.

VILBADO: Y añadir puedes
su rectitud. Para el premio
o el castigo, no distingue
al soldado, al subalterno
ni repara en graduación;
el que incurra, tenga cierto
que le ha de aplicar la ley...
Pero él llega.

Sale el General

GENERAL: ¡Caballeros!

LOS DOS: A la orden de Vucelelencia.

GENERAL: El valiente compañero (*A Vilbado*)
de usted, yo presumiría
que se hallase en este puesto
con tan grata sociedad.

VILBADO: Hacen muy pocos momentos

que recibió orden expresa
de observar los movimientos
del ejército de Lima.

GENERAL: ¡Oh! ¡Le ha tocado! Lo siento
porque lo necesitaba.

VILBADO: Pues, mi General, por eso
no se apensione Vucelelencia:
yo, con el permiso vuestro,
relevaré su persona.

GENERAL: Porque os estimo lo apruebo.

VILBADO: Vucelelencia quede con Dios
que a reemplazar voy su puesto. (*Yéndose*).

GENERAL: Atended.

VILBADO: ¿Señor?

GENERAL: Quedamos
en que si por el relevo
fallecéis de algún revés
de la guerra, yo no tengo
culpa alguna.

VILBADO: No, señor;
pero sí saber deseo...
Si en la gloria
en lugar de Warnes muero,
¿podré obtener el honor
allá en los futuros tiempos
de que la fama publique
que sostuve los derechos
de mi patria, y que por ella
sacrifiqué mis alientos?

GENERAL: No hay duda.

VILBADO: Pues de tal modo
Vuecencia del pensamiento
deseche que nadie pueda
culparle en este suceso;
cuando el fallecer como héroe
es un blasón, es un premio
a que debe ambicionar
todo americano pecho. (*Vase*).

GENERAL: (*Aparte*)
Por vida mía que vale
cada patriota un imperio.
Y pasando a otra materia,
señor Oficial... intento
preguntarle a usted ¿si el día
que condecoró su pecho
con insignias militares
la Madre-Patria, fue a efecto
de que poseído de honor
vindicase sus derechos
y su justicia en campaña
despedazando los hierros
que la impuso el despotismo...
o para que dado al juego,
distracción, libertinaje,
pase torpemente el tiempo
mi buen Oficial, notado
hasta de sus más afectos
camaradas? ¿Es un modo
de llenar el desempeño

de su obligación, estarse
electrizado en el juego
toda la pasada noche?...
¿Qué se admira usted?... Yo mismo,
yo mismo, sí, lo he notado
cuando anduve recorriendo
las avanzadas.

NICASIO: Qué escucho...

GENERAL: Yo propio vi al centinela durmiendo,
en vez de allí vigilar
sobre el seguro de un puesto
de tal consideración
y de tan crecido riesgo.
Yo, porque acaso el Mayor
General en aquel tiempo
no evidenciase tal crimen,
saqué del pesado sueño
al delincuente soldado...
¿Y el cargo de un tal defecto
sobre quién debe caer?
¿Pasaré al castigo recto
del dormido centinela
o del oficial que ciego,
olvidando sus deberes,
su honor, su patria, su empleo,
al frente de un enemigo
de nuestra sangre sediento
abandona su avanzada
y a todos nos deja expuestos
a una derrota segura?

La Patria descansa en nuestros
deberes: yo los confío
a mis jefes subalternos:
los jefes a un centinela
para que vigile atento
las insidias del contrario...
¿Y es posible que los mismos
jefes, bases de la Patria,
quieran ser el instrumento
que destruya el edificio
de su libertad? ¡Qué riesgos
nos pudo haber irrogado
el terrible desacierto
de usted!... ¡Mas, gracias a Dios
que no sucedió! Muy puesto
parecer podrá en justicia
que mientras burlando empeños,
superando inconvenientes
y hollando los contratiempos,
nuestros bravos compatriotas
arrostran con firme aliento
las vigiliass, la intemperie
y la muerte... ¿al predilecto
del General, lo sindiquen
omiso en el cumplimiento
de sus deberes, no sólo
para sí, mas impidiendo
que otros buenos oficiales
ejercen el desempeño
de su regla militar?
¿Qué es esto, señor, qué es esto?

¿Usted es patriota?... ¿Usted
lleva ese uniforme puesto
por la libertad? ¿Usted
se titula verdadero
Americano?... ¿Usted es
sólo un cancerado miembro
que infesta, mata y destruye
las nobles partes del cuerpo?
Habéis incurrido en crimen
de lesa-Patria... ¿Qué ejemplo
podrá tomar el soldado,
qué disciplina? Si atiendo
a cuanto las militares
leyes claman exigiendo
sobre tamaño delito...
¿cuál fin obtuviera el bueno
de mi don Nicasio?... ¡Ah!
¡Qué agudo puñal!... ¡Qué acervo
dolor para el pobre anciano
padre... para el fino y tierno
corazón de aquella esposa
que sus dichas y consuelos
y sus esperanzas cifran
en usted solo!... ¡Tremendo
golpe! Mirar que al impulso
del plomo rindió su aliento,
no con gloria de su estirpe,
sino para triste ejemplo
de inobedientes y malos
militares!... ¡No! ¡Los Cielos
no permitan que jamás

cometa usted igual yerro!
Mas, no; ni creo sucederá.
Seamos amigos: el tierno
cariño que usted me debe,
quede premiado volviendo
sobre sí: desempeñando
su glorioso ministerio
en la defensa del Sud.
Lo espero; sí; y que a su ejemplo
cuantos delinquir pudieran
subsanan su vilipendio.
Para que diga la historia
en sus fastos a los tiempos,
cuando memoren la empresa
del fiel Tucumano pueblo
“Que sobre el campo de Marte,
al vindicar los derechos
y la augusta independencia
del Sud-Américo suelo,
el verdadero patriota
no fue tahúr sino guerrero”. (*Vase*).

NICASIO: ¡Por dios que con su blandura
y afabilidad el bueno
del General, me ha metido
la espada hasta el puño! Es cierto:
mi falta es escandalosa.
Un juvenil distraimiento,
¡de cuántas notas indignas
ha mi conducta cubierto
ante la faz de la Patria!
Me confundo, me estremezco

sólo en pensarlo. El honor
es el numen del guerrero.
Yo guerrero, y sin el numen,
¿por qué el vivir apetezco?
Lo primero que dirán
los émulos del afecto
que el General me profesa,
es... que valido del fuero,
de su amistad, mis deberes
sepulto en olvido eterno,
faltando con torpe mengua
a mi Patria y juramentos,
a mis caros compatriotas,
y lo que es más, al derecho
de americano. Quizá,
quizá dirán que un tal yerro
en cualquier otro infelice
sería con vilipendio
castigado: mas en mí,
para incitarme a otros nuevos,
se reprende con dulzura
en agravio del ejemplo
militar... ¡Ah! ¿Yo ser causa
de que se inculque al modelo
de obediencia? ¿Yo he podido
dar margen a que un eterno
puñal de angustias, hiriese
de mi Rosalía el pecho?
Yo a mi Patria... ¡Oh! ¡Nunca sea!
Del honor el vivo fuego
reanimando mi existir,

me inspira el noble proyecto
de sacrificarlo todo.
Sí, corazón. Demostremos
cuanto es otro aquel mortal
que sus faltas conociendo
se afana por subsanarlas.
Busquemos, honor, busquemos
entre los terribles choques
y entre el pavoroso estruendo
de las armas, o la muerte,
o que mi decoro ileso
quede a la póstuma edad.
Para que digan los tiempos,
cuando acuerden la energía
del fiel Tucumano pueblo:
“Que sobre el campo de Marte,
al vindicar los derechos
y la augusta independencia
del Americano suelo,
el verdadero Patriota
no es tahúr sino guerrero”. (*Vase*).

Pito. (Telón).

ACTO II

Plaza del Tucumán. Aparecen los Paisanos que pudieren (entre ellos Cosme, y Churrete) haciendo el ejercicio a la muda, mandados por algún inteligente. Cara-Inigüa estará componiendo su caja. Varias mujeres sentadas en sus puertas haciendo hilas para los heridos. Concluido el ejercicio, dicen todos los Paisanos.

TODOS: ¡Viva la Patria!

Cosme entra por una puerta (que se supone ser pulpería) y saca un frasco y reparte de beber.

COSME: ¡Señores!
Beber, y penas a un lado.
Alegría: porque el golpe
que han de llevar los contrarios
de nuestra causa, merece
sin remedio festejarlo
como el de ahora siete días.
¡Qué tunda dicen llevaron
los realistas!

CHURRETE: Señó Cosme,
yo que estuve camorriando
no lo hice muy mal: algunos
me limpié.

TAMBOR (CARA-INIGÜA):
Pues yo, paisano,
no me quedé atrás. Dos maulas
por poquitas me agarraron,
pero yo con mis pistolas
los ultimé de un balazo.
¡Ahijuna pucha el tambor
Cara-Inigüa!

CHURRETE: ¡Ché muchacho!
No vengáis aquí mintiendo.

TAMBOR: Ño Churrete, o señó diablo,
aunque usted es tan Oparron
y yo soy un renacuajo
venga afuerita por el Río
y nos tiraremos cuatro

al pecho, a ver el que miente.
¡Oiga el baladrón!

COSME: Oh, vamos,
hoy no es el día de cuestiones
sino de prepararnos
para entrar en la camorra.

TAMBOR: Bien está, pues.

COSME: ¿Los contrarios
eran en número grande?

CHURRETE: ¡Amigo! Seguro cuántos
eran no le hey de decir.
Pero dende que en Yatasto
cortamos las cuerdas fiero,
y vinimos reculando,
sólo pudimos saber
que era una manguardía, al mando
de ñor Tristán, y con todo
en las Piedras regularon.

COSME: ¿Y traían muchos cañones?

TAMBOR: Yo les quité uno de a cuatro.

COSME: ¿Vos solo?

TAMBOR: Yo, y otros tres
patriotas, y ño Serranos
mi Cabuscuadra.

COSME: No hay duda
que eres un guapo muchacho.

TAMBOR: La Causa que difendemos
aunque uno no sea guapo,

por fuerza lo hace valiente.

COSME: ¡Qué sabido es el muchacho!
¿De qué tierras eres?

TAMBOR: Porteño

COSME: ¿Tienes padre?

TAMBOR: ¡Qué marrano!
¿Sin padre conoce a alguno?

CHURRETE: ¡Hombre, yo conozco a tantos!

TAMBOR: ¿Dónde los conoce usted?

CHURRETE: En mí, pues sí, yo soy guacho.

COSME: Aunque en todo el Tucumán
celebrando están el gato
por liebre que los realistas
en ustedes encontraron,
lleve el diablo si no gusto
que me refieran el caso
de nuevo, porque el contento
me tiene medio alocado.

TAMBOR: Mire usted, ñor Cosme...

CHURRETE: ¡Che!
Aonde que haiga hombres barbaos
no meten su cucharada
los mocosos.

TAMBOR: ¡Voto al diablo!
Ya se lo he dicho otra vez
que aunque usted parece un chancho
con esa figura, salga
allí afuerita pá el campo

¡y veremos si es más hombre
que yo!

COSME: Cara-Inigüa, vamos:
vamos pues, señor Churrete,
se remató, está acabado:
haiga paz, haiga alegría;
y en contándome lo que ansío
por saber, a todo el mundo
les prometo convidarlos.

CHURRETE: Por mi parte se acabó

TAMBOR: Y por la mía.

COSME: ¡Bien! ¡Bravo!
Que hable el amigo Churrete.

CHURRETE: Pues sí, amigos; escusao

Todos le rodean para escuchar.

será contarles aquí
cuántos lances les pasaron
a los nuestros, hasta que
allá en Suipacha si ahogaron
tantos. Pero dende entonces
siempre nos talonió largo
la gente del enemigo:
y como toó paisano
en pudiendo si reunía
con los de acá, de contao
mi vine con mi cuñada
dende Salta. Allá en Yatasto
ya nos apretaban fiero;
y al instante don Belgrano

dispuso la reculada
pá el Tucumán, ordenando
que vinieran las carretas
y familias caminando
por delante... ¡Dios del alma!
¡Parecía hormiguero el campo
con tanta mujer! ¡Toditas
con sus hijitos cargados!
¡Daba miedo! ¿Y la mozada
que venía repuntando
de la Quebrada del Toro,
de Salta y Jujuy? ¡Paisanos,
no lis puedo ponderar!
¡Derecho viejo! Ni el diablo
que pudiese discuidar:
¡siempre la micha en la mano
pá los cañones; y siempre
Oficiales y Soldaos
durmiendo sobre el fusil!
El General don Belgrano
y don Díaz-Vélez, todito
lo vinían correteando...
¡Tan sucios! ¡Virgen! ¡Tan negros!
Como ansina de barbaos. *(Señalándose).*
En el Río de las Piedras
los nuestros hicieron alto,
pero no la retaguardia
que juntito al Río Blanco
se paró medio a sestear.
¡Cristo de mi alma! ¡No hablo
lleno de aguardiente, amigos!

Sin saber cómo ni cuándo
entre las gentes de Lima
nos vinimos acorrالاos.
Con decir que a don Díaz-Vélez,
que juntito a su caballo
dormía, lo despertó
pá que se rindiese un Cabo
del Real de Lima! ¡Mas qué!
¡Ay hijo un cabrón, el muchacho!
¡Qué aflojar! Sin más decir,
le sopló un pistoletazo
y lo hizo bailar; y al punto
saltando sobre el caballo
tomamos la disparada,
toditos entreveraos
hasta el bajar la barranca.
¡Ahijirio! Allí un cañonazo
de nuestro ejército hizo
detener a los marranos
que nos seguían. Mas como
ellos se iban amuchando
cada vez más, por poquitas
no nos pusieron al parto,
¡si ese don Carlos Laforest
y ese don Miguel de Araos
por dentre el cañaveral
y el monte a sable y balazos
no les mojaran la oreja!
¡Fuego y más fuego, Paisanos,
y viva la Patria! Entonces
vino con espada en mano

el General, y gritaba:
“Mis compañeros, mis bravos,
no aflojéis pues, libertar
güestro suelo!...”. ¡Qué carancho,
ni qué vivir! Allí todos
embestimos como diablos,
y los hicimos correr.
Y como no acostumbrados
estaban a estos parajes,
se iban pegando porrazos
contra los árboles como
los avestruces del campo
suelen hacer; y allí entonces,
quedaban en nuestras manos.
En fin, señor, ya está visto
que nuestros probes contrarios
no valen ni esto siquiera
si no están aventajaos.
Después de esto, nos vinimos
pá el Tucumán; y olfatiando
los patriotas de este pueblo
que Díaz-Vélez y Belgrano
querían cortar las cuerdas
con su tropa, les mandaron
que no los abandonaran,
porque estaban declaraos
y resueltos a morir
qual güenos americanos.
Al ver esto, el General
defenderlos ha jurao
o morir... ¡Pucha en el queso!

Puede, amigos, que hoy tengamos
la camorra. Gueyeneche
dicen que es hombre alentao
porque tiene tres mil hombres
en su manguardia, mandados
por don Tristán ¡Che! Nosotros
cierto es que no somos tantos,
ni con armas; pero semos
de corazón y de brazos
pá quebrarles el caroso.
Tan sólo es de sentir, tantos
hermanos nuestros que vienen
al matadero engañaos.
Dios quiera abrirles los ojos
para que no sean caballos
que se dejan ensillar
por dar gusto a los chimangos.
¡Podría ser que se arrepientan!
Mas si todavía ostinaos
se atrevieren a insultar,
teman tóos los contrarios;
pues con justicia y auxilio
de Dios Poderoso y Santo,
¿quién afloja, si por cierto
vale un guen Americano?

TODOS: ¡Viva Churrete!

COSME: ¡De modo
aquí el Amigo ha contado
el pasaje, que de gusto
todavía estoy llorando!

CHURRETE: Vele ahí para que conozcan
los que nos han reputao
por animales, que un hombre
es un hombre.

TAMBOR: ¡Qué marrano!

CHURRETE: ¿Qué decís vos, mequetrefe?

COSME: Señores, vamos tomando
a la salud de que viva
el valor americano
eternamente.

TODOS: ¡Que viva!

Beben todos.

TAMBOR: Y llame a todos los diablos
aquel a quien no le guste.

COSME: ¡Digo! ¿Qué nuevo fregado
es el que miro?

CHURRETE: ¡No es nada!
Que se están tirando quatro
tajitos el Pierna Santa
y el Malapeste.

COSME: Apartarlos
es preciso.

CHURRETE: ¿Para qué?
Déjelos, nomás, paisano;
¡si los hijos de la tierra
esto la toman jugando!

*De adentro de una casa salen acuchillándose el Pierna Santa y
el Malapeste y Juana deteniéndolos.*

JUANA: ¡Que se matan! ¡Que se matan!

MALAPESTE: No me has de ganar a guapo.

PIERNA SANTA (PIERNA STA.):

Tampoco vos, baladrón.

CHURRETE: Vaya, se acabó, paisanos.

COSME: Señores, basta de riña

TAMBOR: Basta.

¡No hacen ningún caso!

Basta.

PIERNA STA.: Quite allá el mocoso.

TAMBOR: Basta, y en nombre lo mando
de la Patria.

Todos se destacan.

PIERNA STA.: Se acabó.

TAMBOR: Ea, marchen arrestados.

PIERNA STA.: Si digo que se acabó.

TAMBOR: Entonces dense las manos.

Se las dan.

COSME: ¿Pero por qué se peleaban?

PIERNA STA.: ¿Quiere que lo diga claro?
Por su hija.

MALAPESTE: Sí, señor Cosme;
íbamos a lastimarnos
porque ese me la puntea.

CHURRETE: ¿Y mi cuñada?

PIERNA STA.: ¡Canario!
Nunca está demás la carne
porque haya mucho ganado.

COSME: ¿Pero qué es puntear?

MALAPESTE: ¡Oh, el hombre!
No se haga el sonso.

COSME: Paisano,
no lo entendí.

MALAPESTE: Es un tientito.

COSME: ¿Y qué es tientito?

MALAPESTE: Los diablos.

COSME: Si no entiendo una palabra.

PIERNA STA.: ¡Valiente no maliciarlo!
Esto es que a Juana su hija
ese y yo la enamoramos.

COSME: Muy bien. Vamos ¿a cuál quieres
de los dos?

JUANA: Si he de hablar claro,
al Malapeste.

COSME: ¿Y por qué?

JUANA: ¿Por qué, pues? Porque es más guapo.

PIERNA STA.: ¿En qué es más guapo que yo?

JUANA: En los bigotes. ¡Mirarlos,
mirarlos, qué donositos!
¡Si hasta las piernas y el garbo
son de patriota!

PIERNA STA.: ¿Pero estos
no son de patriota? (*Por sus bigotes*).

JUANA: ¡Un diablo!
¡Sancoche nomás, amigo!

CHURRETE: Pierna Santa, estás cansado.
Si no te quiere, ¿a qué viene
estarla majaereando?
Además de que la Luisa
mi cuñada, te es bien claro
que no se volvió a casar
en Salta por vos.

PIERNA STA.: No es caso
sacar a que naides sepa
secretos que ya pasaron.

CHURRETE: Pues sí no es del caso. Adiós.

TAMBOR: Deme su fuego, paisano,
que también yo sé pitar.

COSME: Pues qué, ¿pitan los muchachos?

TAMBOR: Si hasta las mujeres pitán
¿no han de pitar ellos? (*Enciende*).

COSME: Este no es tiempo de amores
sino de ponernos guapos
para cascarles las liendres
otra vez a los contrarios.

TAMBOR: ¡Ojalá que agora fuera!

PIERNA STA.: ¿No se podría hacer trato,
señor Cosme por la moza?

COSME: ¿Quieren que la haga pedazos?

PIERNA STA.: ¡Si no es eso lo que digo!

COSME: ¿Pues qué?

PIERNA STA.: Un cambalache hagamos
por ella.

COSME: ¿Qué dice, amigo?
Explíquese pues, y veamos.

PIERNA STA.: Ya se ve; como uno está hecho
siempre a tratar con caballos,
como usted muy bien lo sabe,
aun la maña me ha quedado
de hablar así. ¿Cómo ha e ser?
Se podía hacer un trato.
Aquí están veinte pesitos
que pillé anoche en el paro;
tómelos, y deme a su hija
por mujer.

COSME: Más despacio.
¿Porque me visto de lana,
que soy carnero han pensado?

PIERNA STA.: No, pero como es usted
pulpero...

COSME: Aunque muy honrado.
Cuando yo vine de España
no traje más que una mano
atrás y la otra delante.
Llegué, por un raro acaso,
al pueblo del Tucumán;

en donde me dio la mano
una señorita viuda,
de que resultó casarnos
y poner mi pulpería.
De mi matrimonio amado
tuve esta hija, y enviudé
al cabo de algunos años.
Ustedes preguntarán
¿para qué fin he contado
mi vida? Y yo les respondo:
que es porque sepan de claro
que aunque tengo pulpería
no la he tenido estafando
como muchos polizones,
ni soy hombre de esos tratos.
Al revés; gasto mi plata
con gusto y con todos cuantos
reconozco que defienden
esta causa. Yo, paisanos,
no sigo la propia senda
de muchos alucinados
que no acaban de caer
de su burro. Yo soy claro:
la más verdadera patria
del hombre de bien y honrado
es aquella en que subsiste;
a la cual se halla obligado
a defender con su sangre
si no quiere ser ingrato.
Así en la próxima acción
que por puntos esperamos,

al Soldado, al Oficial,
al Tambor, al Voluntario,
en fin, a cualquier patriota
que en contra de los tiranos
muestre más valor en ella,
le doy de Juana la mano
y también la pulpería.

TODOS: ¡Viva el Patriota!

PIERNA STA: Me allano.

TAMBOR: Y yo también.

CHURRETE: Si no hubiera
esos tropezones malos
también al fandango entrara;
que por la Juana, aunque callo,
el potrillo del amor
suele corcovear a ratos.

JUANA: *(A Malapeste)*
¿Y vos qué decís?

MALAPESTE: ¿Quién sabe?

JUANA: ¿Y qué, no entráis en el trato?

MALAPESTE: ¿Para qué?

JUANA: ¡Nunca creyera
que me fueses tan ingrato!

Sale don Nicasio con Paisanos de todas clases.

NICASIO: ¡Que viva el Dios de la Patria!

TODOS: ¡Viva!

COSME: ¡Señor don Nicasio!

¿Las gentes que se aguardaban
son estas?

NICASIO: Así es.

COSME: Lo aplaudo.

NICASIO: Estos, y otros muchos más
han venido voluntarios
a presentarse. ¡Señor!
¿Ni para qué nos cansamos
en referir? El ejemplo
tenemos visible y claro
en aves, peces y brutos
que incautamente apresados
sacrifican sus alientos
por libertad. Luego es claro
que del Sud los naturales
opresos trescientos años,
por precisa ley respiran
libertad.

COSME: Voy de gusto
a convidarlos.

Sale Pierna Santa.

TAMBOR: ¿Quién será ese
que viene remoloneando
atrás?

NICASIO: Un maestro de sastre.

JUANA: ¿Y aquel bajito?

NICASIO: Escribano.

COSME: Vayan viniendo y darán

fe de cómo nos portamos.

Sale Luisa.

LUISA: ¡Pues no se ha hecho repeluz
y en ninguna parte lo hallo!
¿No ha vuelto aquí Pierna Santa?

CHURRETE: No sé.

LUISA: ¡Qué cara de diablo!

CHURRETE: ¿Aónde vas?

LUISA: Sobre mis piernas.

CHURRETE: ¿Y qué hacéis?

LUISA: Pitar cigarros.

CHURRETE: ¿A quién le pechasteis?

LUISA: ¡Calle!

¡Qué miro! ¿No es don Nicasio
mi vecinito? ¡Oh, señor!

NICASIO: ¡Luisa! ¡Mujer! ¡Aquí estamos todos!

LUISA: ¿No se acuerda usted,
cuando estaba usted estudiando
en Buenos Aires, juntito
de mi casa; aquellos palos
que llevó por cierta piedra?

NICASIO: ¿Y tú te acuerdas del chasco
que te dio aquel Andaluz?
¿Estuvisteis pleiteando
mucho tiempo?

LUISA: Lo dejé
porque me achacó el malvado

mil cosas que nunca hice;
y los jueces sus paisanos
como le daban razón,
él se ponía tan ancho:
hasta que ya de aburrida
fue fuerza tomar estado
con un mocito Salteño
que venía acomodado
para Salta: y como luego
después se metió a Soldado
y falleció en la derrota
de Huaqui, en tal desamparo
no tuve más que quedarme
en Salta con mi cuñado
que es peón de mulas. *(Señalando a Churrete).*

NICASIO: Muy bien:
séalo por muchos años.

CHURRETE: Sí, señor, dios se lo pague.

NICASIO: ¿Mas aquí entre los Soldados,
qué haces?

LUISA: El maldito amor
me agarró con un paisano
que se ha de casar conmigo:
y como él es veterano
y mi cuñado venía
en clase de Voluntario
siguiendo la retirada
de nuestro ejército, al cabo
fue fuerza seguirlo.

Sale Pierna Santa.

PIERNA STA.: ¡Amigos!
El General va llegando.

Los que tengan armas se ponen en formación; los demás se acomodan respetuosamente. Sale el General acompañado de todo su Estado Mayor, con el Oficial del ejército realista, seguido del pueblo.

GENERAL: Quietos, quietos. Llegue usted,
señor Oficial.

OFICIAL: *(Aparte)*
Pasmado
estoy al ver la energía
del Tucumán.

GENERAL: Sin embargo
que sé vuestra comisión
y que me hallo facultado
para contestarla en todo,
no he querido ejecutarlo
sin que antes la escuche un pueblo
cuyo valor y entusiasmo
se hará inmortal en la historia.
Servíos, señor Enviado,
exponer vuestra misión
al mismo pueblo.

OFICIAL: Ya lo hago.
Don Pío Tristán, Mayor
General, a cuyo mando
viene la grande Avanguardia
del ejército esforzado
dal Rey, os intima y dice:

“Si en el perentorio plazo
de dos horas no se rinde
el miserable puñado
de hombres que llevan las armas
en el pueblo tucumano,
será el Jefe responsable
de los horrores y estragos
que las tropas del monarca
originarán; mostrando
de aqueste pueblo en las ruinas
un padrón eternizado”.

Si os rindiereis, obtendréis
los honores acordados
por la guerra: recibiendo
el más respetable trato
de un hijo del Sud, que aprecia
la sangre de sus paisanos
cual la suya, y que deplora
vuestros sistemas errados.

(Imperioso) Entre la muerte o la vida,
gloria, o infamia, en el acto
lo que eligiereis decid,
pues con impaciencia aguardo.

(Pausa)
Al ejército del Rey
¿qué contesta el sublevado?

*Unánime y repentinamente canta el pueblo, señalando a las
armas.*

TODOS: ¡Que viva la Patria
libre de tiranos!

Que triunfen felices
los Americanos.

GENERAL: Sí, triunfarán, sí. Yo creo
que os encontráis contestado.
Y añadid a vuestro Jefe
por mi parte... Que si osado
con la desventaja nuestra
sus proyectos temerarios
pretende formalizar,
se prepare al resultado
de funestos consiguientes,
por la infracción al sagrado
derecho que las naciones
menos cultas, venerando
están en todos los pueblos.
En buenhora con cruel mano
cebe la ardiente llama,
que sus flameantes estallos
serán el terrible impulso
para que mis esforzados
campeones hagan cenizas
a los siervos de Fernando.
Y entonces serán sus ruinas
el más indeleble fasto
que de nuestra libertad
el estandarte elevando
patenticen la energía
“del miserable puñado
de hombres que se llamarán
Sepulcro de los tiranos”.

OFICIAL: Vos, su caudillo, sin duda,
debéis haber olvidado
que contestáis a las tropas
que cual humo dispersaron
(tan sólo con presentarse)
ese valor decantado
en Yaguaycoragua y Huaqui.

GENERAL: Eso mismo demostrando
está cuánto sois cobardes;
pues el jefe refractario
que os comanda, trepidó
combatirnos en el llano;
empero al golpe infamante
del triunfo que habéis contado,
ni sosteneros pudisteis
a esos pocos que restados
a una vergonzosa fuga
en Yavi os precipitaron.

OFICIAL: Esa fuga vergonzosa
no condice al descalabro
que sufristeis en Suipacha.

GENERAL: Agradecedlo al naufragio
infeliz de nuestra tropa
el no salir derrotados
entonces; y memorad
que al ver el río vadeado
por unos pocos, en fuga
salisteis abandonando
vuestros bagajes y trenes.
Si no basta esto, acordaos

de cuanto allí nuestras bravas
falanges se coronaron
de inmarcesibles laureles
contra el poder sanguinario
de Nieto; y cuya memoria
debería escarmentaros.

OFICIAL: Quizá esa memoria misma
sería el móvil gallardo
que a una fuga vergonzosa
os puso en el Río Blanco.

GENERAL: Esa fuga que os engaña,
formó el triunfo que cantamos
en el Río de las Piedras.
Si fue nuestro el descalabro,
decid ¿quién tornó la espalda?
¿quién dejó por nuestro el campo?
¿quién obtiene los despojos?
¿quién victoria ha cantado?

OFICIAL: Hoy quizá la cantaremos,
si allá no la anticipamos.

GENERAL: Para no exponerse al golpe,
decidle a vuestro engañado jefe:
que si cual presumo
quiere cortar los estragos
de una guerra vergonzosa,
que a los venideros fastos,
con mengua recordará
la destrucción que nos damos,
deje volver a su hogar
los míseros que arrastrados

trae por la fuerza, y se rinda
con los pactos que ha insinuado.

OFICIAL: Mientras un guerrero cuente
el ejército del Alto
Peru, no admitirá nunca
tales vergonzosos pactos.

GENERAL: Culpad si son vergonzosos
a quien los haya dictado.

OFICIAL: Está bien. Quedad con Dios... *(Vase)*.

GENERAL: Él os guarde muchos años.
Hasta la última avanzada
váyale usted escoltando *(A un edecán, que se va)*.
Decidle vos a Díaz-Vélez
que ejecute lo acordado.

Vase Don Ignacio.

Venid, don Nicasio. *(Vase con su Estado Mayor)*.

NICASIO: Apenas
de rubor puedo mirarlo. *(Va a irse)*.

CHURRETE: Patrón, ¿es hoy la camorra?

NICASIO: Así nos lo sospechamos. *(Vase)*.

COSME: ¡Caramba, y qué fanfarrón
es el tal parlamentario!

CHURRETE: Pero el señó General
le apretó fiero los machos.

MALAPESTE: Si en el pellejo me hallara
de su Excelencia, otro gallo

puede ser que les cantara.

Dentro Generala con tambor.

TAMBOR: ¡Generala están tocando!
Adiós... *(Vase llevando su caja)*.

MALAPESTE: Esto ya hiede
a fandanguillo.

Dentro tres cañonazos.

COSME: ¿Qué significa esta bulla?

PIERNA STA: Que si acaso no me engaño
dentro de muy pocas horas
estaremos atacando.

COSME: ¿Y a quién?

JUANA: ¿Y quiénes han de atacar? *(Asustada)*.

COSME: ¡Qué pregunta!
Nosotros y los contrarios

Sale el General con sus Edecanes don Ignacio y don Nicasio.

GENERAL: ¿Qué hacen ustedes aquí?
A sus destinos, volando.

Vanse los Veteranos.

¡Hijos de la Libertad!
¡Vuestro deseo ha llegado!

TODOS: ¡Victoria! ¡Viva la Patria!

GENERAL: ¡Dios oiga vuestros presagios!
¿Quiénes son estas gentes?

IGNACIO: Son
los patriotas de Santiago
del Estero.

GENERAL: Está muy bien.
¿Son ustedes Voluntarios?

IGNACIO: Por ellos respondo yo.

GENERAL: Váyalos usted armando
como mejor se pudiere,
y después incorporados
quedarán entre su tropa.
Hijos del Sud esforzados,
si pretendemos ser libres
fuerza es vencer este paso. *(Yéndose.)*

COSME: Mi General, una gracia.

GENERAL: ¡Mi amigo! Pida usted cuatro.

COSME: Yo estoy en la Compañía
de Patriotas declarados
de Cochabamba y Chayanta:
por ello estoy destinado
a quedar de guarnición
en la plaza; y yo reclamo
a V. E. me conceda
de que entre los Voluntarios
recién venidos me pongan.

GENERAL: No hallo ningún embarazo.

TODOS: ¡Viva el General!

GENERAL: No, hijos:
los vivos de vuestros labios

pertenecen a la Patria
digna tan sólo de lauros.

TODOS: ¡Viva el Sud, Independiente
a pesar de los tiranos!

FIN



Comedia y drama



El hipócrita político

P. V. A.

> **el hipócrita político**

Comedia en tres actos.

P E R S O N A J E S

DON FABIÁN, ESPAÑOL EUROPEO, *padre de*

DOÑA CARLOTA, *prometida de*

DON TEODORO GARCÍA

DOÑA EULALIA, *cuñada de Don Fabián*

DON MELITÓN, *español empleado en el Estado Americano*

LUIS, *dependiente de don Fabián*

JUANA, *criada de confianza de don Fabián*

UN CRIADO DE DON TEODORO

LA ESCENA EN CASA DE DON FABIÁN EN BUENOS AIRES, 1819.

ACTO PRIMERO

ESCENA 1

EULALIA y CARLOTA

EULALIA: Vaya Carlota, que tienes un genio que en vez de hacerte amar, precipitas al hombre más moderado con ese carácter acre y displicente.

CARLOTA: No os entiendo. ¿Querriáis mejor que mereciese el concepto de una coqueta, que el de una joven honesta y celosa de su honor?

EULALIA: No solicito de ti que excedas los límites de la educación que tu buena madre y mi querida hermana te dio; pero una

joven debe ser afable, cortesana, y sin gazmoñerías, en pocas palabras: ser liberal.

CARLOTA: ¡A cuantas daña esa liberalidad! Yo bien sé graduar la oportunidad en las cosas; pero no me diréis, tía mía, ¿qué motivo he dado para vuestra reconvención?

EULALIA: El más justo: don Melitón...

CARLOTA: *(Con sonrisa.)* ¡Don Melitón!... La comprendo.

EULALIA: Me ha puesto formal querella.

CARLOTA: Don Melitón es un hombre atrevido, que no distingue a clase con quién trata.

EULALIA: ¿Cómo te atreves a calumniar a un sujeto de sus circunstancias? Don Melitón es circunspecto por naturaleza, atento y cortés, de una educación no común; y basta la calidad de haber abrazado por convencimiento el sistema de nuestro país para ser recomendable a nuestra consideración.

CARLOTA: ¡Don Melitón patriota!... Así será.

EULALIA: ¿Pues puede dudarse? Él se ha comprometido de un modo inequívoco; ocupa un destino en las oficinas del Estado y se le ha conferido la carta de ciudadano.

CARLOTA: A eso diré a usted que no puedo persuadirme lo haya movido una ingenua adhesión a la causa de América. Algún interés particular...

EULALIA: ¿Y cuál puede ser?

CARLOTA: ¿No lo llega usted a penetrar? Su misma conservación. Dios nos libre que, como se dice, se cambiasen los frenos: sabría hacer mérito de su hipocresía... Pero nos hemos desviado

del asunto principal. ¿En qué he faltado a Don Melitón? El otro día mientras usted fue adentro a disponer lo necesario, me empezó a requebrar con grosería; y aun tuvo el atrevimiento de intentar darme un abrazo. Yo me repuse con ira y poco faltó para darle un bofetón.

EULALIA: Aunque me lo jures, no te lo creo. Un sujeto que es la misma moderación... Parece que tú eres de aquellas personas que se creen con derecho de insultar a un hombre, sólo por ser español.

CARLOTA: Yo respeto a los hombres según su mérito y calidades: nada me importa el accidente de su origen, los procederes reglan mi conducta. En canto a don Melitón he de tener el placer de satisfaceros: prometo que si me es posible hoy mismo me he de vindicar... *(Vase)*.

ESCENA 2

EULALIA

EULALIA: ¿Será posible?... Un hombre tan formal, de una edad ya sazónada... No lo creo. No hay más. Con los españoles en mi país sucede lo que con los ratones: uno hace el daño, y todos llevan el palo. ¿Cómo he de dudar de su patriotismo? Él no se roza sino con nacionales y con los de mayor influjo y compromiso. Habla con toda libertad, declama contra la tiranía española con el más vivo entusiasmo... Vaya, no puedo persuadirme.

ESCENA 3

Dicha y LUIS que entra.

EULALIA: ¡Que oportuna ha sido, Luis, tu venida!

LUIS: ¡Qué ocurre, señora doña Eulalia?

EULALIA: Quiero que me hables con franqueza.

LUIS: ¿Sobre qué asunto?

EULALIA: Acerca del juicio que has formado del carácter de don Melitón.

LUIS: Señora, me abstendré de unas franquezas que por lo común son dañosas al que las usa, y aquel contra quien se producen. Mi buen padre me dio este sano consejo: “Si quieres del mundo gozar...”

EULALIA: No hay duda; mas su observancia no ha de entenderse en todas las circunstancias.

LUIS: En cualesquiera, señora mía, es un mal dañar la reputación ajena, que suele ser el resultado de las confianzas. Perdonadme: si no se os ofrece otra cosa que mandar, me retiro, pues me apura el despacho del correo de hoy. (*Vase*).

ESCENA 4

EULALIA

EULALIA: Nada hemos avanzado, y la curiosidad me mata terriblemente. ¿Cómo?... Sobre que no puede ser... En tanto que el perro rabía, ha de rabiar por fuerza. Por otra parte, la excusación de Luis... Yo he de satisfacer mis deseos. Si mi

cuñado don Fabián... Pero ¿cómo lo he de solicitar para cosas tales? Es español al fin; y aunque es de aquellos precavidos de expresarse en materias políticas, no le sería grata mi insinuación y caería en una imprudencia, porque es natural...

ESCENA 5

Dicha y DON FABIÁN

FABIÁN: Hermana... ¡tan sola! ¿Y Carlota?

EULALIA: No ha mucho que dejó mi compañía.

FABIÁN: ¿Sabrás que nada hay ya del casamiento con Teodoro?

EULALIA: ¿Y por qué? ¿No es un joven completo, acomodado, y...?

FABIÁN: Será cuanto gustes; yo no me atrevo a ofender sus cualidades; pero no me conviene.

EULALIA: Él es rico: quiere a la muchacha con extremo y ella no menos a él. ¿Con qué derecho?

FABIÁN: Con el de padre, que me dio el Cielo y la naturaleza.

EULALIA: El Cielo no os ha dado el menor derecho para privar a una hija de su felicidad.

FABIÁN: Yo soy el único que debe responder ante el tribunal Supremo.

EULALIA: Es cierto: pero si me creéis interesada en la suerte de Carlotita...

FABIÁN: No está vinculada la felicidad de mi hija a Teodoro. Hombres sobran en el mundo que se la puedan proporcionar.

EULALIA: ¿Pero no puedo saber el motivo de determinación tan inesperada?

FABIÁN: Es reservado a mí. No me importunes porque es en vano. Lo que te encargo es que prepares con prudencia el corazón de Carlota. Ella es tímida, sabe que la amo, y que no puedo desearle, sino su bien.

EULALIA: Así lo haré. Pero os advierto, hermano, que esta nueva ha de causar unos efectos muy tristes.

ESCENA 6

DON FABIÁN

FABIÁN: Siento por mi Carlota esta determinación, y también por Teodoro; pero don Melitón con su ojo perspicaz habrá visto más que yo: sus razones me han convencido, mas...

ESCENA 7

Dicho y DON MELITÓN

FABIÁN: A buen tiempo, mi digno amigo. He cumplido exactamente como me lo aconsejasteis.

MELITÓN: ¿Sobre retraeros del consentimiento para el himeneo de la Carlotita?... ¿Eh?

FABIÁN: Sí, señor; ya su tía fue encargada.

MELITÓN: Es preciso a estos pícaros rebeldes hacerles la guerra por todos los medios. Un derecho natural nos aconseja nuestra conservación, y así es que os he prevenido en lo público os manifestéis indiferente acerca de cosas políticas: nuestro

negocio y nada más. Yo por mis circunstancias me veo en la precisión de hacer más. Su Majestad se dignó distinguirme con el empleo que disfrutaba antes del tiempo de la maldita revolución: consulté conmigo mismo, y vi que era un servicio al rey mantenerme a toda costa con él, y aun progresar en mi carrera calculando que esta farsa cómica no puede ser sino momentánea, y mañana, vueltas las cosas a su ser, podré instruir de todo lo ocurrido. Yo me hago la mayor violencia: ¡ya ve usted, un español cómo podrá prostituirse! Sólo el amor a mi Soberano pudiera exigir este sacrificio de mis fieles sentimientos.

FABIÁN: Es seguramente así. Vaya, don Melitón, que diera otro tanto de mi caudal por la sabiduría de usted.

MELITÓN: ¡Amigo! No basta ser sabio, es preciso saber ser.

FABIÁN: Yo la embarcaría en el momento que intentase...

MELITÓN: Nada, nada de eso. He estudiado el carácter de usted, y no merecería ser honrado con el sagrado título de amigo, si no os hablase con franqueza.

FABIÁN: Vivo en esa persuasión. No me desviaré de vuestros respetables consejos y descansad en mi amistad. Ya tengo escrito por Montevideo al Janeiro y Cádiz sobre vuestro mérito: he informado a mis amigos de vuestra importancia y de los objetos interesantes a la causa de nuestro adorado Fernando, que os habéis propuesto para figurar entre los insurgentes, introduciéndoos con los principales cabecillas. Vaya: es una burla que cuando la recuerdo a solas, río hasta más no poder. Son estos criollos unos inocentes. A veces los llego a compadecer, porque al fin son descendientes nuestros.

MELITÓN: Su inocencia es mi sombra ¿pero compadecerlos? Son unos traidores: jamás, jamás deben ser perdonados. Con ellos no reza el precepto de Jesucristo, porque maestro tan justo no puede querer una tolerancia que ataca su santa doctrina.

FABIÁN: Sí: quien desconoce la autoridad de los Reyes, desconoce la de Dios mismo, como que procede de él.

MELITÓN: Buena es la de usted: andar con autoridad divina con estos francmasones. Ya se ve: ¿como no hay inquisición se han introducido cajones de libros franceses de esos autorcillos a quienes han condenado la iglesia por sus opiniones heréticas! ¿Qué tal religión la de estos hugonotes que en sus gacetas ponen por tema: “Oh, tiempo feliz en que cada uno pueda sentir lo que quiera, y decir lo que sienta”?

FABIÁN: ¡Hombre!... ¿Qué dice usted?... ¡Jesús!... ¡Jesús!...

MELITÓN: No hay más... ¿Qué no ha leído usted por curiosidad alguna gaceta?

FABIÁN: Sí: una que otra he visto por encima. ¿Será tal vez lo que está escrito en latín?

MELITÓN: Cabalmente.

FABIÁN: Pero como yo no entiendo el latín, no debe usted extrañar que lo ignore. ¡Nuestra Madre de Begoña me favorezca! ¡Poder pensar lo que cada uno quiera y decir lo que sienta!... Vaya que está el mundo perdido.

MELITÓN: Eso es lo que hoy se llama ilustración.

FABIÁN: Reniego de tal ilustración. Doy gracias al Cielo por haberme hecho pertenecer al último lugar de las Asturias, donde sólo se enseña la fe del carbonero. Pero mudemos de asunto que se acerca mi cajero. ¡Oh! ¡es un excelente muchacho!

ESCENA 8

Dichos y LUIS

LUIS: Todo está pronto. Cuando usted quiera firmar las cartas...

FABIÁN: Con permiso de usted, amigo don Melitón.

MELITÓN: Yo me retiro.

FABIÁN: No; quiero que me acompañéis a tomar la sopa, si no hay inconveniente.

MELITÓN: Tendré el mayor gusto en complacerlos (*Vanse*).

ESCENA 9

DON MELITÓN

MELITÓN: La gran ciencia de este mundo es saber vivir. El hombre que no se regla a las circunstancias, va perdido. Gracias al Cielo que me ha concedido don tan precioso. A no ser por él, tal vez me vería perseguido por los revolucionarios, no disfrutaría de la tranquilidad que gozo y mucho menos de las comodidades que me he sabido proporcionar. Para con la corte estoy en el mejor concepto, pues mis relaciones con este país refluyen a favor de la causa de mi patria. Los documentos que he remitido a la regencia han sido recibidos con el mayor aprecio y me han labrado su confianza y mi seguridad. Los insurgentes me dispensan sin reserva las suyas; y sabré ganarlas cada vez más hasta los últimos momentos en que haya de correrse el velo y para entonces ya he tomado mis medidas... Mas, Teodoro...

ESCENA 10

Dicho y TEODORO

TEODORO: ¿Señor don Melitón?

MELITÓN: Buen patriota: ¿qué hay de cosas de la patria?

TEODORO: El ejército de operaciones en el norte marcha ya sobre Montevideo.

MELITÓN: Lo supe hoy mismo. Es preciso, amigo, enviar el resto hasta quitar del territorio ese asilo a los tiranos.

TEODORO: Seguramente que nuestro gobierno no perdonará sacrificios.

MELITÓN: ¡Oh! Las medidas de que estoy informado prometen la prosecución de la empresa. Os consta que nada se me reserva: mi acreditado patriotismo se ha hecho lugar a tales confianzas. Pero... ya sabéis que el fanático de don Fabián...

TEODORO: No extraño que no sea adicto a nuestra causa. Criado en un sistema monárquico, connaturalizado con sus leyes. Por otra parte un hombre...

MELITÓN: Sí: un hombre, hablando confidencialmente entre nosotros, bruto y cerril, que no ha aprendido sino a vender por diez lo que compró por uno... que jamás ha ejercido la facultad de discurrir acerca de otra cosa alguna, cuanto más sobre negocios políticos. Pero yo soy más bruto que Fabián y la mayor parte de mis paisanos; pues pretendo de ellos un imposible. Son terribles, estúpidos... fanáticos... qué sé yo.

TEODORO: Son unos ingratos al suelo que les produjo la fortuna. Yo no tengo a mal que amen el país que les dio el ser: pero sí que desconozcan la justicia que nos asiste para sustraernos a una

dominación, que en nada ha pensado menos que en hacer nuestra felicidad.

MELITÓN: Es usted muy joven, amigo. No es la madre del borrego la fidelidad a Fernando: no lo es, no. El que se le escapa de las manos la presa de que se alimentaba su codicia: ¡el monopolio, el monopolio! ése es el quid de la dificultad. Lo demás es un velo que encubre la hipocresía.

TEODORO: Aunque, como decís, muy joven, me ha concedido el Cielo discernimiento bastante para conocer que esos se han apartado de sus verdaderos intereses, siendo tan egoístas como me lo pintáis. Fincados en el país, dueños de los capitales, en posesión de las mejores relaciones mercantiles, lograrían mayores ventajas en el comercio con los extranjeros que arribasen a nuestros puertos. Sus capitales en giro tendrían otro incremento, y aun cuando las urgencias del estado demandasen su auxilio, les habría sido mucho menos gravoso a sus fortunas.

MELITÓN: Tocando a Dios y al Rey, salta lo de Sagunto y Numancia.

TEODORO: Pero los americanos ¿en qué ofendemos al Autor de lo creado por sostener unos derechos que Él mismo nos otorgó?

MELITÓN: ¿En qué? ¡Buena es ésa! La autoridad real, dicen ellos, procede de Dios, y cate usted la razón. A más, la donación del Papa...

TEODORO: Fue un abuso de Alejandro, por no llamar a esa donación obra de la intriga.

MELITÓN: ¿Pero os dirigís a mí? Me hacéis muy poco favor... ¿O dudáis de mi convencimiento por la justicia de la causa de América?

TEODORO: Perdonad: salgo fuera de mí al recordar el origen triste de nuestra humillación.

MELITÓN: Tranquilizaos con el feliz recuerdo de que el patriotismo supo borrar esa manera. La América del Sud aleccionará al mundo en constancia y virtudes que la pondrán en la cumbre de su eterna felicidad.

TEODORO: Pero he admirado el carácter pacífico de don Fabián y su madurez... Lo siento un hombre al que miro con el aprecio que de mí se ha granjeado por la franqueza con que ha adherido a mi enlace con la amable Carlotita... ¿Sabéis, amigo, que bien presto hará mi dicha?

MELITÓN: ¡Ah, mi don Teodoro! Soy enemigo de dar nuevas tristes: pero no sería digno de vuestra estimación, si no os advirtiera del riesgo en que se hallan vuestras pretensiones.

TEODORO: ¿Acerca de Carlotita? Dímelo amigo. En ello recibiré la prueba más inequívoca de vuestro interés por mi felicidad.

MELITÓN: No: temo a los bríos de la juventud. Debo mil favores a don Fabián y...

TEODORO: Nada temáis: no os comprometeré. Os lo juro por Carlota misma, que es el objeto más sagrado de mi corazón. Apacigüad este fuego que me devora: reparad que en la incertidumbre será atacado de los horribles juicios, que me precipitarán a cualquier atentado.

MELITÓN: ¿Me prometéis un secreto inviolable?

TEODORO: Os lo juro por el cielo.

MELITÓN: ¡Cuidado, amigo don Teodoro!

TEODORO: Soy un caballero. Sabré sacrificarme por la amistad.

MELITÓN: Pues sabed que hoy me ha sorprendido don Fabián con la nueva de que se ve en la necesidad de desistir del consentimiento para vuestro enlace con su hija. En vano traté

de inquirir los motivos. Quedó suspenso un rato y exclamó: ¡Maldita revolución!

TEODORO: ¿Y Carlotita está instruida de esta ocurrencia? *(Aparte)*. Ay, bien de mi vida: ¡qué impresión habrá causado en tu corazón inocente!

MELITÓN: Nada sé: pero quiero daros el último testimonio de mi verdadera amistad. Dejad a mi cargo el asunto.

TEODORO: No, no merecería el corazón de mi amada, si yo mismo no...

MELITÓN: No conviene. Yo informaré a Carlotita, si es que se le ha notificado la sentencia, de vuestros deseos. La tranquilizaré e instruiré sobre lo que deba obrar. Descansad en mi sincera oferta. Os constan las relaciones íntimas que me unen con don Fabián. Él es tímido, y haciéndole ver que puede padecer por su retractación, y aun sus intereses sufrir menoscabo, cederá. Retiraos don Teodoro. No sería provechoso nos encontrasen aquí. Mi patriotismo es demasiado público, y en sola esta razón pueden hallar un título para desconfiar.

TEODORO: No os comprometáis: yo...

MELITÓN: No os podríais contener, y en estos casos la prudencia es el mejor agente. ¿Qué ganaríais con que se hiciese pública la conducta de don Fabián? Al fin, es el padre del objeto que adoráis, y no deben seros indiferentes sus padecimientos. Dejadlo a mi cuidado: os aseguro del buen éxito dentro de muy breve. Reavivaos y esperadme en vuestro escritorio después de comer...

TEODORO: Sólo a un hombre tan generoso podría dar el negocio de mi felicidad. *(Al irse)*.
¡Ay, Carlota! ¡Quien romperá unos lazos que formó el amor más fino! *(Vase)*.

ESCENA 11

MELITÓN

MELITÓN: Ya nada tengo que recelar en la carrera de mis proyectos. Don Fabián se ha entregado a mi dirección. Teodoro ha creído mis ofertas. He sabido ganar de ambos la confianza; pero nada habré hecho, si no alimento en uno y en otro la opinión que de mí han formado. Mas esto queda a mi cuidado. La esquivia Carlota será mía. Su brillante herencia fijará mi fortuna para siempre. Unido con ella me trasladaré a un país extranjero hasta que se decida la suerte de la América. Entretanto no me descuidaré en mi sistema con respecto a los negocios políticos, pues cualquiera que sea el resultado de la contienda estoy a cubierto. Podrán los filósofos modernos llamar hipocresía a esta conducta... ¡Necios! ¡que aún no han aprendido la verdadera filosofía!

ESCENA 12

Dicho y DON FABIÁN

FABIÁN: Dispéñseme usted amigo: he sido demasiado descortés en dejarlo solo por tanto tiempo: el correo era algo largo y...

MELITÓN: ¡Oh señor don Fabián! Entre amigos de confianza no tienen lugar las etiquetas. He estado meditando sobre mi consejo. Vaya, por todos respectos no os conviene... ¡Un rebelde ser incorporado en la familia de un acendrado español!... ¡Qué se diría!

FABIÁN: No he podido apartar de mi imaginación ni un solo momento vuestras poderosas reflexiones: mas sólo se me presenta un obstáculo.

MELITÓN: ¿Y cuál es?

FABIÁN: ¿Cómo me excuso con Teodoro, después de haberle empeñado mi palabra? Puede penetrar el motivo verdadero de mi repentino disenso, denunciarme por enemigo del gobierno, y sobrevenirme una catástrofe.

MELITÓN: No tenéis que cuidar de ello; yo me encargo de su desempeño. Sabéis que le debo mil consideraciones.

FABIÁN: Y yo lo mismo. Él me libró de caer preso, cuando el desgraciado suceso de la combinación contra el gobierno. A no ser su influjo y mediación...

MELITÓN: ¿Y por qué han sido sus servicios?... ¿Por vos?... Os engañáis. Por conseguir, en cambio, la mano de vuestra hija. Hablaré francamente: por pagarse con la crecida herencia materna de doña Carlota. Todos estos bribones no tienen otro móvil que su interés propio. Desengañaos don Fabián.

FABIÁN: Estoy persuadido de ello. Pero os aseguro que, en aquellas circunstancias, nada me importaba perder toda mi fortuna al ver mi vida en peligro, y os aseguro que le ofrecí a mi Carlota de buena fe.

MELITÓN: Ya lo creo; pero hoy es otro día. Sobre todo dejad a mi amistad el asunto. Yo os prometo sacaros airoso.

FABIÁN: Pero... ¿cómo?

MELITÓN: ¿Os fiáis de mi sinceridad?

FABIÁN: Me ofende vuestra pregunta.

MELITÓN: Pues bien: haced entender a Carlotita que se os ha informado que Teodoro en nada menos piensa que en casarse con ella; que sólo aspira a lo que muchos jóvenes corrompidos que alimentan la pasión en el corazón de una joven para lograr en medio de su vehemencia sus depravados intentos.

FABIÁN: Pero si tal vez mi hermana...

MELITÓN: Nada importa. Fundad vuestra repugnancia en lo que os he dicho, pues no está en contradicción.

FABIÁN: Así lo haré: si gustáis pasaremos a mi escritorio, en tanto llega la hora de comer.

MELITÓN: Sí, allí con más seguridad os acabaré de instruir en lo demás que convenga sobre el particular... (*Vanse*).

ESCENA 13

EULALIA y CARLOTA

EULALIA: Es preciso averiguar la causa de esta novedad. Por mi parte te prometo que no omitiré medio.

CARLOTA: Todo lo espero de usted. Tal es mi situación, que los ánimos me han abandonado. (¡Ah, Teodoro! ¡Que injusta estrella nos persigue!).

EULALIA: Pues lo que es preciso, sobre todo, es no dejarse sorprender; lo cual sería muy fácil abandonándose a un sentimiento perjudicial. De la constancia de Teodoro no hay por qué dudar.

CARLOTA: No, tía mía: antes dudaría de la existencia del mundo. Me ama con tanto extremo que me causa envidia; pues me parece que mi corazón no es tan tierno como su amor lo merece.

EULALIA: Te engañas. Las pasiones en nuestro sexo obran con más actividad. Nuestra natural constitución es la principal causa. Por otra parte, sin grandes negocios a que atender no tenemos de continuo en nuestra imaginación otro objeto

que el que se ama. Los cuidados domésticos no pueden retraernos.

CARLOTA: Eso es cabalmente lo que en mí pasa. Si tomo la costura, digo entre mí: ¡con cuánto placer recorreré la ropa de mi Teodoro! Si me dedico al telar, discurro una cifra graciosa con el nombre de Teodoro. En fin, todas mis acciones y hasta mis pensamientos... todo, todo es por Teodoro. ¿Y podrá mi corazón conformarse con la terrible sentencia de mi padre? Yo lo venero y respeto, pero perdóneme que en todo esto no le obedezca. Primero expiraré a sus pies. ¡Desde hoy, a cada momento reiteraré el inolvidable juramento de ser suya!

EULALIA: No te aflijas, mi Carlota querida. Tu tía tiene el mismo interés que tú. Si tu padre te llamase para hablarte sobre el particular, no te exasperes, negándote abiertamente: implora su ternura paternal, manifiéstale la situación de tu corazón; pídele, ruégale, sin descuidarte en averiguar la causa. Si no consigues que desista de su nueva determinación, pídele el tiempo necesario para resolver en asunto tan serio y al momento me instruyes de todo lo ocurrido. Cuidado con apartarte de mis consejos. Debes estar persuadida de que anhelo tu felicidad por encargo de tu buena madre en su hora postrera.

CARLOTA: Si mi mamá viviera, no me sucedería esto.

EULALIA: Contempla en mí esa madre. Yo te aseguro el triunfo.

CARLOTA: ¡Ah! ¡Cuántos abrazos y besos le daré a usted! Y Teodoro, ¡cuánto se lo agradecerá!

EULALIA: Pues bien, haz lo que te he dicho. En la mesa no te presentes con aspecto extraño, sino como si yo nada te hubiera hablado. Don Melitón no debe traslucir cosa alguna.

CARLOTA: ¿Y si mi padre me preguntare?...

EULALIA: No lo hará, porque es prudente.

ESCENA 14

Dichas y JUANA

JUANA: El amo aguarda en la mesa. *(Vase)*.

ESCENA 15

Dichas, menos JUANA

EULALIA: Vamos, Carlota. Cuidado cómo te portas.

CARLOTA: Usted misma lo verá.

EULALIA: ¡Quiera el Cielo proteger la empresa más justa!

Fin del Primer Acto

ACTO SEGUNDO

ESCENA 1

CARLOTA

CARLOTA: ¡Quién me habría pronosticado las amarguras que hoy padezco, que no hubiera merecido mi desprecio! Segura de la fe de mi querido... del espontáneo consentimiento de mi padre: la ternura de mi amor... Todo... todo hacía de mis horas las más deliciosas. Pero... ¡ah!... huyeron como el pajarillo escapado de la red. ¡Infeliz Carlota! ¿Por qué eres tan cruelmente atormentada?... ¿Qué delito cometiste para que te obligue a beber copa tan amarga? ¿Pudo ser un crimen amar al más virtuoso, al más generoso de los mortales? ¡Ah Teodoro! He ahí la recompensa de tus compromisos... ¡el pago de tus servicios! Mi tía impone silencio a mis justos resentimientos... ¡Ah! ¡Y cuán fácil es dar consejos en causa ajena; pero cuán costoso admitirlos en la propia! ¿Cómo escucharé con serenidad a mi padre en un asunto que importa a mi felicidad o infelicidad? ¿Cómo toleraré la menor ofensa contra un objeto que es la mitad de mí misma? No, jamás. Sabré manifestar a mi padre su injusticia; le negaré ese derecho que ha creído tiene sobre su hija; le diré... Mas, ¿si enciende su cólera, y una violenta determinación me arrebatara el bien por el que suspiro? No, Carlota. Un amante tan digno de ti, es acreedor a todo sacrificio. Inmolaré en las aras del amor todas mis pasiones. Seré recompensada con usura, si por este medio he de asegurar la posesión del único bien a que aspiro en este mundo.

ESCENA 2

Dicha y EULALIA

EULALIA: ¿Qué haces, Carlota mía?

CARLOTA: Batallar conmigo misma. Confieso a usted ingenuamente que no puedo conformarme con mi actual destino.

EULALIA: Así has comido casi nada. Has hecho mal. Te encargué lo contrario; y hasta diste lugar a que don Melitón te preguntase si te hallabas indispuesta.

CARLOTA: ¿Quién tuvo apetencia, hallándose su corazón oprimido de pesares, y de pesares como los míos?

EULALIA: ¿Pero tú desesperas?

CARLOTA: ¡Yo desesperar!

EULALIA: Y entonces, ¿por qué ese entregarse a una extrema aflicción?

CARLOTA: ¡Ah, tía mía! La repentina transición de un alma enamorada, no puede dejar de causar sus efectos.

EULALIA: Pero la reflexión, hija mía, debe templar el furor de las pasiones.

CARLOTA: ¿Y quién pudo oír la razón en medio de las agitaciones del corazón? Si fuera tan fácil, no se vieran en el mundo tan repetidos ejemplares de lo contrario.

EULALIA: Carlota: es preciso no desmayar en la empresa. Una resolución de ánimo es el agente principal en estos casos, y un ojo perspicaz para descubrir los lazos que puedan prepararse. Así es que he encargado a Juana, que oculta observe si mi hermano dice algo a don Melitón. Ellos quedaron de sobremesa hasta tomar café. Puede ser que alguna casualidad nos abra camino para obrar con conocimiento.

CARLOTA: ¡Cuánto os desveláis por mí! Vos sois mi único consuelo. ¿Y si Teodoro viniese como acostumbra, ignorante de lo que pasa? Ah, tía mía, mucho temo entonces de mí.

EULALIA: Ayer me dijo que hoy quizá no vendría porque estaba citado con unos amigos para un negocio de importancia.

CARLOTA: También a mí me instruyó. ¡Pero Teodoro pasar un día sin ver a su Carlota!...

EULALIA: Pues bien, si viniera recíbelo como siempre, y déjame a mí lo demás.

CARLOTA: No le será difícil penetrar el fondo de mi corazón.

EULALIA: Ya le creo; mas tu padre y don Melitón se acercan. Yo me retiro. Cuidado con lo dicho... (*Vase*).

CARLOTA: Deme el cielo auxilios.

ESCENA 3

CARLOTA, FABIÁN y MALITÓN

MELITÓN: Señorita, no se ha dignado usted acompañarnos al café.

CARLOTA: Padre sabe que nunca le tomo, por serme muy dañoso.

FABIÁN: Es así. Estas criollas sólo gustan del mate al que están acostumbradas.

ESCENA 4

Dichos y LUIS

LUIS: La carta está ya a la firma.

FABIÁN: Permitid que...

MELITÓN: Sí, sí, es interesante no demorarla (*Vanse*).

ESCENA 5

CARLOTA y MELITÓN

MELITÓN: ¿Por qué tan desganada en la mesa, hermosísima Carlotita? Ya se ve: el amor causa esos efectos.

CARLOTA: Usted se equivoca. Almorcé algo tarde y por ese motivo me sentía inapetente.

MELITÓN: Vaya, que no es eso, que no es eso.

CARLOTA: Seguramente me honra el buen juicio de usted.

MELITÓN: ¡Embustera! Sabe usted que nada ignoro. Ya antes se lo he significado. El joven Teodoro... ¿eh?

CARLOTA: Creo que no tiene usted autoridad, ni menos título alguno, para vigilarme.

MELITÓN: ¡Autoridad! ¡Oh y quién fuera tan dichoso! Título tengo: el de un amante ciego que adora esa belleza, agitado por los celos más crueles.

CARLOTA: ¡Vaya, que me ha hecho gracia eso de los celos! Cuando yo hubiese al menos permitido los obsequios de usted, habría algún fundamento para ellos.

MELITÓN: Desentiéndase usted; desentiéndase de mis insinuaciones. Complázcase en mi martirio; vanaglóriese usted de sus desprecios; pero aguarde, que será medida con igual vara.

CARLOTA: (*Aparte*) Apuremos a este necio hasta descubrir algo.

MELITÓN: ¿Calla usted? ¿Inclina esos luceros que dan vida al que los mira?

CARLOTA: No entiendo el enigma.

MELITÓN: Pero parece que le interesa, ¿no es verdad?

CARLOTA: Una sola cosa me interesa en este mundo. De ello vivo segura, y así nada más tengo que esperar.

MELITÓN: Advierta usted, Carlotita, que es muy fácil vivir engañados. Las cosas humanas tienen por esencia la movilidad: sólo lo celestial es eterno.

CARLOTA: ¿Y qué quiere usted darme a entender?

MELITÓN: Que no se crea usted tan segura. Lo que hoy nos halaga, mañana tal vez puede ser el instrumento de mil sinsabores. Muchas veces nos equivocamos en el concepto que hacemos de las personas. El corazón más protervo lo creemos el más virtuoso, cuando lo cubre la hipocresía. Ésta es una verdad, Carlotita; y se lo asegura a usted quien la ama por sus bellas cualidades y no puede tolerar queden burladas por la mala fe.

CARLOTA: ¿Y qué motivos tiene usted para expresarse de ese modo? Confieso a usted, sin el menor rubor, que amo a don Teodoro y que lo he aceptado por esposo, cuyo enlace aprueba mi padre; y repito a usted que vivo muy segura de sus promesas.

MELITÓN: Así, así; atormente usted más mi corazón con su ingenua confesión. Mas yo no puedo menos que compadecer su vana credulidad a favor de un joven...

CARLOTA: Teneos, señor don Melitón: no toméis en boca el nombre de ese joven que puede enseñar a los hombres maduros virtudes y honor.

MELITÓN: Pero al fin un joven. Os dispensará hoy y mañana sus caricias; después le seréis un objeto, cuando no odiado, al

menos despreciable, viéndolo entregado a los placeres en brazos de un rival.

CARLOTA: Cuando queráis seducir el corazón de una joven no os valgáis de medios tan comunes, que el menos advertido ha conocido su ineficacia. Yo creía en vos otros talentos. Sobre todo, conozco muy a fondo el carácter de Teodoro y sus cualidades.

MELITÓN: ¡Ah, cruel, cuanto hermosa y discreta! Os complazco con sacrificio de mi amor propio. Pero ya que soy tan desgraciado, reciban mis ansias al menos el momentáneo placer de imprimir mis amantes labios.

(Tómale una mano por sorpresa y se la besa).

Carlota se la arranca con violencia y en ese mismo momento entra en escena Eulalia.

ESCENA 6

Dichos y EULALIA

EULALIA: ¿Qué es eso, Carlota?...

CARLOTA: Este hombre osado...

Don Melitón se sorprende, pero luego se repone con carácter jocoso.

EULALIA: Cómo, Don Melitón, ¿os atrevéis a atropellar el decoro de una joven de honor?

MELITÓN: Señora mía, perdonad: no he sido dueño de mí. Me ha encantado la discreción de esta señorita, y transportado en admiración quise demostrarle...

ESCENA 7

Dichos y JUANA

FABIÁN: Al momento esta carta en mano propia.

JUANA: Será entregada con puntualidad. *(Vase).*

ESCENA 8

Dichos, menos JUANA

FABIÁN: Si gustáis, amigo, iremos a dar una vuelta.

MELITÓN: Os acompañaré un rato, porque estoy citado como os he dicho.

FABIÁN: ¡Ah!, sí, no me acordaba. Vamos.

MELITÓN: A los pies de ustedes.

ESCENA 9

CARLOTA y EULALIA

CARLOTA: ¿Vio usted comprobada mi verdad? ¿Vio la moderación y urbanidad de don Melitón?

EULALIA: Te aseguro que me ha sorprendido.

CARLOTA: Lo mismo ha de suceder con su patriotismo. Yo algo he descubierto. El otro día hablaba muy acalorado en el escritorio de mi padre y, desde mi aposento, como que lo divide un tabique sencillo, llegué a percibir estas palabras: “Los pícaros de los criollos no pagan con mil vidas”. Y al dirigirme a saludar a mi padre, decía: “¡Rebeldes!” Cuando entré mudó de mil colores. Yo di los buenos días y me retiré.

EULALIA: Vaya; serán aprensiones tuyas. Yo le he oído en varias sociedades de americanos brindar por la felicidad del país... entonar la canción patriótica, y mofarse de Fernando VII.

CARLOTA: Éstos tienen una cosa en los labios y otra en el corazón. Mi padre, que debe toda su fortuna al himeneo con mi madre, que reside en Buenos Aires desde hace más de cuarenta años, aunque en lo público muestra prudencia, en lo privado resuella, como dicen, por la herida.

EULALIA: Nada tiene de extraño. Mientras no hagan otro mal que murmurar a solas, es preciso concederles siquiera este desahogo.

CARLOTA: Hablemos ahora de nuestro asunto. Don Melitón ya está informado de la novedad del día. Me lo ha dado a entender en pocas palabras, y recelo que haya trastornado a mi padre.

EULALIA: No lo creo.

CARLOTA: ¿Y si yo le aseguro a usted que me ha solicitado como el pretendiente más rendido?

EULALIA: No lo extraño: es hombre, y tiene toda la libertad para pretender.

CARLOTA: Pero aún hay más: ha llegado a darme a entender que seré burlada en mis esperanzas, atacando el honor de Teodoro.

EULALIA: ¿Y tú que le contestaste?

CARLOTA: ¿Cómo habría de sufrir que insultase el objeto de mi cariño? No merecería su amor. Le confesé de plano mi compromiso; le apercibí para que excusase pronunciar el nombre de Teodoro, sólo que fuera para hacer justicia a su mérito; y últimamente le hice ver que en él no existía el menor título para observarme sobre el particular.

EULALIA: Ya lo has hecho pero no es de mi aprobación.

CARLOTA: ¿Y por qué dejarlo alimentar una esperanza inútil? Es muy repugnante a mi carácter. Yo me hice la que no entendía sus indirectas, con el fin de descubrir algo de provecho. Advertí que él se reservaba con malicia; atacó la opinión de mi querido, y no fui dueña de mí.

EULALIA: Muda de conversación, que Luis llega.

ESCENA 10

Dichos y LUIS

LUIS: Perdonen ustedes que las interrumpa.

EULALIA: Lo tenemos a mucho gusto, y aun deseábamos que nos informes, si merecemos tal confianza, sobre una carta que mi cuñado ha dirigido.

CARLOTA: Yo, buen amigo, te lo ruego: me interesa saberlo.

LUIS: Pero exijo la mayor reserva...

EULALIA: Puedes estar seguro de ello.

LUIS: El señor don Fabián ha escrito a don Teodoro emplazándolo para una entrevista. Don Melitón tiene parte en el asunto, pues él dictó la carta. He creído deber comunicarlo a ustedes para su satisfacción. Vaya, señora doña Carlota: tomaremos un trago a la salud de los novios. Entretanto reencargo a ustedes el secreto. Pues aunque me persuado de no sea otro el asunto que el de efectuar la boda, sin embargo podría el patrón llevar a mal mi procedimiento.

CARLOTA: ¿Y don Melitón, decís, se mostró interesado en el asunto?

LUIS: Y muy mucho.

EULALIA: ¿Y no llegaste a comprender sus proyectos?

LUIS: No señora. Don Melitón dijo al señor don Fabián: usted ha fiado a mi dirección la empresa; dejarme obrar y yo respondo.

CARLOTA: Mucho recelo, tía mía, trate de vengarse.

LUIS: Lo que únicamente puedo decir a ustedes es que lo oí muy acalorado, y cuando hablaba con el patrón era un secreto.

CARLOTA: ¡Ay, tía de mi alma! No me engaña el corazón. *(Llora)*.

LUIS: De saber que le había de servir de disgusto...

CARLOTA: No, honrado Luis: antes te lo agradezco. Y si he de merecerte algún favor sea el que repitas tus avisos en adelante, siempre que ocurra algo de nuevo. Cuenta con mi recompensa.

LUIS: Los hombres bajos y corrompidos son los que prestan sus servicios por el vil interés. Poseo, gracias al Cielo, un alma noble, incapaz de ser movida por otro espíritu que el de la gratitud y el de la buena amistad.

EULALIA: Estamos íntimamente persuadidos de tus fieles sentimientos. Retírate; puede venir mi hermano y recelar.

LUIS: ¿Pero qué puede sospechar el señor don Fabián? No es la primera vez que he tenido el honor de ser favorecido con la compañía de ustedes.

EULALIA: En las circunstancias presentes podría tomarlo a mal.

LUIS: ¿Pues, qué novedad?...

CARLOTA: ¡Ay, triste!

EULALIA: Todo lo sabrás después. Retírate y observa.

CARLOTA: Quizá a tu amistad deberé mi dicha.

LUIS: No omitiré cuanto esté de mi parte. *(Vase)*.

ESCENA 11

Dichas, menos LUIS

CARLOTA: Don Melitón es el móvil de mis amarguras. Ahora sí que comprendo el espíritu de sus expresiones. Es un vil.

EULALIA: No seas, Carlota mía, tan fácil en acriminar. El que pretende a una joven, que conoce inclinada hacia otro, no perdona medios para apartarla del amor de su rival. Éste ha sido el ánimo de don Melitón, seguramente.

CARLOTA: Don Melitón ha traicionado la amistad de Teodoro. Lo habrá dibujado con los más negros colores a la vista de mi padre: habrá proferido cuanto le ha dictado su corazón depravado. ¡Oh! ¡y cuándo la virtud no fue atacada por el labio del perverso!

EULALIA: No, sobrina: tu pasión te ciega. Las nobles cualidades de Teodoro, sus circunstancias y méritos son bien conocidos. No es fácil destruir la opinión que ha sabido labrarse, y mucho menos con tu padre. Él lo conoce bien: le hemos oído repetidas veces hacer su elogio. Además, le está sumamente obligado por los singulares servicios que le ha rendido. ¿Cómo en un momento ha de desconocerlo? ¿Cómo olvidar unos favores que de necesidad debe reconocer?

CARLOTA: ¡Ah! es que los hombres fascinados por un mal entendido interés, no ven ni la luz del día y llegan a olvidarse hasta de sí mismos. Tal es la condición humana. La ingratitud es, por lo común, la recompensa de los beneficios.

EULALIA: Te exaltas demasiado. Sobre todo: ¿quién puede violentar tu inclinación?

CARLOTA: Nadie. No conozco sobre la Tierra tal poder. Si Teodoro mismo me dijera que cuanto me ha significado ha sido mero pasatiempo, él nunca me habría amado; pero Carlota lo llevaría a la tumba grabado, como hoy lo está, en su corazón.

EULALIA: Pues si consiste en ti ¿por qué te afliges?

CARLOTA: Solo siento el agravio más injusto.

EULALIA: La carrera del amor trae estos sinsabores. Ellos son los que forman los amantes en el crisol de la constancia, y los que a su tiempo hacen más deleitable el estado conyugal. Algún día te lo he de recordar, y entonces conocerás esta verdad.

CARLOTA: ¡Oh, quién hubiera ya disfrutado de tanta dicha!

EULALIA: Vaya, señorita: ¿parece que no le ha desagradado a usted mi lección? Pero Juana vuelve. Quédate aquí, mientras yo puedo recabar de ella alguna noticia útil.

ESCENA 12

Dichos y JUANA

CARLOTA: ¿Encontraste en casa a don Teodoro? ¿Leyó la carta? ¿Qué te ha dicho?

JUANA: Él sin duda, al verme entrar, creyó que la misión sería de usted. ¡Cuán halagüeño me recibió! Pero luego que miró el sobre, mudó de aspecto; leyó la carta, dio unos cuantos pasos y...

CARLOTA: ¿Y no te preguntó por mí?

JUANA: Allá iba yo: bueno fuera que no. Al momento se puso a escribir este billete, exclamando: ¡Ah, pobre inocente, en qué amarguras te han sumergido!; y me encargó os los entregase con reserva.

CARLOTA: Dámelo, dámelo. *(Toma el billete, lo abre y besa. Después lo lee para sí).*

Entretanto, Eulalia dice a Juana.

EULALIA: Impaciente estaba por hablarte de mi encargo.

JUANA: Pues yo no estaba menos por desembuchar mis observaciones.

EULALIA: Pues ven conmigo.

JUANA: *(Al irse)* He aquí el principal papel que desempeñamos los criados con propiedad y con el mayor placer... *(Vanse).*

ESCENA 13

CARLOTA

CARLOTA: *(Lee)*. “Único amor mío”. Mío también único y solo. *(Lee)*. “Te contemplo llena de pesares y sobresaltos por la repentina retracción de tu padre”. ¡Oh, padre cruel! ¿Y quién te autorizó para arrebatarme la felicidad? *(Lee)*. “Tranquilízate, vida mía, yo juré ser tuyo para serlo”. ¡Qué decir tan encantador! *(Lee)*. “Al momento paso a verme con el señor don Fabián: a mi vista será desarmado. Sólo te pido constancia y prudencia y, en lo demás, abandónate a la eficacia de tu ciego adorador. Teodoro”. Sí, ángel de paz: tú sólo puedes restituir a mi corazón aquella dulce paz que me constituía la mujer más feliz del Universo. ¿Le contestaré? ¿Para qué? ¿Para asegurarle de mi fe eterna? ¿Y cuándo lo ha dudado? Ofendería sus nobles sentimientos. Sin embargo el corazón de un amante jamás se sacia, siempre aspira. Le escribiré cuatro letras y Juana será la conductora... *(Se dirige hacia la izquierda como en acción de irse).*

ESCENA 14

Dicha y TEODORO

TEODORO: Señorita, beso a usted los pies.

CARLOTA: *(A vuelta el rostro con sorpresa. Al ver a Teodoro, da un penetrante suspiro y cae desmayada sobre un sofá que se pondrá cerca de la salida de la izquierda.)* ¡Ay!

TEODORO: *(La sacude).* ¡Carlotita! ¡Carlotita! Ha perdido el habla. Dios mío, ¡qué compromiso! Si su padre me encuentra en esta situación. ¿Qué haré? ¡Carlotita! Es tu prometido esposo, es tu amante el que te habla. Aún no vuelve. ¿Llamaré? Válgame el cielo, todo es arriesgado. Si doy voces pueden juzgar en mí alguna acción imprudente.

Carlota echa una mirada insinuante a Teodoro.

Ya se recobra.

CARLOTA: ¡Ay de mí!

TEODORO: ¿Qué funesta impresión ha causado en tu alma mi presencia?

CARLOTA: ¡Ah, Teodoro! Se conspira contra nuestra felicidad.

TEODORO: Ésas son celadas que el amor arma para probar la constancia de los amantes.

CARLOTA: No, no, la tormenta está armada y amenaza nuestra tranquilidad suspirada.

TEODORO: Es engaño de tu fantasía. Yo observo un horizonte inalterable en su mayor hermosura y serenidad. Veo tu corazón constante, y reconozco mi alma cada vez más enamorada. ¿Podemos apetecer más sobre la Tierra?

CARLOTA: En verdad que no. Mas todo lo mortal depende del arbitrio de un destino que no le es permitido a la humana condición penetrar. Embriagados con nuestros deseos, no conocemos el bien que nos huye; y ofuscada la razón, no distingue los males que nos amenazan. Tal es la idea horrible que ha sobrecogido mi alma al presentarte delante de mis ojos.

TEODORO: Perdona, Carlotita, vuelvo a decirte que te alucinas. Conozco que es efecto del exceso de tu pasión, y mi alma se ha dilatado al contemplarlo. Pero nuestro destino ya se ha fijado decisivamente.

CARLOTA: Se ha fijado, sí, por nuestra parte. ¿Podemos prever los accidentes que nos sobrevengan?

TEODORO: De ninguno hay que temer, cuando se encuentra una firmeza que oponerles.

CARLOTA: Advierte, Teodoro, que no podemos lisonjearnos del bien hasta no poseerlo.

TEODORO: Vaya, que eres demasiado cobarde.

CARLOTA: Te amo mucho, para no sentir hasta la menor idea de perderte.

TEODORO: Tu padre cederá, no lo dudes.

CARLOTA: ¡Oh! Si mi padre obrase por sí mismo, no habría gustado de licor tan amargo. Hombres viles que lo cercan y alteran su carácter bondadoso...

TEODORO: No te comprendo. ¿Por quiénes hablas?

CARLOTA: Por un rival que a la par que lo detesto, ha apurado todos los resortes que inspira la baja venganza.

TEODORO: ¡Un rival! ¿Quién es ese atrevido que osa?...

CARLOTA: El ente más falso e hipócrita que abortó la naturaleza. Quien te vende como tu mejor amigo: don Melitón...

TEODORO: ¡Don Melitón! Te equivocas. Él mismo me comunicó la noticia; y tratando yo de estrecharme con tu padre, formó el más decidido empeño en tomar a su cargo el disuadirlo.

CARLOTA: Pues mira que te engaña. La carta que te ha enviado mi padre, él la dictó.

TEODORO: Eso mismo prueba el sincero interés que ha tomado. Imponte de su contenido.
(*Da a Carlota la carta.*)

CARLOTA: (*Lee.*) “Estimado amigo: negocio de la mayor importancia para ambos exige una entrevista. Aguardo a usted en esta casa en la tarde de hoy, porque deseo quedemos de acuerdo. Reitera las consideraciones de gratitud y amistad a...”
(*Devuelve la carta.*)

TEODORO: ¿Y ahora qué dices?

CARLOTA: Me ratifico en que es un hombre pérfido.

TEODORO: No quiero replicarte más. Muy corta vida nos ha de costar el desengaño. Pero he demorado demasiado en preguntar por el señor Fabián. ¿Se halla en casa?

CARLOTA: Salió poco ha con el mismo don Melitón, que se ofreció a acompañarlo un breve rato por no sé qué diligencia que significó a mi padre...

TEODORO: Quedamos de acuerdo para vernos en casa. Parto al momento. No nos desencontraremos por una casualidad. Entretanto, permíteme te diga que nada has esperado de tu Teodoro, cuando te encuentro entregada a un pesar tan excesivo. Sosiega la agitación de tu alma. Hoy mismo recogerás el fruto de tus suspiros en los brazos de tu tierno dueño.

ESCENA 15

Dichos y EULALIA

EULALIA: ¡Qué feliz encuentro! ¿A dónde va usted tan de prisa?

TEODORO: Señora, la felicidad es mía. Siento no poder disfrutar por más tiempo de tan amable compañía: me urge el partir, Carlota informará a usted.

EULALIA: Pero advierto a usted que tenga la bondad de verse conmigo en mi costurero antes de hablar con mi hermano, pues importa. Juana lo introducirá.

TEODORO: Lo haré con la mayor puntualidad. Beso a ustedes los pies...
(*Vase.*)

ESCENA 16

Dichos, menos TEODORO

EULALIA: Por fin se ha descubierto lo que podíamos apetecer para caminar a muy clara luz.

CARLOTA: ¿Cómo? ¿Será posible?

EULALIA: No hay que dudarlo. Se ha preparado la celada, pero un ardid se burla con otro. Entretanto, me doy por vencida del errado concepto que me merecía el tal don Melitón.

CARLOTA: ¿Conque estoy vindicada?

EULALIA: Es uno de aquellos patriotas de conveniencia.

CARLOTA: Es un hipócrita, un hombre de un carácter doble. Así se lo he dicho a Teodoro que ha fiado en su amistad, pues lo tiene tan engañado que atribuye lo del dictado de la carta a

haber reducido a mi padre en nuestro favor. Pero él palpará (no permita Dios que sea ya tarde) los efectos de su credulidad generosa.

EULALIA: ¿Y a dónde partió con tanta exigencia?

CARLOTA: Iremos a mi dormitorio, e instruiré a usted de la escena que ha pasado.

EULALIA: Dices bien. Yo también te informaré de cuanto Juana me ha comunicado. Ve tú primero, porque no conviene que se colija algo por esta buena criada que en la seguridad del secreto se me ha franqueado; y sus servicios nos son tan útiles.

CARLOTA: Pero no demore usted.

EULALIA: Pronto estaré contigo... (*Vase*).

ESCENA 17

EULALIA

EULALIA: ¡Que existan unos hombres semejantes a don Melitón sobre la Tierra! No, ellos son seres excluidos del orden de la naturaleza. ¡Cómo podrá conformarse su corazón con tales sentimientos! ¡Vivirán tranquilos! ¡No se sentirán agitados por los más terribles remordimientos? ¡Imposible! Si el hombre sano e ingenuo siente un placer en cuanto obra, con desprecio de la crítica del envidioso porque sabe que el tiempo descubre la verdad; el falso y traidor, que camina sobre espinas, alimentado por una ilusión quimérica y momentánea ¿qué fruto recogerá de su hipocresía? Tales entes, entretanto no son descubiertas sus negras máximas, ¡cuánto perjudican en la sociedad!

Fin del Segundo Acto

ACTO TERCERO

ESCENA 1

Entrando de la calle DON FABIÁN

Después JUANA

FABIÁN: ¿Hola?

JUANA: ¿Qué ordenáis?

FABIÁN: ¿Entregaste la carta?

JUANA: En mano propia.

FABIÁN: ¿Y no te han dado contestación?

JUANA: De palabra me la dio, diciéndome que esta tarde misma se pondrá a vuestras órdenes.

FABIÁN: Está bien. Ve y di a mi hermana que aquí la aguardo.

JUANA: ¿Y a la señorita?

FABIÁN: ¿Te la he nombrado yo? ¿A qué te entrometes en lo que no se te manda?

JUANA: Dispense, señor, yo creía...

FABIÁN: ¿Qué tienes que creer, sino ejecutar mis mandatos sin atreverte a interpretaciones? He dicho que llames a mi hermana.

JUANA: Así lo haré: (*Al irse, aparte*). ¡De qué mal temple ha venido!

ESCENA 2

FABIÁN

FABIÁN: No hay duda de que los hijos hacen la delicia del amor conyugal, pero también, de cuántos cuidados llenan a su vez el corazón de los padres. Yo no tengo de qué quejarme en la única hija que me ha dado el Cielo. Ella me respeta al paso que me ama. Su carácter honesto y amable descubre el interior de su alma pura... ¡Pero mi facilidad en consentir la maldita boda!... Vaya, tiene razón don Melitón: soy un papanatas... no valgo un cuarto... no tengo la menor previsión. Y si yo mismo me he enredado en mis propias redes ¿por qué culpo a mi Carlota? Muchacha... en la fuerza de la naturaleza... ¿qué extraño era que se enamorase de un joven bien parecido, de trato afable, con regular fortuna, y a quien yo mismo he dispensado mis confianzas?... Que me comunica sus intenciones... que las apruebo. ¿Y aún he fomentado en ambos sus ideas? Lo que he dicho: soy un bestia forrado en lo propio. Bien empleado me está cuanto me pasa y cuanto me sobrevenga por mi necesidad. ¡Ah! ¡Si reflexionásemos los hombres antes de obrar no tendríamos después de qué arrepentirnos!

ESCENA 3

Dicho y EULALIA

EULALIA: Juana me acaba de avisar...

FABIÁN: Sí, hermana: tengo que hablarte con franqueza y exijo de ti la misma.

EULALIA: Me hacéis una injuria al creerme capaz de...

FABIÁN: No. Ponte en mi lugar. Soy padre, debo mirar por la única hija que el Cielo me ha otorgado. ¿Cómo podrán serme indiferentes sus padecimientos en lo venidero? “El que adelante no mira”, hermana...

EULALIA: “Atrás se queda”, dice el adagio. Y es lo mismo que yo repito.

FABIÁN: Está supuesto. Infórmame antes de todo. ¿Cómo ha recibido Carlota mi desistimiento?

EULALIA: Como era natural en una joven tan sensible como ella y que está enamorada. Y tanta más impresión le ha causado vuestra nueva determinación, cuanto que lejos de imaginarla, bendecía vuestra ternura y vuestra bondad.

FABIÁN: Calores de los primeros años. Mañana se le presenta otro amante, le dice cuatro palabritas embusteras, y abur pasión por Teodoro.

EULALIA: Vos sois el que está muy equivocado. El primer amor que se anida en el corazón de un alma inocente, como la de Carlota, no desaparece con tanta facilidad. De este errado juicio que forman los padres temerarios, resultan los matrimonios infelices. Violentan a sus hijas y las entregan a un hombre que tal vez odiaron, por que neciamente creen que todo lo vence la virtud del sacramento. Y así las sacrifican, o por un capricho, o por fines particulares.

FABIÁN: ¡Dios me libre! Yo nunca, nunca violentaré su voluntad. Pero también debe consultar, al paso que no olvida su felicidad, mi tranquilidad y mi opinión.

EULALIA: ¿Y en qué exponéis vuestra tranquilidad y opinión, consintiendo el enlace de Carlota con Teodoro?

- FABIÁN: Eso no lo alcanzas tú.
- EULALIA: Vos me exigisteis os hablase con franqueza, y yo advierto una reserva que no debíais usar.
- FABIÁN: Para que no tengas motivo de queja, voy a hablarte con la ingenuidad que me es propia. Teodoro se introdujo en casa con motivo de una letra, girada desde el Janeiro a su favor y a mi cargo. A los pocos días, sin saber cómo, me vio enredado en el proyecto de la conjuración contra el gobierno, por mis relaciones con los principales autores. Él me salva del compromiso, y a fe de hombre reconocido, le aseguré mi amistad. Se enamora de Carlota, me lo manifiesta, y no pude menos que consentir.
- EULALIA: ¿Y a quién con más justicia pudisteis entregar a vuestra hija, amándolo ella?
- FABIÁN: Lo confieso; y no me habría retraído jamás. Pero un amigo, cuyos consejos respeto...
- EULALIA: (*Aparte*). El pícaro de don Melitón.
- FABIÁN: ... me ha hecho ver los perjuicios que puede deparar a mis intereses este enlace. Una gran parte de mis fondos existen en Cádiz, y no faltan almas perversas...
- EULALIA: Estoy por adivinar quién es vuestro respetable consejero.
- FABIÁN: No, no: no puedes penetrarlo. Es un amigo que me ha dado pruebas de tal.
- EULALIA: ¿A que os lo nombro ahora mismo?
- FABIÁN: Estoy seguro de que no acertarías; y aun cuando fuera así, sería una confidencia que jamás haría.
- EULALIA: ¿Queréis que os hable con el corazón en las manos?

- FABIÁN: Veamos... veamos...
- EULALIA: Vuestro consejero, sea quien fuere, no es tal amigo vuestro.
- FABIÁN: Primero creería que no hay viñas.
- EULALIA: Pues no hay viñas; sí señor. Ese tal, es un hombre falso e intrigante que ha conocido vuestro carácter naturalmente sencillo; ha cobrado ascendiente sobre vos, y quiere de ello sacar un partido para sí.
- FABIÁN: Es imposible... imposible.
- EULALIA: Pues vuestra hermana que os ama por tal título y por justa gratitud, os dice y pronostica que exponéis vuestro sosiego, vuestra opinión y vuestros intereses, si os oponéis a la boda de Teodoro con Carlota. Vuestra resistencia será inútil: Teodoro se ha granjeado el aprecio de los principales el pueblo. Todos se pondrán de su parte y vuestra hija será su esposa.
- FABIÁN: O no lo será. ¿Quién puede despojarme del derecho de padre?
- EULALIA: No, hermano: si es cosa que os han de causar incomodidad mis sinceras observaciones, me abstendré de continuarlas. Vos podéis obrar como gustareis: yo me retiro... (*Vase*).

ESCENA 4

FABIÁN

- FABIÁN: Sí, señor: no lo será, porque no quiero; porque no se me antoja; porque no me da la gana. Con la maldita revolución todo se ha puesto en contacto. La tal libertad se ha aplicado indistintamente. ¡Hasta los hijos se creen en libertad para ultrajar la autoridad paterna! ¿Si será por el título de

igualdad, que se pretende confundir hasta los deberes que Dios mismo ha dictado? Pero dice muy bien don Melitón: querer que existan sentimientos de religión en estos jacobinos, es intentar que el agua produzca fuego. Pero yo sabré sostener mi autoridad. ¿Hola?

ESCENA 5

Dicho y JUANA

FABIÁN: ¿Y la señorita?

JUANA: No ha mucho que hizo la llevase un vaso de agua, y la encontré llorando. Le pregunté por qué se hallaba en tal situación, y me contestó: “Quien de la cumbre de la prosperidad se ve precipitada al borde del más profundo abismo de penas ¿cómo quieres que se conforme con un porvenir tan acerbo? ¡Ah! ¡y que haya hombres que tengan por gloria labrar el infortunio a sus semejantes!”.

FABIÁN: ¿Y no nombró a persona alguna?

JUANA: Un nuevo mar de lágrimas le ahogó las palabras.

FABIÁN: ¿Y acerca de mí, nada habló?

JUANA: Sí, señor: se enjugó el llanto y, después de un buen rato exclamó: “¡Autor de mi existencia! ¡Para qué me la diste si habrás de hacer mis días infortunados! Mas tu razón no te inspira, no: ¡te han fascinado!”.

FABIÁN: (*Aparte*) No hay duda: la han enterado de todo.

JUANA: Yo insté, movida por la compasión que me causó, amén de un poquillo de curiosidad; pero ella me mandó retirar, y en este instante se encamina al dormitorio de vuestra hermana.

Os aseguro que me contristó. Si una fiel criada puede implorar vuestra bondad, yo lo hago con todo mi corazón a favor de la señorita. ¡Es tan amable!

FABIÁN: Esos son negocios en que ninguno de tu clase debe mezclarse. Yo sé lo que me corresponde hacer, y lo que conviene a la señorita. Algún día me lo agradecerá.

JUANA: ¿Pero no os conmueve su situación? Haced pues llegue ese día en que vuestra hija reconozca el fruto de vuestras bondades.

FABIÁN: Ya te he dicho que no debes mezclarte, y te lo repito. Ve y di a la señorita que aquí la aguardo, que venga en el momento.

JUANA: Parto a obedeceros. (*Aparte*) En oyendo a su hija, no le han de valer cábulas.
(*Vase*).

ESCENA 6

FABIÁN

FABIÁN: A la verdad, que el corazón reprueba cuanto estoy obrando; pero he empeñado mi palabra a don Melitón, y no quiero acreditarme de débil, ya que me avergüenzo de haber sido fácil. ¡Ah! ¡Si todos los hombres al advertir sus yerros los enmendasen, no se expusieran a los funestos efectos de su contumacia!

ESCENA 7

Dicho y CARLOTA

CARLOTA: *(Se presenta entregada a un profundo dolor. Los ojos fijos en tierra y los brazos cruzados).* ¿Qué disponéis, señor?

FABIÁN: Ven hija querida, siéntate: quiero que oigas a tu padre.

CARLOTA: Lo haré como debo.

FABIÁN: Tú, bien lo penetro, estarás tal vez maldiciéndome.

CARLOTA: ¡Oh! No señor. Os respeto demasiado.

FABIÁN: No lo entiendas tan materialmente. Quiero decir que estarás muy sentida conmigo.

CARLOTA: Me quejo, sí, es verdad, de vuestra repentina mudanza, y aunque a veces he tratado de ponerme de vuestra parte, no ha encontrado mi corazón el menor resquicio de justicia.

FABIÁN: ¿Luego te has persuadido de que mi ulterior conducta con respecto a tu boda con Teodoro, nace de puro capricho o arbitrariedad?

CARLOTA: No, señor: no nacerá de capricho vuestro, pero sí de algún influjo...

FABIÁN: Haz más justicia a tu padre. No poseo carácter tan débil, ni me hallo en una edad en que con facilidad se me sorprenda.

CARLOTA: Pero vuestro corazón es naturalmente bueno y no es capaz de prever las insidias que le preparan hombres pérfidos, bajo el velo de una amistad aparente.

FABIÁN: ¿Qué es lo que hablas, muchacha?

CARLOTA: Sí, señor: no me retraigo de lo dicho: os han sorprendido.

FABIÁN: Sí; así es como te cedí a Teodoro.

CARLOTA: Teodoro es incapaz de perfidia. Sus servicios os lo dan a conocer.

FABIÁN: Todos los hombres los prodigan cuando de ellos esperan ventajas para sí.

CARLOTA: Cuando Teodoro os prestó los más singulares aun, puedo decirlo, no me conocía. Era la tercera vez que había entrado en casa. Sabéis, pues os lo comuniqué, que me significó su pasión, creyéndome comprometida con vuestro sobrino don Manuel y eso fue pasados algunos meses después de dispensaros sus buenos oficios. ¿Qué miras de interés lo pudieron mover? ¿Adquirir fortuna? Él la disfruta bastante lisonjera. Otro, padre mío, es el pérfido.

FABIÁN: No llego a comprenderte.

CARLOTA: ¿Me permitís que os hable francamente?

FABIÁN: ¿Y por qué he de rehusarlo?

CARLOTA: El que se os vende por vuestro mejor amigo, el que blasona tener sobre vos un imperio absoluto...

FABIÁN: ¿Quién... quién es ése?

CARLOTA: ¿Quién? Don Melitón.

FABIÁN: *(Airado)* Sella ese labio detractor. No es ésa la educación que te he dado, ni en la que te conservó tu buena madre. Don Melitón es un hombre justo al que tú y todos debéis respetar... ¿Y quién te ha dicho que él se mezcla en el asunto de tu matrimonio?

CARLOTA: Yo misma lo digo. Sabed que me ha solicitado con insistencia y aun con imprudencia.

FABIÁN: ¿Qué es lo que hablas, atrevida?

ESCENA 8

Dichos y EULALIA

(Que entra a la última palabra).

CARLOTA: El Cielo me ha traído un testigo, que lo sorprendió infraganti al mismo don Melitón.

EULALIA: Es cierto: el haberme presentado repentinamente mientras os hallabais en vuestro escritorio, libertó a Carlota de un insulto que ya estaba en actitud de cometer.

FABIÁN: ¡Patarata... patarata! Vosotras os habéis coadunado contra ese hombre honrado porque lo juzgáis iniciado en mi retractación. No, no: no se me hace mudar de concepto con tanta facilidad. Tengo pruebas muy inequívocas de su circunspección y verdadera amistad.

CARLOTA: Por el alimento que recibí de los pechos de mi querida madre os lo aseguro.

EULALIA: Os doy gracias por el favor que me dispensáis. ¿Ya habéis llegado a desconocer mi carácter? ¡Y cuánto se ciegan los hombres cuando se les lisonjean sus pasiones! Yo me hallo, y aun lo confieso, interesada en el matrimonio de Carlota, pero ya os he dicho las razones que me asisten. ¿Para convenceros necesitaba acaso valerme del inicuo medio de atacar la honra de don Melitón? ¿Las nobles cualidades de Teodoro, lo sagrado de vuestra palabra, la situación de esta joven, y otros mil fundamentos, no serían bastantes para apoyar mi mediación? ¡Ah, hermano! Jamás se borrará de mi corazón injuria tan inmerecida.

CARLOTA: No, tía mía: mi padre no ha querido ofenderla.

FABIÁN: No, seguramente. Pero un deber a la amistad que consagro a don Melitón, me pone en la obligación de...

EULALIA: ¿Y si llegáis a tener un desengaño?

FABIÁN: Si lo viera, no lo creería.

ESCENA 9

Dichos y un CRIADO

CRIADO: El señor don Teodoro García me dirige a usted con esta carta.

FABIÁN: Entrad a mi escritorio, por si exige contestación.

ESCENA 10

EULALIA y CARLOTA

CARLOTA: ¡Cuál será el contenido de la carta! Mi corazón se ha llenado de sobresaltos.

EULALIA: Ya empiezas con tus cavilaciones. ¿Dudas del amor de Teodoro?

CARLOTA: Primero dudaría del mío.

EULALIA: ¿Pues, entonces? Apostaría a que el bribón de don Melitón...

CARLOTA: ¡Ah! ¿Y Teodoro?

EULALIA: Desistirá de su palabra ¿no te parece?

CARLOTA: ¡Qué sé yo!... ¡Puede tanto el amor propio!...Don Melitón me dio a entender que una rival...

EULALIA: ¿Te has vuelto otro tu padre, al creer a ese oráculo fingido?
Por eso es que habla de nuestra poca constancia.
CARLOTA: Eso no, eso no: lo amaré más allá del sepulcro.
EULALIA: Pues, entonces, a no dar lugar a necias desconfianzas.

ESCENA 11

Dichas, DON FABIÁN y CRIADO

FABIÁN: Di al señor don Teodoro que lo aguardo ahora mismo.
CRIADO: Lo haré como me lo ordenáis. (*Vase*).

ESCENA 12

Dichos, menos el CRIADO

FABIÁN: Retiraos, dejadme solo.
CARLOTA: (*Al irse.*) ¡Qué de cuidados me agitan!
EULALIA: (*Id.*) El Cielo ha de querer que calmen (*Vanse*).

ESCENA 13

FABIÁN

FABIÁN: (*Abre la carta*) ¿Será posible que me haya así traicionado don Melitón? Un hombre a quien he dispensado tantos beneficios, a quien he abierto las puertas de mi corazón, ¿abusar de mi confianza hasta exponerme en estos términos? (*Medita*). No, no lo creo. Cuando no mediara otra razón

que la de ser español. ¿Cómo es posible? (*Medita*). Pero, también, Teodoro no aventurará una calumnia en un documento, firmado de su puño y letra, por el cual puede ser reconvenido judicialmente. Por otra parte, la exposición de Carlota y mi cuñada... ¡Si será cierto que ha tendido sus miras sobre mi hija! ¡Eh! ¡Desvarío! Es un sujeto demasiado circunspecto.

ESCENA 14

Dicho y DON MELITÓN

MELITÓN: Amigo, ¿hay algo nuevo? Me he expedido en mi comisión perfectísimamente. El mozuelo se resiste, pero qué tendrá que hacer al fin, sino ceder.
FABIÁN: Leed la carta que acabo de recibir.
MELITÓN: ¿De los nuestros?
FABIÁN: Ved la firma que la suscribe (*Se la muestra*), y oíd su contenido. “Mi apreciado amigo: Hago a usted el honor que debo. Don Melitón me ha informado que vuestra retractación de la palabra otorgada, consintiendo mi enlace con la amable doña Carlotita, no se funda en otra causa que mi origen y adhesión a la justa causa de mi país”...
MELITÓN: No leáis adelante. ¿Y os persuadís que yo sea tan falso amigo? ¿Tan desconocido que?... Dadme don Fabián esa carta, de sus paisanos, no. Me sobra a mi más crédito y opinión que él tiene entre los suyos. Amigo, ahora sí que os repito no debéis otorgar vuestra hija a un infame detractor. ¿Qué aguardáis en vista de esto, sino que mañana u otro día

os haga levantar de casa para entrar en el manejo de vuestros intereses y...

FABIÁN: ¿Conque me pedís la carta para insistir sobre la calumnia?

MELITÓN: Sí, sí: y por este medio os vindicáis vos mismo. Dádmela, dádmela, que yo le prometo... Pero ¿qué hay que admirar en unos entes que se han familiarizado con toda clase de vicios? Son hombres libres, y esto basta para reconocerse con derecho para obrar a su antojo. No hay opinión segura en su boca. El honor, que es el móvil de las acciones, lo juzgan una quimera; la religión, freno de las pasiones, la desconocen. Sobre que quisiera se me presentase ahora mismo el tal Teodoro...

ESCENA 15

Dichos y TEODORO

TEODORO: ¡Aquí me tenéis, falso amigo, hipócrita, embustero!

FABIÁN: Don Melitón ¿por qué os retraéis?

MELITÓN: Yo... yo....

TEODORO: ¿Para qué ha de hablar? Tomad. Ved de su puño y letra cuanto os digo en mi carta. Porque el crimen es cobarde. Reparad quién se os consagraba por amigo. A no deber al Cielo un carácter reflexivo, me habría precipitado a causaros un acerbo disgusto. Habla, hombre malvado ¿es cierto el contenido de esa carta?

MELITÓN: Lo confieso, y postrado a vuestros pies imploro vuestra generosidad.

TEODORO: ¡Levántate, miserable! ¡Cuán vil y depravado! Usa ese

servilismo con tus iguales, no con un americano que, por constitución, detesta semejante bajeza, y di ¿por qué has introducido en esta respetable casa la aflicción y el descontento?

FABIÁN: No me avergüenzo de confesar mi ingratitud y mi debilidad.

TEODORO: Poseéis un corazón bondadoso, y no fue difícil que ese hipócrita os sorprendiese.

FABIÁN: Pero, ¿qué respondéis a cuanto se os acusa?

MELITÓN: De suerte que...

TEODORO: Pretendías para ti a la amable Carlotita. ¿No advertiste que tu alma vil no podía caber en su virtuoso corazón?

FABIÁN: ¿Pues que era cierto?

ESCENA 16

Dichos, CARLOTA y EULALIA

CARLOTA: Sí, señor, os lo repito en su presencia. Que me desmienta, si es tan osado.

MELITÓN: Los hombres somos una miseria. (*Se arrodilla*). Interceda usted bella Carlota, ante su señor padre y el señor Teodoro.

EULALIA: Yo también, sobrina, me intereso. Bastante castigo es la confusión que lo abate.

CARLOTA: ¡Padre mío!... ¡Caballero don Teodoro!...

FABIÁN: Había formado de vos, don Melitón, otro concepto; pero en vista de documentos tan intachables, me rindo a discreción. Amigo don Teodoro: mi repentina mudanza me la inspiró

este hombre falso; confieso que me alucinó. Yo soy honrado pero lego, y fue tan el cuidado en que me puso...

TEODORO: Estoy instruido de que lo que a vos os atribuye son productos de su pérfido corazón.

FABIÁN: Seguramente. Pero ¿quién os informó?

EULALIA: Yo, que desde el momento de vuestra determinación puse espías que vigilaran a este hombre desgraciado.

FABIÁN: Pero... ¿cómo?...

EULALIA: Después os enteraré...

TEODORO: Creed que hacia vos no conservo el menor resentimiento. Antes, vuestra ingenuidad me ha obligado con nuevos deberes de amistad y aprecio. Señora doña Eulalia, bella Carlota: siento no poder complaceros en todo. Mi agravio personal queda olvidado, pero no el insulto que ha cometido contra la sagrada causa de mi patria. Merecería la execración de mis conciudadanos, si dejare por más tiempo encubierto a este enemigo.

MELITÓN: Por amor de Dios, señor don Fabián, señora doña Eulalia, señora doña Carlota: mirad que soy un pobre sin más amparo que mi triste sueldo. Yo prometo que este acontecimiento hará mi enmienda.

TEODORO: ¿Por qué os afligís? Vuestros servicios no quedarán sin recompensa por vuestra madre patria. Yo os empeño mi palabra de que os veréis en ella muy en breve. Los costos del viaje corren a mi cargo.

MELITÓN: *(Aparte)* El Cielo premió mi constancia por la justa causa de mi Soberano.

FABIÁN: ¡Oh, hombre generoso! ¡Cuánto me ruborizo de mi fragilidad!

TEODORO: Quiero que este hipócrita, si es capaz de gratitud, haga justicia a los hijos de América, confesando que no son menos celosos de su dignidad que magnánimos con sus enemigos.

FABIÁN: Carlota, dame los brazos, que en ellos quiero ratificar mis votos. Goza, hija mía, por dilatados tiempos de un esposo tan digno de tu amor y tu constancia. No recuerdes mi desvarío. Y tú, querida hermana, entretanto, continúa en tus buenos oficios, instruyendo a tu sobrina en los deberes de tierna esposa y buena madre.

CARLOTA: Jamás dudé de vuestra ternura. Os advertí fascinado; pero al reconocer la nobleza de vuestro corazón, siempre halla consuelo el alma mía, en medio de los pesares. Ya todo se ha convertido, gracias a vuestra bondad, en placer y felicidad. *(A Eulalia)* Y vos, mi mejor amiga, recibid las más sincera expresión de mi reconocimiento. *(La abraza)*.

EULALIA: Puedes contemplar cuánto será mi placer, al ver el tiempo de la justicia y del amor.

TEODORO: Señora doña Eulalia, en mi corazón se han grabado, con caracteres indelebles, vuestros singulares oficios.

EULALIA: Nada valen comparados con vuestro mérito.

FABIÁN: Y vos, hombre perverso, que así habéis abusado de mi franqueza y amistad, huid de mi presencia. Me avergüenzo de haberos conocido, infame perturbador de mi reposo, falso amigo. He ahí el fruto de vuestra necia sabiduría: he ahí en un momento, destruidas tantas horas de inicuas

cavilaciones. Ahora advierto mi engaño: y si poseyera alma tan vil como la vuestra...

MELITÓN: ¡Basta, basta ya! Bastante tengo con el peso de mi delito. Mi terrible confusión sea el testimonio irrefragable de mi arrepentimiento.

TEODORO: ¡Enmudece impostor! Tu humillación no la produce tu arrepentimiento, no. Demasiado te conozco a ti y a otros muchos como tú. Ella procede de tu misma hipocresía. Ya no me engañas, ni menos traicionarás al suelo que te alimenta. Daré parte a los magistrados. Mi aviso servirá de lección para no depositar sus confianzas en hombres tales, sino en fieles servidores, como los que han prodigado hasta su existencia en defensa y sostén de la justa causa de la libertad, y tu castigo será el freno que contenga a tus semejantes. ¡Oh, patria mía! Cuándo será el día en que, libre de las asechanzas de estos monstruos, reposéis segura en las virtudes de vuestros dignos hijos: mas ese día feliz se aproximará. ¡Hipócritas: temblad!

FIN

Tupac - Amaru

Luis Ambrosio Morante

> **tupac - amaru**

Drama en cinco actos.

Difícilmente presentará la historia de las revoluciones otra ni más justificada, ni menos feliz.

FUNES, *Ensayo Histórico*,
Tomo 3º. Libro 6º. Cap. 1º.

P E R S O N A J E S

EL CORREGIDOR SANTELICES

D. VENTURA SANTELITES

ARRIAGA

D. GABRIEL TUPAC AMARU, *bajo el nombre de Cándor Camqui.*

Da MICAELA BASTIDAS, *india.*

TUPA CATARI, *indio.*

INDIOS MITAYOS *de ambos sexos*

*LA ACCIÓN SUCEDE EN EL ALTO PERÚ, EN LA PROVINCIA DE TINTA,
POR LOS AÑOS DE 1780.*

ACTO PRIMERO

EL TEATRO REPRESENTA UN SITIO DE BREÑALES ÁRIDOS, TODO EL FONDO ESTÁ OCUPADO POR UN CERRO CUYA EMINENCIA SE PIERDE A LO OJOS DEL ESPECTADOR. LAS BREÑAS RELUCEN Y BLANQUEAN CON LA NIEVE, CUYOS COPOS SE CAEN NATURALMENTE. DURANTE LOS DOS PRIMEROS ACTOS, NO CESAN DE SUBIR Y BAJAR INDIOS MITAYOS DE AMBOS SEXOS, CARGADOS CON LOS METALES QUE CONDUCEN A LOS INGENIOS: MIENTRAS ESTA MARCHA, EN TODA SU EXTENSIÓN SE PATETIZA LA CRUELDAD DE SUS COMITRES O CELADORES. POR INTERVALOS SE DEJA VER LA LUZ DEL SOL, AUNQUE SIEMPRE OFUSCADA POR LA NIEBLA.

LA OBERTURA PRESENTA UNA ANTICIPACIÓN DE TODOS LOS EFECTOS DEL DRAMA.

ESCENA 1ª

TUPAC-AMARU, sentado sobre una roca, y SANTELICES hijo viniendo por la parte donde se supone están los Ingenios.

SANTELICES: *(Abrazándolo)*

¡Hoy el sol resplandece con más brillo!

TUPAC: *(Con dolor)*

Para todos los seres fortunados...

(Mira a las eminencias, hace un extremo de dolor y deja caer sus brazos).

SANTELICES: ¡Qué cuadro tan magnífico presenta naturaleza!

TUPAC: Sube a lo encumbrado

de aquellas rocas y naturaleza

te mostrará el reverso de ese cuadro.

SANTELICES: ¡Tristes ideas sin cesar te afligen!

TUPAC: *(Con amargura)*

¡Soy hombre!

SANTELICES: ¿Y yo qué soy?

TUPAC: Un ser dotado

de sensibilidad que muchas veces

calmó el llorar del mísero Peruano.

SANTELICES: Jamás me fue posible, cual quisiera, su llanto consolar. Deploro en vano sus infortunios: pero yo dependo

de un padre adverso en todo y contrariado al doliente clamor del pobre Indio...

¡Un día llegará!... Me será dado

entonces aliviar las amarguras

que toleráis: entonces tendrá el lauro

Ventura Santelices de que nunca

la madre tierna, con terror y espanto

maldecirá al nacer del tierno hijo.

Mas, ahora... ¡Cándor Canqui!... ahora y en tanto

que se realiza. ¿No eres venturoso?...

TUPAC: *(Con expresión dolorosa)*

¡Lo que cabe en la suerte de un Mitayo,

lo que cabe en un Indio!...

SANTELICES: Si recuerdas

lo que sufriste en tiempos ya pasados,

bien te debes gozar en el presente!...

Un trabajo excesivo... Respirando

los mefíticos aires que vaporan

de esas cavernas los malignos antros...

¡Noches de eternidad!... ¡Horas eternas

de pernoctar... sin tiempo, sin descanso,

sin un mísero lecho en que pudieran

reposo hallar tus miembros extenuados!

¡Toscos e insuficientes alimentos!...

En todas partes siempre levantado

el azote fatal, con que se place

el corazón de quien lo está impulsando.

¡Ancianidad luctuosa y prematura!

¡Tal de tus días era el negro cuadro!...

¡Tal era la horrorosa perspectiva
que te ofreció por tiempo dilatado
tu enemiga fortuna! Ahora te he mirado...

TUPAC: *(Con energía)*

¡Un ser envilecido y degradado!
Por más que mi alma independiente, fiera
de sí misma, engreída en su elevado
meditar, se ostentara en otro tiempo,
después llegó a doblarse; y grado a grado
perdió su actividad y la energía
que la invistiera de un sublime innato...
¡Inscripto entre las lista de las bestias
domésticas, con ellas comparado
yo soportaba el peso de la vida!!!
De su apatía y tétrico letargo
ella se despertó por un castigo
tan cruel como injusto... Breve rayo
entonces con su luz me patentiza
del hombre los derechos vulnerados.
La sangre que mi cuerpo empurpuraba
pedía un vengador... ¡Ah! ¡Transportado
en horrible furor me precipito
sobre el verdugo atroz!... Entre mis brazos
a exhalar iba su postrer suspiro...
cuando allí compareces. De sagrado
le sirves; ¡lo separas de mis justos
frenéticos transportes! Y tocado
de mi ardimiento, a un ser compadeciste
que la naturaleza hizo tu hermano;
que los prejuicios y la tiranía
con su cetro de hierro destinaron

a saciar el dragón de la codicia
española. ¡Repara el triste cuadro
de aquellos infelices, que doblegan
la cerviz bajo el peso inmoderado
que sobre ellos gravita! ¡Considera
su macilento rostro amalgamado
con el sudor y el polvo! Atento mira
cómo de un frío agudo penetrados,
al respirar de pronto el aire libre
presentan un contraste en que luchando,
están ambas regiones sobre el triunfo
de víctimas sin fin. De aquel estado
conseguiste substraerme. Tú de entre ellos
me segregaste... ¡Ah! Tu despiadado
padre otorgó que se me destinara
al servicio doméstico. ¡Un liviano
trabajar, salutífero alimento,
y el albergue algo más cómodo son rasgos
de tu amistad! Escucha Santelices:
¡tamaños procederes, si, tamaños
beneficios, merecen la confianza
de un noble corazón! El desgraciado
Cándor-Canqui que aprecias como amigo,
debe sus ascendientes al preclaro
Inca Saysi-Tupac. He aquí una rama
del ínclito inmortal Tupac Amaru
que en mil quinientos y setenta y ocho
rindió la vida en público cadalso
por el virrey Francisco de Toledo.
La suspicacia del dominio Hispano
extinguió cuantos vástagos pudieran

derechos reclamar a lo usurpado.
 La tradición, y aquel amor constante
 que a sus Incas conservan los Peruanos,
 entre obscura extracción salvó mis días.
 De unos inconocido, venerado
 de otros, entre la sombra del misterio
 yo vegetaba, cuando el vil contagio
 de conscripción anual llegó hasta el Cuzco.
 Por sorteo a la Mita condenado
 entre millares de infelices Indios
 yacía en los afanes subterráneos...
 Lo demás no lo ignoras... ¡Quizá un día,
 quizá un día Gabriel Tupac-Amaru
 te pueda compensar los beneficios
 que a Gabriel Cándor-Canqui has dispensado!
 ¡Quizá un día Ventura Santelices
 halle en los corazones Peruanos
 el augusto lugar que hubo Las Casas
 de Panamá en el Istmo!... Está lejano
(Con alguna intención)
 según tú dices... Mas tu recompensa
 se halla en tu corazón... ¡El cielo santo
 quiera hacer gozar de tus virtudes
 circuido del afecto Americano!

SANTELICES: No de agradecimiento se me hable.
 Hice lo que debí: lo que ha dictado
 la humanidad.

TUPAC: *(Interrumpiéndolo)*
 Ve aquí la vez primera
 que tus beneficencias te acordamos;
 más la última será. Todo el que exige

premio del bien que hace, no es humano,
 no precia lo que obra; no conoce
 sino el orgullo vil. Tú, destinado
 para amar la virtud y cultivarla,
 llena de tus deberes el espacio
 y deja a tus abyectos compatriotas
 su avaricia, sus crímenes, sus daños...

SANTELICES: *(Con prontitud)*
 y sus remordimientos.

TUPAC: Quien conoce
 de los remordimientos el gusano,
 quien siente su punzar, no dista mucho
 de la virtud: mas no, que los Hispanos
 ni son capaces de remordimientos,
 ni sienten su dolor...

SANTELICES: ¡Compadezcamos
 su miseria!

TUPAC: Yo al débil compadezco;
(Exaltado)
 ¡pero detesto al crimen cuando le hallo
 en mis verdugos!

SANTELICES: ¡Cándor!... ¡Tú te exaltas!
 ¡El velo echemos sobre los estragos
 y las crueldades, sin cesar nacientes,
 con que oprimimos, con que subyugamos
 tu infortunada especie!... ¡Vendrá un tiempo!
 Mi padre montes de oro prodigando
 mereció que el empleo que ahora ejerce
 en nuestra casa sea hereditario:
 en mí debe recaer. Hasta ese punto

Cándor amigo, ¡seas moderado
 en tus aspiraciones y conducta!
 ¡Que sereno disfrutes tu descanso
 actual, y te complazcas silencioso
 en la esperanza y los prestigios faustos
 de un otro porvenir!... ¡Llegará el día!
 Mientras cumple su número, en los brazos
 vive de la amistad: ¡sus impresiones
 deslizarán el memorar infando
 de las pasadas penas y harán dulces
 todos los sinsabores de tu estado!
 ¿Qué más puedes desear?

TUPAC: La Independencia
 de los Indios.

SANTELICES: Por ahora yo no alcanzo
 a realizar su logro.

TUPAC: ¡Y qué! ¿No puedo
 desearla?

SANTELICES: Y puedes esperarla. En tanto
 de la paciencia te arma, soportable
 tu yugo es el presente.

TUPAC: Has aliviado
 el mío... ¡vuelve a la eminencia
 de aquellas rocas! El objeto que amo
 allí padece expuesto a los rigores
 del azote y la escarcha.

SANTELICES: ¿Qué he escuchado?
 ¿Tú amas? ¿Y lo callastes a tu amigo?

TUPAC: Temí oprimir tu corazón lanzando
 nuevas penas en él.

SANTELICES: Si yo no puedo
 calmar su situación, bien podré acaso
 sus males compartir... Dime ¿a quién amas?

TUPAC: Vive mi corazón idolatrando
 a la hija del anciano Incuasicona,
 ¡puesta en esa crueldad para remplazo
 de la deuda tiránica en que incurre
 precisamente el mísero Mitayo!
 ¡Mira sobre la cima de aquel cerro
 a Micaela Bastidas soportando
 una carga excedente a sus esfuerzos!
 ¡Mira su situación, mira su estado
 por no acceder a las brutales ansias
 del Director que rige los trabajos!
 ¡Mira al feroz verdugo de los Indios
 cual su dolor insulta amenazando!
 ¡Observa cómo ella nos dirige
 lagrimosas miradas! ¡Exhalado
 su corazón en mil y mil suspiros
 mi auxilio implora, implora por tu amparo!...
 ¡Tierra fecunda en robos y maldades!
 ¡Tierra de maldición! Que cada un año
 sepultas en tus áridas cavernas
 millares y millares de Peruanos!
 ¡Rocas regadas con sudor del Indio!
 ¡Antros que retornáis al triste llanto
 y a la fúnebre endecha del que vive
 muriendo en vuestros lóbregos espacios!...
 ¿No vengaréis las víctimas del oro?
 ¡Los Españoles! Esos adversarios,
 esos verdugos de naturaleza,

¿no temblarán jamás viendo los rastros
de sangre, de sudor, de luto y muerte?

SANTELICES: ¡Calma tus frenesíes! Ten cuidado
de no entregarte a inútiles transportes
que te pueden seguir funestos daños!
No deploremos aún los infortunios
de tu adorada, sin haber buscado
su alivio en algún modo... ¿Di, que puedo
hacer en su favor?

TUPAC: ¿Y por acaso
a mí me lo preguntas? ¿Soy yo solo
el Indio que se ve tiranizado?

SANTELICES: No cuento entre mi clase solo amigo.
Me acusan de que soy un declarado
protector de vosotros: ellos me huyen
y me execran.

TUPAC: El odio del malvado
hace todo el elogio del virtuoso.

SANTELICES: Mi padre hasta el presente me ha librado
una pensión: pensión que mis errores
sólo en superfluidades emplearon.
¡De hoy más sabré hacer de ella un uso digno!
¡Disfrutaré un placer amigo caro!
¡El placer de ser útil!... Desde ahora
ese dinero me será sagrado
para hacer el rescate de Bastidas...
¡Oh pueda ese metal móvil del llanto,
servir alguna vez para consuelo
de la humanidad triste!...

TUPAC: Resignado
puede el hombre llevar sus infortunios
cuando aguarda su término lejano,
se mira el puerto... Pueda la esperanza
aproximar el término deseado...

ESCENA 2ª

SANTELICES solo

SANTELICES: Vosotros, detractores de los Indios,
vosotros que negáis alucinados
su intelectualidad, por un momento
fijad vuestra atención: Tupac-Amaru
será para vosotros un espejo
donde se mire el Sud-Americano.

ESCENA 3ª

SANTELICES, ARRIAGA

ARRIAGA: Dios os guarde señor.

SANTELICES: Y Dios os guarde.

ARRIAGA: ¡En la eminencia no hay poder humano
a resistir el frío! ¡Ah!

SANTELICES: Si vos, Arriaga
os lamentáis... ¿Qué harán mil desdichados
allí en su desnudez?

ARRIAGA: Ellos son Indios.

SANTELICES: Mas los Indios son hombres.

ARRIAGA: No volvamos,
señor, a comenzar vuestras disputas.
He dicho y lo repito, que no trato
de aparecer Filósofo.

SANTELICES: Ninguno
que lo seáis, señor, ha sospechado.

ARRIAGA: Yo no pienso jamás en fruslerías.
Mi único meditar se halla cifrado
en cumplir lo que ordena vuestro padre
y llenar la intención del Soberano;
así para sacar un ventajoso
partido al interés de los hispanos
he prohibido a los Indios que mediten.

SANTELICES: ¿Vos no queréis que el Indio adquiriera grados
de ilustración?

ARRIAGA: Yo quiero que trabaje.

SANTELICES: ¿De sus ideas no será arbitrario?

ARRIAGA: Mucho mejor se vive sin ideas.

SANTELICES: Con todo; nunca daña el ser humano.

ARRIAGA: ¡Humano! Con nosotros. Con el Indio:
el azote, el rigor y los trabajos.

SANTELICES: La desesperación ved que a las veces
se suele apoderar del desgraciado.

ARRIAGA: No es asunto mío. No me cuido
de que se desesperen. Calculamos
lo que un Indio produce a la Semana
mientras dura el período de su año:

de grado o fuerza, mal o bien le pese,
de su destino llenará el espacio;
y si acaso se muere lo reemplaza
su padre, su hijo, el deudo más cercano.

SANTELICES: ¡Arriaga! O no hay suma Providencia,
(Con explosión)
¡o vos tendréis un fin el más infausto!

ARRIAGA: *(Con sobresalto)*
¿Qué me decís señor! ¿Qué? ¿se maquina?
¿Nos veremos por suerte amenazados
de alguna insurrección?

SANTELICES: ¡Los opresores
hed aquí!... Sanguinosos, impiadados,
débiles y cobardes... ¡Oh cual todos
sois copia de vos mismos!...

ARRIAGA: ¡Pues el caso
vale la pena de pensar! y creo
que debierais temer el común daño.

SANTELICES: El amigo del hombre, nunca sabe
temer al hombre.

ARRIAGA: Nos decís bien claro
que os halláis en el secreto.

SANTELICES: En nada estoy.

ARRIAGA: ¿A fe de español rancio?

SANTELICES: Jamás supe mentir

ARRIAGA: Oídme entonces...
A mí, señor, no me sería extraño
que estuviese preñado algún proyecto

entre tales demonios. Sospechamos de ese Cándor que vos de entre las minas nos quitasteis; su orgullo, aquel osado reproducirse lo hacen aparente para conspiraciones; yo he notado, cuando estuvo debajo de mi azote, que con cierto respeto los Mitayos le obedecían: ved una evidencia...

SANTELICES: ¡Arriaga! Conteneos... No insensato juzguéis ligeramente de aquel hombre que apreciar no supisteis... ¿Vuestros labios osan amancillar...?

ARRIAGA: Yo no amancillo... Mas perdonadme aquí si hube olvidado Que es Cándor-Canqui nuestra fiel hechura.

SANTELICES: ¡Moderaos, Arriaga, moderaos!

ARRIAGA: Pero no exigiréis que mis aprecios ni mi moderación, tengan contacto con la osada Bastidas.

SANTELICES: ¿Qué dijisteis?

ARRIAGA: ¡Bastidas! Ese numen adorado del predilecto Cándor. Sus amores me son ya muy notorios. ¡Ah! Son ambos para conspiración propios agentes.

SANTELICES: Señor, nadie conspira ni ha pensado en conspirar.

ARRIAGA: ¡Conspire aquel que pueda! Un castigo de muerte al temerario

que me ose respirar o desmayarse mientras que dura el tiempo del trabajo, será el mejor antídoto.

SANTELICES: ¡Infelices!
¡No han de tener siquiera algún descanso!

ARRIAGA: ¡Descanso! Ya descansan los Domingos.
¡Ojalá que también fuese otorgado hacerles trabajar en tales días!
En cuanto a la Bastidas: si yo alcanzo a penetrar que desperdicia el tiempo en amoríos, de robusta mano le haré suministrar sendos azotes.

SANTELICES: Yo os lo prohíbo.

ARRIAGA: ¡Señor! ¡Tales mandatos son evidentemente perniciosos al buen orden!... ¿Hubisteis ya olvidado que vuestro padre aprueba mi conducta, y que sus voluntades observando estoy?

SANTELICES: Dijisteis bien... Sí: yo confieso de que el justo furor me ha transportado. Mas tratad a Bastidas con dulzura: ya veis que me limito a suplicaros. ¿Me entendisteis? Soy yo quien os suplica... Y mis súplicas creo que no en vano se dirijan a vos.

ARRIAGA: Contad con ellas.

SANTELICES: Pensad Arriaga, pues, que en algún caso

yo me puedo acordar que sólo a vuestras
sugestiones y cálculos nefarios
debe mi padre el tosco cambio
de su carácter... Corre a lento paso
el tiempo, porque el hombre se corrija...
No olvidéis tal aviso.

ESCENA 4ª

ARRIAGA solo

ARRIAGA: Yo declaro
que no le olvidaré. Según observo
la tal India otro amante ha conquistado.
Adorada de Cándor... De este joven
amada... ¿Y yo?... ¡La cruel! ¡Rehusar los brazos
de D. Antonio Arriaga! ¿Pues no tiene
ejemplo en tantas Indias que acatando
están mi voluntad por libertarse
de mis rencores?... ¡Pero yo malgasto
el tiempo en quejas! Luego separemos
su nuevo amante a países más lejanos:
su Cándor-Canqui pase a otros destinos
y si ella no se humilla a mis halagos
el rigor, el castigo y la violencia
me vengarán de su desdén tirano.

ESCENA 5ª

CORREGIDOR, ARRIAGA

CORREGIDOR: ¡Vos meditáis Arriaga! ¿Cuál motivo
consigue distraeros?

ARRIAGA: Los Mitayos:
su conducta que gira claramente
a las conspiraciones...

CORREGIDOR: ¡Castigarlos!

ARRIAGA: ¿Y cómo podré hacerlo cuando media
vuestro hijo?... ¡Señor! Diseminando
la indisciplina que autoriza, él mismo
se complace en su obrar, entusiasmado
con esa humanidad que preconiza.

CORREGIDOR: Todo en el orden quedará reglado,
yo al joven reprendiendo, y en los Indios
haciendo vos un ejemplar castigo.

ARRIAGA: Me encargo
de cortar la palabra a cualesquiera
que osase respirar... ¡Mi venerado
Corregidor! No bastan reprehensiones
para vuestro hijo. Vigila sus pasos.
¡Ved que al presente se halla su cabeza
exaltada, con fuego inmoderado,
por alguna India! ¡Ved que sus amores
pueden traer incidentes muy infaustos!

CORREGIDOR: ¿Qué joven conocisteis vos, Arriaga,
sin pasiones ridículas?... ¿Acaso
decís que Santelices arde amante
por una India? No debo recelarlo
capaz de amarillarse en su fortuna
ni en su reputación... El mismo trato,

si los usos del mundo, sus placeres,
y la facilidad para gozarlos,
le llevaran en pos de sus pasiones
a otros procedimientos regulados...
Veo a mi hijo venir. Por un momento
dejadnos.

ARRIAGA: Me dirijo a los trabajos.

ESCENA 6ª

CORREGIDOR y SANTELICES

CORREGIDOR: ¡Mi hijo visita siempre a sus amigos!

SANTELICES: Mientras se les oprime como a esclavos.

CORREGIDOR: ¿Quién soy yo a tu entender?

SANTELICES: ¿De mis respetos
tenéis queja señor?

CORREGIDOR: No la he formado...

Cual de tu corazón estoy contento,
también quisiera estar de los engaños
de tu razón.

SANTELICES: Es cierto que a las veces
traspasa de sus límites.

CORREGIDOR: Aun cuando

se aparte de lo justo. ¡Santelices!
Toda exageración atrae contrarios,
y no remedia el mal... El hombre cuerdo
observa con pesar los extraviados
errores de su siglo, pero calla

y no se enorgullece: no insensato
en su reformador se constituye.

SANTELICES: ¿Qué, padre mío?...

CORREGIDOR: Calla.

SANTELICES: Obedezcamos.

CORREGIDOR: Mi moral que ahora mismo tu reputas
débil y relajada, con los años
tendrá tu aprobación. Entonces hijo,
conocerás que el hombre colocado
sobre inmensa fortuna, no es bastante
para hacerse feliz.

SANTELICES: ¿Podrá mi labio
decir...

CORREGIDOR: No es tiempo aún... Los duros golpes
de tu opinión se extienden sin reparo
adoquier y llevan sus efectos
hasta refluir sobre los que granjearon
mis consideraciones y confianza.
¿Cuál crimen cometieron, respetando
las órdenes del Rey y obedeciendo
las mías?... Presumiste que ignoramos
los planes subrepticios con que intentas
sorprender la intención del Soberano
para que frene a los corregidor:es,
contenga los excesos del Reparto,
quite las Mitas, quite los Tributos,
Sisas y Expoliación?... ¿Lo ignoras acaso?
¡No, Santelices!... Pero yo pretendo
olvidar con el hijo alucinado

mi autoridad real, y mis derechos
paternales. Yo quiero moderado
evitar actitudes que podrían
invertir mis reproches. Sólo trato
ser un amigo tierno que a su amigo
se queja sin dolerse del agravio.
Mi lenguaje hijo mío, bien conozco
que habla en tu corazón, y que por tanto
lo sabrás contestar.

SANTELICES: Cuando mi padre
se digna ser mi amigo, y que su labio
toca en mi corazón... ¿Dará el consenso
de hablarle sin embozos?

CORREGIDOR: Me complazco
en escucharte, bien a ti te consta,
por más que en la opinión diferenciamos.

SANTELICES: ¿Dos amigos discuten libremente?

CORREGIDOR: Sin duda.

SANTELICES: ¿Y pueden producirse ambos
con calor y energía?

CORREGIDOR: No lo dudes.

SANTELICES: ¿Aun sin temor de caer en desagrado,
ni menos resentirse?

CORREGIDOR: Donde reina
la sujeción, no hay amistad.

SANTELICES: ¡Aplaudo
vuestro pensar!... Momento delicioso
al hombre pensador!... “¡Oh Ser Increado!
La respetable causa que defiendo

es obra tuya! ¡Oh puedas por mi labio
hacer que vierta el corazón sensible
lágrimas compasivas!”... ¡Yo declamo,
yo el grito elevo contra la tirana
opresión de los Indios!... ¿Un Mitayo
qué viene a ser, en la extensiva fuerza
de esa palabra?... El abatido esclavo
del despotismo, presa de ambiciosos,
incremento del sordo peculado
y del más despreciable latrocinio!

CORREGIDOR: ¡Santelices!

SANTELICES: Cumplamos lo pactado.

Dos amigos discuten libremente,
¿quién sancionó el poder, quién le ha otorgado
derecho al hombre para que subyugue
al hombre semejante?... “¡Cruel tirano!
Si con la fuerza quieres oprimirme,
dame la fuerza de oprimirte: veamos
en lid igual quién saca la victoria!” .
¡Tal sería la queja del Mitayo
si quejarse le fuera permitido!
Mas vengamos señor, a los primarios
fundamentos y triunfe la justicia.
Dejo aparte la Bula de Alejandro:
dejo aparte el poder que la otorgara,
dejo aparte el derecho reprobado
que se arroga la España. ¡Ese derecho
de conquista contra hombres desarmados,
sorprendidos por dolo, y a la sombra
de la Religión Santa! Yo me aparto

de cuanto obrar pudieran los Colombos,
 los Corteses, Almagros y Pizarros.
 Yo tiendo un velo... Sólo me detengo
 en nuestros días, donde ha llegado
 la América infeliz a ser Teatro
 de la sevicia más encarnizada!
 El poderoso yugo del Hispano
 lude y gravita sobre las cervices
 de los humildes Indios Peruanos.
 ¡Esa codicia sórdida que nutre
 a nuestra madre Iberia, el simulacro,
 el Dios de su política y sus vicios,
 nada, nada, señor ha perdonado
 para privarles a estos infelices
 aun de lo más preciso y necesario
 para la vida; hacerlos instrumentos
 de su fastuosidad y acostumarlos
 a la servilidad más abatida!
 ¡Mitas, Repartimientos! ¡Helo el cuadro
 de las playas mortíferas! El fruto
 de invención española! Descarriados
 por su cruel avaricia, introdujeron
 la mita de las minas. ¡Ese ingrato
 descubrimiento de la más profunda
 corrupción! ¡Ese anual violento emplazo
 do salen a una muerte prolongada
 millares de inocentes condenados!

CORREGIDOR: Cesa ya...

SANTELICES: Dispensadme... Dos amigos
 discuten, y se cumplen lo pactado.

Si no hay mayor desgracia para el Indio
 que arrebatarle de sus Lares patrios,
 pues teme que la muerte sus cenizas
 separe de los restos venerados
 de sus mayores... ¿Cuál será su angustia
 de recibir de su sorteo el fallo?
 ¡Fallo muy más terrible para ellos
 que capital sentencia!... Desarraigados
 de sus hogares y de sus amigos
 vienen a ser el diuturnario pasto
 de ese dragón del Potosí que hambriento
 jamás, nunca jamás, se mira sacio.
 Vienen a vegetar sobre una tierra
 de proscripción, la pena soportando
 de un suplicio tan crudo, que la muerte
 les fuera dulce puesta en contra cambio.
 ¡Es allí que debajo del azote
 agitado por siempre y agitado
 de un conductor feroce, les miden
 el tiempo, la palabra y aun el craso
 ambiente que respiran!... ¡Allí es donde
 se les exige el sacrificio amargo
 de sus morales facultades!... ¡Clama
 el Indio y se intercepta su agraviado
 clamor! ¡Se le intercepta el pensamiento!
 ¡Se le intercepta el suspirar! ¡Y amagos
 y vejaciones a doquier encuentra!
 ¡Es allí en fin, que el hombre desgustado
 de ser hombre, aborrece las dulzuras
 del amor y maldice el punto infausto
 en que llegó a reproducirse!... ¡Torna

los furibundos ojos y ve el llanto
de la esposa, la madre desolada
desfalleciendo al peso del trabajo,
y presentando a su hijo un pecho estéril
con lágrimas estériles regado!
¡Oh Españoles! ¡Oh monstruos poderosos
que su ejemplo seguís! Si tales rasgos
no pueden conmover vuestra codicia,
si no sentís el penetrante dardo
de los remordimientos, si de hombres
no tenéis dignidad; ¡que pueda el rayo
con sus fuegos purgar toda la tierra
de vuestra especie detestable!

CORREGIDOR: ¡Aplaudo
tus sentimientos, como no condigan
con tus operaciones! Has pintado
con pincel y colores recargados,
la situación de quienes ignoramos
a cuál especie pertenezcan.

SANTELICES: ¡Padre!
Dejad tan vil refugio a los tiranos
de esotros tiempos. No renovéis ahora
su execrable consulta. Pretextaron
demanda tal, por colorir sus negras
atrocidades. Ellos diseñaron
al Indio como especie embrutecida;
especie con instinto asemejado
al del Mono! ¿y por qué? ¡Porque el delito
se ruboriza de sí mismo cuando
ve su deformidad! Naturaleza

hizo nacer al Indio decorado
de órganos susceptibles de intelecto.
Les puso un corazón sensible y apto
para amar. Ellos son tal que nosotros,
hijos de la virtud cuando el maltrato
no los degrada, o cuando la injusticia
no los hace animosos... Vos que osado
contáis sobre una impunidad eterna,
vos que menospreciáis enseñoreando
a un enemigo que terror abate
inerte a vuestros pies...; temed que el grado
de su misma opresión, no envigore
y le despierte un sentimiento tardo
y no extinto jamás!... ¡Temed que un héroe,
un hombre superior a los trabajos,
ore a sus compatriotas abatidos,
les haga despertar de su letargo
y derroque el sitio de la injusticia
con su genio y valor! ¡Vedle entonando
llevando el triunfo asido de sus manos!
¡Vedle invencible como la victoria!
¡Vedlo a su vez cual vos encarnizado
e implacable cual vos, de sangre humana
bañarse en los torrentes! ¡Despechado
vedle inventar insólitas venganzas,
y competiros en furor, estragos,
devastación, carnaje, ruina y muerte!
¡Prevenid tal catástrofe: evitadlo,
Reinad sobre los Indios! Pero sea
por la beneficencia... ¡Oh padre amado!
(De rodillas)

¡Mi buen amigo! ¡Ser de mi existencia!
 Vos lo podéis. ¡Consiste en vuestra mano
 borrar en un momento los errores
 de casi tres centurias!... ¡Intentadlo
 y lo conseguiréis!... ¡Oh padre mío!
 No queráis pertinaz y alucinado
 que vuestro nombre sea eternamente
 inscripto en el detalle de los tiranos!

CORREGIDOR: No me es posible contestarte ahora.
 Sólo te advertiré joven errado,
 que para ti ambiciono y que algún día
 serás el sucesor de mi comando.

ESCENA 7ª

SANTELICES solo

SANTELICES: ¡Oh quiera el cielo apresurar su punto
 y conmovier a un padre!... ¡Americanos!
 Entonces ¡ah! tendréis en Santelices
 un español que aplaque vuestro llanto.

Fin del Acto Primero

*La música del entreacto imita la furia del viento al trasponerse
 el sol para caer la noche.*

ACTO SEGUNDO

ESCENA 1ª

ARRIAGA solo

ARRIAGA: ¡Confuso estoy!... No sé... mis sugerencias
 ¿cuál impresión harían en el pecho
 de Santelices padre?... ¡Qué Bastidas
 cada vez más reitera sus desprecios!

ESCENA 2ª

ARRIAGA, TUPAC-AMARU

ARRIAGA: *(Aparte)*
 ¡Ve aquí un rival odioso! ¿De qué sitio vienes?
(A Tupac-Amaru)

TUPAC: *(Aparte)*
 ¡Tirano limpio!... Del ingenio.

ARRIAGA: ¿A dónde vas?

TUPAC: No estoy en tu dominio
 para rendirte cuentas.

ARRIAGA: Tus acentos
 tengan humillación... Llegará el día
 todo ha defenecer... Sólo te advierto
 que no siempre serán apadrinadas
 la indisciplina y seducción... ¡Soberbio!
 ¿Me vuelves el rostro? ¡Canalla sigue altivo

que a tu altivez le resta poco tiempo!
 ¡Yo juro hacerte ver la diferencia
 del Español al Indio!... Y si penetro
 que con Bastidas en amores locos
 las horas malgastasteis; de ti, altanero,
 ella me vengará con cien azotes
 que la hagan ser humilde a mis preceptos.

ESCENA 3ª

TUPAC-AMARU solo

TUPAC: ¡De Santelices las promesas, nunca
 se apartan de mi ansioso pensamiento,
 al par que de Bastidas la memoria
 cada vez más aumentan mis tormentos!

ESCENA 4ª

TUPAC-AMARU y BASTIDAS

BASTIDAS: ¿Tú me esperabas buen amigo mío?

TUPAC: Y maldecía el demorar del tiempo.
 ¡Cual se detiene cuando allí te encuentras!

BASTIDAS: ¡Cual corre y vuela cuando aquí me encuentro!

TUPAC: ¡Y la hora que ahora empieza presurosa
 disparará cual humo sus momentos!

BASTIDAS: Las que a ésta le subsigan, igualmente
 disiparán los suyos.

TUPAC: ¡Entre acervos
 e inauditos trabajos!

BASTIDAS: Hasta el punto
 en que logro mirarte.

TUPAC: ¡Pasajero
 intervalo!

BASTIDAS: Es verdad: pero tan grato!

TUPAC: ¡Oh, mi Bastidas! ¡Cuando tus luceros
 se ocultan de vista, yo te sigo
 y te sigue mi triste pensamiento!
 ¡Te miro sepultar en las cavernas
 de aquesas rocas; y el tonar horrendo
 de cada golpe subterráneo vibra
 en este corazón!

BASTIDAS: Mi pensamiento
 retrocede y me trae a la memoria
 aquellos felicísimos momentos
 cuando del Guatanay en las orillas
 nos juramos amor puro y eterno.

TUPAC: ¡Cual todo se ha cambiado desde entonces!

BASTIDAS: Mas Cándor y Bastidas un momento
 no se cambiaron.

TUPAC: Ni cambiarse pueden.

BASTIDAS: ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Oh márgenes amenos
 del Guatanay! ¡Testigos silenciosos
 del apacible ardor de nuestros pechos!
 ¡Nuestra felicidad se ha deslizado
 al par de vuestras ondas!... Allí, lejos

de los tiranos tu me repetías:
 “Libre será mi patria. El Himeneo
 nos unirá por siempre”. ¡Dios! ¡El rayo
 con más presteza no desciende al suelo
 como aquellos idólatras del oro
 se lanza sobre ti..., sobre mi viejo padre!
 ¡Cuitada!... Tuve que seguiros
 en alas de mi amor!... ¡Triste!... A los menos
 me fuera dable disfrutar tu vista
 en días de reposo! Mas el fiero
 Arriaga, envanecido en los triunfos
 que logra su poder, tentó soberbio
 dominar mi albedrío: y mi repulsa
 concitó su furor. Cuantos inventos
 discurre la venganza de un tirano,
 tantos en ti ejerció. ¡Fatal momento
 truncó la vida de mi caro padre!
 Es entonces que aquel verdugo Íbero
 me hace elegir entre halagar su gusto
 o sufrir los trabajos más violentos,
 hasta que cancionase a Incausicona.
 Elijo antes morir... ¡Oh Dios! Mi esfuerzo
 y mi resolución eran distintos.
 Arrebatada, fuera de concierto,
 mil y mil veces invoqué la muerte,
 y no quiso venir. Mis lastimeros
 ojos torno a otra parte y con los tuyos
 se encuentran y se hablan; y yo entiendo
 que la vida me es cara todavía...
 Mi voz calma tu rabia y tu despecho.
 Te suplico que vivas: lo prometes

y lo cumples... ¡Amargos los momentos
 se sucedían con amargo lloro!
 He aquí lo que permiten los protervos.
 ¡Lágrimas y dolor!

TUPAC: De nuestra idea
 se borre lo pasado. Sus recuerdos
 hacen más cruel la situación presente.

BASTIDAS: ¿Y me es dable olvidar aquellos tiempos
 de menor opresión?

TUPAC: No los refieras:
 su memoria me aflige.

BASTIDAS: ¡Justo duelo
 a una patria oprimida!... Mas yo, triste,
 sólo sé amarla y adorarte.

TUPAC: El sueño
 huye de mí, huye el reposo, huye
 la noche, el día huye: y de amor ebrio,
 inalterado en mis resoluciones,
 ardiente en el volcán de mis deseos,
 frenándolos; temiendo y anhelando,
 ¡contrasto los embates que yo pruebo
 entre Bastidas y Naturaleza!
 “Libre será mi patria. El Himeneo
 entonces, unirá nuestras dos almas
 con vínculo eternal”. Un juramento
 es quien debe afianzarle, y cuando veamos
 que el uno para el otro renacemos,
 cuando el fruto de un lazo venturoso
 no les haga más feliz... hacia los cielos

lo elevaré en mis manos exclamando:
 “¡Oh, Providencia Suma, yo os presento
 un ser libre! ¡Que pueda gozar vida
 para honrar la libertad haciendo
 un digno uso!”... ¿Pero qué reparo?
 ¿Lloras Bastida mía?

BASTIDAS: ¡Ser eterno!
 ¡Dios de mi Patria! ¡Dios de la Justicia!
 admite aquestas lágrimas.

TUPAC: El tiempo
 huye veloz.

ESCENA 5ª

DICHOS y CATARI

CATARI: ¡Oh Cándor! Preveníós
 al mayor infortunio. De concierto
 están Arriaga y Santelices padre
 para que el hijo y vos en breve tiempo
 vayáis a la capital del Virreinato
 hasta nueva orden; y que de los Cerros
 salga Bastidas y al servicio quede
 bajo custodia del tirano fiero
 para evitar peligros que sospechan.
 De esto trataban ahora en el Ingenio,
 mis lealtades os ponen la noticia
 porque vos apliquéis pronto remedio.

ESCENA 6ª

TUPAC-AMARU y BASTIDAS

TUPAC: *(Como si se despertara de un letargo y pasando después a toda la extensión del despecho)*

¡Mísero! ¿Yo qué he oído? ¡Muerte! muerte
 que sin cesar evoco ¿a mis tormentos
 siempre sorda serás?

BASTIDAS: *(Queriendo consolarlo)*
 ¡Amigo mío!...

TUPAC: A nadie reconozco. Mi despecho...
 el rencor de ese monstruo... la insaciable
 sed de su sangre... los transportes ciegos
 de un amor infeliz... ¡Ah! los furores
 de la pasión bastarda de los celos...
 todo se reúne y se aglomera todo,
 y falta mi razón!...

BASTIDAS: Oye a lo menos *(Acercándose y tomándole la mano)*
 a Bastidas, Bastidas que te habla.

TUPAC: *(Reconociéndola)*
 ¡Tú eres Bastidas! ¡Ah! Tus embelesos
 son los que a entrambos pierden!... ¡Infelice!
(Separándola con furor)
 ¡Maldito por jamás sea el primero
 instante en que te vi! ¿Pero... tú lloras?
(Pasando del furor al arrepentimiento)
 ¡Perdón! ¡Perdón de mi extraviar! ¡Yo mismo
 soy tu asesino y mi asesino!

BASTIDAS: ¡Cándor!
De tus imprecaciones no me duelo:
lloro por el estado en que te miro.

TUPAC: *(Vagando)*
¡Ah, Santelices! ¿Cómo en tal momento
tú me abandonas? ¿Cómo a tomar parte
no vienes en el fardo de tormentos
que abrumba el corazón?

BASTIDAS: ¡Tupac-Amaru!
Ten piedad de tu esposa... ¡Mis lamentos
te pueden conmovier! ¿Quieres que muera
de tu pesar?

TUPAC: Si tienes ardimiento
muere... Tu esposo se halla decidido
a seguirte... ¿y por cuál crimen horrendo
tú has de morir?... ¡Pero dejarte expuesta
a un bárbaro Español, cuyos deseos...
¡Llevar hasta el sepulcro aquesta imagen
insoportable!... ¡Oh! ¡No! ¡Fuera un tormento,
fuera un suplicio mucho más horrible
que mi existencia congojosa!

BASTIDAS: Ciego
en tu dolor, me insultas, me vulneras.
¿Qué me supone Arriaga? ¡El universo
para Bastidas sólo tiene un Cándor!

TUPAC: ¡Insensata que tú eres! ¿Tus esfuerzos
que valen comparados al tirano?
Tú podrás disponer de tus afectos
y de tu corazón: más la violencia...

BASTIDAS: *(Mirando adentro)*

¡Infelice de mí! ¡Llegó el tremendo
temido instante! ¡Arriaga nos ha visto!
Mírale impartir órdenes... ¡Oh, cielo!
¿y qué será de mí?

TUPAC: De sus furores
busca cómo evadirte, mientras vuelo
donde está Santelices. ¡El tirano
no ha de gozar sus pérfidos inventos!

ESENA 7ª

TUPAC-AMARU solo

TUPAC: Es la primera vez que el temor fluye
en la sangre de un Inca... ¡Mortal hielo
discurre por mis venas!... Los instantes
corren veloces. No perdamos tiempo.
¡Santelices! ¡Amigo! ¡Santelices!

ESCENA 8ª

CORREGIDOR, TUPAC-AMARU

CORREGIDOR: ¿Qué quieres?

TUPAC: No es a vos... *(Yéndose)*

CORREGIDOR: Oye altanero.
Detente y obedece los mandatos
de tu señor.

TUPAC: ¡De mi señor!... *(Temblando de enojo)*

CORREGIDOR: Sí, ¿debo demostrártelo aquí?

TUPAC: ¡Triste Bastidas!

ESCENA 9ª

CORREGIDOR

CORREGIDOR: ¡Arriaga dice bien! ¡Males funestos
este insubordinado causaría
detrás de sí arrastrando al inexperto
Santelices!... ¡Oh joven imprudente!
¡Tú me quieres forzar por tales medios
a economizar sangre y no reparas
que así tú a derramarla das fomento!...
Él viene... Si no puedo persuadirlo,
mi potestad consiga contenerlo.

ESCENA 10ª

CORREGIDOR y SANTELICES

CORREGIDOR: Acércate. No cumplen muchas horas
que en mí encontraste un amigo tierno:
un amigo indulgente... Mas tú abusas
de la indulgencia... Mi confianza empero
si puede concederte, la retracto...
Tú eres sensible solamente al fiero
orgullo de animar tus opiniones
contrarias del Monarca a los derechos,
y a los derechos de tu Madre España.

Tú divagando ese traidor veneno,
entre la brutedad que los anima
exaltas a los Indios predispuestos
siempre a la insurrección. Ya algunos osan
desconocer mi autoridad; momentos
vendrán en que ose más su altanería.
Tú eres su promotor...

(Santelices quiere hablar)

Guarda silencio.

Te he prohibido interrumpir mientras que yo hablo.

SANTELICES: ¿Y me prohibís justificar?

CORREGIDOR: Te vuelvo
a preceptuar que mientras hablo calles:
vuelvo a decir que atajes el acento.

SANTELICES: El hombre justo, escucha: el hombre esclavo
de sus bajas pasiones da el silencio.

CORREGIDOR: ¿No te acuerdas que hablas con tu Padre?
¿En tu filantropía joven necio
aprendiste a hablar con impudencia
de la naturaleza los derechos?

SANTELICES: El déspota pretende traspasarlos
más allá de sus límites.

CORREGIDOR: ¡Protervo!
¿Tú osarías fijarlos?... Pero miro
que ese rebelde corazón abyecto
es incapaz de nada... ¡Tú desprecias
mi autoridad! ¡Desprecias el respeto
que a un padre se le debe!... ¡Tiembla, indigno,

de atraer sobre tu frente todo el peso
de mi cólera! ¡Tiembra te abandone
a las tortuosidades de tu ciego
delirio!... Abjura en este mismo instante
tus errados principios tan opuestos
al interés Hispano... Si resistes,
si no tiene obediencia mi precepto,
aún tengo yo cadalsos donde caigan
de tu cabeza altivos pensamientos.

ESCENA 11^a

SANTELICES solo

SANTELICES: ¡Tristes Americanos! ¿Vuestra casa
me robará de un padre los afectos?
¿Se me quiere aterrar con el cadalso!
¿Es ser traidor querer compadecerlos?
Si amar al semejante los tiranos
reputan por traición; caiga en mi cuello
la funesta segur.

ESCENA 12^a

SANTELICES y TUPAC-AMARU

TUPAC: ¡Un nuevo crimen te toca
ahora impedir!... Ese perverso
Arriaga... Mi Bastidas... El azote
ya la amenaza... Parte, aquí te espero.

ESCENA 13^a

TUPAC-AMARU solo

TUPAC: ¡De la imaginación siento la fuerza
obsurecida! ¡Yo me agito y tiemblo!
El alma opresa, y ya debilitada
no es poderosa a resistir lo fiero
de tanto y tanto embate... ¡Amor! Tu sólo
has transformado mi robusto pecho
y todo por Bastidas!... ¡Por salvarla
del castigo cruel, me hallo dispuesto
a prosternarme ante las plantas viles
de sus tiranos!

ESCENA 14^a

TUPAC-AMARU y CATARI

CATARI: ¡Hacedor supremo!
¿Cuándo nos vengarás?

TUPAC: Tupa-Catari...
¿Qué me anuncias?

CATARI: ¡Oh Dios! ¡Cuánto me duelo
de su infeliz estado!... Tu Bastidas...
¡Se consumó el castigo!

TUPAC: ¡Justo cielo!... *(Queda abismado. Pausa)*
¡Bastidas! ¡Mi Bastidas! ¿y lo sufres?
¿y no despides sulfurante trueno,
Dios vengador del justo?... ¡Ah! ¡Tú no existes

tú no tienes poder cuando el perverso
 prospera... ¡Ay!... ¡Perdonadme Dios sagrado;
 yo he osado blasfemarte en el acceso
 de mi dolor!... ¡Oh Dios!... Tú has permitido
 que se cometa el crimen postrimero,
 para vengarnos a la vez de todos.
 ¡Tu mano lenta en descargar su peso,
 Caerá, caerá sobre los asesinos!...
 ¡Arriaga! ¡Arriaga! ¡Bárbaros!... ¡Eterno
 Dios de mi patria! ¡Yo te reconozco
 en el santo furor que de mis miembros
 se apodera! ¡No más clamores vanos!
 ¡No más llanto, no más abatimiento!
 ¿Tupac-Amaru puede con Catari
 contar?

CATARI: Hasta morir.

TUPAC: ¿Y del secreto
 la religión por ti fuera violada
 al rigor del suplicio o del tormento?

CATARI: Yo nací Americano.

TUPAC: ¿Darme auxilio
 prometes?

CATARI: Y obediencia: y te venero
 como hijo de mis Incas...
(Se le postra).

TUPAC: ¿De qué modo
 miras tú el dominar de los Íberos?

CATARI: Como una usurpación la más injusta.

TUPAC: ¿Quieres salvar tu patria?

CATARI: En el momento

TUPAC: ¿Amas la esclavitud?

CATARI: Antes la muerte.

TUPAC: Me basta. Yo te asocio a mis derechos.
 ¡Yo te agrego a la gloria! ¡Denodados
 sobre los Españoles reportemos
 el cúmulo de males que gravita
 sobre nosotros! Dime: ¿predispuestos
 están los Indios? ¿La abyección conocen
 de su estado? ¿Se miran con aliento
 para romper sus grillos y cadenas?
 ¿Aman la libertad?

CATARI: Sólo el momento
 y un redemptor aguardan.

TUPAC: Ve a encontrarlos.
 La hora en que cesen las tareas, veo
 que no pueden tardar. Cuando ellos bajen,
 pues mañana es Domingo, con secreto
 les irás traspasando la noticia.
 Y cuando los tiranos a Morfeo
 rindan feudo preciso, me conduce
 aquí sus tristes víctimas. Te advierto
 que sea sin tumulto y preparados
 a escucharme. Yo entonces pareciendo
 en medio de vosotros; con la espada
 de persuasión y el Rayo del acento,
 os prometo llevar de la Victoria
 y de la Libertad al Santo Templo.

Fin del Acto Segundo

La música del entreacto imita el silencio de la noche interrumpido alguna vez por el rumor del viento que retumba entre los cerros.

ACTO TERCERO

NOCHE

ESCENA 1ª

TUPAC-AMARU y CATARI

TUPAC: ¿Quién va?

CATARI: Tupa-Catari

TUPAC: ¿Los has visto?
¿Les hablaste? ¿Se miran de la empresa convencidos?

CATARI: Se miran preparados

TUPAC: ¡Libres serán, Catari, si me prestan atención!

CATARI: ¡Observad con cuál recato
y con la precaución que a vos se acercan!

ESCENA 2ª

Los PRECEDENTES, BASTIDAS, MITAYOS de ambos sexos

TUPAC: ¡Miseros compatriotas!... ¡Pobres restos

de la grey venturosa y opulenta
del Gran Manco-Capac! Con dolor miro
que el peso de la infamia y la cadena
que yo arrastro, arrastráis vos igualmente.
El fuego que discurre por mis venas
observo, amigos míos, que discurre
con igual impulsión hoy por las vuestras.
¡Fuego de Libertad y de venganza!
¿Quién... a esta voz sagrada, no se alienta
y desea ser libre?... Y siendo justo
este desear... ¿Quién puede, en su carrera
detenernos?... ¡El vástago de un Inca,
no teme aquí encontrar almas que amenguan
la dignidad de hombres, y que temen
arrostrar el rigor de una empresa
sólo por el aspecto del peligro!
¡No pretendo excitar la efervescencia
de vuestro brío; no encender pretendo
vuestro resentimiento, haciendo muestra
de atentados, insultos, vejaciones
que sufrís y sufristeis a do quiera!
No es mi ánimo enseñar las cicatrices
de que os miráis cubiertos... De la huesa
no intentaré a exhumar los yertos manes
de malhadados mil, que fenecieran
sin poder resistir males tamaños
sin punir los autores de su negra
situación y adoptaron el suicidio;
¡recurso triste que el mortal encuentra
en la debilidad o cobardía!
¡No, compatriotas!... Cesará mi lengua,

yo dejaré en la paz de su sepulcro
 a las cenizas, siempre lastimeras,
 de millones de infantes: ¡cuyas madres,
 cegadas del furor y de la pena,
 en su mismo nacer le dieron muerte
 antes que verlos hechos triste presa
 de la furia Española!... ¡No, Peruanos!
 ¡Yo no os acordaré memorias negras
 que ni el tiempo jamás podrá borrarlas!
 ¡Indígenas del Sud!... ¡Nuestra existencia,
 nuestros mayores, nuestros caros hijos
 nuestros amigos y consortes tiernas,
 y la América en fin piden venganza!
 ¡Y venganza incesante clamorean!
 ¡Y vengados no están!... ¡Alarma Indios!
 ¡Unamos nuestro ardor! ¡Y que la tierra
 que nos miró nacer escuche el grito
 de sacra Libertad e Independencia!

TODOS: ¡Libertad! ¡Libertad!

TUPAC: ¡Ella es tu hija!
 ¡Es la hija de tu amor, Naturaleza!

TODOS: ¡Libertad! ¡Libertad!

TUPAC: ¡Cómo es hermoso
 un entusiasmo tal! ¡Oh, como eleva
 ese augurio feliz mis esperanzas!...
 Sin embargo... No debo hacer reserva
 de los peligros que ahora es necesario
 afrontar con denuedo... ¡Nuestra empresa
 cuanto es honrosa, tanto es arriesgada!
 Los españoles por naturaleza

son fieros y avezados al carnaje.
 Terribles en el arte de la guerra:
 nosotros, sin recursos y sin armas,
 nosotros, circundados de la fuerza,
 tenemos solamente la justicia
 de nuestra santa causa. Ella nos lleva
 de la inmortalidad al alto templo,
 o nos conduce a soportar las penas
 que nuestros anteriores recibieron
 en la orgullosa Lima... ¡Fortaleza,
 y Unión! ¡Libres o Muertos!... ¡Defendamos
 nuestros derechos, nuestra independencia
 hasta el postrer suspiro!... ¡Que una muerte,
 o inmarcesible lauro el voto sea
 de nuestros corazones!... ¡Mas quién duda
 preferir una muerte a la bajeza,
 a la infamia y ludibrio que nos cubre
 y a la infanda vejez que nos espera?

TODOS: ¡Fortaleza y Unión! ¡Libres o muertos!

TUPAC: ¡Cómo mi alma se aplaude y lisonjea
 viéndoos participar de sus transportes!

CATARI: ¡Fuertes Canes y Canches! La experiencia
 nos hace ver que en nuestros mismos días
 se acaba de elevar la Independencia
 de una Nación que a fuer de la constancia,
 cantó su Libertad. Faltos de fuerzas;
 como nosotros, más determinados
 a vencer o morir: con decadencia
 en sus marchas, mas siempre resolutos
 en sus proyectos: fiados en la misma

justicia de su causa, hallaron pronto
 socorro en las Naciones extranjeras,
 lo mismo que nosotros hallaremos,
 ora en línea campal, ora en las rocas
 inaccesibles; ¡vedlos con la fuerza
 de un destructor torrente desplegarse
 por las llanuras, y llevar la tea
 de la devastación y de la muerte!...
 ¡Vedlos al retirarse, cual se llevan
 consigo aquellas ricas producciones
 que hubieron cultivado en su miseria
 para enorgullecer al despotismo!
 Inquietando (en vigilia y siempre alerta)
 a un enemigo superior en todo;
 ofendiendo a las veces, o en defensa;
 regocijándose de una derrota
 por la dulce esperanza lisonjera
 de una victoria, ansiando por seres libres;
 ¿no abatieron del Anglo la soberbia,
 haciendo que los trate como a iguales,
 y respete su augusta Independencia?

BASTIDAS: ¡Oh Nord Americanos! ¡Oh, mis héroes!
 ¡Nuestros modelos en tamaña empresa!
 Como vos detestamos los tiranos;
 como vos detestamos sus cadenas;
 como vos aspiramos a ser libres;
 como vos hallaremos la defensa
 sobre las rocas y elevados cerros
 de que nos bastionó Naturaleza!

TUPAC: Es de allí que vibrados nuestros golpes,
 tanto serán seguros cuanto sean
 inatendidos. Es de allí que el Indio

el tanto gozará de sus tareas;
 sin la necesidad, mas sin superfluo:
 sin el orgullo, pero sin bajeza,
 ¡quizá sin leyes y quizá sin vicios!
 ¡Es de allí pues que atónita la tierra
 conocerá de cuánto son capaces
 del Sud los hijos, cuando el grito elevan
 por Libertad, y por su dulce Patria!
 ¡Amor sagrado de la Independencia!
 ¡A ti sólo el derecho pertenece
 de producir los héroes y las diestras
 que salvando a su madre de opresiones
 la coronen de gloria y fama eterna!

CATARI: ¡Viva Tupac-Amaru!

UNOS: ¡Viva, viva!

TODOS: ¡Viva el grande Caudillo de esta empresa!

TUPAC: ¿Es a mí al que elegís caudillo vuestro?

CATARI: ¡Tú eres de nuestros Incas rama egregia!
 Tú eres el digno sucesor de Manco;
 debe ceñir tus sienes la Suprema
 roja-borla. Juradle pues, Peruanos,
 y prestadle sumisos la obediencia.
 ¡Viva Tupac-Amaru-Inca!

TODOS: *(Se arrodillan)*
 ¡Que viva!

TUPAC: Yo admito vuestros plácemes que elevan
 la dignidad que merecer pretendo.
 ¿Juráis obedecerme?

TODOS: ¡Sí!

TUPAC: ¡Que pueda
el santo Cielo recibir los votos
de vuestros corazones! Los acepta,
¡Oh Sumo Dios!: yo juro por los manes
de mis antepasados; por la misma
Patria, cuyos destinos hoy presido;
juro guerrear, vencer, y daros muestra
de constancia y valor, hasta que logre
destrozar vuestras horribidas cadenas!
Hasta ese punto... permitidme amigos,
que no acepte la Borla.

UNO: ¡Eterno sea
Tupac-Amaru!

CATARI: ¡Y caiga sin remedio
sobre el Hispano todo el anatema!

TODOS: ¡Y caiga! ¡Caiga!

CATARI: ¡A la venganza Indios!

TODOS: ¡A la venganza!

TUPAC: ¡Suma inteligencia!
¡Tú vas a enumerar el sacro día
de la justicia! ¡Cuántas, cuántas penas
me cuesta su esperanza! ¡Oh, qué terrible
será la crisis! ¡Sólo a su fiereza
culpen los Españoles! Retiraos
con igual disimulo. La cautela
a cada uno las armas proporcione
que halle más oportunas a la escena
que por instantes nos aguarda. Sirvan
los mismos instrumentos que doblegan

y agobian nuestros cuerpos al ludibrio,
sirvan en la ocasión de armas guerreras!
De las bocinas el tañido triste
es la señal de alarma. En la hora misma
aquí nos reuniremos a la vista
de los tiranos. ¡Ah! Que a la sorpresa
subsigan el terror, espanto y susto,
yo a vuestra vista empaparé mi diestra
en cuantos se me opongan, en Arriaga,
en Santelices padre y...

BASTIDAS: La clemencia
brille para con su hijo.

TUPAC: ¡Cielo justo!...
¡Ventura Santelices! ¡La defensa,
el amparo del Indio! ¡Nuestro amigo!
Él será la excepción de toda regla.
Él vivirá. Vosotros sois sensibles
al reconocimiento. ¡Haya indulgencia
para el amigo nuestro!

TODOS: Nuestros pechos
serán su escudo.

CATARI: ¡Viva y siempre sea
benéfico a los hombres!

TODOS: ¡Sí, que viva!

TUPAC: Despedacemos a los otros. ¡Mueran
los esclavos del trono! Cuando estemos
sin riesgo de temerles, la clemencia
obrará generosa. Id mis amigos.
Valor, secreto, unión, y fortaleza.

En vos confío. Que no se oiga el trueno
sin que haya hecho su estrago la centella.

ESCENA 3ª

TUPAC-AMARU solo

TUPAC: ¡Helo ya el día grande! ¡Último día
de nuestra esclavitud! Cuando amanezca
el sol, sus bellos radios luminosos
saludarán la noble Independencia,
de miles de hombres, libres de tiranos.
¡Oh qué grandes destinos se nos muestran
ya preparados desde tal momento!
Un puñado de hombres se aglomeran,
unen sus sentimientos y se atreven
a proclamar la Libertad Suprema
del nuevo mundo, ¡y sobre mí reposa
la vasta ejecución de tan egregia
jornada! ¡Oh, pueda yo más venturoso
destrozar de mi Patria las cadenas,
restituir la dulzura de sus Incas,
y hacer que en las edades venideras
Tupac-Amaru sea bendecido!
¿Y ese mortal que la beneficencia
formara con sus manos?... ¿Ese joven
amador de los Indios?... ¡Qué tragedia
lamentable, si en medio del desorden,
si entre la confusión e inexperiencia
el brazo de un furioso descarriado
nos trunca de sus días la carrera!

¡Llanto infructuoso y lágrimas tardías
no serán de consuelo a la sincera
amistad!... Que se aleje de estos sitios.
Es forzoso... Lo debo... Nuestra extrema
situación lo demanda. Retardemos
el grande golpe, hasta que el joven tenga
un asilo seguro, ¿y que, acertado
será confiarle asuntos de materia
tan grave? ¿A un Español? ¿A quien su propio
interés personal, la habitud mesma
del lujo, vanidad, y la molicie,
pueden arrebatarse a la flaqueza
de revelar nuestro importante arcano?
¡Qué digo yo! ¿Cómo hago tal ofensa
a un hombre tal? Ventura Santelices
es un prodigio que naturaleza
abortó en este siglo de maldades.
Sus virtudes no tienen coherencia
con su nacer y todo me asegura,
todo lo garantiza, y todo aprueba
el que yo deposite mi secreto
entre su corazón. ¡Sí! Mi franqueza,
mi estimación, mi amor y mi confianza
grabarán el sigilo de su lengua.

Fin del Acto Tercero

La música del entreacto anuncia la venida del día.

ACTO CUARTO

ESCENA 1ª

TUPAC-AMARU y SANTELICES

TUPAC: ¿Ya levantado al despuntar el alba?

SANTELICES: ¡Conciliar el reposo no me ha sido posible! Mis ideas tormentosas de tropel asaltaron mis sentidos, sin dejar que mis párpados cerrase un sueño bien hechor ¿y tú has dormido, Cándor?

TUPAC: No Santelices.

SANTELICES: Cuando sufre el corazón, el sueño le huye.

TUPAC: ¡Amigo!
El corazón que sufre, siempre tiene el tiempo y la esperanza por alivio.

SANTELICES: ¿Ellos te pueden consolar?

TUPAC: ¿Qué fuera de mí sin ellos?

SANTELICES: Yo he compadecido la suerte de Bastidas.

TUPAC: De Bastidas no hablemos, Santelices.

SANTELICES: Aún no miro

perdida la esperanza. Yo prometo hacer frente al carácter vengativo de un irritado Padre. Al despertarse llegaré a su presencia.

TUPAC: ¿Qué me has dicho?
¡Tu padre duerme!... ¡Ah! ¿Tu padre puede dormir?...

SANTELICES: ¡Siempre le acusas!

TUPAC: Ten sabido que ya no más le acusaré.

SANTELICES: Tu sangre fría, me asombra.

TUPAC: El triunfo de sí mismo es el triunfo mayor.

SANTELICES: ¡Feliz mil veces quien logra tal esfuerzo!

TUPAC: ¡Envilecido aquel que no le logra!... El más dichoso, jamás podrá decir que está al abrigo de la desgracia! ¿y que le resta al hombre de la fortuna en disfavor?

SANTELICES: Lo activo de una dulce amistad consoladora.

TUPAC: Cuando de la amistad no se halla indigno

SANTELICES: *(Después de examinarlo atentamente)*
¡Me causas inquietud!

TUPAC: Estoy calmado.

SANTELICES: Entre esa misma calma yo diviso
la tempestad que anuncia.

TUPAC: Aquel que sabe
preverla, debe hallarse precavido.

SANTELICES: ¿Qué me quieres decir con esas voces
interrumpidas... el mirar sombrío...
y ese vagar incierto?... ¡Desgraciado!
(Tomándole por un brazo)
Abre tu corazón para un amigo.
No le tengas confuso en tan horrible
ansiedad... ¿Qué meditas?

TUPAC: Del peligro
salvarte.

SANTELICES: ¡A mí salvarme! ¿A quién intentas
perder?

TUPAC: El aire... ¡el aire de estos sitios
es pestilente! Evita que sus miasmas
te puedan ser funestas. Yo te pido
que sólo por dos días te separes
de tales territorios.

SANTELICES: En mi arbitrio
no está el abandonarte... Un espantoso
secreto está oprimiendo los sigilos
de tu gran corazón. Pugna y se esfuerza
por trasladarse al interior del mío...
pero tú lo contiene... Habla... En nombre
de la amistad más pura, te suplico
que hables.

TUPAC: ¿Tendrás valor para escucharme?

SANTELICES: Me lo persuado.

TUPAC: ¡Oh mi mejor amigo!
(Tomándole ambas manos)
¡Resignación! ¡Valor! Tupac-Amaru
es quien te habla.

SANTELICES: Prosigue.

TUPAC: Ya prosigo.
Los Españoles...

SANTELICES: ¿Qué?...

TUPAC: ¡Ay, joven infelice! Harto te digo.
Hoy te aleja de Tinta, si acaso amas
tu existencia.

SANTELICES: ¿Qué dices?

TUPAC: Harto he dicho...

SANTELICES: Para no terminar dijiste harto.

TUPAC: Harto será si me hayas entendido.

SANTELICES: Si, te entiendo... ¡Cruel!... Si: bien te entiendo.
¡Mas qué horrible atentado, cual designio
a concebir te atreves!

TUPAC: ¿Lo repruebas?

SANTELICES: ¿Entre la sangre de mi padre?... ¡Impío!
¿Se empaparán tus manos?

TUPAC: Quien perdona
al execrable, se hace en sus delitos
cómplice.

SANTELICES: Gracia imploro para un padre.

TUPAC: Le fulminó el fallar irremisivo.

SANTELICES: ¿Mas yo por un silencio criminoso debo exponerlo al golpe encruelecido de vuestras iras?

TUPAC: Cuento con tu prudencia.

SANTELICES: ¡En mi ferocidad!

TUPAC: Un fermentido eres si hablas.

SANTELICES: Y si callo, un monstruo.

TUPAC: Si hablas serás el instrumento indigno para oprimir la humanidad inerme.

SANTELICES: ¿La humanidad ordena un parricidio?

TUPAC: ¿Y ordena el cielo que se sacrifiquen al opresor los miserables Indios?

SANTELICES: Yo no discutiré... Mas a mi padre yo bien sabré salvar.

TUPAC: Con el suplicio de millares de víctimas.

SANTELICES: Con ellas muriendo cumpliré y habré cumplido con la naturaleza... (*Yéndose*)

TUPAC: Ten el paso... El entusiasmo obstruye tus sentidos. Medita antes de obrar. Te he confiado un Secreto. Secreto que has debido al poder sacro de amistad. ¡Ventura! Yo responsable soy al Mundo Indio del uso que tú harás del grande arcano.

¿Mas qué podrá decirles su Caudillo a esas tristes familias desoladas que no tienen acaso más delito que el de substraerse al ímpetu primero? ¿Qué dirás al aspecto del suplicio donde tu indiscreción quiere entregarlas? ¡Maldecirás sin fin los extravíos de tu ciega ternura y sus funestas consecuencias! Tus ojos doloridos, sobre un Indio jamás podrán fijarse, ¡sin que tu alma cubierta de un sombrío espesor, no se abisme con la carga de los remordimientos!... El egoísmo, las consideraciones personales te ofrece. El verdadero parricidio es el Liberticida... Aquel que mata los vínculos sagrados e imprescriptos de las Naciones... ¡Joven Santelices! Con imparcialidad, con recto juicio tu corazón consulta; los derechos de los hombres; ¡y el fallo del divino Hacedor!... interroga a tu conciencia. Oye su decir... Ve ahí el digno, el juez incorruptible a quien se debe escuchar en el trance en que te miro

ESCENA 2ª

SANTELICES *solo*

SANTELICES: ¡Entre la humanidad, naturaleza,

mi padre, mis deberes, y los Indios
heme aquí!... Si una parte ha de salvarse
la otra parecer debe... ¡Cruel conflicto!

ESCENA 3ª

CORREGIDOR y SANTELICES

CORREGIDOR: Aquí está. Le hablaré. Con la dulzura
procuremos sondear este atrevido
joven. Dulcifiquemos mi carácter.
(Con falsedad en todo el Diálogo)
¡Te hallo muy a propósito, hijo mío!
Terminemos debates molestos,
y que a nada conducen... El tranquilo
placer, la dulce paz, por siempre habiten
en nuestra casa: cuyo precipicio
sería inevitable, por violencias
de tu genial y del carácter mío.
¡Que la armonía y la confianza tornen
a vivir con nosotros! Cometido
cada uno ha sus errores. Alejemos
recuerdos que de suyo son malignos,
hagamos la ventura de uno y otro...
(Tomándole ambas manos)
vuelve al amor de un padre, ¡amado hijo!
Un padre aquí te invita; y es un padre
quien amistad te ofrece.

SANTELICES: ¡Oh, padre mío!

¡Oh, padre! *(Desordenado)*

CORREGIDOR: Bien comprendo. He yo agraviado

tu corazón. Lo sé: yo en tus amigos
te he afligido... Aún no es tarde. Yo prometo
mejorarles su estado.

SANTELICES: ¡Oh Cielo impío! *(con voz ahogada y fuera de sí)*
¡Es ya tarde! ¡Es ya tarde!

CORREGIDOR: ¿Qué, es ya tarde
para amarnos, y con mutual cariño
entendernos!... ¡Amado Santelices!

SANTELICES: ¡Tal bondad me confunde!... ¡Prevenido
mi corazón no estaba!... ¡Oh, Cielo Santo!
¿Qué puedo resolver en tal conflicto?
¿Qué debo hacer?

CORREGIDOR: Tu corazón abríme. *(Abriendo los brazos).*
Ven, Santelices, que te espera el mío.
Mi corazón te llama.

SANTELICES: ¡Ah! Es demasiado...
¡Y no resisto más!... *(Se arroja en ellos).*

CORREGIDOR: *(Aparte)*
¡Ah! Yo he vencido.
Así pues, hijo amado, en lo futuro
siendo uno de ambos el interés mismo,
debo esperar que emplees tu ascendiente
en hacer que de hoy en más sean los Indios
obedientes al yugo de la España;
dóciles, laboriosos, y sumisos.

SANTELICES: *(Se aparta con horror)*
¡Sumisos proferisteis! *(Vuelve a sus brazos)* ¡Padre amado!

CORREGIDOR: Tus palabras semejan a un delirio.
¿Qué debo yo augurar?

SANTELICES: Vuestra ternura,
que jamás se desmiente... el imprevisto
cambiamiento... mi júbilo y sorpresa...
yo corresponderé padre querido,
con sumisión la más ilimitada
a esas proposiciones que vos mismo
os dignasteis hacerme... Pero, en tanto...
yo hago recuerdo que me habéis prescripto
ir a la Capital. Sin más demora
yo partiré obediente... ¡Oh padre mío!
Vos conmigo vendréis... Vuestra experiencia
me servirá de mucho... Yo os suplico
que al instante partamos.

CORREGIDOR: Considera
que no es posible, sin haber permiso
del Virrey. Además que por instantes
aguardo la llegada del Ministro
Areche, plenamente facultado
como Visitador. Él ha exigido
que sin piedad se agraven los tributos
y las imposiciones sobre el Indio,
hasta extinguir su raza, y reemplazarla
por Africanos... ¡Mira si a su arribo
debo faltar de aquí! Tú, Santelices,
parte: yo quedaré.

SANTELICES: (*Horrorizado*)
...y en tales sitios
vos quedaréis?... ¡Vos quedaréis!... No, padre
no; vos no quedaréis.

CORREGIDOR: ¿Por cuál motivo?

SANTELICES: ¡No! ¡Vos no quedaréis! ¡Imposible!
(*Tomándolo por la mano*)
¡Venid, venid, señor!... Os suplico
Corresponded, ¡oh padre! a mis instancias
por la condescendencia.

CORREGIDOR: (*Aparte*)
No han mentido
las sospechas de Arriaga.

SANTELICES: ¿Y bien mi padre?

CORREGIDOR: Mañana partiremos, hijo mío.

SANTELICES: ¡Ay mañana, Señor!... ¡Padre, mañana!
Hoy mismo... ¡Eterno Dios! Ahora... Hoy mismo.
(*Pausa*).

CORREGIDOR: (*Después de mirarlo con severidad*)
Tú quieres arrancarme del Gobierno.
Tú eres un partidario de los Indios.
Alguna convulsión te han revelado.
Contra mí se conspira.

SANTELICES: Yo no he dicho (*con precipitación*)
tal cosa.

CORREGIDOR: En este punto lo confiesas.

SANTELICES: ¿Qué he confesado yo? ¡Tristes amigos!

CORREGIDOR: ¡Sella el labio traidor! Te ruboriza
de tu vil proceder. Ya no eres mi hijo
y si acaso lo eres, yo me afrento
de haberte dado el ser... De estos recintos
yo me aparto. Bien pronto daré vuelta,
pero será trayendo el exterminio
y la venganza real sobre vosotros... (*Vase*).

SANTELICES: ¡Deteneos Señor! ¡Oh, Dios! ¡Yo expiro!
(*Cae sobre un peñasco*).

ESCENA 4ª

SANTELICES solo

SANTELICES: ¡Todo lo sabe!... ¡Oh, Dios! ¡Todo lo sabe!
¿Qué he pronunciado yo con mi extravío
que así todo el secreto ha penetrado?
¿Qué he pronunciado yo?... ¡Miseros Indios!
¿Qué será de vosotros?

ESCENA 5ª

SANTELICES y TUPAC-AMARU

TUPAC: Yo he notado
que presuroso parte de este sitio
tu padre... ¿No te atreves a mirarme?
De cometer acabas un delito.

SANTELICES: Es verdad: es verdad. Todo es notorio.
Yo estoy desesperado y vos perdido.

TUPAC: ¡Miserable! ¿Qué has hecho?

SANTELICES: Yo intentaba
libertar a mi padre. Mi conflicto,
mi turbación, no tengo duda alguna
que de todo le habrán esclarecido.
Todo ya lo previó: y en esta hora
todo ya lo previene. Él es activo

en sus disposiciones. Un momento
no tenéis que perder.

TUPAC: ¡Los pobres Indios
por ti son traicionados! Este crimen
yo debía preverlo. ¡Astros malignos!
¿Dable fue, Santelices?... ¡Mas por cuanto
no fueras Español!... ¿Por cuál destino,
cargáis el anatema inseparable
de ser ingratos?

SANTELICES: Vibra tu castigo,
y evítame el tormento y la amargura
de la reconvención... Entre mí mismo
(*señalando a su corazón*)
tengo mi juez supremo.

TUPAC: Castigado
serás... ¿Ves este acero? Pues sus filos
acabarán mis días deplorables
en el momento que haya sucumbido
toda esperanza. Al Universo Mundo
con frente imperturbada desafío.
¡Aún soy el dueño de mi suerte!

SANTELICES: ¡Oh triste!
¿Y yo soy el que te haya reducido
a tal extremidad? Hierde mi pecho.
Termina mi penar. Te lo suplico
a tus plantas.

TUPAC: (*Frenético*)
¿En donde está tu padre?
¿Cuál sendero ha tomado? Presto dilo (*amagándole*).

SANTELICES: De mí no lo sabrás. Descarga el golpe. *(Pausa)*.

TUPAC: *(Después de considerar)*

¡Perdona mis transportes! No es a un hijo a quien yo debo preguntarlo.

SANTELICES: Hiere.

¡Yo le oculto de ti. Yo os he vendido!
Fulmina el golpe. Muero resignado.

TUPAC: ¡Alza, insensato joven! El ludibrio de las humillaciones pertenece sólo a tus compatriotas. Alza digo... Tupac-Amaru... en medio de tu furia te compadece... y te ama... *(Lo abraza)*.

SANTELICES: No soy digno...

¿Tupac-Amaru me perdona?

TUPAC: Mi odio

no me ha de hacer injusto. No me admiro de tu resolución. El exigirte que al ímpetu primero de los Indios sacrificases la Naturaleza, ¡fuera imitar los déspotas que insisto en castigar! ¡A mi agradecimiento debo acusar! Los dos hemos cumplido con los deberes de ambos. No mereces reconvención alguna y yo te estimo.

SANTELICES: ¿Y quedas sin algún resentimiento?

TUPAC: ¿Me juzgas susceptible? Yo el abismo en su espaciosidad he sondeado, y ya nada me impone. ¿De estos sitios partió tu padre?... ¡Lo conozco!... Al frente

de armada fuerza tornará suplicios de horrores y tormentos fulminando! Mas yo lo prevendré. Sí: a recibirlo intrépido saldré. Cuanto esta noche debiera suceder, en este mismo punto sucederá. De aquí te aleja: ¡huye la confusión de los gemidos, de horror, de incendio, asolación y muerte!

SANTELICES: ¡Mi padre ya está en salvo! Nada miro; nada me importa el resto.

TUPAC: Es necesario

que en este punto adoptes mi partido... Sólo un momento tienes. *(Pausa)*.

SANTELICES: Si: yo adopto

el de la justa causa. Me decido hoy por la Libertad y la Justicia.

TUPAC: ¿Y tú nos seguirás?

SANTELICES: ¡Hasta el suspiro postrero!

TUPAC: La miseria y las penurias marcharán con nosotros.

SANTELICES: Tengo bríos para arrostrarlas.

TUPAC: ¿Tú lo quieres?

SANTELICES: Nada

me hará cambiar de intento. Muy al vivo reconozco el carácter de mi padre. No puede perdonarme los perjuicios

que le vais a causar. Ya y sin retorno,
 su corazón se mira empedernido
 a los clamores de Naturaleza.
 Yo me adhiero a vosotros. Indivisos
 seremos por jamás. Vuestros sucesos
 serán por mi constancia sostenidos:
 con vos me elevaré si os elevaseis;
 el fin que vos tengáis, será el fin mío.

Fin del Acto Cuarto

La música del entreacto imita la reunión de los Indios al toque de Bocinas y caracoles: la llegada de las tropas realistas: el combate sostenido por el cañón y mosquetería: la huida de los Españoles; la algazara de los Independientes al perseguirlos, y los ayes de los moribundos, finalizando con la marcha triunfante.

ACTO QUINTO

VALLE CIRCUIDO DE ROCAS ESCARPADAS, EN CUYAS EMINENCIAS ESTÁ EL CAMPAMENTO Y EL PABELLÓN DE LOS INDEPENDIENTES. ÉSTOS AL COMPÁS DE FESTIVA MARCHA, SALEN ARMADOS CON HONDAS, CHUZOS, ESPADAS, AZADONES TRAYENDO EN TRIUNFO A TUPAC-AMARU (PRECEDIDO DE CAÑONES, BANDERAS, Y ARMAMENTOS DE LOS ESPAÑOLES) QUE VIENE DECORADO CON EL LLANTO O LA ROJA BORLA Y LA SEGUR EN LA MANO: MUCHOS AMERICANOS SE PRESENTARÁN UNIFORMADOS CON LOS DESPOJOS QUITADOS A LOS VENCIDOS.

ESCENA 1ª

TUPAC-AMARU, CATARI, SÉQUITO de INDEPENDIENTES

UNOS: ¡Viva el héroe feliz de nuestra empresa!

OTROS: ¡Viva la Independencia Americana!

TUPAC: ¡Nuestros primeros pasos se han marcado por sucesos gloriosos! ¡Nuestra marcha fue en pos de la victoria; que, aunque ciega, abrazó la justicia de la causa de los hijos del Sol!... ¡Choque más fuerte no se verá jamás! La horrible parca, por todo la segur enarbolando, sobre nuestros tiranos empleaba certeros golpes... hasta que rendida de herir y derribar de su guadaña os hizo donación... En vuestras manos, ¡con cuál impavidez, con cuál audacia vuestros menores golpes eran firmes! ¡Las orgullosas huestes de la España fueron puestas en fuga, sin embargo de la enorme ventaja de sus armas y su táctica! ¡En esto se confirma de que el Supremo Dios de las Batallas lidió en nuestro favor!... ¡Sus Estandartes, sus armamentos y el infame Arriaga quedó en nuestro poder!... Vedle de un árbol pendiente, y dando al mundo la enseñanza de que su ejecución y su suplicio sus mismo atentados demandaban... El honor y la gloria y vuestro esfuerzo

han coadyuvado a consagrar la causa
de nuestra independencia. ¡Hed aquí el fruto
que nos dejó el ardor de esta jornada!
¡Quiera el Omnipotente que la igualen
las demás que subsigan!... ¡Vigilancia,
Orden y Sumisión, en nuestras manos
pondrán el alto fin! Las atalayas
id a doblar, y guarnecer los puestos.
Lo demás lo hará el Cielo. Ten la planta,
Tupa-Catari.

ESCENA 2ª

TUPAC-AMARU, TUPA-CATARI

TUPAC: Pues quedémonos solos.
¡Contigo explicar quiero las alarmas
que me agitan! El público y privado
interés, y lo santo de la Causa
parece que de suyo les exige
a los Americanos de prosapia
española a que operen igualmente
con nuestras intenciones. De la España
el sistema opresor en igual punto
que a nosotros los tiene... ¡Abisma, pasma
el observar cuán pocos se han prestado
a la común defensa! Señal clara
de que habituados con las injusticias
aman la esclavitud, aman la infamia
e ignoran sus derechos primitivos...
He aquí la señal cierta de que aun faltan

peligros que vencer; y que este triunfo
nos traerá centenares de batallas!
Los Españoles (tanto más soberbios
por la vil fuga que hizo su ignorancia)
tornarán a la lid entusiasmados
con la efímera y débil esperanza
de borrar una afrenta dolorosa
para su orgullo. Todo lo prepara,
y los recibiremos. Nuestros brazos
custodien las llanuras y gargantas
por donde el enemigo acaso pueda
penetrar.

CATARI: Ya te sirve mi eficacia.

TUPAC: Ve, Catari. Bien pronto las fatigas
iré a partir con mis hermanos de armas.

ESCENA 3ª

TUPAC AMARU y BASTIDAS

BASTIDAS: ¡Ve allí el asilo que naturaleza
le ofrece a nuestro amor!... Ahora te hallas
lleno de tus deberes y yo me hallo
cumpliendo con los míos. La morada
nuestra es aquella. Sí: por ella misma
podrás reconocer cuánto te ama
éste mi corazón enamorado.
¡Ven pues Tupac-Amaru!... Ven: descarga
de los duros afanes de este día.

TUPAC: Aqueste día es todo de la patria
y de la gloria.

BASTIDAS: ¿Y del amor?... ¡Ay! ¿Cuándo cesará el retemblar de las montañas con los estruendos del sañudo Marte?

TUPAC: No hay, mi Bastidas, tan apreciable alhaja como la Libertad: pero a su templo por sendas peligrosas y penadas es preciso llegar.

BASTIDAS: Sí, tales sendas debe el héroe franquear. ¡Oh infortunada la Libertad que tanta sangre cuesta! ¿Será posible?, ¡Inteligencia Sacra! ¿que no han de ser amigas las Naciones sin que lo anuncie el Iris de las armas? ¿Cabe en la idea que los hombres amen destrozarse?... ¡Oh, Hispanos!

TUPAC: Decretada se ve nuestra justicia.

BASTIDAS: Ellos vencidos, paces implorarán... nuestra venganza con la paz tenga fin.

TUPAC: Es imposible.

BASTIDAS: ¡Qué no consigue el tiempo!

TUPAC: ¡Cuál te engaña tu corazón!... Jamás los españoles mirarán sin dolor nuestras ventajas. Jamás se convendrán a respetarnos como a dueños de América. Ellos aman mucho su peculado y despotismo ¡para hoy reverenciar al que arrastraba

sus cadenas ayer! Allá en sus orgías su impotente furor así proclama... “¡Guerra de sangre! ¡Esclavitud o Muerte! ¡Rebeldes, elegid! Las alianzas, la igualdad con vosotros es un crimen. ¡¡América sucumba o bien España!!”. Así Bastidas ¡no te lisonjees de que imploren la paz! Ni alucinada te expongas al vejamen de tus mismas compañeras... ¿No has visto con qué audacia, con qué calor en medio del combate, intrépidas, valientes y calmadas, junto al esposo, junto al hijo, junto al padre, con sus voces animaban y decidieron la victoria? ¡Observa y mira, cuál de nuevo se preparan a los nuevos peligros!... y tú misma, tú en quien debe recaer mi gloria y fama, ¿te engañarás un esperar tan grato? ¿Incierta y temerosa; tus alarmas me quieren inspirar debilidades? ¡Ah, Bastidas! ¡Bastidas!

BASTIDAS: De las almas, ¿será que sólo se halle la grandeza en medio del carnaje? ¿No te basta para norma el sensible Santelices? La muerte, que adoquier se divagaba no te impuso terror. En torno suyo y bajo su segur, sólo miraba las víctimas, sin darles preferencia entre ser Españolas o Peruanas.

Acaso de la sangre de los hombres,
¿cuidó tan sólo de aliviar las ansias
del moribundo y restañar las fuentes
de sus heridas!... ¿Esta sobrehumana
gloria, esta emulación, sería indigna
de tu valor?

TUPAC: ¿Lidiaba por su Patria,
lidiaba por ser libre, Santelices?

BASTIDAS: Mediaba entre los hombres

TUPAC: ¡Si! De Arriaga
en siguiendo la suerte otros caudillos,
la América será tranquilizada.
¿Sólo siento no haber cumplido el golpe
destinado a mi esfuerzo! En la matanza
de ambas facciones, Santelices Padre
se me ofreció a la vista. Nuestra rabia
se iba a nutrir de nuestra sangre misma,
cuando dos gruesos puestos a la carga
impidieron habernos destrozado.
Él tornará sin duda. Su tardanza
es lo que a mi paciencia mortifica.
Entonces quedaremos en la estrada
el uno muerto, el otro victorioso,
o ambos exhalaremos allí el alma
envuelta entre espumosa y negra furia
hasta morder la tierra ensangrentada.

ESCENA 4ª

BASTIDAS

BASTIDAS: Tupac-Amaru sabe amar, es cierto:
¡mas no sabe reglarse por lo que ama!
¡Ebrio de Libertad, su anhelar todo
se ocupa en el sostén del Alma Patria!
Volvamos a la gruta, a prepararle
descanso.

ESCENA 5ª

CORREGIDOR

CORREGIDOR: ¿Adónde, Cielos, hoy mi planta
lleva el incierto paso?... ¡Hado mezquino!
¿Cómo eludir los riesgos que me aguardan,
y me persiguen? ¡Ah! ¿Más que reparo?
¿Será un delirio? ¿No es Antonio Arriaga
quien de aquel árbol pende?... Sí: no hay duda.
¡Mísero yo! ¡Qué horror! ¿Qué me señala
espectáculo tal? ¿Qué me predice?
¡Tú ya el feudo pagastes a la Parca...
y yo lo debo!... ¡Al sin igual desorden
lo debo del combate!... Destrozadas
las huestes reales... del pavor seguido...
errante por collados y montañas,
supedito las breñas que guarnecen
este hondo valle... Aquí... ¡Luces sagradas!
¡lejos de hallar asilo, hallo las señas

que pronuncian el fin que me prepara
 la ojeriza enemiga!... ¡Sí! ¡Nosotros
 de nuestros mismos males somos causa!
 Nosotros hemos violentado al Indio
 a la desesperación y a la venganza.
 ¡Su intrépido valor, lleva un carácter
 de terribilidad! Ni la ventaja
 de nuestros fuegos, ni el cañón ni el plomo
 es poderoso a detener sus marchas.
 Ellos se precipitan, ellos hieren,
 ellos caen; ¡pero ellos nos arrastran;
 y nos arrollan, y nos exterminan!
 ¡Ay Santelices, hijo mío! ¡Cuántas
 amarguras y cuántos placeres
 fueran lejos de mí si a tus palabras
 hubiese dado crédito!... ¿Tú existes?
 ¿Qué es de tu suerte, di? Las tumultuadas
 hordas ¿te hicieron su caudillo? ¿Acaso
 te resolvistes a fulminar las armas
 contra el Rey tu Señor, contra tu padre,
 y las conquistas de tu Madre España?
 ¿Dime, infeliz, te ha envuelto el anatema
 de proscripción Ibera?... ¿Derramada
 yace tu sangre? ¿Aumentas el guarismo
 de sus víctimas?...

ESCENA 6ª

CORREGIDOR Y BASTIDAS

BASTIDAS: ¡Cielos! ¡Aquí se halla

un español!... ¿Pues cómo fue posible
 penetrar a este sitio?... ¿Qué reparan
 mis ojos!... ¡Dios! ¡Es Santelices padre!
 ¡Él es!

CORREGIDOR: ¡Aquí Bastidas! ¡Mi desgracia
 llegó a su colmo!

BASTIDAS: Dentro de este campo,
 ¿qué buscas, di?

CORREGIDOR: La vida yo buscaba:
 mas ya busco la muerte.

BASTIDAS: Inevitable

CORREGIDOR: Bien lo sé: y que muriendo a vuestra saña...

BASTIDAS: En el nombre de un Dios, ¡te pido me ahorres
 semejante espectáculo! La planta
 vuelve atrás.

CORREGIDOR: ¿Dónde huir?... ¿Por cuál sendero
 podré tomar?

BASTIDAS: No sé... ¡Fiera desgracia!
 La huida es imposible. ¡Es un delirio
 pensar en ella!

CORREGIDOR: ¿Y debo a la venganza
 ser inmolado?... ¡Vengan en buenahora!
 Con los ojos cerrados e inclinada
 la cabeza, yo aguardo el fatal golpe,
 sin replicar y sin dolerme... ¡Amarga
 es mi suerte! Mas yo la he merecido.
 ¡Mas yo la he merecido! ¡Sí!

BASTIDAS: ¿En tu alma
 caben remordimientos?

CORREGIDOR: ¡Oh, mísero de mí, si me faltaran remordimientos!

BASTIDAS: Todo lo dirime sola esa voz, y todo lo repara... Tú mereces vivir.

CORREGIDOR: ¿Con ese idioma es Micaela Bastidas quien me habla? ¿Tú no me entregas? ¡Ah!

BASTIDAS: ¡Tú eres un hombre desgraciado! ¡El hombre en su desgracia, es inviolable y sacro para el Indio!

CORREGIDOR: ¡Yo te privé de un padre!... (*Condolido*).

BASTIDAS: En la estrellada bóveda otro me queda... (*Reprimiendo las lágrimas*).

CORREGIDOR: ¡Yo tu sangre hice verter!

BASTIDAS: ¡La tuya derramada nunca será por mí!... Conozco, veo que me expongo a la cólera exaltada de los míos. Empero yo ejecuto en pro de la clemencia: esto me basta para mi corazón.

CORREGIDOR: ¡Mujer sensible! ¡Generosa mujer! ¡Mujer que abarcas cuanto engrandece al hombre! Me confunde tu corazón y tu virtud me pasma.

BASTIDAS: Sé armar al semejante, Santelices, ¡y no sé aborrecerlo!... La tardanza podrá serte nociva. No perdamos

un tiempo tan precioso. Si la rabia de los míos te encuentra, eres perdido. Esa caverna oculte tu desgracia. Luego, cuando la noche tienda el manto, después que el Sol se esconda entre las aguas, con recato y silencio, yo tu guía prometo ser: y yo la vigilancia engañando de nuestros centinelas tu vida del peligro pondré salva.

CORREGIDOR: Bastidas, en tus manos me abandono... ¡Hayas piedad de mí! Templa las ansias de un afligido padre. ¿Qué es de mi hijo? ¿Yace yerto despojo de la Parca? ¿Qué es de mi hijo, Bastidas?

BASTIDAS: Con nosotros existe y goza el fruto de sus raras virtudes.

CORREGIDOR: ¿Su denuedo se ha empleado contra los españoles?

BASTIDAS: ¿Qué venganzas le pueden asistir contra vosotros? ¿Por qué ha de combatiros? Nuestra causa no es la causa de tu hijo. Con el tiempo lo será si adoptáis la contumacia, y seguís los errores.

CORREGIDOR: ¡No ha tomado armas contra su Rey!... ¡Oh de qué carga mi corazón alivias!

BASTIDAS: ¿Tú pretendes que te vea morir? Sigue mi planta.

Dentro de aquella gruta permanece silencioso. En Bastidas ten confianza.

ESCENA 7ª

BASTIDAS

BASTIDAS: ¡A mí me felicito! Este tirano, este servil esclavo de la insana codicia, ¡tenga ejemplo de los mismos que ayer sus tiranías agobiaban! ¡Tenga vida por mí! ¡Quizá ilustrado por la razón, deteste de su errada conducta y nos bendiga!... Los combates y la carnicería y la matanza serán conquistadores de los pechos, pero la compasión lo es de las almas. ¿Mas, qué miro?... A esta parte se dirige Tupac-Amaru!... ¡Qué imprevista causa...!

ESCENA 8ª

BASTIDAS, TUPAC-AMARU, CATARI, séquito de Independientes

TUPAC: ¿Estáis ciertos? ¿Él es?

CATARI: Este soldado nos dio el aviso.

UN INDIO: Desde mi atalaya lo seguí fijamente: yo lo he visto hablando con Bastidas y lo guarda dentro de aquella gruta.

TUPAC: ¡Oh vilipendio!
¿Y tú osas conspirar contra tu Patria?
¿Tú la traicionas?... ¡Tiembla mi justicia!
Responde... ¿Con qué fin?

BASTIDAS: Heme a tus plantas.
Nada sé responder... ¡Sólo a mi esposo imploro!

TUPAC: ¡Yo tu esposo! Quien te habla no es tu esposo. Es el Inca quien te juzga y quien dará sentencia irrevocada, Tupac-Amaru. Andad. A mi presencia arrastradle *(a los Indios que se van)*.

BASTIDAS: ¡Yo expiro! ¡Ay Dios me valga!... *(Cae amortecida)*.

TUPAC: ¡Socorredla! Sí, él es, bien le conozco.
Llega malvado y expiarás tu audacia.

ESCENA 9ª

DICHOS y el CORREGIDOR: conducido por los Indios que se fueron.

TUPAC: Estás en mi poder... y tu suplicio va a comenzar. ¡En tus mortales ansias nos saciaremos todos! Dilatado será, ¡será tirano cual tu alma! Por compasión demandarás la muerte, y no habrá quien otorgue tu demanda... Mas tú, mujer a quien yo amaba tanto... ¡Mujer de perdición!... ¿Así a tu Patria, a tus libertadores, a tu esposo,

pudiste ser infiel?... ¡Mujer malvada!
Yo sabré combatir contra mi aleve
pasión: y si no puedo sofocarla,
sabrela sepultar en el silencio.
Yo moriré al dolor que agita el alma,
pero yo seré justo ante los ojos
del Orbe espectador: yo ¡Monstruo! ¡Acaba
de saciarte en tu obrar!... ¡Mira el estado
a que la ha reducido tu execranda
traición!... ¡Cómplice fiero de esa inicua,
tú la asesinas! ¡Tú!...

CORREGIDOR: Pronto descarga
sobre mi vida el golpe. Mas respeta
a esa infeliz. Mi suerte desgraciada
aquí me ha conducido. Está inocente.

TUPAC: ¿Lo escuchásteis, mis bravos? Él declara
que ella no está culpable. Está inocente.
El delito jamás tuvo morada
en aquel corazón.

BASTIDAS: Sólo he querido
exonerarte de uno.

TUPAC: Sin tardanza
conducidle a morir.

CORREGIDOR: ¡Te hube creído
capaz de perdonar!

TUPAC: ¡Cabe en tu audacia
esperar un perdón! ¿Fuisteis vosotros
de perdonar capaces? ¿En ti se halla
un rasgo de virtud?... ¡Muera! (*a los Indios*).

BASTIDAS: Teneos...
¡Inca Tupac-Amaru! ¡Qué! ¿Tú hablas
de la virtud y asesinar pretendes
al padre de tu amigo?... Quien se jacta
descender desde Manco no es posible
que con la crueldad pacte alianzas:
¡no es dable, no es capaz que se resista
al grito del dolor!... ¡De aquí te aparta,
hombre ferino!... ¡Aparta de nosotros!
¡Déjanos al abrigo de la casta
inocencia!... No cabe que os conduzca
a la gloria, un furioso que se baña
en la sangre del hombre que le implora
un perdón generoso. Y que a sus plantas
acerba muerte espera o bien espera
una vida luctuosa y mercenaria.
¡Huye, ludibrio de la causa noble
que defendemos! Nuestra dulce Patria
al romper sus cadenas clamaría
por víctimas sin fin: mas no clamara
por un cobarde asesinato... Parte:
ve a fluctuar en el mar de las venganzas,
y de pasiones mil que te devoran,
y del pesar sombroso que demarca
los crímenes. El cielo es justo... Un día
tú caerás triste víctima inviolada
a tus propios furores.

ESCENA 10ª

DICHOS y SANTELICES

SANTELICES: ¡Padre mío!

¿Dónde le conducís?

BASTIDAS: A una tirana
muerte.

SANTELICES: ¡Oh Tupac-Amaru!... De su encono
le salvaremos.

BASTIDAS: Él rige sus venganzas.

SANTELICES: *(Da un grito horrible y se cubre el rostro con ambas manos).*

¡Ah!... ¡Semejante abominoso crimen
tu no cometerás!... No consumada
sería tu sentencia, cuando ansioso
y lleno de tristeza, tus amargas
penas estos mis brazos buscarían,
que por no denigrarse con tu infamia
te repelieran con horror. Tú el héroe
que las destinaciones nos preparan;
tú para las virtudes y la gloria
formado, no es posible que decaigas
amancillando tu carácter noble.
Desafiando a la muerte y su guadaña
supiste combatir, vencer supiste,
y sabrás combatir a tu venganza,
y vencerte a ti propio. ¡Inca! Este triunfo,
triunfo es digno de ti. ¡No al cielo plazca
que a la crueldad la ingratitud agregues!
Mas no le aplacerá. Yo, en tus desgracias,
te supe prodigar mis beneficios.
Por seguir la justicia de tu causa
abandoné mi padre, mi fortuna,
y mi deber jurado. En la más franca

efusión de amistad, tú me juraste
pagar la enormidad avalorada
de tales sacrificios... ¡Ve aquí el tiempo
de la retribución!... Parezca salda
tamaña deuda dándome la vida
de aquel que me dio el Ser! ¡Ay! ¿Tu eficacia
me negará este don? *(Pausa).*
¿Pero qué digo?... *(Se apodera de su padre).*
Yo entre mis brazos te defiendo... ¿Aguardas
arrancarlo de entre ellos?
¡Mas que hago!
Yo lo pongo en los tuyos... Tú le amparas.
En ti lo deposito... Aquí lo tienes.
La prenda de mi amor quede confiada
a la a mistad, al reconocimiento,
y el honor que hará el timbre de tu Patria.

TUPAC: *(Al hijo)*

La amistad triunfa...

(Al Corregidor)

Vuélvete a los tuyos.

Y diles que los mismo que arrastraban
ayer al Vituperio, hoy son capaces
de generosidad. Diles que ansiaba
Tupac-Amaru conseguir tu muerte
cuando te dio la vida... Y que sus bravas
legiones, escuchando tu sentencia
sin murmurar supieron respetarla.

(Santelices, Bastidas, Catari lo abrazan en silencio).

TODOS: ¡Viva Tupac-Amaru!

BASTIDAS: ¡Ved, amigos,
una lección de las heroicas almas!

CORREGIDOR: *(Con hipocresía)*

Si de las armas la variable suerte
te da un estado igual, remunerada
yo dejaré tu acción.

Marchemos al combate, a las victorias,
a derrocar la prepotencia Hispana...
¡¡Oh quiera el que dirige los destinos...
dar pleno fin a la obra comenzada!!

FIN

TUPAC: ¿Tupa-Catari?

Que su persona lleve salvaguardia
hasta perder de vista nuestro campo...
Vuelve a los tuyos: ¡usa de tus armas!
que a mayores contrarios, mayor triunfo
tendrá la Independencia.

CORREGIDOR: Yo la causa

juré del Rey y en ella morir debo...
Sígueme Santelices.

SANTELICES: No me es dada

tal facultad señor... He yo jurado
la Libertad del Sud, y en su demanda
debo morir.

CORREGIDOR: *(Después de una mirada feroz)*

Adiós... Ve...

TUPAC: Acompañadle.

ESCENA ÚLTIMA

TUPAC-AMARU, SANTELICES, BASTIDAS, INDEPENDIENTES

TUPAC: Ven. Este último rasgo te declara
la igualdad con nosotros. ¡Compañeros!
Hagamos ver a cuantos nos degradan,
lo que pueden los Sud-Americanos
cuando la Libertad sus brazos arma...



Una tragedia



Argia

Juan Cruz Varela

> **argia**

Tragedia en cinco actos.

P E R S O N A J E S

CREÓN, rey de Tebas

ADRASTO, rey de Argos

ARGIA, hija de Adrasto, viuda de Polinico

EURIMEDÓN, favorito de Creón y general de sus fuerzas

Guardias de Creón - Soldados de Adrasto

LA ESCENA ES EN TEBAS, EN EL PALACIO DE CREÓN.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

CREÓN, ARGIA, y al fin de la escena, guardias

CREÓN: No con tanta imprudencia abráis el pecho
a una esperanza vana. El resultado
puede seros, señora, más terrible
de lo que habéis creído; y vuestro engaño
quizá me compadece. Con el sitio
que ha puesto a Tebas vuestro padre Adrasto,
¿su venganza y la de Argia se consuman,
y el trono de Creón se ha derrocado?

Os engañáis, señora; el pueblo todo,
si no me ama, me teme, y mis soldados
no se dejan vencer por los que el lujo
y la molicie de Argos enervaron.
Si estáis en Tebas por el gusto vuestro,
¿qué quiere Adrasto aquí?

ARGIA: ¿Podréis dudarlo?
¡En Tebas yo gustosa! El hijo mío,
en una oscura cárcel encerrado,
¿su balbuciente labio no despliega,
llamando al cielo y a su madre en vano?
A eso viene mi padre; a libertarme
del furor de los monstruos.

CREÓN: ¡Libertaros!
¡Insensata!

ARGIA: ¡Creón! El cetro en Tebas
es puñal de sus reyes; alcanzarlo,
pretenderlo no más, es prepararse
el fin de Polinico y de su hermano.
Vos empuñáis tal cetro; y las deidades
se cansan de los crímenes al cabo.
Eteocles y mi esposo, fraticidas,
en sangre uno del otro se bañaron;
por ceder el primero a la violencia,
de un odio injusto y de ambición de mando,
y Polinico por derecho a un trono
que le usurpaba su perjuro hermano.
¡Ay! Jocasta, Creón, era su madre;
vuestros sobrinos eran; y acallando
los gritos de la sangre en vuestro pecho,

aquellos tres cadáveres formaron
la escala ignominiosa, que hasta el solio
os pudo conducir. ¿Tanto atentado
dejará impune por ventura el cielo?

CREÓN: Polinico y Eteocles terminaron
una vida de horrores; ni sus nombres
me debéis repetir. En este estado
hablad de vos, de vuestra propia suerte,
de la del hijo que llamáis amado.

ARGIA: La suerte de los dos menos ingrata
desde ayer me parece. Los soldados
que condujo mi padre, y amenazan
esta erguida ciudad desde su campo,
son la esperanza de Argia.

CREÓN: ¿Qué esperanza?
¿De qué, de qué viene a vengarse Adrasto?
¿Para qué consintió que allá en su reino
a Polinico dierais esa mano,
que no podía contener el golpe
que ya le preparaba el cielo airado?
Todo esto es consecuencia de aquel yerro;
yo no lo sé enmendar: de mi contrario
sabré triunfar, o perecer; pero antes
muchos perecerán

ARGIA: Mi padre acaso
no hubiera vuelto en armas contra Tebas,
a no verse de nuevo provocado
por vuestra extraña atrocidad. Reciente
de los hijos de Edipo el fin infausto
y aún humeando la sangre de Jocasta,

ocupasteis el trono. Sepultado el cadáver de Eteocles fue con pompa en magnífica tumba, y aplacaron sus manes execrables los aromas que sobre su sepulcro se quemaron. A Polinico en tanto una orden vuestra le negó estos honores, y en el campo arrojado insepulto su cadáver, de las bestias feroces fuera pasto, si de Antígona la piedad no hubiese vuestra inaudita ley atropellado. Ella erigió la pira, y con mi hijo vine yo disfrazada desde Argos, a buscar de mi esposo las cenizas, que su hermano guardaba. Llego y hallo que también Antígona con la muerte su oficiosa piedad había pagado. ¡Bárbaro! ¿Era delito haber rendido honores funerales a un hermano tan digno de su amor? ¿Era delito no haber nacido como vos, malvado?

CREÓN: Desprecio esos insultos y el motivo de la esperanza vuestra. Mas ¿acaso la muerte de Antígona es la que viene vuestro padre a vengar? En mis estados mi voluntad es ley, y a nadie debo de nada responder. En vuestras manos puse yo mismo los helados restos de Polinico, para vos tan caros, y os ordené volver a vuestra patria con los despojos del que amasteis tanto.

¿Por qué no habéis partido?

ARGIA: ¿Y yo podría llevar sus restos fríos, y dejando aquí la imagen viva de mi esposo, ir sin el fruto de mi amor infausto? Me hubieseis vuelto mi hijo, y al instante me hubiera yo de Tebas ausentado. ¿Quién puede aquí vivir? ¿No ha sido siempre la mansión del delito este palacio? ¡Hijo de mi dolor! Tú solo, solo me aprisionas aquí. ¡Creón! ¡Ah! ¡Cuánto ansío por verlo ya! ¿Por qué motivo lo niegan desde ayer a mis abrazos?

CREÓN: Acabad de una vez de conocerme, que todo el corazón voy a mostraros; y ved si temo a vos ni a vuestro padre, cuando así a mi enemiga me declaro. Al interés de mi ambición, señora, todo se subordina. Los hermanos habían muerto ya; Jocasta quiso seguirlos a la tumba; y no quedando de esa horrible familia entre los vivos más que Antígona ya, fue necesario sacrificarla a mi quietud, pues siendo hermana de los dos, pudiera al cabo juzgarse con derecho a la corona, fingir un tiempo, y cuando yo, confiado, libre ya de enemigos me creyese, arrebatarme el cetro de las manos. Ella debió morir; para los reyes

la sospecha que cause algún vasallo
 es sobrado delito: mas su muerte,
 sin visos de justicia, a mi reinado
 pudiera ser perjudicial. Por eso
 dicté la ley que os enfurece tanto
 y el cuerpo exangüe del esposo vuestro
 de honores funerales fue privado.
 Yo bien sabía que Antígona sola
 osaría oponerse a mi mandato,
 y que la pena impuesta al que rindiera
 los últimos honores a su hermano,
 no podría arredrarla; porque siempre
 su amor a Polinico fue extremado.
 Cayó en las redes que tendió mi astucia,
 y todos mis designios se lograron.
 Por lo demás, a mí ¿qué me importaba
 dar o no sepultura...

ARGIA: ¡Oh, Dios! ¿Y tantos
 respetos se atropellan? ¿Tanto puede
 la ambición de mandar en un tirano?

CREÓN: Argia, voy a concluir. Por mis afanes
 acabó esa familia, que ha llenado
 de escándalos la Grecia, y que yo ansiaba
 por ver exterminada, y dar un paso
 desde vasallo a rey. Entre mis triunfos
 solamente me daba sobresaltos
 ese hijo vuestro, que, en edad tan tierna,
 sólo a odiar a Creón está enseñado.
 Crecer en él miraba un enemigo,
 a quien un día el interés del mando,

que lo creería suyo, y el deseo
 de vengar a su padre infortunado,
 le harían mendigar por todo Grecia
 el favor de mil reyes en mi daño;
 porque el de Adrasto es poco. Mi fortuna
 me puso en fin al niño entre las manos
 cuando, oculta con él, aquí llegasteis.
 Y ya ¿qué debo hacer? ¿Habré de darlo
 de nuevo a vuestro padre, y no teniendo
 ya nada que temer, un gran contrario
 me formaré yo mismo? No, señora.
 Hasta aquí su cariño os ha obligado
 a quedaros en Tebas: desde ahora
 quedáis por orden mía: este palacio
 será vuestra prisión, mientras decida
 de la madre y el hijo el mismo Adrasto.

ARGIA: Está, señor, ya decidido: al punto
 mandadnos a los dos hasta su campo,
 y ciertamente ordenará mi padre
 el sitio levantar.

CREÓN: ¡ Proyecto vano!
 De mi poder vuestro hijo nunca sale;
 y... señora... temblad. O vuelve a Argos
 vuestro irritado padre, o mi venganza
 será digna del nombre de atentado.
 No hay medio; o muero, o mando: mas mi muerte,
 si es preciso que llegue. No es del caso
 deciros más: a Eurimedón espero:
 debéis, hasta que os llame, retiraros.
 ¡Soldados! Conducid hasta su estancia,

y custodiad a esa mujer.

(Dirá esta expresión acercándose al bastidor, y llamando a los guardias, que se presentarán al momento en la escena).

ARGIA: ¡Malvado!
 ¿Será que todavía horrores nuevos
 meditaréis furioso? ¡Hijo adorado!
 ¡Haced, señor, siquiera que lo vea!
 ¿A dónde, sin mi beso y mis abrazos,
 gemirá desde ayer? ¡oh, Dios!

CREÓN: Vinieron
 desde ayer vuestras tropas a sitiarnos.

ARGIA: Pero un niño, Creón, que apenas sabe
 a quién debe la vida, ni...

CREÓN: Entretanto
 justo es que la altivez y la soberbia
 se vayan a rogar acostumbrando.

ARGIA: ¡Bárbaro! ¡Yo rogarte! Argia te insulta;
 quien ruega es una madre: pero ¡cuándo
 un corazón feroz ha distinguido...

CREÓN: *(A los soldados)*
 Llevadla; y que ninguno en mi palacio
 se atreva a hablarla sin una orden mía.
*Las guardias conducen a Argia, que hará algunos esfuerzos
 por permanecer. En los momentos en que Argia desocupa la
 escena, se presenta en ella Eurimedón.*

ESCENA II

CREÓN, EURIMEDÓN

CREÓN: Eurimedón, ha tiempo que te aguardo.

EURIMEDÓN: Vuestro servicio e interés me tienen
 lejos de vos, señor, tiempo más largo
 del que quisiera yo. ¿Argia irá presa?
*(Hará esta pregunta como quien habla consigo mismo; pero de modo
 que lo escuche Creón).*

CREÓN: Lo sabrás. Dime ahora: ¿has observado
 desde que yo me retiré del muro,
 y la noche llegó, si los argianos
 han movido su campo?

EURIMEDÓN: Ya habéis visto
 que de los puestos que hoy han ocupado
 no pueden ofendernos, ni es posible
 que alcancen nuestras flechas a dañarlos.
 Señor, el enemigo no parece
 que en combatir se empeña: los soldados,
 enclavando sus lanzas en la tierra,
 descansaban inmóviles. Periandro,
 a favor de las sombras de la noche,
 ha salido del muro con sus bravos,
 y al enemigo, hasta que vuelva el día,
 celoso observará.

CREÓN: Tal vez tratados
 me querrán proponer. Yo nada temo,
 Eurimedón, de los soldados de Argos:
 los míos son bastantes y atrevidos:
 pero el pueblo de Tebas, ya cansado
 de horrores y de sangre, en esta guerra
 puede al fin rebelarse contra su amo,
 y, sacudiendo sedicioso el yugo,
 a los proyectos cooperar de Adrasto.

EURIMEDÓN: Señor, al pueblo se intimida: es hecho para temblar y obedecer callando. Semejante a las fieras, sus furoros contra el que domó nunca estallaron. Siempre enemigo fue de quien le teme, de quien sabe oprimirlo siempre esclavo.

CREÓN: Eurimedón, tú solo en toda Tebas eres el hombre a quien mi amigo llamo, y a quien lo creo tal. No me alucino: el pueblo me aborrece; y si dejamos que, en el trastorno que la guerra causa, encuentre la ocasión de demostrarlo, puede perderse todo. Él obedece, pero murmura en el silencio. ¡Cuánto me costó contenerlo, cuando puse la red en que cayeron los hermanos Polinico y Eteocles! El primero era el amor del pueblo, que en mil bandos se armaba ya por él, a no haber sido que supe con mi astucia sujetarlo, y alucinar a todos, encubriendo los planes que a ti solo se confiaron. Ellos murieron; y al subir al trono fue necesario y justo nuevos lazos a Antígona tender, y el pueblo todo se anegó por su muerte en nuevo llanto. Yo sé exponerme, pero no sin causa; y la que contra Tebas trae Adrasto es la de Polinico. Ya he resuelto más bien que combatir, que los tratados

nos vuelvan a la paz; como no exijan que entreguen al hijo de Argia. En este caso moriré, morirás, morirán ellos, todos perecerán: pero del mando descenderé a morir como he vivido. Vengativo, implacable y arrastrando todos mis enemigos a mi tumba, contento entonces al sepulcro bajo.

EURIMEDÓN: Nada debéis temer.

CREÓN: Yo nada temo. Quien hizo por el trono, hasta ocuparlo, lo que ha hecho Creón, por conservarse todo atropellará si es necesario.

EURIMEDÓN: Obedeceros es mi sola gloria. Me llamáis vuestro amigo, y soy soldado. Os lo digo, señor, porque es preciso combatir y vencer. Bien sé que Adrasto, si Argia y su hijo se le entregan, luego pondrá fin a la guerra que ha empezado: pero ni vos podréis volverle el nieto, ni Adrasto pasará por un tratado que no tenga por base aquesta entrega. Lo repito; lidiemos y venzamos.

CREÓN: Si no hay más medio, correrá la sangre: pero yo, Eurimedón, he imaginado una astucia que puede conducirnos a la paz y reposo, conservando ese niño que causa mis alarmas, y a Adrasto al mismo tiempo alucinando.

EURIMEDÓN: Siendo así, practicad el pensamiento.

CREÓN: Sí: porque, aunque quisiera, guerreando, vengarme de ese rey, con todo, debo no exponerme al furor de mis vasallos. ¡Ay, amigo! No siempre son los reyes lo que quisieran ser.

EURIMEDÓN: Pero entretanto ¿os puedo yo servir en el proyecto que meditáis? ¿Cuál es?

CREÓN: Bastante extraño. ¿Creerías que, en mi edad y en mi carácter, de un himeneo en el estrecho lazo pienso hallar mi salud, y hacer que sea mi aliado el sitiador?

EURIMEDÓN: ¡Cómo! Explicaos. ¿De quién queréis ser el esposo?

CREÓN: De Argia.

EURIMEDÓN: No os entiendo, señor.

CREÓN: Escucha. Adrasto no tiene tanta fuerza, que confíe en ella sola para el resultado feliz de su campaña; y, si ha venido, es, menos por confianza en sus soldados, que por causar la sedición en Tebas. Por otra parte, yo sé bien que basto con mi tropa a destruirlo; mas mi tropa, empleada en contener al populacho, no debe distraerse, y exponerme, al menos a morir sin ser vengado.

En la pasada guerra la fortuna me arrebató mis hijos; pero al cabo me senté sobre el trono, y mi grandeza no me dejó lugar para mi llanto. Casándome con Argia hago heredero a su hijo de este trono; y si a ocuparlo llega cuando yo muera, es porque quise, pero no porque nadie me ha forzado. A bien que, muerto yo, muere conmigo esta frenética ambición de mando.

EURIMEDÓN: ¿Y Argia, señor, consentirá? ¿La altiva viuda de Polinico, que vengado nunca creará bastante el menosprecio que hicisteis del cadáver de su amado, ni las astucias vuestras, que lo hicieron descender a la tumba con su hermano?

CREÓN: Argia consentirá. La alternativa será la muerte, o aceptar mi mano. Además, ella sabe que su padre no está muy abundante de soldados, y educar para rey un hijo suyo es sobrada venganza de su agravio.

EURIMEDÓN: Y en el caso que Argia (porque es joven) os llegue a dar un hijo, ¿vos acaso consentiréis que reine el de otro padre, y de un padre, señor, que odiasteis tanto?

CREÓN: ¡Ah! No, amigo: eso no. Si tal sucede, un veneno, un puñal bien disfrazado, una red que se tienda, el tiempo mismo nos dará la ocasión de libertarnos

de quien ya entonces heredar no debe.
 El peligro es de hoy; y si el tratado
 cimenta la amistad y la confianza
 entre ambos reyes, el de Tebas y Argos,
 mañana seré fuerte; el pueblo mismo,
 de quien recelo ahora, alucinado,
 justo me llamará; y humilde y ciego,
 de quien yo nombre rey será el esclavo.
 Este es mi plan, Eurimedón. ¿Qué dices?
 Tan sólo a consultarlo te he llamado.

EURIMEDÓN: Es muy digno de un rey: y sobre todo
 ¿qué se pierde, señor, con intentarlo?
 Si no surte el efecto...

CREÓN: Entonces Argia
 y su hijo morirán; y contra Adrasto,
 y contra el pueblo peharemos todos,
 y, si yo muero, moriré vengado,
 viéndolos perecer, aunque perezca.

EURIMEDÓN: Ya os he dicho, señor, que soy soldado,
 que os amo, y que...

CREÓN: Lo sé. Argia está presa,
 porque no convenía en mi palacio
 dejarla libre, desde que han venido
 de su padre las tropas a sitiarnos:
 pero libre estará, si entra en los planes
 que con mis intereses he acordado.
 Vuela a su estancia, empieza a prepararla,
 dile que mis enojos han cambiado,
 que he pensado en su suerte y en la mía,
 permítele de su hijo los abrazos,

dile que amo la paz, mas mis recelos
 ten cuidado a su vista de ocultarlos;
 y que luego me espere en este sitio.
 No le descubras todo el plan.

EURIMEDÓN: Ya parto.

ESCENA III

CREÓN (solo)

CREÓN: O consiente la altiva en este enlace,
 o el venidero sol alumbra estragos
 que jamás alumbró. Bajar del solio
 es peor que morir. Voy entretanto
 a recorrer los muros. Madre e hijo
 en mi poder están: puedo acabarlos
 en un instante, y el tomar a Tebas
 no es obra de otro instante. ¡Argia! ¡Lisandro!
 Muy pronto se decide vuestra suerte;
 y viviréis o moriréis entrambos,
 según lo dicte el interés del trono,
 según yo quiera desplegar mi labio.

Fin del Acto Primero

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

ARGIA (sola)

ARGIA: ¡Qué extraña novedad! ¡Apenas puedo volver de mi sorpresa! ¡Mitigada la furia de Creón! ¡Será posible? A nombre suyo Eurimedón me hablaba de paz y de amistad; y el hijo mío... ¡Lisandro de mi amor! ¡Ah! ¡Cómo el alma se ha gozado en tus besos! y tu rostro ¡cómo mi llanto maternal bañaba! ¡Qué benéfica mano de repente me ha dado este consuelo en mi desgracia? Pero... ¿podré dudarlo? A los temores de Creón es debida esta mudanza. Las armas de mi padre habrán logrado sobre las tuyas la primera ventaja; se acercará el peligro, y ¿qué tirano a vista del peligro no desmaya? El temor en Creón hace las veces de justicia y piedad. Ya que no bastan su poder y su astucia a los designios de su loca ambición y su venganza, quiere que le agradezcan por favores lo que es necesidad; pero se engaña; que él mismo me ha enseñado a que conozca todas sus artes, y el doblez de su alma.

Pero yo me arrebato. No me traje a la execranda Tebas la esperanza de alzar al hijo mío sobre un trono de que el cielo jamás el rayo aparta. De Antígona al llamado vine oculta, para llevarme las cenizas caras de su hermano y mi esposo, y conocerla, porque supo querer a quien yo amaba. ¡Ay! ¡Que no la abracé!, ¡ni pude en mi hijo la imagen de su hermano presentarla! Creón me descubrió: déjeme ahora salir de Tebas, y partir cargada del peso suave de la helada urna que los despojos de mi amado guarda: déjeme conducir el tierno fruto de mi infeliz amor, y nunca Argia le llamará tirano, nunca Adrasto ya contra Tebas volverá sus armas. Sí, Creón, vive y reina, y mi Lisandro sólo me ayude en mi tranquila patria a llorar a su padre. Si los cielos lo hicieron para rey, Argos lo aguarda con un trono de paz, después que aprenda de Adrasto las virtudes del que manda. ¡En qué ansiedad estoy! Nadie parece. *(Mirando afuera como atemorizada)* No veo en todas partes más que guardias. Creón me hace esperarlo en este sitio; pero ya que no viene, y a mi la estancia puedo volver de mi hijo... ¡Qué silencio! El palacio esta noche la morada

parece de los muertos. De repente
yo no sé qué temor mi pecho asalta;
y el corazón... ¡Oh, Dios!... Alguno viene.
(*Se retirará sobresaltada al fondo del teatro.*)

ESCENA II

CREÓN, ARGIA

Creón dirá los cinco primeros versos de esta escena sin ver a Argia; hasta que reparando en ella, le dirige la palabra.

CREÓN: Cual si hubiera guerra, todo calla.
No parece esta noche precursora
de los sucesos que la luz aguardan.
Siempre entre las tinieblas espantosas
las catástrofes grandes se preparan.
Demasiado tal vez en este sitio
os hice, Argia, esperar; pero la causa
os es tan conocida como justa,
y no lo extrañaréis.

ARGIA: Vuestra tardanza
no es lo que extraño ciertamente; veo
los motivos que sobran a excusarla.

CREÓN: Si ellos no fueran tantos y tan fuertes,
tiempo ha que a vuestro lado me encontrara,
porque nunca he deseado como ahora,
por su propio interés, hablar con Argia.

ARGIA: Argia no tiene otro interés que su hijo.

CREÓN: Pero en las circunstancias en que se halla,

ese interés alguna cosa tiene
de común con Creón.

ARGIA: ¿Es arrogancia,
o desprecio por mí lo que os induce
a recordar, Creón, la inicua causa
que produjo el efecto de que tenga
algo común con vos el hijo de Argia?

CREÓN: No es arrogancia ni desprecio. Acaso
pensasteis que esta noche se os pasara
sin gozar las caricias de Lisandro;
y Eurimedón, por mi orden, a gozarlas,
sin que vos lo esperara, os condujo.
¿Nada os dice, señora, esta mudanza?
Que el efecto produzca tan siquiera
de que escuchéis ahora mis palabras
con menos prevención: que un breve rato,
de los resentimientos olvidada,
conozcáis que la cólera no siempre
mis otros sentimientos avasalla;
que también la razón mis pasos guía,
y la justicia en mis acciones manda.

ARGIA: Difícil es, Creón; pero tal triunfo
¿quién podrá celebrarlo más que Argia?

CREÓN: No lo extrañéis, señora. Un rey, que mira
que otro rey una guerra le declara
con precipitación, y que sus tropas,
invadiendo de pronto sus comarcas,
asedian su ciudad, cede por fuerza
al impulso primero de su saña.

Mi conducta con vos ha sido efecto de una causa tan grave.

ARGIA: Aun se ignoraban en Tebas los proyectos de mi padre, ni teníais temor de que sus armas a amenazar viniesen vuestros muros, de repente inundando las campañas, cuando vuestro rencor, no satisfecho con ejercer su bárbara venganza hasta en las sombras que a la Estigia fueron, en un infante tierno se cebaba. No es un sitio de ayer, no es esta guerra lo que hace en vuestro pecho hervir la rabia; al contrario; esa rabia envejecida es de tan justa guerra infame causa.

CREÓN: ¿Y por qué me insultáis? ¿Será, señora, que nunca deis oído a mis palabras, y preferáis de que acaben las desgracias que pesan sobre vos y vuestro hijo? ¿Creón es inmutable? ¿Y sus entrañas ya no podrán a la piedad abrirse?

ARGIA: Vuestra alma está al delito acostumbrada, y la senda del crimen arraigado no se abandona en un instante.

CREÓN: Basta: si es que no puedo, según vos, mudarme, seré lo que hasta aquí, seréis mi esclava, vuestro hijo gemirá más que ha gemido, ni lo veréis ya más.

ARGIA: No me acobardan

unos furores que, en el caso vuestro, la desesperación tal vez arranca, y ya tocan su fin.

CREÓN: Es excesiva, pero es bastante vana la confianza que tenéis en Adrasto y en sus tropas. Ya poco tiempo para el día falta, y no vendrá otra noche sin que muera para siempre jamás esa esperanza. Yo quería evitar a mis vasallos el prodigar su sangre, a vuestra patria funerales sin fin, al hijo vuestro la esclavitud en que al presente se halla, y, sobre todo, hacer que a vuestro lado siempre fuera feliz. ¿No quiere Argia más que horrores y muertes? ¡Bien! Que sea: pero no me atribuya sus desgracias.

ARGIA: ¿Ociosas todavía en esta guerra, no se han desenvainado las espadas?

CREÓN: No se han desenvainado; pero pronto se ha de ver en qué sangre están bañadas; y, derrotado Adrasto, tiemblen todos los que de Adrasto en mi palacio se hallan.

ARGIA: ¿Y proponéis la paz?

CREÓN: No la propongo: la recibo, la doy, cual más os plazca; porque tan sólo en vuestra mano dejo el que haya medio o no de celebrarla.

ARGIA: Si me volvéis mi hijo...

CREÓN: Más os vuelvo,
pues con un padre os lo presento.

ARGIA: ¡Ay, Argia!
¡Con un padre! ¡Callad! ¡Oh, Polinico!
¡Temprana sombra! ¿Dónde estás? La cara
prenda de nuestro amor infortunado,
¿qué otro padre que tú...? ¡Creón!... ya basta:
despedazad mi corazón y nunca
hablando de Lisandro, la palabra
de padre pronunciéis.

CREÓN: Con un amigo
os lo vuelvo a lo menos, que lo haga
saber amarme, y aun reinar un día.

ARGIA: ¡Amaros! ¡A Creón! ¡El hijo de Argia!

CREÓN: Si no me llega a amar, sabrá siquiera
que, pudiendo haber hecho su desgracia
larga como mi vida, generoso,
aun hice más de lo que se deseaba:
que su fortuna preferí y la vuestra
a la gloria tan fácil como vana
de vencer a quien vino a libertaros,
y que lo hice feliz, cuando...

ARGIA: ¿Se engañan
mis oídos, Creón? ¿Qué Dios ha sido
capaz de obrar en vos tanta mudanza?

CREÓN: Os pido, Argia, hasta os ruego, que tranquila
me escuchéis un momento. Las alianzas
que forma el himeneo entre los reyes,
son efecto común de lo que llaman

razón de estado, o interés del trono;
pero se forman, y una vez formadas,
se cimienta la paz, y los esposos,
conociéndose bien, al cabo se aman.
Lisandro en Tebas será rey un día.
Creón lo jura por su vida, si Argia
el lazo forma con que al juramento
mi voluntad por siempre quede atada.
Himeneo y la paz bajen a Tebas.
Señora... ésta es mi mano... o aceptadla,
o no me atribuyáis...

ARGIA: Recién conozco,
sí, conozco recién que en algo iguala
al bárbaro Creón esta infelice.
¿A qué es posible comparar la rabia
que tu insultante audacia me ha causado,
sino a la que emponzoña tus entrañas?
¡Hombre de fierro! ¿Quién te ha sugerido
ese género nuevo de venganza?
Nunca me vi mas humillada... nunca
más insano furor... Dame esa espada,
verás cómo tu sangre de veneno
por una mano débil se derrama.
Yo moriré después; porque la afrenta
de haber sido el objeto en que fijaras
tu pensamiento infame... ¡Oh, Dios! ¿Cuál furia,
de los hondos infiernos alanzada,
la crueldad inaudita te ha inspirado
de hablar así conmigo? ¿Con que Argia
no te era conocida?

CREÓN: Pues por eso
os quiero hacer mi esposa. No me engaña
una altivez que no tenéis. Conozco
que a no ser por las vanas esperanzas
que fundáis en Adrasto, de mi lecho
el honor...

ARGIA: No prosigas: y si tu alma
en humillarme, bárbaro, se goza,
no lograrás tal triunfo.

Argia quiere partir con precipitación; Creón la detiene, y la fuerza a permanecer.

CREÓN: Esa arrogancia
merecía humillarse ciertamente:
pero Creón os honra, cuando baja
su pensamiento a vos.

ARGIA: ¿A quién podría
honrar jamás Creón sino a quien mata?
Aquel que no sufráis sobre la tierra,
¿qué prueba de virtud dará más clara?

CREÓN: Sabéis que la venganza está en mi mano,
pero que contra vos no quiero usarla;
por eso me insultáis: sois la primera
que impunemente a quien habláis agravia.
¿A qué nombrar la muerte? Yo, señora,
hacer de Argos y Tebas esperaba
la mansión de la paz y de la vida.
En vuestra mano está, no hagáis que parta
la primera flecha; volará, y tras ella
mil muertes volarán, y vuestra patria
será una inmensa tumba, a la memoria

de los héroes de Argos levantada.
Pensadlo bien, señora: el himeneo
trae la oliva en su mano.

ARGIA: Las entrañas
de la tierra se abren y el infierno
es quien sus Furias implacables manda
a presidir de Tebas los destinos.
Esa lengua, Creón, ¿cómo profana
El nombre de himeneo, que algún día
de Polinico el alma con mi alma
unió enlazada tan estrecha y fuerte,
que ni tus iras a romperla bastan?

CREÓN: Polinico en las sombras de la muerte
está tranquilo, ni se cura de Argia.

ARGIA: No manches su memoria con nombrarle.
¡Ah! ¿No tembláis, Creón? En esta sala
se consumó el horrendo fratricidio,
preparado por vos: en esta sala
me parece que miro de repente
que el frígido esqueleto se levanta,
y con ira que sólo entre las sombras
puede engendrarse tal, grita, te llama,
y te pide razón de tus furores,
de su olvidada tumba, su hijo, y Argia.
¿No lo miráis, Creón? Vuestra perfidia,
y no el valor de Eteocles la morada
de la muerte le abrió.

CREÓN: Siempre la muerte
en vuestro labio está. No quiero darla.
Y parecéis desear que yo consienta

en los campos de Adrasto en derramarla.
 Un esposo lloráis; se acerca el día;
 y, si no consentís en nuestra alianza,
 un padre lloraréis, porque ¿qué espera
 sino la muerte en desigual batalla?

ARGIA: ¡Quién! ¡Mi padre la muerte! ¡Dios! No escuches
 el voto de un malvado. Desolada
 estoy bastante ya.

CREÓN: Pues al momento,
 Señora, consentid, y tal alianza
 vuestro padre autorice. Algunas horas,
 con Lisandro en delicias anegada,
 habéis pasado en esta noche: muchas
 y nunca interrumpidas, os aguardan,
 si el furor deponéis, que igual al mío
 vos misma habéis llamado. Yo, sin causa
 tan justa como vos, olvido todo.
 ¿Será que nunca os olvidéis de nada?

ARGIA: ¿Y vos, qué merecéis? ¡Traidor! ¡Impío!
 Mientras a mi Lisandro acariciaba,
 tal vez sentí por vos menos desprecio:
 llenaba toda la existencia de Argia
 el amor maternal, y aquel momento
 hasta odiar a Creón se me olvidaba.
 ¡Ay, hijo! ¿Quién creyera que el malvado
 hacer de tus caricias intentara,
 por un refinamiento de perfidia,
 el inaudito precio de mi infamia?

CREÓN: Basta de insultos, Argia, me degrado
 en toleraros más: mi lengua calla

lo que os hará temblar quizá bien presto:
 mas mi furor es tal, que quiere pausas
 para cobrar más fuerza, y prontamente
 con encono mayor volver al alma.
 ¡Agenor! Tus soldados.

*(Dirá esto acercándose al bastidor, y llamando al oficial y guardias,
 que se presentarán inmediatamente en la escena).*

*El teatro se empezará a iluminar como si rayara el día, y
 progresivamente se aumentará la luz, hasta que al fin del acto
 quede del todo claro.*

ARGIA: Argia empieza
 recién a aborreceros.

CREÓN: *(Al oficial)*

En su estancia
 con el mayor rigor que quede presa;
 quítale el hijo, y cuida con tu guardia,
 de que jamás lo escuche ni lo vea.
 Aprende a conocerme, temeraria,
 y tiembla por tu hijo y por...

ARGIA: Mi hijo
 en mi prisión, Creón...

CREÓN: *(A los soldados)*

Arrebatadla.
Las guardias arrebatan a Argia.

ESCENA III

CREÓN *(solo)*

CREÓN: La aurora ya se muestra en el oriente.

¡Oh tú, día de horror que te levantas!
 ¿A quién serás funesto? Mas ¡qué digo!
 A mí solo, jamás. Si los monarcas,
 como se dicen dueños de sus pueblos,
 lo fuesen en verdad, no hubiera de Argia
 sufrido tanto insulto, ni humillado
 se viera mi furor. ¡Oh! ¡Si mi espada
 de cuantos sediciosos hay en Tebas
 pudiera el pecho atravesar! Sus tramas
 encubren los traidores: si me fuera
 posible en un momento destrozarlas,
 ¿qué sería de Adrasto? ¿Qué sería
 de esa mujer altiva y su esperanza?
 ¡Esperanza! ¿Cuál es? A mi palacio
 ¿qué pueblo puede entrar a libertarla,
 qué ejército que venga desde Argos,
 sin dejar un momento a mi venganza?
 ¡Y no reinaré más! ¡Oh! Sí. ¡Quién sabe
 si son acaso mis sospechas vanas!

ESCENA IV

CREÓN, EURIMEDÓN

CREÓN: Eurimedón ¿qué dices?

EURIMEDÓN: En el cielo
 el resplandor del sol recién rayaba,
 cuando del campo regresó Periandro.
 El ejército de Argos no se avanza
 a los muros aún: nuestras legiones
 los cubren y defienden, preparadas

a que ningún argiano las insulte,
 y ardiendo ya en la sed de la matanza.
 Pero sabréis bien pronto si a esta guerra
 ponen fin los tratados o las armas.

CREÓN: ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

EURIMEDÓN: El mismo Adrasto
 sin broquel, sin espada, sin sus guardias,
 y la oliva en la diestra levantando,
 hasta el pie se acercó de las murallas.
 Desde allí pudo hablarme: en sus acciones,
 en su rostro, y en todas sus palabras
 el deseo de paz no más se muestra.

CREÓN: Entonces está débil. Nuestras armas
 ¿no pudieran batirlo en el momento,
 y enseñarle a su costa a respetarlas?

EURIMEDÓN: Fácil fuera tal vez: pero... es preciso
 que os lo diga, señor. La desconfianza
 que en el pueblo tenéis, quizá es más justa
 de lo que habéis creído.

CREÓN: ¡El pueblo! Acaba.

EURIMEDÓN: Al rumor prontamente divulgado
 de que el rey enemigo se acercaba
 con señales de paz, en nuestras calles,
 en nuestros templos y en las anchas plazas
 el pueblo se reunía, y muchas voces
 de *paz*, de *libertad* se levantaban.
 Ismenio con su gente los tumultos
 logró al fin disipar, y hacer que...

CREÓN: Basta.

¡Y qué! ¿Ese pueblo infame no ha sufrido los crímenes de todos sus monarcas?
 ¿Por qué condena mi justicia ahora?
 ¿O está sujeto al pueblo quien lo manda?
 Habla. ¿Qué quiere Adrasto?

EURIMEDÓN: Para él solo
 de Tebas pide que las puertas se abran,
 que anhela por hablaros; y ha jurado
 por la vida de Argia, que sus armas,
 si se quiere escuchar a la justicia,
 no habrán de derramar sangre tebana.

CREÓN: ¿Por la vida de Argia? Poco hace
 que, como nunca, conmovió mi rabia.

EURIMEDÓN: ¡Qué! ¿Prefiere la muerte a vuestra mano,
 esa mujer frenética, insensata?
 Bien lo temía yo.

CREÓN: No me dio tiempo
 mi furor con la muerte amenazarla.
 ¡Oh, pueblo! ¡pueblo vil! ¿Conque tú solo,
 a mi pesar, refrenas mis venganzas?
 ¿Conque yo, que ni al cielo temería
 si no fuera por ti, hasta la infamia,
 hasta la astucia baja he de humillarme,
 por evitar la guerra, de hacer que Argia
 me oiga ofrecer mi mano, y la desprecie?
 ¡Oh, pueblo! ¡A lo que fuerzas a un monarca!
 ¡Oh ambición de mandar! ¡A lo que obligas
 a quien no quiere vida, si no manda!

EURIMEDÓN: Nada debéis temer: vuestros soldados...

CREÓN: Antes que muera yo, matarán a Argia.
 Por la puerta Emoloides que entre Adrasto;
 y que Periandro, con la fuerza armada
 que le obedece, sobre el pueblo vele.

ESCENA V

CREÓN (solo)

CREÓN: Voy a ver entretanto si descansa
 mi espíritu un momento; mas mis iras
 ¡oh, Furias infernales! aumentadlas.

Fin del Acto Segundo

ACTO TERCERO

ESCENA I

CREÓN (solo)

CREÓN: El valor de Periandro es conocido,
 y su lealtad también: no temo al pueblo,
 mientras que su legión incontrastable
 se ocupe solamente en contenerlo.
 Mas, si en el caso de un combate, al muro
 no va toda mi fuerza... ¡Oh, duda! ¡Oh, cielo!

Si hicisteis a Creón tan ambicioso,
¿por qué no permitís que sus deseos
se cumplan sin obstáculo? A oponerse
si llega el universo a mis proyectos,
¿por qué no tiene para mi venganza
una sola cabeza el universo?
¡Yo habré de recibir en mi palacio
a quien me insulta! ¡Oh, furia!

ESCENA II

CREÓN, EURIMEDÓN

EURIMEDÓN: A Adrasto dejo
en el salón de los embajadores;
allí os espera, y a anunciarlo vengo.

CREÓN: ¿Solo ha venido?

EURIMEDÓN: Solo.

CREÓN: ¡Nuevo insulto!
¿Creón ya no es temible? ¿O habrá un medio
que un rey estime vil, como lo vengue,
y a quien quiera perder pueda perderlo?

EURIMEDÓN: ¡Señor! Me atrevería a aconsejaros
que lo escuchéis tranquilo. Siempre hay tiempo
para ejercer venganzas que son justas.

CREÓN: Bien. Ven con él aquí.

EURIMEDÓN: Ya os obedezco.

ESCENA III

CREÓN (solo)

CREÓN: Siempre hay tiempo: es verdad. Más que a mi furia
cederé a mi interés este momento.
A Adrasto escucharé; pero si Adrasto
librar piensa ese niño, que aborrezco,
de mi poder, no hay paz; y si los dioses
me desamparan, llamaré al infierno.
Creo nadar en sangre en mi palacio:
mas la mía... ¡Qué rabia! ¡Oh, pueblo! ¡Oh, pueblo!

ESCENA IV

CREÓN, ADRASTO, EURIMEDÓN

EURIMEDÓN: Os presento, señor, al rey de Argos.

CREÓN: (A Eurimedón)
Retírate a los muros. El ejército
es sobrado a cubrirlos: una parte
que descansa, y la otra observe de ellos
el enemigo campo; y si sucede
haber un movimiento, vuelve luego.

ESCENA V

CREÓN, ADRASTO

ADRASTO: Nada sucederá; no jura en vano
el rey de Argos jamás. Ese guerrero

que acaba de partir en este instante,
sabe ya cuáles son mis sentimientos:
y que, entre el aparato de las armas,
el deseo de paz reina en mi pecho.

CREÓN: ¡El deseo de paz! ¿Con fuerza armada
se solicitan paces?

ADRASTO: El acero
que empuñan mis soldados, no se tiñe
sino en sangre de injustos. El derecho
de la justicia y la razón se atiende,
y no creáis que la sangre inunde el suelo.

CREÓN: ¿Y es injusto Creón? ¿Es necesario,
para que reconozca esos derechos,
con la espada en la mano reclamarlos?
¿O venís a insultarme, aquí en el centro
de mi poder? ¿En medio de mis guardias?
¿En un palacio de que yo soy dueño,
y en el que nadie, sin que tiemble, pisa?

ADRASTO: No digo de Creón, del universo
un monarca legítimo no tiembla.

CREÓN: ¿Qué me queréis decir? Pero... al momento
explicaos. ¿Qué buscáis?

ADRASTO: Bien conocidas
os son mis pretensiones hace tiempo.
Tres veces desde Argos han venido
mis enviados a Tebas: si con ellos
me hubieseis vuelto a mi hija y a Lisandro,
sin llenarlos de insultos y desprecios,
no me hubierais forzado a que sitiasen
la mal segura Tebas mis guerreros.

Yo siempre amé la paz: quizá he sufrido
más de lo que debí; pero yo aprecio
la vida de los hombres sobre el vano
orgullo que se adquiere con el cetro;
y aunque siempre están pronto mis vasallos
a ofrecerme su sangre, la respeto.
Pero Creón, soy padre y soy monarca:
de títulos tan grandes, el primero
es para mí muy santo, y reputado
como el mayor favor que debo al cielo.
Mi dignidad de rey habéis hollado
en mis embajadores; y sintiendo
que ya no hay otro medio que la fuerza
para hacer respetar tantos derechos,
me valí de la fuerza. Argia y Lisandro
salgan de su penoso cautiverio;
vuelvan a mi poder, y mis legiones
el regresar en paz hasta mi reino
preferirán a la ominosa gloria
de marchar vencedoras sobre muertos.
Esta es mi pretensión. Argia y su hijo
que sean de la paz el digno precio.
A bien, Creón, que nada solicito
que no me lo debáis; y olvido excesos
de que acaso pudiera, y aun debiera,
tomar justa venganza, y no me vengo.
Ya sabéis todo: o elegid las paces,
que, a fuer de soberano, aquí os ofrezco,
o temed altamente los enojos
de un ofendido padre, a quien el cielo
protege en su justicia, y cuyas iras
sabrán medirse por su amor paterno.

CREÓN: Esas iras, Adrasto, ni son justas,
ni alarman a Creón. Ha mucho tiempo
que Argia estuviera en Argos, si ella misma
no prefiriese Tebas a ese reino.
El objeto que trajo su venida
fue el de llevar los despreciables restos
de su bárbaro esposo, que la espada
se atrevió a hundir en el fraterno pecho.
Yo se los entregué...

ADRASTO: No de ese modo
debéis hablar conmigo. Bien sabemos
la causa de ese doble fratricidio,
y quién lo preparó, con cuál objeto.
¡Creón! Bastante os digo. Esas cenizas,
que llamáis despreciables, hasta el cielo
piden venganza aún; y acaso, acaso
hay en la tierra quien escuche el eco.

CREÓN: ¡Seréis vos ciertamente!

ADRASTO: Tal vez sea;
pero, Creón, en este instante hablemos
como de rey a rey; como lo exigen
la paz, mi dignidad, mi honor, y... el vuestro.
Usad de este lenguaje; que sin duda
no seréis vos quien perderéis en ello.

CREÓN: ¿Fundáis tanta arrogancia en que no es ésta
la primer vez que Tebas un asedio
ha sufrido por vos? ¡Bastante caro
le costó ese socorro a vuestro yerno!

ADRASTO: A todos les costó; que el justo a veces
en la ruina se envuelve del perverso.

No era hecho Polinicio para el crimen,
ni fue crimen en él pedir un cetro
que su perjuro hermano le usurpaba.
Y del que era más digno que el protervo.
Yo vine a sostener de Polinicio
los derechos hollados: quiso el cielo
que él y Eteocles murieran; y mi patria
me miró regresar de asombro lleno,
pues Tebas en vergüenza de la Grecia,
fue escándalo de todo el universo.
Desde entonces reináis.

CREÓN: Esa palabra,
esa última palabra, que, queriendo
acaso contenerla, os ha arrancado
la imperiosa vehemencia del deseo,
justifican bastante la conducta
que ha observado Creón con vuestro nieto.
Sí; desde entonces reino; ni es Adrasto
Quien debe preguntar con qué derecho.
Si es que lo tuve o no cuando mi mano
Con sobrada justicia empuñó el cetro.
Ahora, que me siento sobre el trono,
¿quién podrá disputármelo? Por eso
a Lisandro detuve, cuando vino
Argia con él aquí. Si era heredero
del trono que yo ocupó, los delitos
de su padre infeliz, que en él cayeron,
de todos sus derechos lo privaron.
Tebas detesta al hijo de un perverso,
que trajo alguna vez contra su patria

las armas de los reyes extranjeros.
Yo, por bien del Estado, no he querido
libertar a Lisandro; mas, supuesto
que amáis la paz y vuestras intenciones
se conforman en esto a mis deseos,
entrad por un tratado que yo mismo
os iba a proponer: este secreto
ya es conocido de Argia, y de otro modo
no será rey Lisandro en ningún tiempo.

ADRASTO: ¿Qué secreto? ¿Qué rey? Creón bien sabe
que del trono que ocupa el heredero
es Lisandro, y no más; y yo le juro
que si en Tebas con crímenes tan feos
no se manchase el solio, mis soldados
harían devolvérselo a su dueño.
Pero no es esto lo que Adrasto quiere;
porque ama mucho a su inocente nieto,
para sentarlo nunca bajo el filo
de un cuchillo invisible y justiciero.
En Argos reinará, y...

CREÓN: En vano Adrasto,
por librarlo de mí, finge pretextos.

ADRASTO: Si como tiene fuerza, no tuviera,
no se humillara Adrasto al fingimiento.

CREÓN: El camino de Tebas por dos veces
han conocido ya vuestros guerreros;
y Creón es prudente.

ADRASTO: Pero nunca
sabrás que yo he faltado a un juramento.

CREÓN: Los reyes juran hoy, pero mañana...

ADRASTO: ¡Los reyes! No, Creón. ¿Con más respeto
no os tratáis a vos mismo?

CREÓN: Nunca puede
responder un monarca de sucesos
que el tiempo y la política conducen;
ni basta el juramento a detenerlos.

ADRASTO: El tiempo y la política son nada
para un hombre de fe, para un rey menos.

CREÓN: Pero vos habéis dicho que a mi trono
nadie con más razón tiene derecho
que Lisandro.

ADRASTO: Y lo digo.

CREÓN: Y eso basta
para que nunca salga de mi reino.
Sobre todo, el tratado que propongo
disipa desconfianzas, y el cimiento
echará de una paz firme y estable.
En vuestra mano está.

ADRASTO: Si no envilezco
mi gloria; y de Argia y de Lisandro rompo
la pesada cadena, proponedlo.

CREÓN: No os envilecerá: veréis al cabo
que, en el poder y rango que poseo,
conozco que la paz es sobre todo.
¡Así llegaseis vos a conocerlo!
*(Se acercará al bastidor a llamar a Agenor, y este oficial se presentará
en el momento en la escena).*
¡Agenor! Que venga Argia. No le digas

que está su padre aquí; que su contento
quiero aumentar con la sorpresa.
Se va Agenor.

ADRASTO: ¿A mi hija
me permitís que vea? Lo agradezco.
No lo solicité, por no exponerme
a vuestra desconfianza o a un desprecio:
pero el proyecto...

CREÓN: De su labio mismo
lo podéis escuchar en el momento.
Su inexperiencia, y su dolor acaso,
se lo hacen reprobar; pero, más cuerdo,
pensad, Adrasto, que, sin él, no hay Argia
ni paces para vos; que mis guerreros
ya impacientes están, porque no buscan
los vuestros en el muro su escarmiento;
y que Creón será más formidable
si se une a su ambición un menosprecio.
Ahí la tenéis.

ESCENA VI

CREÓN, ADRASTO, ARGIA

ARGIA: ¿Tal vez para humillarme
de nuevo me llamáis?... ¡Oh, Dios! ¡Qué veo!
¡Vos en Tebas, mi padre!

*Argia corre a abrazarse con su padre, y permanecen abrazados
mientras Creón dice los primeros versos que siguen*

ADRASTO: Sí, hija mía.

CREÓN: (*Aparte*)
Si esta ocasión tan favorable pierdo,
¿cuál otra espera mi venganza? Adrasto,
quedaos con ella; volveré bien presto.

ESCENA VII

ADRASTO, ARGIA

ARGIA: ¿Dónde os halláis? No sé si me abandone
al temor o al placer. ¿Cómo os encuentro
en la mansión del dolo y la venganza?
¿Sois víctima también? Hablad. ¿Qué es esto?

ADRASTO: Vuelve a mis brazos, Argia. ¡Hija querida!
Descarga tus temores en mi pecho.
Tranquilízate.

ARGIA: ¿Yo tranquilizarme,
cuando aquí os miro solo e indefenso!
La perfidia y Creón reinan en Tebas;
¿no lo sabéis, señor?

ADRASTO: Por eso vengo
a libertar a mi hija y a Lisandro
de la perfidia y de Creón: al menos
el malvado esta vez no es un tirano
pues me deja abrazarte.

ARGIA: ¿Y qué! ¿No debo
esperar más abrazos de mi padre
que los que me permita ese perverso?

ADRASTO: Sí; en Argos los tendrás. Ahora es fuerza

emplear de otra manera estos momentos,
y a tu quietud sacrificar las ansias
de estrecharte mil veces en mi seno.

ARGIA: ¡A mi quietud! ¡Ah! Sí. Con vuestra vista
puedo al fin mi furor lanzar del pecho.
Y en el vuestro, señor, ¿no han rebosado
la indignación, las iras, y el deseo
de una venganza grande? ¿Habéis podido
la última infamia tolerar sereno?
Una madre, que tiembla por su hijo,
está expuesta al indigno atrevimiento
del inicuo que, a fuerza de atentados,
ahogó en su corazón los sentimientos:
pero un padre, un monarca, un hombre ¿escucha
tantos insultos sin vengarse luego?
Creón pensó que mi virtud, mi gloria,
y mi amor maternal tuvieran precio,
y los quiso comprar: ¿pero a vos mismo
se ha atrevido, señor, a proponerlo?
¿Sois rey, y lo sufrís? ¿Soy vuestra hija,
y así me cubre un vil de vilipendio?
¡La paz! ¿Y qué es la paz, siendo comprada
con mi vergüenza y el oprobio vuestro?
¡Yo, esposa de Creón! ¡Ah! No es posible
que mi padre consienta...

ADRASTO: No comprendo,
Argia, lo que me dices.

ARGIA: ¿Qué! ¿El malvado
os ha ocultado el criminal proyecto
que se ha atrevido anoche a revelarme?

ADRASTO: Animado mi pecho del deseo

de ahorrar la sangre y evitar desgracias,
dejé mi campo; y solo, sin mi acero,
y sin otra defensa que la oliva,
me he presentado en Tebas, prometiendo
a su bárbaro rey olvido y paces,
como quiera entregarme en el momento
a Lisandro y a ti: mas mi designio
se frustra ciertamente. Me convenzo
de que no hay con tiranos más tratado
que humillarse a su yugo como siervos,
o exterminarlos sin piedad. Tu padre
va a libertar de un monstruo al universo;
él mismo es quien me obliga: no consiente
en que salgáis de Tebas, ni yo puedo
consentir en la paz de libertaros.
¿Qué tratado propone? Su secreto
dice que tú lo sabes, y has venido
a confiarme sus planes.

ARGIA: El perverso
temió arrostrar vuestro furor, y quiere
que mi labio repita lo que el miedo
en los suyos heló. Para insultaros
le faltó el inaudito atrevimiento
que ha tenido conmigo, al proponerme
mi vergüenza y mi afrenta.

ADRASTO: ¿Por qué medios
piensa lograr la paz? Habla.

ARGIA: Ya he dicho
cuanto puedo deciros. ¡Ah! ¡En mi lecho
el que causó la muerte de mi esposo!

¡El que hace padecer a mi hijo tierno!
¡El bárbaro Creón!

ADRASTO: ¡Argia!

ARGIA: ¡Lisandro!
¿Te arrancan de mis brazos porque tengo una virtud común? ¿Es heroísmo el mirar con horror este himeneo? Al grande criminal, grandes virtudes lo deben irritar; mas mi desprecio es un deber muy fácil de cumplirse, ni debe enfurecer hasta el extremo de mi hijo infeliz... ¡Oh, padre mío! Viuda de Polinico ¿creéis que puedo ser esposa jamás...

ADRASTO: ¡Hija! ¿Qué dices?
¿Qué ha intentado Creón? Yo me avergüenzo.
¡Esposa tú! ¿De quién?

ARGIA: No quiere paces el tirano de Tebas a otro precio.

ADRASTO: ¿Y tú pudiste oírlo? ¿Y tu venganza? Pero ¿qué me detiene, que no vuelvo a encontrar a ese monstruo abominable, y en su sangre lavar mi vituperio?

ARGIA: Deteneos, señor: solo y sin armas, de la crueldad y la perfidia en medio, ¿qué pretendéis hacer? Volved al campo. Huid de mis abrazos un momento por vuestro mismo honor, y con la espada entrad de nuevo a Tebas, conduciendo

inevitable muerte en los malvados, y libertad para Argia y vuestro nieto.

ADRASTO: ¿Y dónde está Lisandro?

ARGIA: De mis brazos lo han arrancado porque no consiento en este enlace infame. ¡Ah! Libertadnos; libertad a Lisandro cuando menos.

ADRASTO: Sí: lo juro por ti: jamás Adrasto ha faltado a tan grato juramento: será completa la venganza mía; y, porque sea tal, un breve tiempo sofocaré en mi pecho los enojos.

ARGIA: Pero no os esponzáis: de los guerreros dirigid el furor en la batalla, mas no los precedáis. ¡Oh, Dios! Si pierdo... ¡Ah! ¡quién os diera ahora los soldados que en ese mismo campo perecieron, sosteniendo la causa de mi esposo y vengarlo en su muerte no pudieron!

ADRASTO: Pocos me restan, pero son valientes; y yo soy padre de Argia.

ARGIA: ¿Y habéis vuelto sobre la grande Tebas sin la fuerza necesaria a domarla? Señor, tiemblo por vuestra suerte y la de mi hijo. ¿Acaso ha decretado en su furor el cielo que mi esposo, y mi padre, y mi Lisandro de una misma venganza en corto tiempo víctimas han de ser? ¿Y yo infelice lo habré de ver, sin perecer primero?

ADRASTO: No temas, hija mía, no hay tirano
que no se labre él mismo su escarmiento,
y Creón ya ha llenado la medida
que tiene la paciencia de los pueblos.
Los feroces ministros de sus crímenes
no bastan en el trono a sostenerlo;
y...

ARGIA: ¿Qué esperáis? En los primeros pasos
está de su reinado, y todos ellos
Creón con el terror y con la sangre
ha sabido marcar. Quizá en el pueblo
ninguno lo ama, pero todos tiemblan.
Sus tropas han llegado hasta el extremo
de la licencia ya; y él les permite,
como sean feroces, cuanto exceso
la rabia militar cometer puede
contra los ciudadanos indefensos.
El soldado de Tebas es un tigre
que no se harta de sangre.

ADRASTO: Muchos de ellos
detestan a Creón. De Periandro
con la legión irresistible cuento;
y con él combinados de antemano
están todos mis planes. En mi reino
sus cartas recibí por mis enviados;
y anoche mismo, que cubrió los puestos
avanzados del muro, fue a mi campo,
y convino conmigo en cuáles medios
se debían emplear, si no pasaba
Creón por mis propuestas. Los proyectos

de Periandro se ignoran por los viles;
y, como su valor es manifiesto,
allí lo ocupan donde el riesgo es grande.
Su legión le obedece con respeto,
tiene muchos parciales decididos,
y es justamente amado por el pueblo.

ARGIA: ¿Tenéis, señor, confianza?

ADRASTO: ¿Has olvidado
cuánto amó a Polinico ese guerrero,
y el tiempo que ha que cauteloso piensa
en librar a su patria de un perverso?

ARGIA: Bien lo recuerdo. Pero yo he temido
que, viciado también con el ejemplo
del cruel Eurimedón, y...

ADRASTO: Alguno viene,
¡Hija mía, firmeza! Este secreto
ya sabes lo que vale. Mis fatigas
al lado tuyo olvidaré bien presto.

ESCENA VIII

CREÓN, ADRASTO, ARGIA, EURIMEDÓN

CREÓN: Sí las olvidaréis. La paz, Adrasto,
cuando la consolida el himeneo...

ADRASTO: Si por mostrar confianza a quien debiera
no mostrar más que odios y celos
no hubiera entrado desarmado en Tebas,
ya hubiese contestado con mi acero.

Mas vuestro triunfo es corto; preparaos
que otro sol ya no alumbra tanto exceso.

ARGIA: ¡Padre mío! ¿Qué hacéis?

CREÓN: (*A Adrasto*)

En este instante
pudiera daros muerte, mas la dejo
para cuando me sea más gloriosa.

ADRASTO: Creón no tiene gloria: sólo el miedo
es capaz de impedirle los delitos.

CREÓN: Eurimedón, conduce en el momento
a ese insultante rey fuera del muro,
y vuelva su hija a su penoso encierro:
entrégala a Agenor.

ADRASTO: Ella y el mundo
se librarán de vos: yo lo prometo.

ESCENA IX

CREÓN (solo)

CREÓN: ¿Y soy Creón, y sufro? ¿O es destino
que, cuando en igual sed estoy ardiendo
de venganza y de mando, nunca, nunca
pueda llegar a verme satisfecho?
La suerte me presenta en mi palacio
a mi enemigo, solo e indefenso;
me insulta, me desprecia; y con su hija
lo entretiene mi astucia, mientras vuelo
a mandarle una muerte inevitable,

¿y destrozados mis designios veo?
Mi ambición pone freno a mi venganza.
Eurimedón, Periandro, el fuerte Ismenio,
mis mejores amigos, han salvado
a Adrasto de la muerte, y sus consejos
mi implacable furor han retenido.
¿Con que es preciso ya? ¿Debo vencerlo,
si lo quiero perder, sin yo perderme?
Pero ¿por qué vencer? Menos expuesto
era inmolarlo aquí: para un contrario
son el valor o el dolo iguales medios.
¿Y quién me ha detenido? Los temores
de irritar más y más a todo el pueblo,
y llenar mi venganza sin que el trono
se pudiese afianzar al mismo tiempo.
Sí, Creón, ya la guerra es necesaria;
y después de triunfar, ¡oh! ¡cuál me vengo
del pueblo, de Argia, de su padre, y su hijo!
¡Correr más ríos de la sangre veo
debida a mi venganza, que de toda
cuanta derramarán tantos guerreros!

Fin del Acto Tercero

ACTO CUARTO

ESCENA I

CREÓN, EURIMEDÓN

CREÓN: ¿Ha llegado a su campo?

EURIMEDÓN: Hasta muy cerca
le acompañé yo mismo.

CREÓN: ¿Y qué te ha dicho?
¿Se prepara muy pronto a acometernos?
¿Sus soldados serán tan atrevidos,
que vengan a estrellarse contra el muro,
a hallar inevitable su exterminio?

EURIMEDÓN: Nada me ha hablado Adrasto: en su semblante
se pintaba el furor: a recibirlo
corto espacio sus jefes se avanzaron,
y desde allí me despidió.

CREÓN: ¿Destino
has dado ya a mi tropa?

EURIMEDÓN: En las murallas,
en orden de defensa divididos,
quedan los cuerpos todos, y Periandro
por las calles y plazas repartidos,
tiene ya diestramente los soldados
que sobre el pueblo velan.

CREÓN: ¡Ay, amigo!
¡Ojalá que Creón no se arrepienta
de haber una sola vez consentido
en no derramar sangre, y de las manos
permitir escaparse a un enemigo!

EURIMEDÓN: Si Eurimedón en vos sólo mirara
al monarca de Tebas, a los filos
de mi espada cayeran sin examen
las cabezas de todos los proscritos
que señalaseis vos; mas mi respeto
es igual por mi rey a mi cariño.
Si amáis o aborrecéis, amo, aborrezco,
vuestrós impulsos, como propios, sigo,
y con que vos queráis que corra sangre,
el hacerla correr es deber mío:
pero también lo es correspondernos
tantos favores de que usáis conmigo.
Y pagar la amistad con que me honro,
y de que habéis querido hallarme digno.

CREÓN: El que me favorezca mis venganzas
no me sabe querer.

EURIMEDÓN: Y el advertido
que, por favorecerlas, las dilata,
conciliando, señor, a un tiempo mismo
vuestrós justos furores, y el deseo
más justo, de afianzar vuestro dominio,
¿ese no sabe amaros?

CREÓN: Me avergüenzo
de que otro sea quien me indique arbitrios
de conciliar mis intereses todos.
¿O crees tú que Creón aún no ha aprendido
el arte de reinar y de vengarse?
Para subir al trono me ha valido
de todas sus lecciones, ¿y olvidarlas
pudiera, cuando más las necesito?

EURIMEDÓN: Permitidme que os diga que los puestos de vasallo y de rey son muy distintos. El que obedece y a mandar aspira, su interés, sus recursos, sus peligros ve con sus propios ojos; y detiene o apresura sus pasos a su arbitrio, según las circunstancias que le cercan, y pesa y examina por sí mismo. Pero, llegando al trono, ya no puede ni ver, ni oír, ni dar a sus designios un impulso feliz, sino por medio de los leales que tenga a su servicio. Al resplandor de la diadema brilla la majestad no más; y desde el sitio elevado del solio, las miradas de los reyes no bajan al abismo de humillación y quejas, en que yace el pueblo infame justamente hundido, y del que lucha por salir.

CREÓN: ¿Y el pueblo es algo ante su rey? ¿O su destino ya no es callar y obedecer?

EURIMEDÓN: Del trono siempre fueron los pueblos enemigos. Su gloria es humillar a los monarcas.

CREÓN: ¿Y su padre cuál es?

EURIMEDÓN: El que ha tenido en todo tiempo el débil contra el fuerte; el dolo, la traición, el artificio. Con tal que tienda a destrozar el cetro,

a todo se da el nombre de heroísmo. Estas armas, señor, no son temibles para el que sabe prevenir sus tiros; pero es preciso prevenirlos. Llega de repente entre riesgos y conflictos a vacilar el trono; ¿y sus columnas no serán del monarca los amigos? ¿No amarán a su rey los que se atrevan a mostrarle veraces el camino que es preciso seguir, y que no puede por sí solo, aunque quiera, descubrirlo? Os lo digo, señor, no porque intente ni pueda contrariar vuestros designios, ni porque me colméis de más favores que los que mi esperanza han excedido: pero os quiero hacer ver en mis consejos vuestro bien sólo, y nada más he visto, y que, si a darlos me atreví, os dignasteis vos mismo a vuestro súbdito pedirlos. Adrasto, Argia, Lisandro y una parte de ese pueblo insolente y atrevido perecer deben, si los planes vuestros ciegos no abrazan; pero ya es preciso, si el primero resiste, en un combate vencerlo, y, en el acto de vencido, sacrificarlo a una venganza justa; que todo es excusable o permitido, y el furor de la guerra todo cubre. Y, pereciendo Adrasto, Argia, su hijo, ¿dónde van a encontrar libertadores? ¿Dónde un apoyo el pueblo? ¿Sus gemidos

habrá quien escuche? Los clamores
que se puedan alzar, serán seguidos
del seguro exterminio de rebeldes;
y una sola sospecha, un leve indicio,
que siempre para un rey debe ser crimen,
se borraré con sangre. Os lo repito;
no tendréis más que hablar, y en el momento
mi sola espada os ahorrará suplicios.

CREÓN: Te escuché, Eurimedón. Un rey a veces
nada es menos que rey: su poderío
es un nombre y no más, porque no alcanza
a do van sus deseos. Mas ¡qué digo!
si todo me abandona, yo me basto
mientras hierva en furor el pecho mío.
¡Amigo! sí; tú lo eres. ¿Me respondes
que triunfarás de Adrasto? ¿Serás digno
de ser vasallo de Creón un día?

EURIMEDÓN: Desde el tiempo de Eteocle y Polinicio
Adrasto me conoce, y bien le consta
cuanto hice yo por vos. Por él vencido,
mi cierto galardón será la muerte.
Triunfaré o moriré.

CREÓN: Triunfar, amigo,
triunfar, y nada más: ese es el medio
de mandar y vengarme; tú lo has dicho;
y Creón sin venganza no es monarca,
y sin el cetro no es Creón.

EURIMEDÓN: Yo mismo
debí haber muerto a Adrasto en esta sala,
cuando a insultaros indefenso vino,

y dobló sus insultos, desechando
tratados con que honrarlo habéis querido:
pero, ya lo sabéis, su muerte entonces,
si servía al furor, a un precipicio
el trono despeñaba. El pueblo a oleadas
se agolpó a este palacio, y a impedirlo,
no bastaron las fuerzas de Periandro;
bien que de la violencia usar no quiso;
porque en la muchedumbre aún no se oían
de sedición los clamorosos gritos.
Mas no se disipó tanto tumulto
hasta el instante en que salió conmigo
Adrasto de este sitio, llamó entonces
Periandro de su tropa los caudillos,
y logró con astucia y con prudencia
disolver las reuniones. Este indicio,
y otros que ha dado el insolente pueblo,
os deben persuadir que no hay partido
que se pueda tomar para acallarlos,
fuera del de vencer al enemigo;
y aun éste debe emplearse cuando falten
al rey de Tebas los demás arbitrios.
El tiempo urge, señor; Adrasto puede,
antes que el sol se ponga, combatirnos,
y excitar los furores populares,
que, mientras no hay alarma, están dormidos,
y tal vez hay peligro en despertarlos.
Hay quien muera por vos, siendo preciso;
mas, si podemos evitar el choque,
lo debemos hacer; y yo imagino
que sólo Argia a su padre quitar puede
las armas de la mano; que a su hijo
mejor querrá mirar a vuestro lado

que no envuelto en su sangre; y que el rey mismo,
si sabe que los cuellos amenaza
de Lisandro y de Argia un solo filo,
para el que un solo instante es suficiente,
frenará sus furores vengativos.
Ofreced nuevamente vuestra mano
a esa flaca mujer, que ha resistido
sólo porque confía: amenazadla,
quitadla la esperanza, y...

CREÓN: *(Como dudando)*

Argia... su hijo...

Ya sé lo que he de hacer. Por precaverme
y en un último lance que el destino
no me quite siquiera mi venganza,
haz que sea Lisandro conducido
a la mazmorra oculta, donde han muerto
mis anteriores víctimas. ¡Sigilo,
y guardias escogidas! Que si llega
el trance necesario, un asesino
de él me responderá, sin que siquiera
pueda escucharse su infantil gemido.
Después vuela a los muros: yo con Argia
estaré prontamente.

EURIMEDÓN: Y yo a serviros
me preparo de modo, que este día
conozcáis lo que os amo.

CREÓN: Parte, amigo.

ESCENA II

CREÓN *(solo)*

CREÓN: ¡Triste fatalidad! ¡Dioses supremos!
¿Qué corazón es éste que ha cabido
a Creón por desgracia? O sois injustos,
o debéis proteger unos designios
que son necesidad de mi existencia.
¿Por qué he nacido así? ¿Por qué respiro
ambición y venganza, y nada sacia
mi abrasadora sed? ¿Por qué no abrigo
un corazón más vil cuanto más tierno?
Viviera humilde, más quizá tranquilo.
¡Y qué es esto! ¡Qué digo! ¿Tal deseo
concebir un instante habré podido,
sin que su sola idea me confunda,
y sin avergonzarme de mí mismo?
¿Soy hecho yo para vivir humilde?
¿Soy hecho para amar? ¡Oh! su destino
ningún mortal violenta: giman todos,
y yo perezca, pero siga el mío.
Mas ¿por qué perecer, si aún es posible
triunfar sin exponerme? Mis oídos
no escucharán de Argia más desprecios,
porque tengo en mis manos el arbitrio
de reducirla al punto a ser mi esposa.
¿Y el pueblo? ¿Adrasto? ¡Qué! ¿Por qué vacilo
entre el temor y la esperanza? Al cabo
en este horrible día he conocido
que también tiembla un rey; pero ya es tarde
para retrogradar en el camino

que un genio de furor me ha señalado.
 Un muro han levantado mis delitos
 que queda tras de mí; que se interpone
 entre Creón y la virtud. ¡Delitos!
 ¡Virtudes! ¡Oh! ¿Qué son? Vanas fantasmas
 que a su arbitrio inventaron los caprichos
 de los que no han podido hacerse grandes
 y arrastran viles un vivir mezquino.
 Yo de otra esfera soy, y mis virtudes
 son las de todo rey, cuando ha aprendido
 el arte indispensable al que se sienta
 en el lugar que yo. Mas ¿qué delirios
 ofuscan mi razón? Siento, y extraño
 sentir estos temores repentinos.
 ¡Qué! ¿Ya no soy Creón? Argia, sí, Argia
 lo dijo anoche en este mismo sitio;
 ella lo dijo ¡oh, Dios! y allí la sombra,
 allí la sombra está de Polinico,
 y brota negra sangre la honda llaga
 que le abrió de su hermano el cruel cuchillo.
 ¡Espectro rencoroso! No me culpes
 porque yo preparé tal fratricidio...
 El trono... tú moriste por el trono;
 ¿y es culpa hacer morir por conseguirlo?
 ¡Oh! no me muestres los deshechos miembros
 de un cadáver horrible y corrompido
 en medio de los campos sin sepulcro.
 ¿La venganza contigo a los abismos
 de la tumba ha bajado? ¿Qué me quieres?
 ¿Qué al silencio eternal baje contigo?
 Mas, Creón, ¿dónde estás? ¿y por qué tiemblas?

¿Tendrá en ti la ilusión el poderío
 que tiene sobre el débil? No. En tu acuerdo
 vuelve, Creón, y caiga en el olvido
 tu temor pasajero. ¿Y estoy solo?
 Sí, solo estoy. Al fin nadie me ha visto
 temblar. Cuál fuera la venganza mía
 si hubiera aquí de mi terror testigos.
 Voy a buscar a Argia, y ensañado
 cual nunca llevo el pecho.

ARGIA: (*Adentro*)

No, asesinos,
 no podréis detenerme.

CREÓN: ¿Argia es? ¿Qué es esto?
 Dejadla entrar, soldados.

ESCENA III

CREÓN, ARGIA

ARGIA: (*Sale y se arroja precipitadamente a los pies de Creón*).
 Abrid, señor, al cabo a la plegaria
 de una mísera madre: mis suspiros,
 mis lágrimas amargas, vuestro pecho
 por un instante tomarán benigno.
 Yo lo espero, Creón. A vuestras plantas
 a Argia no miréis, mirad os pido
 la desolada madre de Lisandro.
 ¿Qué habéis hecho, señor? ¿Dónde está mi hijo?
 Respondedme. ¿Calláis? ¡Oh, Dios! Yo misma
 arrebatar lo vi por los impíos,
 pasarlo por delante de mi estancia,

al cielo alzar sus ayes doloridos,
 tender a mí las inocentes palmas,
 y ni valerle ni valerme. Un niño
 ¿dónde por los soldados más feroces
 entre horrenda algazara es conducido?
 ¿Vos lo habéis ordenado? No es posible.
 ¿Qué habéis hecho, señor? ¿Dónde está mi hijo?

CREÓN: Lo que no he ordenado es que atrevida
 vinierais hasta aquí sin mi permiso.
 Habéis violado la prisión. ¿Qué guardia
 ha sido la capaz de consentirlo?

ARGIA: *(Levantándose del suelo).*
 Ninguna. Mis dolores, mis transportes,
 mi desesperación y mi cariño
 en medio de las guardias me lanzaron,
 cuando vi que Lisandro... ¿Y es delito
 haberlas en su furia atropellado,
 y volar desolada hasta este sitio?
 Sin darme pronta y dolorosa muerte,
 ¿qué soldados bastaran a impedirlo?
 Una madre...

CREÓN: Una madre tanto exceso
 no cometiera impune: mas la he visto
 arrojarse a mis pies, llorar, rogarme,
 y esta disculpa solamente admito.

ARGIA: Esta es la primera vez que mis rodillas
 ante el poder se doblan. Sin mi hijo,
 ¿quién lo viera jamás? Pero ¿a qué parte,
 señor, lo arrebataron? ¿Está vivo?
 ¿Hará falta también al poder vuestro
 escuchar de una madre los gemidos?

CREÓN: *(Con cierto aire de ironía feroz).*
 ¿Y Adrasto? ¿Y el ejército que viene
 a librar a Lisandro, ya han pedido
 el poder de atajar el llanto vuestro?
 No llorabais anoche. El enemigo,
 señora, es poderoso; y ya mi trono
 bambolea en el borde de un abismo.
 ¿No lo habéis dicho vos? ¿Vuestra esperanza
 y vuestro orgullo quedan desmentidos
 en un solo momento? No. ¿Sois Argia,
 y podéis humillaros? ¿O habéis visto
 que, a pesar de Argos, y a pesar del mundo,
 os puedo hacer temblar? ¿Habéis sentido
 que, si al primer ensayo de mi fueria,
 os hago estremecer por vuestro hijo,
 puedo en lo que me resta de este día
 a tal punto llevar vuestro suplicio
 que ni llorar podáis?

ARGIA: ¡Oh! Sí: gozaos
 al ver mi confusión. Ya he conocido
 lo que podéis y lo que puede Adrasto;
 ya no soy más que madre, y mi destino
 es llorar como tal. Un solo instante
 basta para llenar vuestros designios,
 si son designios de venganza y muerte;
 y, aun cuando triunfe, no podrá impedirlo
 el que no sabe el tiempo que le baste
 para pelear, vencer, y redimirnos.
 Sí, Creón; lo confieso: de vos sólo
 espera su salud el hijo mío:
 de vos sólo...

CREÓN: El momento que se pierda
para vos, nada más, será perdido.
Aprovechad el tiempo; poco os falta;
en Lisandro pensad, y decidíos.
Antes que ataque Adrasto nuestros muros,
hasta el pie del altar venid conmigo;
y aparentando que cedéis gustosa,
y no como quien marcha a un sacrificio,
entrad al templo, y aceptad mi mano.
Después al pueblo vuestro labio mismo
dirá que vuestro hijo es heredero
del trono de Creón; que habéis querido
de grado ser mi esposa; y que los Dioses
bendicen esta unión, y dan propicios
la paz a Tebas. Al instante a Adrasto
escribiréis también lo que yo mismo
sabré dictar, y Eurimedón que parta
a llevar al rey de Argos vuestro aviso.
Esto es todo, señora; no hay más tiempo
que el que se vuela ya. Vuestros suspiros,
vuestro llanto y dolor no son del caso.
El momento en que avance el enemigo,
es el momento en que este suelo tiña
la sangre de Lisandro: prevenidlo:
sólo de vos depende: no hay más medio:
o salvad o perded a vuestro hijo.

ARGIA: ¡Oh, Dios! ¡Creón! ¡Oh, Dios! Tomad mi sangre:
saciaos, señor, con ella: agradecido
mi pecho quedará.

CREÓN: No. Vuestra sangre
ha de correr también; pero es preciso

que ella sea la última, y que llene
de mi venganza hasta el menor vacío.
Después que, a vuestra vista, entre mil ansias,
y entre el horror de bárbaros suplicios,
Lisandro exhale el postrimer aliento;
después que de su madre los oídos
sus moribundos ayes despedacen,
y hagan que larga muerte en mil martirios
a pausas baje a las entrañas vuestras,
entonces moriréis.

ARGIA: *(Dirá la expresión ¡hijo! con el grito penetrante del dolor, y diciendo
yo expiro, caerá desmayada sobre un sofá).*

¡Hijo! Yo expiro.

CREÓN: *(Dirá lo que sigue contemplando a Argia, tocándola, y expresando los
sentimientos que indican los versos, hasta que viendo que Eurimedón
entra a la escena, le dirige la palabra).*

¡Cuán vehemente en su pecho es el impulso
del amor maternal! Este deliquio
la vino a sorprender sin decidirse.
Él será pasajero. De su hijo
preferirá la vida, y a mis planes
servirá en adelante. ¡Qué suplicio
es esta indecisión en que he quedado!
A nada me resuelvo. Mis designios
se frustrarán sin duda, si es que puede
sólo el dolor matarla. Pero vivo
siento latir su pecho, y aún respira.
Volviendo del letargo el triunfo es mío.
Mírala, Eurimedón.

ESCENA IV

CREÓN, ARGIA, EURIMEDÓN

EURIMEDÓN: ¡Qué! ¿Está ya muerta?

CREÓN: No; pero apenas supo que los filos de una espada, ya pronta a dar el golpe, amagan a Lisandro, si conmigo no la liga himeneo, anonadada al peso del dolor no ha resistido, y está sin sentimiento. ¿No la miras? ¿Qué te dice su rostro?

EURIMEDÓN: Si ha podido el solo amago tanto, no es posible que resista la prueba: preveníos a ser esposo de Argia.

CREÓN: ¿Y aún es tiempo?

EURIMEDÓN: Recién mueve su campo el enemigo.

CREÓN: Pues que muera Lisandro, y a la madre el corazón traspásale ahora mismo. Hundes mil veces mi puñal. ¿Qué tardas? No: espera a que ella vuelva, y muera el hijo: parte a sacrificarlo; y, cuando tornes, que ya no es madre le diré yo mismo. Mas no: trae a Lisandro: aquí perezca; llegó la hora de sangre; corre, amigo; y cuando venga Adrasto por su hija, respóndele que su hija ya ha vivido.

Mientras dice Creón los dos o tres últimos versos anteriores, Argia irá volviendo pausadamente de su letargo; y hablará,

después de haberse acercado a los otros actores.

ARGIA: ¿Adrasto?... ¿Mi hijo?... ¿Qué decís? ¿Aún vive?

CREÓN: Argia, silencio y preparaos.

EURIMEDÓN: Vencidos aún no estamos, señor; venid al muro: recién está el combate prevenido: si Argia lo impide, vivirá dichosa: si de Adrasto triunfamos, él, cautivo con la hija suya, doblarán el triunfo; y si la suerte inclina sus caprichos a favor de ese rey, Argia y Lisandro mueren en un momento.

CREÓN: *(A Argia)*

¿Habéis oído?

EURIMEDÓN: Entre el palacio, ¿quién podrá librarlos? Yo ya lo prometí, sabré cumplirlo. Derramemos la sangre, pero en tiempo. La sangre es un caudal que, si es preciso al interés, se economiza; y luego llega la hora, y se derrama a ríos. No disimuléis más: sepa la altiva que himeneo o la muerte es el destino a que está reservada: ¡y cuáles muertes! El trono así lo exige.

CREÓN: *(A Argia)*

Hasta este sitio pronto viene Agenor a vuestro encierro retornaréis con él.

ARGIA: ¿Y el hijo mío?

CREÓN: Consentid, o muy pronto no sois madre:
esta es la última vez que lo repito.
Vamos al muro.

ESCENA V

ARGIA (sola)

ARGIA: ¡Soberanos Dioses!
¡Qué poco poderoso es el auxilio
que dais a la inocencia! ¡Cómo triunfan
con vuestra tolerancia los delitos!
¿Para quién, Dioses, reserváis el rayo?
¿Para quién! Para mí, para mi hijo.
¡Qué! su vida o su muerte está en mi mano,
y siendo yo su madre, ¿habré podido
vacilar un momento? Vuelve, monstruo,
vuelve, Creón, y admite el sacrificio
que hago ya a tu ambición y tus furores:
seré tu esposa... ¡Dios! ¡Manes queridos
de Polinico! ¿Me escucháis? No: nunca
la que supo adorarte cuando vivo,
y la que, aun muerto, tu memoria adora,
jamás, jamás tu Argia, esposo mío,
de tal infamia cubrirá tu llama,
ni en negros humos ahogará su brillo.
¡Yo esposa de Creón! Perdona, amado,
perdóname otra vez: mas tu querido,
tu adorado Lisandro... ¿No te acuerdas,
cuando de Argos partiste, al despedirnos,
cuánto me hablaste de él? ¡Cielo! ¿Y ahora

soy yo que lo abandono a su suplicio?
¿Así aguardo el tesoro que confiaste
en tu postrer abrazo a mi cariño?
¿Deidades del Olimpo, o del Averno!
¿Cuáles me protegéis? ¿por qué camino
de mi dolor salir? Argia ¿no escuchas
los moribundos ayes de tu hijo?
¡Madre! sí: ¡Madre! en su agonía grita,
y ya no hay madre para él.

(Se recostará a un bastidor abatidísima y como insensible. Mientras dura la larga pausa que debe hacer, se presenta en la escena Agenor, se acerca a Argia, y ésta, cuando lo siente, vuelve en sí, le dirige los dos primeros versos que siguen, y al fin del acto parte con él).

¡Qué miro!

Ya voy, ministro de furor y muerte.
¿A arrebatarme vienes? Ya te sigo,
vuela a mi estancia, y con la helada urna,
do los restos están de Polinico,
me abrazaré llorando. ¡Pueda en ella
de mi antigua esperanza hallar vestigios!
Y al consultar, esposo, tus cenizas,
dile a tu Argia lo que hará por tu hijo.

Fin del Acto Cuarto

ACTO QUINTO

ESCENA I

CREÓN (Agenor con sus guardias)

CREÓN: No sé qué aterrador presentimiento
mi incontrastable corazón agita,
desde que vi que Adrasto a las murallas,
presidiendo su tropa, se aproxima.
El cielo está pesando mi destino,
y en muy pocos momentos ya se inclina
el inmutable fiel de la balanza
al lado de mi gloria o de mi ruina.
Aun no empieza el combate. ¡Oh! ¡si evitarlo
pudiera yo! ¡Agenor! Haz que te siga
Argia hasta este lugar: parte, no tardes;
nunca han valido más que en este día
los menores instantes.

Se va Agenor. Las guardias quedan en la escena.

O Argia impide
este combate horrible, o de mis iras...
¡Cielo! ¡Yo despreciado! ¡Yo vencido!
¡Qué ansiedad! ¡Ah, Creón! ¿Por qué a tu vista
de la honda eternidad se abre la puerta,
y esta idea espantosa te horroriza?
¿Númenes implacables? ¿Cuál castigo...?
Pero no: yo no cedo. Que decida
de la guerra a su arbitrio la fortuna,
pero nada trastorna el alma mía.

ESCENA II

CREÓN, ARGIA, Agenor y las guardias

CREÓN: Argia, ¿habéis elegido?

ARGIA: Sí.

CREÓN: ¿Mi mano?

ARGIA: Mi muerte.

CREÓN: Moriréis. Mas precedida
vuestra muerte será de la del hijo
que no queréis salvar. No fuera digna
de Creón su venganza, y se perdiera,
no muriendo Lisandro a vuestra vista,
y no apurando vos hasta las heces
el cáliz de su bárbara agonía.
Ya os lo he dicho otra vez.

ARGIA: ¿Pero mi sangre
no es bastante, Creón? ¿Y qué diría
de un rey el universo, si supiera
que un niño tierno conmovió sus iras,
hasta el extremo de empapar las manos
en su sangre inculpada?

CREÓN: No se cuida
Creón de lo que diga el universo:
todo su mundo es él. ¿Argia imagina
evadirse del golpe que la espera,
o que mi alma, al ver lágrimas, vacila?
Perdéis llanto y palabras: una sola
proferid, y con ella muerte o vida.

ARGIA: Sí, muerte para mí. ¡Creón! No es furia la que hay en vuestro pecho: es la justicia quien lo hace inexorable: mas yo sola al género de muerte más impía debo ser destinada. Yo he venido a Tebas a buscar unas cenizas que insepultas mandasteis que quedaran. Yo, yo soy solamente quien motiva los furios de Adrasto: en esta guerra se ha empeñado no más que por su hija. Yo, yo la viuda soy de Polinico, y por él os desprecio: y este día de sangre y mortandad, ¿quién lo ha traído? ¿Quién es la que se niega a verse unida al rey de Tebas con estrecho lazo? ¿Quién es la que se niega y desestima? Yo sola soy, Creón. ¡Ah! ¡cuántas causas para que justamente a vuestras iras caiga la sola madre! Pero mi hijo, que ni ama ni aborrece todavía, que llora en su desgracia y no la siente, que no sabe si hay tronos: ni otras dichas es capaz de gozar que de su madre los besos, los abrazos, las caricias, ¿ese niño inocente es bien que muera? Si me dejáis vivir, aprendería entonces de su madre a aborreceros: matadme y estorbadlo.

CREÓN: En este día pereceréis los dos, y es corto el tiempo de enseñar y aprender. ¡Qué! ¿Decidida

no creéis que está su suerte? Yo conozco que despreciáis la muerte, y atrevida la insultaréis sin duda; y es por eso que debéis lentamente recibirla de Lisandro en persona. Vuestra sangre me vengará de Adrasto, cual me vengo en Lisandro de vos. Si vuestra ruina no me fuera por esto necesaria, os dejara vivir; porque la vida, sin gozar de vuestro hijo, más tormentos os acusaría que la muerte misma. No salvéis a ese niño. ¿Qué le importa la ternura de madre a una heroína que prefiere morir a dar su mano? ¡Oh! tanta gloria de una madre es digna. Ciertamente mi mano os envilece. Bien veis que os hago honor.

ARGIA: ¿Más abatida más humillada, bárbaro, me quieres? Vuela, vuela, malvado, y asesina con tu execrada mano al niño tierno, que yo amo más porque tu rabia excita: bebe su sangre: arráncale del pecho el débil corazón: mientras palpita gózate con mirarlo: en mil pedazos destróvalo. ¡Ay! ¡Qué más! ¡Cruel! ¡Perdida está ya mi razón! ¡Señor! La muerte...
(Se arroja a los pies de Creón).
¡Ah! ¡por piedad, la muerte! Aquí rendida a vuestros pies la pido.

CREÓN: Sed mi esposa,
el himeneo la batalla impida,
regresen los argianos a su patria,
y viviréis los dos.

ARGIA: *(Levantándose del suelo).*
¡Ah! Las cenizas
de Polinico, que bañó mi llanto,
¿por qué no respondieron? ¡Sombra amiga!
Sal de los hondos seros de la muerte;
llega, y en Tebas a tu esposa mira.
Dime ¿por qué te amé? ¿Por qué me hiciste
la madre de Lisandro? ¡Arrepentida
Argia estará de serlo! No, mi esposo.
Mas ¿no escuchas la voz de tu querida?
¿No vuelas, Polinico, a mi socorro?
Un bárbaro asesino solicita,
por interés de su ambición sin freno,
lo que mi amor te dio. Lisandro expira
si no se alza tu brazo descarnado,
si el dolor de quien vive no da vida
a los que, sombras, en la Estigia vagan;
si no vienes, en fin. ¡Creón! ¿Soy hija
de Adrasto todavía? ¿Vive? ¿Acaso
la suerte de un combate?... ¿Qué agonías!
Hija y madre a la vez...

CREÓN: Ya no hay más tiempo.
¿Consentís?

ARGIA: ¡Ah! Matadme.

CREÓN: Conducidla
soldados, a la lóbrega mazmorra;

suplan las teas a la luz del día,
que en aquella prisión jamás penetra;
alumbrad mi venganza; que a su vista
muera cruelmente el hijo; y a este sitio,
salpicada de sangre tan querida,
arrastradla otra vez.

ARGIA: ¡Creón! Dejádme
que consulte de nuevo las cenizas
de mi perdido esposo. Permitidme
que un momento no más...

CREÓN: *(A los soldados)*
Esas reliquias
de la urna sacad en que reposan,
y en el suelo furiosos esparcidlas,
a los pies del verdugo que a Lisandro
debe arrancar la abominable vida.
Este es un sacrificio anticipado
a los manes de Argia. Si mis iras
no toleran igual entre los vivos,
¿valdrán más que Creón estas cenizas?

ARGIA: Pero ni yo ni vos amar podemos
este enlace sacrílego: si unida
estuve a Polinico...

CREÓN: ¿Quién se acerca?

ARGIA: ¡Deidades! Protegedme en este día.

CREÓN: ¿Qué es esto, Eurimedón?

ESCENA III

CREÓN, ARGIA, EURIMEDÓN, Agenor y sus guardias

EURIMEDÓN: *(Saldrá precipitado, furioso, y con la espada desnuda).*

¡Señor! Salvaos.

Tan solamente pudo la perfidia
lo que el valor de Adrasto no pudiera.
Periandro... ¡Ah! De Periandro la inaudita
traición es sin ejemplo. Se ha vendido,
y nos vendió. Las huestes enemigas
a la puerta Emoloides amagaban,
y, viendo nuestra tropa prevenida
rehusaban acercarse. De repente
la legión de Periandro se aproxima
al muro que cubríamos; el pueblo
con ímpetu furioso lo seguía,
y, armado ya por él desde antemano,
a un combate interior se precipita
con los soldados nuestros. Entretanto
la legión del traidor carga, desquicia
las principales puertas, y los muros
a los argianos en su seno abrigan.
Todo ha sido un momento. Adrasto, el pueblo,
el pérfido Periandro todavía
Vertiendo están la sangre de los fieles
Que al honor de su rey se sacrifican.
Pero el número vence. Ismenio apenas
será posible que las avenidas
del palacio defienda un breve rato;
en este empeño queda: decidida
vuestra guardia a morir, se ha preparado
a que la entrada...

CREÓN: Basta. ¿Y esa vida
por qué no se ha perdido? ¿Así se guarda
una fe tantas veces prometida?

EURIMEDÓN: Yo he volado hasta vos con este aviso...

CREÓN: Bien. El pueblo... Periandro...

ARGIA: Al fin tranquila
puede Argia respirar.

CREÓN: *(A Eurimedón)*

¡Amigo! El mando
expiró ya, pero comienza mi ira.
Ahora mismo arrebatála: haz que me mire
que a pesar de su triunfo, el hijo expira;
y tráela aquí de nuevo. Ella no debe
morir por otra mano que la mía.

ARGIA: No, Creón.

CREÓN: Parte al punto: sacia tu alma
con el placer de ver cómo palpita
roto su corazón.

ARGIA: No. Vuestra esposa
seré más bien.

CREÓN: No es tiempo ya. Daos prisa
a arrastrarla de aquí.

ARGIA: *(A los soldados)*

¡Oh, Dios! Dejádme.
Lisandro ¡Ah, mi Lisandro! ¡Horrible día!

Una parte de las guardias arrebatan violentamente a Argia y parten con Eurimedón. El resto de ellas queda con Agenor en la escena.

ESCENA IV

CREÓN, ARGENOR, guardias

CREÓN: *(Creón prorrumpirá después de una pausa regular, en la que manifestará el furor y la desesperación. Las pequeñas líneas que parten los versos, indican las circunstancias en que este actor debe variar sus posiciones y su tono, hacer sus pausas, mostrar la impetuosa contrariedad de efectos en que debe batallar).*

Y Creón ya no es rey. El trono mío
caer de otra manera no podía.-

¡Traidores! ¡Oh! ¡Qué furia! -¡Cuánta sangre!

Un momento no más: y ya la mía

ha de correr también. -Decid. ¿Vosotros

(Hará estas preguntas a los mismos soldados de su guardia, como si no los conociera).

sois soldados de Adrasto? ¡Qué! ¿Ya pisa
mi palacio ese rey? -¡Qué rey! No sabe
triunfar, si no triunfando la perfidia.-

Y yo ¿cómo triunfé? -¿Remordimientos?-

¡Oh! no: jamás, Creón no lo admitas.-

Ya ha saltado la sangre de Lisandro.

Argia la ha visto ya, y Argia no expira
porque el genio que manda en mis venganzas
dílata por mi bien sus agonías.-

Yo moriré después, sin que ella sepa

cuál es mi suerte, y esta idea misma

doblará sus tormentos cuando muera.-

Se oirá un ruido como de armas y voces a lo lejos. Este, en intervalos más o menos cortos, se irá sintiendo más cerca, hasta el principio de la escena sexta.

¡Qué rumor, Agenor! -Parte. ¿La grita

y el tumulto no escuchas? Parte y dime
si ya Adrasto a este sitio se encamina.-

Se va solo Agenor, y no vuelve más a la escena.

¡Oh! ¡Qué fuera de mí si mi venganza
me quitara también, como me quita
el poder de vengarme en adelante!

¡Oh! ¡Qué fuera de mí, si salva a su hija,
y si Lisandro salva! -El ruido crece.-

¡Qué momentos, Creón! ¡Cómo te agitan!

¡Cielos! ¿Quién entra aquí?

ESCENA V

CREÓN, ARGIA, EURIMEDÓN, las guardias de la escena anterior

ARGIA: Quien de tu rabia
ha triunfado, Creón; quien todavía
es madre y lo será.

CREÓN: ¿Qué es lo que dices?

EURIMEDÓN: La legión de Periandro, a mi salida
ya entraba en el palacio; y los soldados
que a Lisandro guardaban, o caían
a los golpes traidores, o vencidos,
el peso de las armas deponían.
Al subterráneo penetró Periandro
con planta vencedora y atrevida,
y, al llegar a la torre, descubrimos
que en sus brazos al niño conducía
lejos de su prisión, y que volaba
al encuentro de Adrasto.

CREÓN: Todavía
 ¡Oh, furias infernales! si hay furores,
 traedlos a mi pecho.

EURIMEDÓN: La osadía
 de Ismenio y Agenor y algunos bravos
 es lo solo que resta; pero expiran
 sin poder valer. ¡Señor! salvaos;
 ya se acercan: mirad por vuestra vida:
 si es posible, salvaos.

CREÓN: ¡Eh! ¿Qué dices?
 ¿Qué sirve ya el vivir? -¡Ah! ¿Mi desdicha
 sabes cuál es, cobarde? -Es que tu mano
 no supo responderme de una vida,
 y ha dejado incompleta mi venganza.
 ¿De una vida? ¡Qué digo! Si respira
 Adrasto, a ti lo debe. ¿No te acuerdas?
 ¡Conque traidores todos! Pero su hija...

ARGIA: ¡La hija de Adrasto! Mi Lisandro vive;
 no temo a nadie ya.

CREÓN: ¡Altíva! ¿Miras
 el triunfo de tu padre? ¿Ves mi tropa
 que, a fuerza de perfidia, está vencida?
 Velo, pero no esperes. ¿Por qué piensas
 que estos breves momentos aún respiras?
 Es porque veas y que te atormentes
 con la idea feroz de que mi ruina
 y el triunfo de los tuyos no te salvan,
 velos antes de morir: vive afligida
 este instante final... -¡Eh! ¡Quién!... -¿Qué ruido?

Es el tropel de los actores de la escena siguiente. Creón, al sentirlo, agarrará a Argia con una mano, y con la otra desenvainará un puñal.

¿Qué es eso, Eurimedón?

EURIMEDÓN: Ya se aproximan,
 señor, los vencedores a este sitio.

ESCENA VI

CREÓN, ADRASTO, ARGIA, EURIMEDÓN, guardias de Creón, soldados de Adrasto

Al presentarse los soldados argianos en la escena, los de Creón y Eurimedón harán con las armas un movimiento ligero, como de querer defenderse; pero a otro movimiento igual de los soldados de Adrasto, se contendrán al instante.

ADRASTO: ¡Monstruo! Entrégame a Argia.

CREÓN: Recíbidla.
(Hiere mortalmente a Argia).

ARGIA: ¡Bárbaro!

ADRASTO: *(Correrá a abrazar a Argia, exclamando dolorosamente).*
 ¡Hija!

ARGIA: ¡Padre!...- En vuestros brazos...-
 Pues vive mi hijo... -Moriré tranquila.
(Muere en brazos de su padre).

ADRASTO: ¡Soldados! A pedazos las entrañas
 de esa fiera arracad.

CREÓN: La mano mía
 es quien sola penetra en mis entrañas.-
(Se hiere con el mismo puñal con que hirió a Argia).

Adrasto... -muero yo... -pero mis iras
hasta el infierno bajarán conmigo...-
Y en el infierno triunfarán de tu hija.
(Cae sin que nadie lo sostenga, y expira abandonado).

FIN

> índice

> **Prólogo** pág. 5

Las batallas:

> **El detalle de la acción de Maipú** pág. 27
ANÓNIMO

> **Cielito de Maipú** pág. 63
BARTOLOMÉ HIDALGO

> **Diálogo patriótico interesante** pág. 73
BARTOLOMÉ HIDALGO

> **La batalla de Pazco** pág. 91
ANÓNIMO

> **Defensa y triunfo del Tucumán** pág. 115
LUIS AMBROSIO MORANTE

Comedia y drama:

> **El hipócrita político** pág. 161
P. V. A.

> **Tupac Amaru** pág. 219
LUIS AMBROSIO MORANTE

Una tragedia:

> **Argia** pág. 309
JUAN CRUZ VARELA

> ediciones inteatro

- narradores y dramaturgos
Juan José Saer, Mauricio Kartun
Ricardo Piglia, Ricardo Monti
Andrés Rivera, Roberto Cossa

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- el teatro, ¡qué pasión!
de Pedro Asquini
Prólogo: Eduardo Pavlovsky

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- obras breves
Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón, Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez, Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y Ricardo Thierry Calderón de la Barca
- de escénicas y partidas
de Alejandro Finzi
Prólogo del autor
- teatro (3 tomos)
Obras completas de Alberto Adellach
Prólogos: Esteban Creste (Tomo I), Rubens Correa (Tomo II) y Elio Gallipoli (Tomo III)
- las piedras jugosas
Aproximación al teatro de Paco Giménez de José Luis Valenzuela
Prólogos: Jorge Dubatti y Cipriano Argüello Pitt
- siete autores (la nueva generación)
Prólogo: María de los Ángeles González
Incluye obras de Maximiliano de la Puente, Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández, Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel Giacometto y Santiago Governori
- dramaturgia y escuela 1
Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo
Antóloga: Gabriela Lerga
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo
- dramaturgia y escuela 2
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti
Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni, Luis Sampredo
- didáctica del teatro 1
Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampredo
Colaboración: Sara Torres
Prólogo: Olga Medaura
- didáctica del teatro 2
Prólogo: Alejandra Boero
- teatro del actor II
de Norman Briski
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
- dramaturgia en banda
Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun
Prólogo: Pablo Bontá
Incluye textos de Hernán Costa, Mariano Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak, José Montero, Ariel Barchilón, Matías Feldman y Fernanda García Lao
- personalidades, personajes y temas del teatro argentino (2 tomos)
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo (Tomo I) - José María Paolantonio (Tomo II)
- manual de juegos y ejercicios teatrales
de Jorge Holovatuck y Débora Astrosky
Segunda edición, corregida y actualizada
Prólogo: Raúl Serrano
- antología breve del teatro para títeres
de Rafael Curci
Prólogo: Nora Lía Sormani
- teatro para jóvenes
de Patricia Zangaro
- antología teatral para niños y adolescentes
Prólogo: Juan Garff
Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés Falconi, Los Susodichos, Hugo Midón, M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa, Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

- nueva dramaturgia latinoamericana
Prólogo: Carlos Pacheco
Incluye textos de Luis Cano (Argentina), Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucila de la Maza (Chile), Victor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
- teatro/6
Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina y Marcelo Pitrola.
- becas de creación
Incluye textos de Mauricio Kartun, Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral en la provincia de corrientes de Marcelo Daniel Fernández
Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro manual de iluminación de Eli Sirlin
Prólogo de la autora
- diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (2 tomos) de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción teatral 1 Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos de Gustavo Schraier
Prólogo: Alejandro Tantanián
- hacia un teatro esencial Dramaturgia de Carlos María Alsina
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente Cuatro obras de Aristides Vargas
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas de María Rosa Finchelmann
Prólogo: Mabel Brizuela
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular En los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima de Sarah Bianchi
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante de quién/para quién/qué/cómo de Federico Irazábal
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo I (1800-1814) Sainetes urbanos y gauchescos
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7 Obras ganadoras del 7º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca y Roxana Aramburú
- la carnicería argentina
Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Gobernori, Julio Molina y Susana Villalba
- saulo benavente, ensayo biográfico de Cora Roca
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco Obras de Carlos Pais
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9 Obras ganadoras del 9º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Patricia Suárez y M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport y Amalia Montaña
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo II (1814-1824) Obras de la Independencia
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina
Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila (Córdoba), Sacha Barrera Oro (Mendoza), Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolés (San Juan), Martín Giner, Guillermo Santillán (Tucumán), Leonel Giacometto, Diego Ferrero (Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo III (1839-1842) Obras de la Confederación y emigrados
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel

